Manuel Caballero

Rómulo Betancourt, político de nación



EDITORIAL ALFA

Manuel Caballero



Profesor Titular (jubilado) de la Universidad Central de Venezuela, de cuya Escuela de Historia fue Director. De estudiante vivió varios años en París y también en Roma. PhD por la Universidad de Londres, su tesis doctoral lo convirtió en el primer venezolano publicado por la Universidad de Cambridge en los 450 años de su editorial (dos ediciones). Ha sido profesor contratado por la Universidad de Nápoles y conferencista en varias universidades europeas (Oxford, Sorbonne, Carlos III de Madrid) y americanas (Harvard, Florida, México, Bogotá, Quito, Santo Domingo). Ha vivido en EEUU como *Fulbright Visiting Scholar*. Obtuvo en 1979 el Premio Nacional de Periodismo, en 1994 el Premio Nacional de Historia, y en 2001 el Premio Bienal Simón Bolívar en reconocimiento a su trayectoria universitaria. En el año 2005, fue electo Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y Miembro correspondiente de la Española y de la Guatemalteca.

Ha sido columnista permanente de *El Nacional* (1965-1991), *El Diario de Caracas* (1992-1995) y hoy de *El Universal*.

Es autor y coautor de más de 50 libros sobre historia, política y literatura. En 2002, Editorial Alfa creó la Biblioteca Manuel Caballero con el fin de reunir la obra esencial de este pensador latinoamericano.


BIBLIOTECA
MANUEL
CABALLERO
7

1ª edición: noviembre 2004
1ª reimpresión: diciembre 2004
2ª edición: marzo 2008

Editorial Alfa
Apartado postal 50304, Caracas 1050-A, Venezuela
Teléfono: [+58 212] 762 30 36 / Fax: [+58 212] 762 02 10
e-mail: contacto@editorial-alfa.com
www.editorial-alfa.com

ISBN: 978-980-354-246-7
Depósito legal: lf5042008320855

Diseño de colección
Ulises Milla Lacurcia

Corrección y diagramación
Leila Macor

Fotografía de portada
Archivo Fotográfico Cadena Capriles

Impresión
Gráficas Lauki

Printed in Venezuela

Manuel Caballero

Rómulo Betancourt,
político de nación





A la memoria de Luis Castro Leiva,
quien me animó a escribir este libro.

Dedico esta edición a la memoria del gran editor
venezolano y mi buen amigo Leonardo Milla.

Al poner manos a la obra de enjuiciar a Betancourt, los venezolanos no admiten buenos oficios ni términos medios. Unos lo repudian con rencorosa acrimonia:

—¡Betancourt es un bandido!

Otros dan la vida, si llega el caso, en resguardo de su prestigio:

—¡Betancourt es un gran hombre!

Y si a algún espíritu cartesiano se le ocurriera aplicar en esta emergencia el método de la duda universal para enrumbarse por el viaducto del análisis:

—Yo opino que Betancourt como político presenta sus aspectos positivos y sus aspectos negativos...

Bueno. A ese lo linchan entre todos los otros.

Miguel Otero Silva

ÍNDICE

Parte II. El revolucionario: el hombre de partido

Parte III. El reformador: el hombre de poder

ABREVIATURAS

AHM Archivo Histórico de Miraflores
ARB Archivo de Rómulo Betancourt
Archibeta Archivo de Rómulo Betancourt (publicado)
ARDI Agrupación Revolucionaria de Izquierda
AD Acción Democrática
CTV Confederación de Trabajadores de Venezuela
Comintern (Tercera) Internacional Comunista
Copei Comité Político Electoral Independiente (Partido Social Cristiano)
OPEP Organización de Países Exportadores de Petróleo
ORVE Organización Venezolana
PDN Partido Democrático Nacional
PDV Partido Democrático Venezolano
PCV Partido Comunista de Venezuela
PRP Partido Republicano Progresista
URD Unión Republicana Democrática

INTRODUCCIÓN

Durante mucho tiempo, un lugar común entre perezoso y adulador, se empeñó en consagrar a Rómulo Betancourt «Padre de la Democracia» venezolana. Se trata de una vieja maña producto de una sociedad con una lacrimosa actitud huérfana; de un cretinismo histórico que no se atreve a actuar si no es bajo una protección paternal: Simón Bolívar es así el Padre de la Patria, Juan Vicente Gómez el Padre de la Paz, y luego vendría este otro padrecito.

Pero llamar de la guisa a Rómulo Betancourt repugna no solamente a la historia, sino a la simple lógica. Porque en cuanto a lo primero, ese tipo de héroe cultural no pertenece a la historia, sino a la leyenda. Y segundo, cuando un sistema político solicita o se deja imponer un padre, podrá ser cualquier cosa, menos una democracia. Por lo demás, es un insulto a la memoria que se pretende así halagar: desde el primer momento de su ser político, Rómulo Betancourt insurgió contra el paternalismo gomecista.

No fue por cierto una actitud individual, sino un reclamo social. La convicción de esto último es lo que nos lleva a hablar de Rómulo Betancourt como de «un político de nación»: porque ambas cosas no son ni pueden ser características individuales, sino situaciones sociales.

Hay en semejante caracterización dos elementos: política y nación. Rómulo Betancourt y la generación que con él entró en la historia en 1928 no fueron simples líderes políticos que escogieron

esa como cualquier otra profesión. En Venezuela, ellos inventaron la política; y esto, en todos los sentidos que quiera dársele.

En primer lugar, representan la Venezuela que se había bajado del caballo en 1903, con el fin de las guerras civiles. Son los primeros actores que se muestran en el recién estrenado teatro de las luchas sociales: la ciudad.

En segundo lugar, se alzan contra la *potestà assoluta,* o sea la tiranía, que en el lenguaje maquiaveliano es lo opuesto del *vivere politico,* es la negación de la política. Tres, son dirigentes civiles: serán, entre otras cosas, los fundadores del poder civil en Venezuela: antes de ellos, sólo habían existido pálidos retoños mostrándose indecisos bajo la tutela militar.

Son, y esto sea dicho en cuarto lugar, ciudadanos ellos mismos y creadores de ciudadanía. A su acción se deberá en primer lugar la extensión del voto y sobre todo, la fundación de los partidos políticos modernos, y de las demás formas de participación popular. Serán así los verdaderos fundadores de la democracia representativa, y los creadores de la sociedad civil en Venezuela.

Por último, Betancourt, pese a su fama de polémico, y hasta de sectario y excluyente, es sin embargo el primero en haberse dado cuenta, en proceder en consecuencia y en lograr al fin imponer, que aquel *vivere politico* maquiaveliano sólo puede emerger cuando se parte del abandono de una actitud que viene de las guerras de religión, y que se resume en la negativa a reconocer la existencia del adversario. Sólo cuando se tiene aquella actitud se comienza a actuar políticamente, se ingresa a la política, que es mucho más que ingresar a la democracia. Esa actitud en Betancourt y su gente tomará varios nombres: «convivencia» en los años finales de la década del treinta e iniciales de la del cuarenta, Pacto de Punto Fijo al final de los cincuenta.

En cuanto a lo de «nación», no se tome como un simple arcaísmo o coloquialismo por «nacimiento». Betancourt y los suyos, Betancourt

y su tiempo, son más que testigos, actores comprometidos a fondo con la formación de la Nación venezolana, proceso que se da en el siglo veinte, siguiendo de cerca la fundación del Estado bajo el gomecismo. Tan de cerca que casi se confunden, pero con ese orden de precedencia. Porque como lo anotara Georges Burdeau en su estudio sobre el Estado, si en «todos los países antiguos» la Nación se vino formando a través de los siglos para finalmente dar vida al Estado que la rige (y dado el caso, como sucede en la Europa actual, busca superarla sustituyéndola por un ente supranacional), en otras partes, el Estado ha sido el creador de la Nación[1] y es el caso venezolano.

Esto, por supuesto, no debe ser tomado al pie de la letra. Porque el combate por formar la nación, su proceso, y la acción de Betancourt y los suyos, no espera al momento en que se hagan del poder, sino que comienza desde abajo, en la calle, en la oposición, en su incesante y arduo trabajo para formar un partido.

Y aquí aparece una palabra clave en este estudio: partido. En las líneas anteriores, se evita la tercera persona del singular para referirse a Betancourt (se habla siempre de «ellos», de «Betancourt y los suyos»), lo que podría parecer extraño en una biografía personal. No es sólo por lo dicho al inicio sobre el carácter colectivo de la actividad política, sino por la voluntad del propio Betancourt a partir de sus inicios en 1928: desde la decisión de eludir el «yo» que es el pronombre distintivo de la egomanía de tiranos y antitiranos, y sustituirlo por el «nosotros», nombrándose a sí mismo no por su apelativo individual, sino bajo el fuenteovejunesco plural de «generación»; hasta su repetida afirmación de no ser, no haber sido jamás, un «francotirador político». Sobre todo, la voluntad de que su biografía fuese inseparable del partido que fundó y formó con un tesón inigualable desde un pequeño grupo de desterrados carbonarios en 1931, hasta llevarlo dos veces al poder y verlo convertirse, hacia el final de su vida, en el partido más numeroso de la reconstituida Internacional Socialista. Y de cuyo derrumbe la muerte lo libró de ser testigo.

Ese partido será una adaptación del organismo creado por Vladimir Ulianov en la Rusia de los Zares. El de Betancourt será muy especial, un caso único en el mundo: el de un partido leninista no-marxista. Pero él no provendrá sólo de sus lecturas de juventud ni de su militancia en el Partido Comunista de Costa Rica, sino que en el fondo está el secular miedo venezolano a la guerra civil. Una vez muerto el tirano que, según sus áulicos, era el único que había logrado contener la anarquía, existía en la sociedad venezolana el temor de que ella volviese a desatarse. Betancourt buscará sustituirlo por un partido que encarne ese pueblo y encauce su torrentosa voluntad. Ese partido será entonces «el Príncipe de los tiempos modernos», tal como lo quería Gramsci[2].

Entonces, ¿por qué escribir la historia de ese partido, de esa voluntad colectiva, centrándola en una personalidad, por relevante que ella sea? Es porque intentamos situarnos a prudente e igual distancia del positivismo sociológico y del determinismo marxista: la historia no es sólo producto de fuerzas ciegas donde nada o muy poco cuenta la voluntad humana, sino de hombres muy concretos de carne y hueso.

Hemos dividido este trabajo en cuatro partes, buscando que se perciban más como conjuntos temáticos, como series de problemas, que como períodos de un recorrido vital.

En la primera parte, «Bajo la tiranía: retrato del intelectual cachorro» la biografía es por fuerza la más personal: son los años que van desde el nacimiento físico en 1908 al nacimiento político en 1928. Más que solazarnos con las gracias o morisquetas del niño precoz y parlero, nos interesa saber cómo un padre extranjero se adapta en una sociedad rural, cómo es la formación intelectual del niño, su fugaz paso por la literatura hasta que «se corte la coleta» para abrazar lo que será la avasallante pasión de su vida, la política.

En la parte segunda, «El revolucionario: el hombre de partido», después de una corta experiencia de aspirante a caudillo, el tema es

su descubrimiento del marxismo y sobre todo del leninismo. Es la fundación de la «Agrupación Revolucionaria de Izquierda», la hoy casi legendaria ARDI que lanzará en 1931 el «Plan de Barranquilla». Es también el momento de su conversión en el líder máximo del partido comunista de Costa Rica, y de una copiosa correspondencia a la sombra teórica de Lenin; una década que se cierra en 1941.

La tercera parte, «El reformador: el hombre de poder» es aquella donde lo vemos poner por obra la idea de Bismarck según la cual la política es el arte de lo posible. Más que eso, pues según lo completaba Isaac Deutscher, la política es el arte de hacer posible lo imposible. Va desde la creación de un tipo social más que político o partidista, el «adeco», hasta su entrega del poder en 1964, sin intentar quedarse en él «ni un minuto más» de lo que la Constitución establecía. Contiene su primer arribo al poder de brazos de una logia militar; y el grave riesgo de perder la vida a raíz del atentado de Los Próceres en su segundo mandato.

La última parte, «El conservador: el hombre de bronce» es la que menos rinde parias a la cronología. Lo de «conservador» no debe tomarse en su acepción corriente de reaccionario, de opuesto al cambio, sino como su preocupación por extender la estructura política que concibió desde 1931 más allá de su propia vida o de su propio paso por el gobierno. Allí se nota la diferencia que hay para Betancourt entre poder y gobierno: éste es el dominio del Estado, aquél el dominio de la sociedad. Se analiza allí lo que, imitando a Lawrence de Arabia, se podría llamar «los cuatro pilares de la sabiduría»: partido, petróleo, ejército y probidad administrativa.

La presente es menos una biografía personal que política. Es que desconfiamos mucho de esos ensayos biográficos que pretenden presentar a los personajes históricos «en su dimensión humana». La única dimensión de verdad humana es aquella donde interviene la inteligencia, incluso cuando actúan las pasiones. Esas biografías que pretenden hurgar el «lado humano» de un personaje histórico, lo que

suelen presentar es, mejor, el aspecto más animal del biografiado: que comía (o no) tres veces al día, que se enamoraba y hacía el amor (o no) con ésta o aquella frecuencia, que quería a sus prójimos y detestaba a sus enemigos (e incluso a la inversa, en el caso de los santos).

Éste es un trozo de historia venezolana, que abarca casi todo el siglo veinte. Pero es también un trozo de historia americana y universal, pues las acciones y los debates que aquí se analizan se inscriben, para aceptarlas o para rechazarlas, dentro de las grandes líneas doctrinarias y prácticas de la política de ese siglo. Lo cual quiere decir que sobre ellos planea la sangrienta historia de la Revolución Rusa y los fallidos esfuerzos de la Tercera Internacional Comunista por convertirla en una revolución mundial.

Es además éste, un ensayo de historia intelectual, como debe serlo la de toda acción política. Porque en ella no se mueven simples apetencias personales de poder, sino ideas (o sea, el discurso) y prácticas destinadas a influir sobre el desarrollo de una sociedad, la historia de un pueblo, con la conciencia de unos objetivos diseñados o propuestos con anterioridad, de sus avances y retrocesos en el contacto con la realidad, con la dinámica social.

Siempre hemos rechazado la idea de que una determinada biografía sea «definitiva»; ésta lo es mucho menos que ninguna, por la sencilla razón de que es, que sepamos, la primera; y porque estamos conscientes de que no hemos podido agotar el abanico de las fuentes, en particular las de los archivos extranjeros. No pretendemos entonces otra cosa que abrir un debate.

Por supuesto, tampoco esperamos que ésta sea una obra recibida con aplauso unánime: eso tal vez jamás sea posible al tratar de una personalidad tan polémica como Rómulo Betancourt y menos a tan poco tiempo transcurrido desde su vida y desde su muerte. De hecho, hay ya quienes no han esperado a que escribamos este libro para decir que estamos elaborando un retrato elogioso, por supuesto bien pagado; y hay quienes, por el otro lado, sospechan que no

es fácil que hayamos abandonado los viejos reconcomios hacia un dirigente político a quien adversamos con acritud.

Esto nos lleva a otro aspecto del asunto. Durante muchos años, nos opusimos a la acción política de Rómulo Betancourt, a su segundo gobierno (durante el primero éramos demasiado jóvenes para hacerlo) y a su creación, el partido Acción Democrática. Lo hicimos con toda la vehemencia de que somos capaces; pero no venimos, con este libro, de regresos ni arrepentimientos; tampoco es que ahora hayamos escogido el fácil observatorio de la imparcialidad. No somos jueces, y eso nos exonera de tener que situarnos en un lado u otro de los dos extremos en que, a la hora de juzgar a Betancourt, Miguel Otero Silva dividía a los venezolanos en el texto que sirve de epígrafe a este libro.

Nada de eso: ni renegados, ni jueces, ni observadores asexuados. Hemos, en dos palabras, tratado de estudiar al personaje y a su época *en historiens*. Lo cual quiere decir que tratamos de comprender al hombre y a su tiempo en sus contextos ideológicos y epocales; confrontando su acción con sus propios propósitos, no con los nuestros; su proyecto con su realización, no con lo que nosotros hubiésemos propuesto o deseado.

No se trata entonces de condenar o de absolver, sino de buscar las razones para explicar la prolongada influencia de Rómulo Betancourt en el siglo XX venezolano; las razones para que, después de su paso, los venezolanos seamos diferentes, para bien o para mal, y de seguro ambas cosas.

Notas

1 Georges Burdeau, *L'État*. Paris, Editions du Seuil, 1970, p. 37.

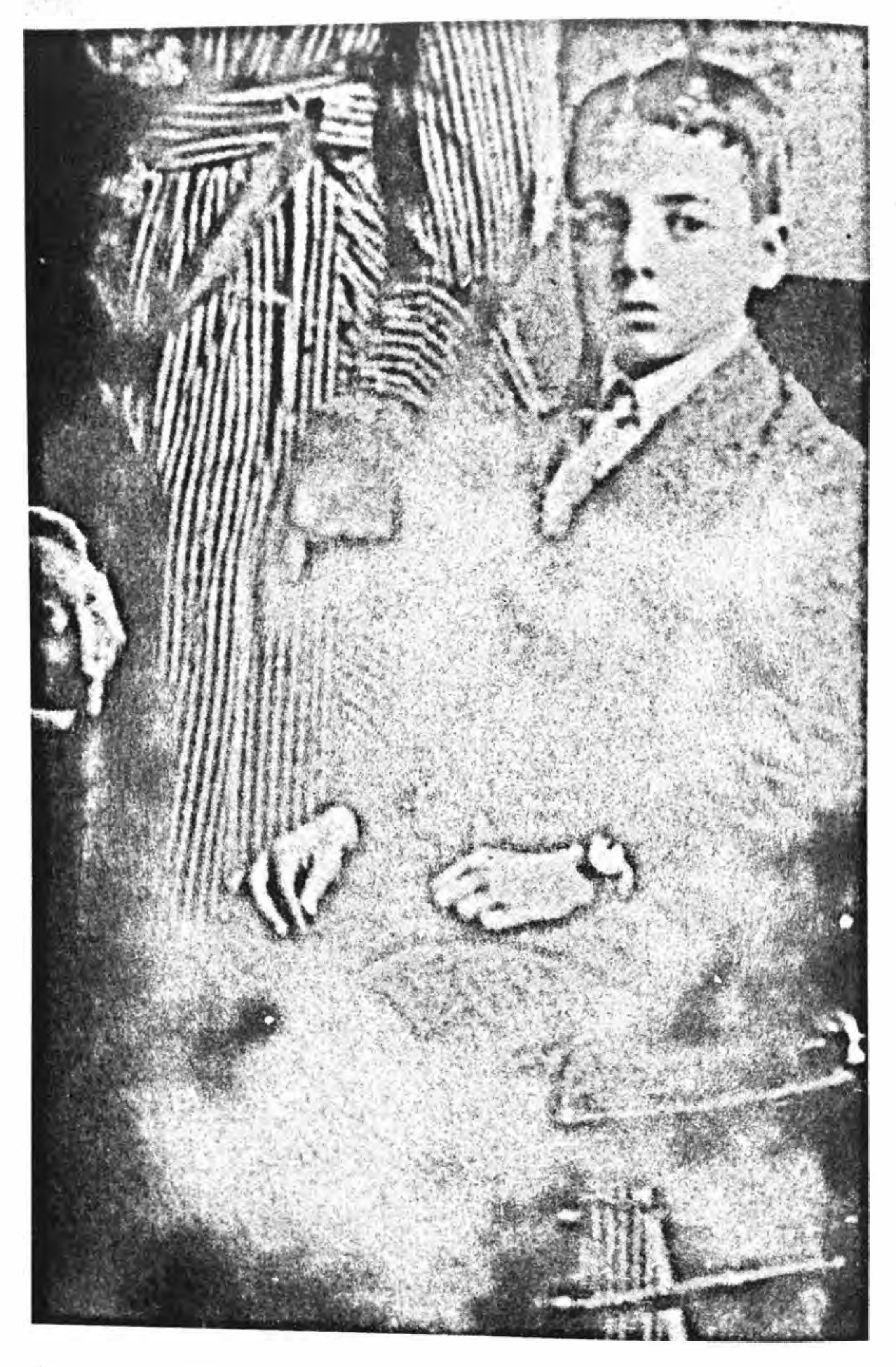
2 De las innumerables ediciones de sus notas de prisión, hemos escogido la versión más cuidada: Antonio Gramsci, *Quaderni dal carcere*. Torino, Einaudi, 1975.

PARTE I

BAJO LA TIRANÍA: RETRATO DEL INTELECTUAL CACHORRO

El verdadero lugar de nacimiento es
aquel donde por primera vez nos mira-
mos con una mirada inteligente; mis
primeras patrias fueron los libros.

Yourcenar



Guatire, *circa* 1918... Ya, un lector goloso.
Fotografía tomada del Libro *Multimagen de Rómulo*, Editorial Orbeca, Caracas, 1978.

I. EL MORRAL DE ROPA VIEJA

En julio de 1963, pocos meses antes de finalizar su segunda y última presidencia de Venezuela, Rómulo Betancourt hizo jurar la bandera a un grupo de nuevos venezolanos, una ceremonia desde entonces tradicional para recibir a los naturalizados. Recordó con aire enternecido que su padre era un inmigrante canario desembarcado en La Guaira «con su madre viuda y un morral de ropa vieja [...] aventado de su España nativa por la extrema pobreza»; la suya, en cambio, era «criolla por los cuatro costados»[1].

Como suele suceder en ese tipo de evocación, había allí un poco de verdad y una pizca de imaginación. Lo del «morral de ropa vieja» es un recurso oratorio que no valdría la pena mencionar si no fuese porque puede ayudar desde el principio a separar, en su memoria, aquellas dos cosas. Es posible que su padre y su abuela paterna hayan sido «aventados de España por la extrema pobreza», pero también que ella fuese más una condición colectiva que individual. Una fuente sugiere que pudo haber sido Cuba su primer destino[2]. Sin embargo, conviene no tomarla al pie de la letra. Luisito Betancourt tenía dieciséis años, o sea que le faltaban dos apenas para ser obligado al servicio militar, entonces de siete años: evadirlo permaneciendo en España era, de ser atrapado, condenarse a una especie de cadena perpetua o, en caso contrario, a una no menos perenne clandestinidad. Y en este último caso, significaba seguir siendo una carga para

la familia, sin posibilidad alguna de poner a trabajar sus brazos: sólo quedaba entonces emigrar de forma más o menos legal. Si fue esa la verdadera causa de su destierro, mal podía ser Cuba su escogencia, pues la isla era todavía una colonia, y viajar allí era mudarse de una provincia española a otra. Si su otra y verdadera opción fue Venezuela, tal vez habría que voltear la frase, y decir que eran los canarios la primera escogencia de Venezuela en materia de inmigración. Esto era así desde la Colonia. No se trataba de ninguna simpatía y ni siquiera de una empatía particular sino de consideraciones económicas muy pedestres: desde la colonia, era bien conocida la laboriosidad de esos isleños habituados a extraer opimos frutos de las rocosas laderas de sus volcanes. Eran capaces por lo tanto de cosecharlos de las tierras más feraces que rodeaban a Caracas. No les importaba pagar altísimos cánones de arrendamiento por sus tierras a unos propietarios venezolanos que podían así enriquecerse sin trabajar, la regla de oro de la ociosa clase dirigente.

De modo que «importar» canarios era un reflejo condicionado de los terratenientes venezolanos. En cuanto a la línea materna, los «cuatro costados» de aquella criollez no llegaban demasiado lejos: por allí se encuentran también algunos otros abuelos canarios[3]. En lo que concierne a la hipótesis de posible procedencia «cubana» de los Betancourt, ella se basa en el hecho de que fue un hacendado venido de allí quien primero los recibió en su finca de «El Norte»[4].

No es cosa de entrar en fáciles conjeturas psicologistas, pero de los magros datos disponibles acerca del viaje de los primeros Betancourt «romulianos» de que se tenga noticia, surge la posible imagen de una mujer de fuerte personalidad. Venirse a América sola, es decir sin un marido que la había dejado en tal condición al morir, con un hijo todavía casi niño (viene también la hermana mayor de la viuda, pero la tradición hispánica enseña que en ese caso, se trata de una boca más, no de un apoyo económico), indica ya un cierto carácter. El cual no desdeña la aventura y confía mucho en el futu-

ro, así como en las tradiciones de laboriosidad de su pueblo, para esperar que en la nueva tierra y al paso de los años, el trabajo de su hijo será capaz de mantenerlos.

Pobreza, pero no extrema

Como sea, conviene introducir algunos matices en la evocación que, cerca de ochenta años más tarde, hace Betancourt de los orígenes de su familia. Un autor pretende que ella se viene a América entre otras cosas «...hastiada de discusiones y pleitos por cuestiones de herencia». Eso parece indicar que la pobreza no era tan extrema; y que en su huida de la tierra natal, dice el mismo autor, trajo mucho más que aquel «morral» imaginado por Betancourt.

Antes bien, su equipaje estaba formado por «dos grandes baúles antiguos, una maleta de mano de fino cuero marrón y una de esas que llaman 'baúl de camarote' que se ponen de pie y se abren como un libro»[5]. Por supuesto, todo eso no la hacía rica, ni siquiera acomodada. Deben tomarse en cuenta las distintas y relativas significaciones del término «pobre», sobre todo en aquel momento y en aquel país: evocando la vida de Ortega y Gasset en los años veinte del siglo pasado, algún autor español decía que el filósofo era «pobre», y a diario comían, él y su familia, del artículo de periódico que enviaba en la mañana y cobraba por la tarde; lo cual sin embargo, no le impedía tener una casa grande, y servidumbre.

¿En qué situación se va a encontrar doña María García de Betancourt al pisar tierra venezolana? Conviene considerar tres factores. El primero de ellos es la diferencia que existe entre una sociedad de masas, adelantada y urbanizada, y una sociedad rural. Y además de eso, pequeña en población[6] como en riqueza: la futura abuela de Rómulo Betancourt no está llegando a Buenos Aires, mucho menos a New York. En aquella aldehuela barloventeña, acostumbrada además a conocer, a convivir y a confundirse con los isleños, dos

mujeres y un niño que vienen de Canarias causan tanta curiosidad como si viniesen de Caracas, o se mudasen de barrio; y no siempre rechazo, mucho menos hostilidad.

Por otra parte, y ese es el segundo factor, no están poniendo pie en una región empobrecida, donde todo recién llegado es visto sólo como un competidor a la hora de compartir el magro pan cotidiano. A dos horas y media de Caracas, Guatire era el centro comercial de una región agrícola bastante próspera: cultivos y moliendas de caña, destilerías de aguardiente; amén de haciendas de café y otros renglones agrícolas; en el pueblo existían varias firmas comerciales de importancia; y por supuesto, la infaltable iglesia[7].

El tercer factor es el de una posible familia suya ya instalada en Venezuela. En su libro sobre los primeros años de Betancourt, Pedro Berroeta es escéptico al respecto: ¿por qué no aparecieron esos Betancourt después, cuando su pariente llegó a ser famoso? Es cierto también que hasta ahora no aparece ninguno en las evocaciones posteriores sobre Luisito Betancourt.

Pero es poco probable que aquel Roque Betancourt que los familiares de la joven María despreciaron por pobre, y que llegó a casarse con ella desafiándolos[8] haya tenido parientes que hubiesen «hecho América». Si no apareció ningún Betancourt, no se puede dejar de pensar que por el lado materno sí existieron esas relaciones, esa parentela. Se ha dicho más arriba que los tres viajeros vinieron tras la huella de un hacendado cubano establecido en Guatire. Pero es un comerciante del pueblo quien los acoge y protege. Su apellido es García, el mismo de soltera de doña María. Siendo ese un apellido asaz corriente, nada hay por ese lado que pueda indicar parentesco. Aunque de hecho lo hubo: en aquel entonces, en Canarias –en toda España– como en Venezuela, la relación proveniente del sacramento era tan respetada como la consanguínea: Don Antonio García Guerrero fue así no sólo padrino de confirmación de Luisito, sino su tutor[9], protector y maestro.

El joven huérfano, su madre y su tía no estaban entonces tan desamparados: los protegía «...el más acaudalado comerciante de la región»[10]. Por lo demás, el niño ya no lo era tanto; y en todo caso nunca un bebé en estado de total indefensión. Luisito Betancourt nace en 1874[11]. Llegó a Venezuela, dice uno de los más viejos documentos conservados en el archivo de su hijo, «a fines del pasado siglo»[12]. La fecha es imprecisa, pero en ningún caso era ya un niño: tenía, si muy joven, dieciséis años, y veinticinco cuando los andinos entran triunfantes a Caracas.

Es habitual, por otra parte, que la confirmación de un niño se haga antes de los siete años, edad en la cual, con el uso de razón, se le considera apto para tomar su primera comunión. A menos que el sacramento de confirmación de Luisito Betancourt por su padrino Don Antonio García Guerrero se haya producido muy tarde, esa ceremonia pudo muy bien haber tenido lugar en Canarias.

De modo que Doña María García de Betancourt no se vino a América con una mano adelante y otra atrás. Lo de la paupérrima viuda con el muchacho agarrado a sus faldas y el morral de ropa vieja, va quedando así reducido a su condición metafórica. Ella esperaba que le brindara hospitalidad y hasta protección su acaudalado compadre y hasta posible pariente, Don Antonio García Guerrero, como lo hizo en efecto. En tales condiciones, resulta casi seguro que su formación elemental la haya completado Betancourt padre antes de llegar a Venezuela: cuando vino de Canarias (o de Cuba) debía tener ya alguna instrucción equivalente a una primaria completa. La de Luisito Betancourt no era solamente una boca que mantener, sino sobre todo dos brazos y una inteligencia asaz despierta para trabajar.

Y de inmediato comienza a hacerlo con su padrino. Lo hace con tanta dedicación, que unos veinte años más tarde, ya ha logrado comprar por 4 mil bolívares una casa que en 1922, al venirse a Caracas, venderá por 6 mil[13]. Suyo fue también el primer automóvil

adquirido en Guatire, así como la primera sala de cine del pueblo, que resultó demasiado grande, y un fracaso económico[14].

El gemido promisor[15]

Sus ascendientes no conocieron pues la «extrema pobreza», aunque, como se ha dicho más arriba, la conocida entonces por su pueblo los obligara a emigrar. Tampoco es en un rancho con piso de tierra y paredes de bahareque que vendrá al mundo el hijo de Luis Betancourt García y Virginia Bello Milano, sino en una sólida aunque modesta casita de clase media, en un pueblo (y en un país) donde tampoco se conocía la «extrema riqueza». Rómulo Ernesto nace el 22 de febrero de 1908, en el mismo año en que se hace del poder supremo un hombre cuyo apellido y cuyo recuerdo lo perseguirán como una obsesión toda su vida, entre otras cosas como antítesis: Juan Vicente Gómez.

Es el segundo de los hijos de la pareja, pero hay que aclarar que se trata de los hijos *sobrevivientes*: las largas familias de entonces (la de Luis Betancourt es más bien corta, como no es inhabitual entre los emigrantes) son una apuesta, más que una decisión o una tradición. Sólo así se puede garantizar la prolongación del apellido, pues lo normal es que una buena parte de los niños muera de corta edad.

La familia de Luis Betancourt no fue la excepción: Virginia Bello concibió, y es posible que haya parido, seis niños, de los cuales sobrevivieron, en ese orden, María Teresa, Rómulo Ernesto y Elena. En cuanto a la inquietud por la prolongación del apellido, no es necesario recurrir a documentos o testimonios para intuir que Romulito se convertiría en el centro de la casa. Como se solía decir entonces, el varón nace «con la arepa bajo el brazo», mientras que la hembra es una carga, de la cual habrá que cuidar sobre todo el honor para que, llegada la edad de merecer (y mientras más pronto mejor) encuentre un buen partido que se encargue de mantenerla.

Todo el anecdotario de la infancia debe ser así sometido a crítica partiendo de dos consideraciones ineludibles: la primera, es normal que se busque, en el adulto famoso, los atributos que desde la infancia mostraba quien se convertiría en un jefe[16]. La segunda es esa condición de hijo único en la cual un varón rodeado de mujeres, en una sociedad machista y misógina, está nimbado de un halo casi mágico. La leyenda familiar quiere que haya aprendido a leer antes de los siete años y a reconocer las horas en el reloj a los tres[17].

Puede haber en eso mucho de esa precocidad que el jefe político Betancourt mostrará desde 1928; pero esas condiciones eran reforzadas por la atención particular que debía merecer quien por la sola razón de su sexo, estaba destinado a ingresar a la universidad; y aparte de eso, exento de las engorrosas tareas familiares a que sus hermanas no podían escapar, si querían formarse bien para atrapar un marido.

Hay que agregar a esto un factor que pudo haber tenido cierta importancia: Betancourt padre ya no es un muchacho, sino un hombre maduro, cuando nace el orgullo de la familia. Romulito no será así el pararrayos de las tensiones de un padre joven: estará bajo la tuición de un hombre percibido por su hija menor como «...de carácter plácido, tranquilo y calculador»[18]. Un hombre, además, al cual la vida obligó a madurar con mucha rapidez.

También es previsible que un hijo único y con una precoz inteligencia demostrada en su fácil oralidad, acompañase al orgulloso padre a todas partes, en particular, en las horas en que no se encontraba en la escuela: a su oficina, donde, no siendo hosco ni retraído, se acostumbró a tratar con la gente más diversa. Como es normal en una zona campesina, el chico letrado seguía las huellas del padre, discutiendo con ellos y asombrándolos con su joven sapiencia. En una cultura cristiana, todas esas imágenes (el niño Jesús discutiendo con los doctores de la ley) van formando la leyenda; todo niño las recibe, y por lo general, eso no pasa de ahí: pasmo y orgullo de las

mujeres de la casa. Lo que interesa aquí no son tanto esas manifestaciones de precocidad, ni unos testimonios de por sí subjetivos, sino los primeros indicios del despertar de la conciencia del pequeño a lo que, andando el tiempo, será la pasión de su vida: la política. Intentaremos acercarnos a ellos desde dos ángulos: uno, acogiendo algunas tesis de bastante aceptación sobre el desarrollo de la mentalidad infantil; dos, el universo político perceptible.

Para lo primero, conviene citar un modelo longitudinal de formación del pensamiento político, el propuesto por Jean G. Padioleau[19]. Para él, en la elaboración del código político se suceden varias etapas, desde los dos hasta los diecisiete años. No tiene mucho sentido detenerse aquí en las dos primeras (2-6 años), porque sería un ejercicio puramente conjetural. Pero, según Padioleau, a partir de los siete años comienza el proceso de construcción de un orden político que remata ya en un pensamiento propiamente tal a partir de los diecisiete. Ninguna de las dos cosas se adquieren por vía libresca, ni en las aulas, aunque ambas sean de la mayor importancia.

En febrero de 1917, el niño cumplió nueve años. Eso quiere decir que está viviendo en una Venezuela aquietada bajo el puño del Benemérito. No son entonces muchas las ocasiones que tenga de formarse ni siquiera los más elementales conceptos sobre una actividad, la política, que es aborrecida por el gobernante y por la sociedad que la confunde, no sin razón, con guerra.

A esto se une otra condición muy particular: la familia Betancourt, o sea su jefe (que en una sociedad como la de Guatire en ese momento es el único que suele ocuparse de esas cosas) es un inmigrante. Es un extranjero que no puede ocuparse de política venezolana, porque en su caso es doble el peligro que se corre por hacerlo entonces en Venezuela. Ya por esa época, el terror que infundía Gómez era tal, que en las casas de la gente común se evitaba nombrarlo, para bien o para mal. *A fortiori* en la de Betancourt, un emigrado: allí no se habla de política, y mejor sería ni pensar en eso.

No se olvide tampoco lo de «pueblo chico, infierno grande»: en aquellas cuatro casas es imposible guardar un secreto, mucho menos una opinión política, sobre todo si ella se aleja de las obligadas loas al gobernante; y más si ella proviene de un «extranjero».

Pero no es fácil creer que dejase de haber comentarios políticos. Hay un acontecimiento que debía estar por fuerza en todos los labios, en todas las sobremesas, en particular de un hombre venido de más allá de los mares: la guerra europea, que el año 1917 se había vuelto guerra mundial, con la entrada en ella de los EEUU. Eso estaba en la prensa, y Rómulo Betancourt será siempre un ávido lector de diarios: algunos testimonios hacen arrancar ese hábito desde la infancia[20]. Los dos grandes periódicos que podían entonces llegar a Guatire eran *El Universal*, fundado en 1909, y *El Nuevo Diario*, fundado en 1913. Había otros, pero su irradiación era mucho menor, o de regiones muy alejadas de aquel pueblo[21].

El propio Luis Betancourt alguna vez editó un periodiquito, *El Geranio*[22]. Por esa y otras razones, era considerado por sus prójimos el intelectual del pueblo (el hombre «más plumúo» de Guatire, dice un compadre suyo[23]). En su biblioteca, aparte del Quijote que su padre leía en voz alta a él y a sus hermanas, y de las novelas de Alejandro Dumas, Romulito tuvo ocasión de leer *El judío errante* de Eugene Sue y *Los dioses tienen sed* de Anatole France[24].

Ambas eran lecturas clásicas en aquella Venezuela liberal, en un distrito que, como el que contenía a Guatire, llevaba el nombre de Ezequiel Zamora, el mítico caudillo de la Federación. De la novela de Sue, Rómulo pudo haber abrevado lo que por lo demás era corriente entre las élites venezolanas de la época: el aborrecimiento de los jesuitas, la *bête noire* de los liberales. Entre los personajes más enternecedores de aquella novela populista, se encuentran dos niños desamparados que llevan en el cuello una medalla cuya inscripción acusa a sus atormentadores: «Víctimas de LCDJ», la Compañía de Jesús. En su vida adulta, Betancourt no fue nunca un comecuras: eso

estaba diseñado por lo que él llamó alguna vez «los arcaicos cartabones» del liberalismo decimonónico. Pero era un confeso agnóstico[25]. En un hombre que como él nunca se ocupó de esas cuestiones, ésta, más que intelectual, es una actitud vital, casi se podría decir una idiosincrasia, de esas que muy bien pudo haberse adquirido en los años, el ambiente y las lecturas de la infancia.

En cambio, si se siguen los pasos futuros del dirigente político, es lícito pensar que la novela de Anatole France lo haya impresionado si no influido más a fondo. En los primeros años de su adolescencia, Betancourt publicó un trabajo crítico sobre France, a quien llama su «maestro de juventud»[26]. En Évariste Gamelin, el personaje central, encontró menos el modelo del artista de vocación que del revolucionario insobornable, austero aborrecedor de la molicie y la corrupción del Directorio; y en las paradojas del lenguaje de France pudo haber nutrido desde muy joven su propio, recargado pero sobre todo desconcertante estilo.

Como queda dicho, debía ser la guerra mundial el tema más frecuente en las conversaciones de que Romulito era testigo y muy probable participante. Al cumplir el niño los nueve años, ese cumpleaños se le ha presentado muy cargado de historia, con los dos acontecimientos que, más que cualquier otro, habrán de cambiarle el curso.

El primero: la Revolución Rusa. El once de noviembre de 1917 aparece en *El Nuevo Diario* una información del cable inglés: «Petrogrado. Los partidarios de Lenin han derrocado el gobierno provisorio; el primer ministro Kerensky salió de la capital. El Palacio de Invierno, que era la sede del gobierno, está ocupado por los rebeldes. Un congreso formado por obreros y soldados se ha constituido»[27]. Las informaciones que llegan reflejan la confusión existente en la propia prensa europea, sobre todo a partir de la toma del poder por los *bolsheviki*, la primera transliteración del vocablo ruso que identificaba a los partidarios de Lenin. Esto de «toma del poder» es

una percepción muy posterior: en ese momento, la impresión que da Rusia, y que los cables recogen, es la de un país sin gobierno, presa de la anarquía. Pocas semanas antes de cumplir diez años, Romulito pudo haber ojeado (o escuchado en los comentarios de su padre) titulares como éste de *El Nuevo Diario*: «La espantosa anarquía rusa»[28].

El otro acontecimiento es más importante aún: la entrada de los EEUU en la guerra. Esto sí va a tener una incidencia directa, a cambiar, como se ha dicho, el rumbo de la historia, pero en particular de la venezolana. No sólo van ahora a decidirse las cuestiones de política internacional en una escala planetaria, no sólo es el comienzo del fin de Europa como centro de la historia universal[29]. Es también el inicio de la conversión de los EEUU en la potencia industrial más grande del mundo, y de la historia. La necesidad de trasladar grandes contingentes militares de uno a otro continente, impone hallar un combustible liviano y poco voluminoso para, entre otras cosas, mover los barcos cargados de tropas. Es el fin de la era del carbón, el comienzo de la época dorada del petróleo. Venezuela lo tiene en abundancia, como se demostró el último día de julio de 1914, cuando empezó a manar del pozo *Zumaque Uno* en Mene Grande. En 1917 comienzan a llegar las grandes inversiones petroleras al país. Rómulo Betancourt es un chiquillo, pero no es por su corta edad que ni se entera: casi nadie lo sabe.

Es iluso pensar que todas esas cosas se discutían frente a Romulito en los mismos términos en que aparecen en los párrafos anteriores. En primer lugar, la situación de Alemania podía ser percibida con una óptica distorsionada por la propaganda. El Estado Mayor alemán ocultó a su opinión pública la situación real, el desastre de la guerra y la inminente e inevitable derrota. Eso, entre otras cosas servirá para construir la leyenda de la «puñalada por la espalda» que, se decía, la revolución le había dado a Alemania, tema favorito de Hitler en su propaganda.

Pero, de seguro, también la propaganda aliada introducía a su vez la distorsión de los hechos, haciendo pasar como una lucha por la libertad y la democracia lo que era en verdad una lucha por la hegemonía[30]. A partir de la entrada de EEUU en la guerra, esa propaganda podía fluir con menos trabas hacia Venezuela. Aunque no con entera libertad. Porque aquí se sitúa otro elemento que podía contribuir a correr un velo de prudencia en las discusiones sobre la guerra mundial. Se sabía, o se sospechaba, que el General Juan Vicente Gómez simpatizaba con el Kaiser, y quería organizar su ejército sobre el modelo prusiano. En todo caso, Venezuela observaba una estricta neutralidad en el conflicto.

Había que ser también muy cuidadoso al hablar del despotismo militar alemán: a Gómez podían no gustarle mucho eventuales comparaciones, así fuesen tácitas, y la oposición venezolana en la emigración las hacía muy expresas; y en el interior, entre los estudiantes, con alusiones apenas veladas. Pero no es de creer que esas cosas se supiesen en Guatire.

Queda otra posible fuente nutricia del joven intelectual: su maestro, Manuel Fermín. Como todas sus evocaciones, está su recuerdo nimbado de ternura, no muy lejos de un Sócrates pueblerino. De todas formas, de las notas que se conocen del primer y único año de universidad de Betancourt, se puede colegir que la tarea de Fermín no fue demasiado pesada ni mucho menos estéril: Romulito era un excelente estudiante.

Fermín era muy aficionado al periodismo. Éste suele ser el primer escalón de la actividad intelectual en su fase escrita; es lícito suponer que esa inclinación la transmitió a su discípulo, pero aquí tampoco estaba arando en tierra infértil: Romulito era hijo del editor de *El Geranio*. Como sea, por sus frutos los conoceréis: Betancourt siempre fue un apasionado periodista.

Notas

1 Rómulo Betancourt, *La revolución democrática en Venezuela.* Caracas, Imprenta Nacional, 1969. T. IV, pp. 161-162.

2 *Archivo de Rómulo Betancourt. 1917-1929.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1988, Tomo I, p. 99 (66). Se trata de los tomos publicados de ese archivo. Para diferenciarlo del archivo inédito conservado en la sede de esa fundación, en adelante la referencia se hará como *Archibeta* para el primero y ARB para el segundo; en aquel caso, se agregará sólo el tomo, la página y, entre paréntesis, el número del documento.

3 *Idem.*

4 *Idem.*

5 Pedro Berroeta, *Rómulo Betancourt. Los años de aprendizaje. 1908-1948.* Caracas, Centauro, 1987, p. 34.

6 Se calcula que Guatire tenía 2.066 habitantes en 1810. Pedro Cunill Grau, *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX.* Caracas, Presidencia de la República, 1987, T. I, p. 481. El mismo autor, en comunicación personal, estima que esa cifra había descendido a 1600 habitantes a principios del siglo veinte.

7 Robert J. Alexander, *Rómulo Betancourt and the transformation of Venezuela.* New Brunswick, Transaction Books, 1982, p. 19.

8 Berroeta, *Op. cit.*, p. 28.

9 *Archibeta,* T. I, p. 100 (66).

10 Alexander, *op. cit.*, p. 20.

11 Rómulo Betancourt fue inscrito en el Registro Civil en 1910 por su padre Luis Betancourt... «de treinta y seis años de edad, casado, comerciante»... *Archibeta.* T. I, p. 122 (74).

12 *Ibidem,* p. 99 (66).

13 El documento de venta de este inmueble por Luis Betancourt está fechado el 21 de febrero de 1922 (un día antes de que Rómulo cumpliera 14 años) y autenticado ante el Juzgado de Parroquia del Departamento Libertador (Caracas) y protocolizado en Guatire, en la Oficina Subalterna del Registro Público, «bajo el número once, vuelto del folio diez y folio once del Protocolo primero, primer trimestre corriente».

ARB, documento no clasificado. Para calcular cuánto significaba en términos de poder adquisitivo esa suma, podría usarse como elemento de comparación el dato siguiente: en 1916, al asignar los sueldos del recién creado «Liceo de Caracas», se resuelve que el Director del mismo ganará trescientos cincuenta bolívares, y un profesor noventa mensuales. *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública 1916*. Caracas, Tipografía Gutenberg, 1916, p. 57.

14 Testimonio de su hija Elena Betancourt de Barrera. Alexander, *op. cit.*, p. 21.

15 En un discurso pronunciado para conmemorar el primer aniversario del derrocamiento de Medina Angarita, se refirió al destino dado a los bienes confiscados a los peculadores condenados como tales por el Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa: los inmuebles serían entregados a institutos de asistencia social, y así, «en los salones donde antes tintineaba la copa de bacarat en el festín de Baltazar, comenzará a escucharse el gemido promisorio de los recién nacidos en la maternidad». Cf. *Gobierno y época de la Junta Revolucionaria*. Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XX. Caracas, Congreso de la República, vol. 51, p. 316. En adelante, esta colección será citada solamente como PPV-XX, y sólo con el número del volumen y la página.

16 «During the years in Guatire in which he was growing into puberty he gave evidence of many of the qualities which were to characterize him as an adult». Alexander, *op. cit.*, p. 23.

17 *Ibidem, p.* 25.

18 *Ibidem,* p. 21.

19 Jean G. Padioleau, «La formation de la pensée politique: développement longitudinal et déterminants socio-culturelles». *Revue Française de Sociologie*, Vol. XVIII, 1975, p. 461.

20 Alexander, *op. cit.*, p. 25.

21 Cf. Eleazar Díaz Rangel, *La prensa venezolana en el siglo XX*. Caracas, Fundación Neumann, 1994, pp. 197-198.

22 En su primer año, aparecían como director Carlos Edo, Cruz h., como redactor J. M. Pacheco h. y como administrador Vidal F. Jaspe E. Se trata de una publicación quincenal, cuatro páginas en 8º, el clásico tamaño de la hojita parroquial. Sus redactores eran muy jóvenes, como

insisten en precisarlo. En lo que posiblemente sea el primer número de la publicación (no lo dice, aunque sí que es su primer año), en su p. 2 publica un artículo, «Lampos», dedicado por su autor, A. Feo, «a mi querido amigo Luis Betancourt». *El Geranio*, 1 de septiembre de 1912, publicación quincenal, Guatire, año 1, pp. 4. El único ejemplar conocido proviene de la «Biblioteca venezolana de V. M. Ovalles, y nos fue facilitado por su nieto, nuestro amigo el escritor Caupolicán Ovalles. Por su parte, *El Nuevo Diario*, a lo largo del año 1913, se refiere a *El Geranio* en una sección sobre la prensa nacional destinada generalmente a burlarse de los disparates de algunos de sus colaboradores literarios.

23 *Archibeta*, T. I, p. 99.

24 Eso dice, sin presentar su fuente, Eduardo Feo Calcaño en *Un hombre llamado Rómulo Betancourt*. Caracas, Centauro, 1975, p. 248.

25 Cf. Alicia Segal, *La venedemocracia*. Caracas, Monte Ávila, 1968, p. 52.

26 *Vid. infra* el artículo de Felipe Massiani.

27 Jesús Rosas Marcano, *La revolución socialista de octubre en la prensa venezolana de la época*. Caracas, Centauro 80, Vol. II, pp. 84-85.

28 *Ibidem*, p. 230.

29 Por lo menos en la percepción de muchos de los hombres de esa época: a principios de 1917, León Trotsky abandonaba «para siempre» Europa, «esa vieja y podrida Europa»: pocos meses después regresaba a ella, para iniciar en Rusia su fulgurante y trágica carrera de gobernante.

30 Sin embargo, no hay que asimilar la situación a las formas tomadas por la propaganda, al *bourrage de crâne* característico de la segunda guerra mundial: las agencias noticiosas de los países aliados daban cuenta, con bastante objetividad, de los desarrollos políticos en Alemania.

II. UN LECTOR GOLOSO

Al terminar la primaria de Romulito, Luis Betancourt se traslada con su familia a Caracas: eso no era inhabitual, y le evitaba al muchacho la dura vida de pensión estudiantil, donde lo peor era que, en plena adolescencia, el joven pudiese desmandarse en ausencia de la autoridad paterna. No era desacostumbrado, pero tampoco se lo podía permitir una familia de clase media provinciana si no existía una relativa holgura. Para facilitarle el paso al viejo Betancourt se combinan la existencia de un cierto excedente (entre otras cosas, ha vendido a buen precio la casa de Guatire) y el hecho de que la firma para la cual trabaja decide también establecerse en Caracas.

El joven adolescente puede entrar así a estudiar su bachillerato en el Liceo de Caracas[1]. Ciudad pequeña y sin demasiados establecimientos de educación, es fácil encontrar en sus aulas a la futura élite del país. Al arrancar el primer año, acompañan a Betancourt los futuros literatos Nelson Nimiob y Felipe Massiani. Arranca el curso con diecinueve alumnos, pero luego se incorporan algunos estudiantes más: Teodoro Capriles, más tarde un famoso deportista; Vicente Lecuna, futuro banquero e historiador, Israel Peña, futuro crítico musical, Andrés Germán Otero, futuro ministro; Julio de Armas, futuro rector de la Universidad Central de Venezuela, entre otros. Ya estaban en segundo año Miguel Otero Silva, quien luego será conocidísimo como escritor, parlamentario y fundador en 1943 del diario *El Nacional;* Luis Felipe Urbaneja, Inocente Palacios, Elías

Toro, Raúl Soulés, Edmundo Fernández, Pedro Juliac y Rafael Vegas, casi todos ellos futuros ministros; Germán Suárez Flamerich, quien llegará a ser en 1950 Presidente de la dictatorial Junta de Gobierno; y en tercero, José Santiago Rodríguez, Víctor Brito (futuro médico personal y amigo vitalicio de Rómulo Betancourt) así como Juan Bautista Fuenmayor, fundador en 1931 del Partido Comunista. Ese liceo lo dirigió originalmente Luis Espelozín, pero la personalidad dominante era el subdirector, Rómulo Gallegos. No sólo por ser un escritor ya de cierto prestigio, sino por su bronco carácter y su vozarrón que le valieron *sotto voce* el apodo de «chivo arrecho».

Además de sus funciones administrativas, Gallegos daba clases de literatura y de filosofía[2]. Betancourt descolló como siempre entre el grupo, sobre todo en historia y literatura. En esta última materia, su aventajamiento era tal, que en un viaje de Gallegos a Europa, lo suplió por el tiempo de su ausencia[3]. Ya estamos, pues, en el terreno que siempre tienta primero a los jóvenes intelectuales: la literatura. Por lo demás, el otro, la política, es no sólo terreno, sino palabra vedada en la Venezuela de Juan Vicente Gómez. El jefe del país no sólo la combate a muerte como fuente de sangre y división, sino que la detesta con sinceridad oponiendo a sus posibles cultores el propio ejemplo de «hombre de trabajo», agricultor y criador desde su más temprana juventud.

Aparte de las lecturas que ya trae desde la infancia inducidas y casi impuestas (como el *Quijote)* por su padre, el adolescente Betancourt se lanza a la lectura con la misma avidez que trae desde su infancia y con el mismo empeño que, en toda cosa, será el suyo siempre.

LOS LIBROS DE LA ADOLESCENCIA

La lectura precede a la escritura, y Romulito está decidido a ser escritor: ¿cuáles son entonces las lecturas de un novillero de la

literatura entre los doce y los dieciocho años, en la década de los veinte en aquella adormilada Venezuela? En 1926 (Betancourt tiene 18 años) publica una crónica introductoria a un poema de Israel Peña[4]. En ella, el joven profesor de literatura cita sin tomar respiro a los siguientes autores: Petrarca, Gutiérrez de Cetina, Larra, Rubén Darío, Eça de Queiroz, Lugones y Pitigrilli.

De ellos, Petrarca es una posible lectura indirecta (cualquier manual de la literatura lo trae); así como Gutiérrez de Cetina, ese autor del Siglo de Oro de cuya obra al parecer voluminosa quedan apenas las pocas líneas del conocido madrigal: «ojos claros, serenos /¿por qué si me miráis, miráis airados?». Pero es una lectura típica de adolescente enamoradizo, así como «Macías», ese extraño drama de ambiente medieval de Mariano José de Larra. Por su parte, Rubén Darío, muerto diez años antes, vive en las lecturas y hasta en el habla corriente de todos los jóvenes liceístas del continente.

Pero hay tres lecturas que son muy típicas del momento. Una de ellas, acaso la que más haya impresionado a Betancourt, porque no deja de citarlo, es Eça de Queiroz[5]. En las historias de la literatura suele decirse de Queiroz que en su estilo «se funden una propensión a lo barroco y la habilidad en adquirir nuevos términos y expresiones»[6]. No es cosa de establecer una relación directa, pero tampoco de desdeñar ese tipo de influencia, en el estilo del joven Betancourt como en el de sus años posteriores.

Como sea, en su *Epistolario de Fradique Mendes* nada puede gustar más a este joven aspirante a iconoclasta que aquella formidable sátira sobre el inmenso aunque jamás manifestado talento de Pacheco, la cual, amén de recordarle «El diente roto» de Pedro Emilio Coll (que sería un plagio si no hubiese sido publicado mucho antes de Queiroz), no dejaba de parecerle una alusión a los silenciosos talentos del gomecismo. Como se verá más adelante, a medida que una conciencia política se vaya abriendo paso, los jóvenes intelectuales venezolanos de los años veinte se acostum-

brarán a traducir «al venezolano» situaciones y personajes de otras partes.

Los otros dos autores citados son muy leídos entonces, aunque hoy hayan pasado a un segundo plano, si no han sido olvidados. El primero es Leopoldo Lugones[7], cuyo «vasto silencio de leones» aparece como muletilla en todo texto que se pretenda literario. El segundo es Pitigrilli[8], un novelista italiano a medio camino entre el decadentismo y la pornografía, al menos según los cánones de la época. En verdad, sus textos tenían el ingrediente clásico de lo que todavía no se llamaba *best-seller*: una pizca de erotismo mundano, su punta de exotismo y ese moralismo que los italianos llaman *qualunquista*: un nihilismo de conserjes y bodegueros.

Por lo menos, la suya no era una lectura para internado de señoritas, razón de más para que circulase entre jóvenes hambrientos de sexo y rebeldía. Seguramente, los de Pitigrilli eran libros que se leían so capa, pero que luego, eso no se ocultaba y por el contrario se citaba con orgullo y desparpajo; y su estilo no es una de las menores influencias que haya tenido en el suyo el joven Betancourt.

Entre líneas

Pero, según propia confesión, las dos lecturas que más poderosamente influyeron en todos los jóvenes que irrumpen en la historia venezolana a partir de 1928, son una novela y un libro de ensayos: *Sachka Yegulev*[9], la novela del ruso Leonidas Andreiev, hoy casi olvidada hasta por las historias de la literatura; y *El tema de nuestro tiempo*[10], de José Ortega y Gasset. El primero impresionó de tal manera al joven Rómulo, que incluso llegó a utilizar el seudónimo *Sachka* para sus primeros textos políticos. Es muy posible que la inmensa mayoría de los jóvenes que conocieron ese libro no hubiesen ido mucho más lejos de su párrafo inicial. En todo caso, para ellos se

transformó en una especie de manifiesto, idealista, populista, revolucionario y sacrificial:

> **Cuando sufre el alma de un gran pueblo, toda la vida está perturbada, los espíritus vivos se agitan y los que tienen un noble corazón inmaculado van al sacrificio. De éstos fue Sacha Pogodin, joven, hermoso y puro. La vida le había designado como víctima en el altar de sus pasiones y de sus dolores, y él abrió su corazón a los llamamientos misteriosos, incomprensibles para los demás; llenó hasta los bordes la copa de oro con la sangre de su sacrificio.**

Si Betancourt leyó ese libro hasta el final, no fue sólo por la aplicación que desde muy joven demostró en la lectura, sino también porque el joven profesor de literatura está inmerso en ella no con la distraída atención y el efímero interés de quienes, futuros abogados en su mayoría, tienen otros centros de interés (sin excluir, muy escondido, el político), sino con los del escritor. Cosa que Romulito está empeñado en ser hasta que en 1928 la historia le señale otro rumbo. Como sea, a él, como a sus jóvenes amigos, tenía que marcarlos con una huella muy profunda un texto que presentaba la imagen de un pueblo, y una circunstancia, que tan bien podían trasladar a los suyos venezolanos: es aquí cuando ellos comienzan esa lectura sesgada de textos extranjeros a que se aludía más arriba[11].

En primer lugar, hay la idea de una «Revolución» enmayusculada y difusa, algo que incendia las entrañas del pueblo ruso como una fuerza misteriosa e indetenible, y sobre todo indefinida, lo que permite pensar en, y hasta hablar de, ella sin mayores peligros. No se trata de la actual y actuante, la muy subversiva y aterradora revolución «roja» de Lenin y de Trotsky (todavía Stalin aparece como una luminaria menor), que ya tiene diez años provocando insomnios y pesadillas, sino de uno de esos sacudimientos del alma eslava inde-

finibles e indefinidos, más telúricos que sociales, que daban fácil alimento a generalidades inocuas y exotistas.

En segundo lugar, la idea de un pueblo de campesinos a cuya cabeza se ponen algunos jóvenes, como Sachka, por puro idealismo y no por machismo «revolucionario» (como los caudillos del siglo XIX). Esta idea de la sustitución de los antiguos matachines por jóvenes de puro corazón; y por otra parte de un intelectual (o un grupo de tales) dirigiendo a la masa ignorante será, como se verá en los años próximos, muy difícil de erradicar de la mentalidad del joven Betancourt y sus compañeros de generación.

Y como remate, la imagen idealizada de la joven madre: no la «viejita» enternecedora de la edad madura, sino el objeto de un amor todavía muy edipiano. En Sachka Yegulev es una pasión de niño que está dejando de serlo, la última llama de un amor a punto de ser traicionado, de ser sustituido por el amor sexual (aunque por lo general casto entonces) de los jóvenes púberes: es una lectura que se comprende agradable a los adolescentes.

Pero el libro que más influyó en Betancourt y en sus jóvenes amigos, al menos durante el año 28 y por mucho que lo nieguen casi de inmediato, es el de Ortega y Gasset publicado en 1923. Aparte de su amena claridad («la cortesía de los filósofos»), *El tema de nuestro tiempo* tiene de entrada una ventaja para jóvenes lectores ansiosos de comprender el mundo a través de sus primeras lecturas: propone una explicación de la historia que se podría resumir diciendo que la historia de la humanidad es la historia de la lucha entre generaciones: cámbiese «generaciones» por «clases» y se encontrará tendido un fácil puente hacia el marxismo, que algunos de ellos abrazarán en el próximo lustro. Esta influencia del momento se ve muy clara en un artículo escrito en enero de 1928 por Joaquín Gabaldón Márquez[12], ya por ese tiempo estudiante de la Universidad Central de Venezuela, texto que no vio la luz entonces, y guardó entre sus papeles para publicarlo treinta años más tarde[13]. Siempre hay la

sospecha, cuando eso se hace, de que el texto tardíamente publicado no sea el mismo original, de que el autor lo haya maquillado un poco para hacerlo coincidir con sus preocupaciones presentes, sus ideas actuales y, en ciertos casos, para presentarse como un visionario. Pero aquí no da la impresión de que eso haya sucedido: las ideas expuestas en ese escrito son las mismas que el autor y su grupo coetáneo manejaban con frecuencia y en ocasiones de manera pública en la época.

Es más, el solo título del trabajo de Gabaldón, «La lucha de las generaciones en 1928» anunciaba un estudio de caso, basado en una propuesta metodológica aceptada por el autor y acaso también por los eventuales lectores. Esto se evidenciaba a su lectura misma: sobre el joven venezolano había influido de manera inoculta el libro de Ortega y Gasset. Hay párrafos donde se repiten sus ideas de tal forma que se hace difícil pensar en coincidencia simple. Cuando Gabaldón escribe que todas las generaciones «en un conjunto indivisible, armónico, constitutivo de la unidad social en el tiempo, serán la manifestación de un mismo fenómeno, de una idéntica razón de ser, de una misma finalidad ulterior», no hace más que glosar lo escrito cinco años antes por Ortega: «Una generación [...] es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada»[14].

No es esa, ni con mucho, la única lección que estos jóvenes creen estar recibiendo de Ortega. Para intelectuales, para escritores primerizos que pretenden destacarse por su inteligencia y, quién sabe, por su talento si no su genio literarios, la primera tentación o la primera reacción es la de sentirse aislados, «incomprendidos» por la masa inculta, timorata y gregaria. Debían sentirse así directamente aludidos cuando leían en Ortega que «Esta minoría vive condenada a no ser bien entendida [...] De aquí que la minoría de avanzada viva en una situación de peligro ante el nuevo territorio

que ha de conquistar el vulgo retardatario que hostiliza a su espalda. Mientras edifica lo nuevo, tiene que defenderse de lo viejo»[15]. Pero a la vez, y éste acaso sea su mensaje inscrito más hondo en la mentalidad de Rómulo Betancourt, Ortega advierte que no cabe separar a los «héroes» de las masas, que se trata de una dualidad esencial al proceso histórico, pues «Un individuo absolutamente heterogéneo a la masa no produciría sobre ésta efecto alguno: su obra resbalaría sobre el cuerpo social de la época sin suscitar en él la menor reacción, por tanto, sin insertarse en el proceso general histórico»[16].

¿Cómo no ver allí una primera semilla de lo que Betancourt expresará después en el exilio, su decisión de no ser un «intelectual sin partido»? Sobre todo, y esto va a ser lo fundamental para comandar sus acciones en el futuro inmediato, la lectura de Ortega debe haberlos estimulado a meditar sobre lo que, en general, todos los jóvenes suelen pensar, pero pocos sienten la fuerza y el llamado de la historia para hacer del deseo una realidad: que están dispuestos a vivir una época «eliminatoria y polémica», a ser «una generación de combate», a que los suyos sean «tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva»[17].

De primera y segunda manos

¿Eran esas acaso las únicas lecturas de estos ya uñosos cachorros intelectuales, eran esas las únicas lecturas de Rómulo Betancourt? En un artículo de ínfulas filosofantes[18], tal vez el único del género que haya publicado en su vida y que huele a leguas el deber escolar, Betancourt cita a Oswald Spengler y a Augusto Comte, a Savigni y a Hegel, a Bentham, a Rousseau (que llama confianzudamente «Juan Jacobo»), a Renard, Kournov y Grocio. Pero nada indica que esas no sean lecturas indirectas o antológicas, para completar la información sobre el aplicado deber de quien es ya un aprovechado alumno del primer año de Derecho.

Hay en ese artículo algo más interesante en relación con su evolución ideológica posterior: es una referencia polémica y en general adversa a las tesis del materialismo histórico. Es su primera alusión a esta doctrina que abrazará a vuelta de pocos años. Ese texto será comentado más adelante, pero desde ya es posible plantear una interesante cuestión: ¿podía un joven adolescente de las capacidades y la curiosidad de Romulito entrar en contacto con las «nuevas teorías sociales», con el marxismo?

La refutación del materialismo histórico que él emprende en este artículo no revela una lectura directa: acaso esté apenas glosando a Stamler; por lo demás, él mismo reconoce que sus análisis se basan en «una síntesis esquemática». Sin embargo, un contemporáneo suyo pretende que, al menos hasta los años treinta, podía encontrarse en las librerías caraqueñas «todo tipo de literatura marxista»[19]. Acaso eso no se deba tomar *stricto sensu*: las librerías no era muchas y lo de «todo tipo de literatura» podría ser una expresión convencional. Pero, de todas maneras, diversos testimonios concuerdan en que, por la ignorancia y el primitivismo de la policía gomecista, algún libro subversivo podía pasar la aduana a pie enjuto, con tal de que su título fuesen inocuo o confuso: *El Capital* de Marx podía ser exhibido en la vitrina de una librería que hubiese acaso tenido problemas si se le ocurría poner allí *La rebelión de las masas*, el conocido ensayo de Ortega y Gasset. De modo que el hecho de que un lector tan curioso como Betancourt no se haya interesado todavía en eso, cuyos «vientos de fronda» llegaban «por los intersticios de la especie de muralla china tendida en torno al país»[20], no debe atribuirse del todo a una censura que en ese terreno es menos laxa que confundida. Podía tratarse también de desinterés por parte del joven Betancourt. Y ese desinterés podría tener un origen personal y otro colectivo. El primero es que hasta que ingresa a la universidad, y más precisamente hasta el año 28, Betancourt no da muestras de estar tentado por la política: está empeñado en ser escritor.

El segundo impone situarse en su momento, en su época: al revés de lo que sucedió después de 1945, los jóvenes no comienzan a manifestar una cierta conciencia política sino después de que entran a la universidad. Y eso, los más precoces: otros piensan que esa es cosa de dedicarse a ella una vez graduados. Pero ese liceísta politizado y revolucionario que se conoció en los años sesenta del siglo pasado, no existía, no podía existir en los veinte. Recuérdese además el esquema de Padioleau ya citado: la verdadera conciencia política se forma después de los 17 años.

Ya dentro de las fronteras venezolanas, ¿había escritores que despertasen interés en esos jóvenes intelectuales, en Rómulo Betancourt? Es imposible que un alumno tan dilecto de Rómulo Gallegos no hubiese leído sus textos publicados hasta entonces, *El último Solar* y *La trepadora*, y en particular los cuentos recogidos en volumen con el título de uno de ellos, *La rebelión*. Aunque es posible que también conozca a Pocaterra, es improbable, porque desde 1918 el valenciano es hombre subversivo. Por parejas razones, tampoco es fácil que frecuentase la prosa de Rufino Blanco Fombona.

Pero en cambio, Manuel Díaz Rodríguez ya ha publicado *Ídolos Rotos* y *Sangre Patricia*. A los 17 años, Betancourt glosa un cuento suyo y, como todos, lo llama «Maestro»[21]. En cuanto a los intelectuales más comprometidos con el gomecismo, de seguro habrá leído, este joven que ya comienza a interesarse por la historia y a escribir sobre ella, a Gil Fortoul y a González Guinán, así como a quienes enumerará con un desprecio no exento de admiración en agosto de 1929 hablando del «talento de Zumeta, la barata erudición de Vallenilla, la versación de Arcaya»[22].

¿Era capaz Betancourt de leer autores extranjeros en su lengua original? Si era el inglés, la respuesta es no: él mismo dice que comenzó a aprenderlo en 1929 en Curazao, cuando, diccionario en mano, emprendió la lectura de *We fight for oil* de Ludwell Denny[23]. En cuanto al francés, sus textos están salpicados de expresiones y hasta

citas textuales en ese idioma. Era una moda de la cual él mismo se burló citando a alguien para quien eso «*viste mucho* en el moderno concepto de las valoraciones literarias»[24].

Pero era muy difícil que careciese, llegado a la universidad, por lo menos de un manejo instrumental de esa lengua: una buena cantidad de los textos universitarios y la literatura de apoyo venían en francés.

Notas

1 Ese era su verdadero nombre. Hoy se suele llamarlo, erradamente, Liceo «Caracas».

2 Desde el 15 de septiembre de 1915 se le había asignado un sueldo de 240 bolívares mensuales para ejercer el cargo de sub-director. Cobraba además 90 bolívares mensuales por el curso de Historia y geografía universales: en total, 330 bolívares mensuales. *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública 1917*. Caracas, Imprenta Nacional, 1917, p. 266.

3 Virginia Betancourt Valverde (Comunicación personal).

4 «Versos de Israel Peña». *Billiken*, 31 de julio de 1926, p. 16 (como parecía ser costumbre entonces, no se solía numerar las páginas).

5 José María Eça de Queiroz (1845-1945). El más alto representante del realismo narrativo portugués y uno de los primeros del europeo. Entre sus obras más famosas: *O crime do padre Amaro*, *O primo Basilio*, y sobre todo *O mandarim* y *A correspondência de Fradique Mendes*.

6 *Enciclopedia de la literatura*. Barcelona, Garzanti, 1991, p. 297.

7 (1874-1938) Considerado uno de los poetas fundamentales del modernismo, en su corriente «mundonovista», es decir, que se oponía al europeísmo de Darío. Sus libros más populares fueron, en poesía, *Las montañas de oro*, *Lunario sentimental*, *Odas seculares* y *Poemas solariegos*. En prosa, *La guerra gaucha*. Sus opciones políticas fueron extremadamente reaccionarias, nacionalistas y militaristas, cercanas al fascismo.

8 Su verdadero nombre es Dino Segre (1893-1975). Algunos de sus títulos más conocidos contienen esa apelación a un cierto erotismo: *La cintura du castità*, *La vergine a 18 carati*, *I vegetariani dell'amore*. Hacia el

final de su vida se reconvirtió al catolicismo y renegó de toda su obra «mundana».

9 Buenos Aires, Colección Austral, 1950, pp. 255.

10 Madrid, Espasa-Calpe, 1995 (vigésima edición), 1955.

11 Eso no era cosa sólo de estos jóvenes intelectuales. En los años treinta un joven telegrafista, Luis Evaristo Ramírez, leía un libro, *Los crímenes del zarismo*, poniendo Gómez donde estaba escrito Romanov; «la Sagrada» donde estaba escrito Ojrana, etc. (Comunicación personal, 1977).

12 Esto lo hemos analizado pormenorizadamente en *Ni Dios ni Federación*, Caracas, Planeta, 1995, pp. 228-238.

13 Joaquín Gabaldón Márquez, *Memoria y cuento de la generación del 28.* Buenos Aires, Imprenta López, 1958.

14 *Op. cit.*, p. 62.

15 *Ibidem*, p. 60.

16 *Ibid.*, p. 62.

17 *Ibid.*, p. 65.

18 «Rodolfo Stamler y la metafísica jurídica», publicado en el número 1 de la revista *Nos Otras*, Caracas, 27 de abril de 1927. *Archibeta*, pp. 251-255. Rudolf Stamler (1856-1938) fue un filósofo alemán del derecho a quien las enciclopedias señalan una gran influencia en los años veinte en Alemania, España y América Latina.

19 Entrevista con Juan Bautista Fuenmayor, en presencia de Kotepa Delgado, el 6 de junio de 1977.

20 Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 67. En adelante, todas las referencias a este libro provendrán de ésta, su primera edición.

21 «Adieu, ma petite». *Billiken*, 30 de mayo de 1926, p. 17.

22 «En las huellas de la pezuña». *Archibeta*, T. I, p. 395.

23 Cf. el film *Rómulo Betancourt, génesis y vigencia de la democracia*, de Rodolfo Restifo, 1990.

24 «Clemente Votella» (Rómulo Betancourt), *Caricaturas*, Caracas, 28 de agosto de 1926, p. 27.

III. NOVILLADAS LITERARIAS

La joven promesa

El 15 de octubre de 1926 aparece el primero de la larguísima lista de artículos que, en la prensa venezolana, llevará ese título en el próximo medio siglo: «Rómulo Betancourt»[1]. Su autor es un condiscípulo suyo, Felipe Massiani; y al revés de los artículos posteriores, éste no habla del político, sino del Betancourt escritor.

Es comprensible un entusiasmo, por así decir «generacional», y Massiani no lo oculta: el suyo, dice, «No es un saludo a un consagrado, es una acogida entusiasta de ignorados para una obra que comprendemos y admiramos, sanos de odiosos egoísmos, libres de fanatismo obediente a cánones y convencionalismos». Pero ese entusiasmo lo particulariza en Betancourt alabando con euforia su «parto literario, espontáneo, sin esfuerzo, [...] la ironía, el sarcasmo, la frase sugeridora y honda», para rematar saludando «...a éste que llega como una fuerza nueva, aún sin orientaciones, si no es aquella que tiende hacia el triunfo como un presentido derrotero».

Massiani está siendo profético al referirse a su coetáneo, aunque equivoque el norte de sus vaticinios: en ese momento nadie, acaso ni el mismo interesado, concibe a Rómulo Betancourt como un dirigente político. En ambos, como en toda la gente con temperamento, vocación de artista, escritor (o simplemente aspiración de serlo), así como entre los más jóvenes e iconoclastas, el objeto central de su aborrecimiento es el «burgués»; y si ve lo que está viendo

a su alrededor, «el político» es uno de sus sinónimos. Ese «parto» de que habla Massiani proviene de un vientre de veras conejoso: Betancourt tiene dieciocho años, y sin embargo su entusiasta presentador puede citar de un tirón casi una docena de textos suyos, publicados casi todos, que van desde la poesía hasta la crónica satírica, pasando por el cuento y el ensayo[2].

Acaso lo más importante no sea la cantidad, sino el hecho de que incluso uno tan temprano como «Aquel pueblo triste», haya sido publicado en *Billiken,* quizás la más prestigiosa publicación literaria de la época, en 1925, cuando Betancourt tiene apenas diecisiete años. Lo cual indica un envidiable (y de seguro envidiado) reconocimiento por el mundillo literario de sus esperanzadoras cualidades.

«Érase un poeta», su primer texto literario conocido[3], es de febrero del1924, seis días antes de cumplir dieciséis años. Como es normal en esa edad, su primera intentona es un texto poético, aunque no rimado. A partir de allí, su producción sigue el itinerario normal de todo joven escritor: poesía, narrativa, ensayo, siendo en su caso esta última la puerta para su definitiva vocación escrituraria, la de periodista político. En esa prosa poética parece atender el consejo de Rainer María Rilke (que por fuerza, o mejor, por cuestión de fechas, desconocía) a los jóvenes poetas: no escribir poemas de amor. Pero no: al final, todas sus meditaciones son interrumpidas por una «risa de coqueta»; termina clamando por una mujer que lo escuche.

Y desde allí –genio y figura, hasta la sepultura– comienza a vérsele la tendencia, que ya habrá bebido en su admirado Eça de Queiroz, al barroquismo y al descubrimiento o invención de términos. Así, su alma no está sedienta, sino «sitibunda», las aguas no son verdes, sino «glaucas», Jesús no es el Cristo sino «el Divino Bohemio» que ha hecho florecer en su alma «la pródiga semilla kempiana». Algo parecido, en cuanto a insolación erótica y a terminología, sucede con «Aquel pueblo triste»[4]. Ésta es una evocación paisajística, donde

el color gris es el «caballero taciturno de la melancolía» y el pueblo se ve «encajado como una cuña débil en el recio corazón de la montaña», y su maestro es «un dómine de clásico abolengo».

Pero paisajista o no, confiesa que el espectáculo de la criolla desnudez de una mujer bañándose en el río (y que no tiene senos, sino «pomas») le hizo descubrir el Amor y la Belleza (las mayúsculas, por supuesto, son suyas). Al final, porque si no, no sería Betancourt, habla del «canto polifonal que se eleva de todos los seres en la Belleza multiforme».

La última de esas intentonas poéticas que hasta ahora haya sido posible ubicar («Adieu, ma petite»)[5] parece una despedida no sólo a su *petite*, sino también al género. Allí habla de «la soñadora teoría de mis dromedarios», confiesa haber «exprimido el tosco vaso de estilo», recuerda de su amada las «verdes pupilas agarenas» (o sea, semitas, de las descendientes de Agar); mientras que, en el nocturno cielo tropical, las estrellas no están incrustadas sino «taraceadas»; y termina citando en francés al «pálido Mussett».

En el cuento «Orgullo de blasón»[6] (dedicado a su ya fraterno Joaquín Gabaldón Márquez) es clara la influencia de Eça de Queiroz. Se trata de una de esas sátiras naturalistas tan caras al portugués, donde se mezclan el desprecio por los pujos aristocráticos y de limpieza de sangre de los burgueses caraqueños, y el ridículo en que los pone, adulterina, la tempestuosa sangre de las criollas. Allí maneja a troche y moche la comparación, la metáfora y la metonimia. El personaje central del cuento traía las gloriosas tradiciones de su «preilustre casta», «arrebiatadas todas al hilo de su evocación» como los asnos van «arrebiatados al cabestro del arriero trashumante»; porta una «blanca corbata patricia» que cubre una «barba procera»; evoca «el trágico muñón del Mocho Hernández». Esperaba que un pintor que entra en escena llevase «grandes barbas apostólicas, suerte de Tolstoi de la paleta», pero en cambio se presenta, más que perfumado, «trascendiendo a agua de colonia y a Guerlin». Y así, sin

que falte el *morceau de bravoure* estilístico: la parturienta emite alaridos «donde gime su dolor la entraña rota y canta un salmo gozoso la vida naciente».

Desde muy temprano, Betancourt se ha sentido atraído por el ensayo, en forma muchas veces de crítica literaria: arriba se vio cómo Massiani lo cita glosando a Cedillo (¿?) y, con acatamiento de discípulo, a Anatole France. En 1926 presenta un poema de Israel Peña[7] donde despliega más que un conocimiento erudito del oficio, la actitud pedantesca tradicional en un crítico literario. Para él, Peña «Escribe versos, bellos versos, donde sus inquietudes espirituales están desnudas, sin esos falsos versos púdicos de los eunucos del Arte». Hay dos párrafos de esa crítica que son ejemplares por la petulancia erudita del crítico juvenil y por contener en agraz su estilo pugnaz y despectivo.

El primero: «Está muy alejado el suyo del romanticismo sensiblero de los orfebres de postales y del de las burguesitas que lloran a lágrima viva leyendo un episodio de Doña Carlota Braemé mientras que simultáneamente –oh, Fradique sutil– saborean un sándwich de *foie-gras*». El segundo: «Acaso algún crítico *junior*, amparado tras su etiqueta bachilleril, rastree en ese poema la influencia de ese gran señor de la rima que es Leopoldo Lugones. Tal vez, señor bachiller, ese verso tan sugerente: ‘amortajaba el lago de amarillo una desfloración de margaritas’, recuerde demasiado la ‘manera’ lugoniana».

Todo está allí para denunciar, más que nada, la edad del crítico: el odio a todo lo burgués, en particular lo pequeño-burgués nuevorrico (un sándwich de *foie-gras*); el desprecio del «romanticismo sensiblero», en el primero de esos párrafos. En el otro, la jaquetonería: mira por encima del hombro a algún crítico *junior* (en otras palabras, él mismo se considera un crítico *senior*), le echa en cara su «etiqueta bachilleril» (que él mismo acaba de colgarse); da muestras de haber leído, y bien, al infaltable Leopoldo Lugones; y, ya, da también una muestra de su particular forma de adjetivar: «lugoniana».

Otro texto, muy corto, lo escribe para presentar al más caro y dilecto de los suyos, Jóvito Villalba[8], autor de un artículo que según Betancourt mismo confiesa, lo robó su «fraterna camaradería» de la gaveta de su amigo, a quien retrata como «Individualista y huraño, enemigo por naturaleza y convicciones de exhibicionismos y reclames».

Betancourt piensa que su condiscípulo «No prodiga las citas ni el 'apriorismo' catarroso de los indigestos. El estilo es acorde con el contenido ideológico, podado de frases hechas y de anacrónicos literaturismos» (lo cual dicho sea de paso, es la manera más literaturista de condenar los «literaturismos»).

Hay dos textos que están muy cercanos, y no sólo en el tiempo, sino por la respetuosa forma académica y por su condición de deber escolar, expreso en uno, presumible en el otro. El primero es su «tesis» sobre Cecilio Acosta[9], obligatoria para graduarse de bachiller. Las comillas nada tienen de caprichoso: se trata de un escrito que no sobrepasa las cuatro cuartillas. Con todo, hay en ese texto algunas apreciaciones bastante corajudas, si se toma en cuenta que podría leerlo un jurado timorato.

Allí juzga sin amenidad las condiciones de poeta de Acosta: «La obra poética de Cecilio Acosta es reducida y de escaso valor. Su poesía carece de soplo vital. Aunque sin caer en las exageraciones retóricas de sus contemporáneos, sólo en fugaces momentos logra llenar de contenido humano la cuenca de su verso»[10]. La prosa de Acosta le merece otra opinión: la considera «la más sólida y densa de cuantas valoran el acervo intelectual de Venezuela»[11]. Pero es su opinión sobre el Acosta académico la más interesante de todas, no por lo que dice de ese autor, sino por ser un trozo especialmente característico de lo que será su estilo de siempre, recargado y barroco: «Académico, sin academicismos, desdeña la adustez intransigente del magíster y no vacila en criticar el 'cordón sanitario' con que el ingenuo Baralt pretendió [...] hacer impermeable el castellano a las inevitables ósmosis con idiomas afines»[12].

Cuando Betancourt entra a la universidad, sobre todo cuando debe escribir algo que, antes de ir a las prensas, debe pasar por la lupa de su profesor, se vuelve más serio y formal, casi se diría que erudito y académico. En aquel artículo sobre Rodolfo Stamler, despacha en un párrafo el «concepto materialista de la historia [...] expresión última de las doctrinas económicas marxistas» el cual, dice, «consiste, reducido a una síntesis esquemática, en considerar los fenómenos de la vida social –el derecho entre ellos– como superestructuras de un fenómeno económico fundamental». Su apreciación es por lo general negativa, siguiendo la pauta del autor estudiado. Así, de las objeciones de Stamler al marxismo hay una que le parece «definitiva»: al negarle al derecho «una finalidad normativa como orientador de las sociedades hacia finalidades definidas, ¿qué índice de apreciación puede suministrar el materialismo histórico para distinguir las situaciones sociales 'objetivamente justas' de las que no lo son?»[13].

La lectura de ese texto provoca algunos comentarios que permiten, más allá de lo individual, «betancuriano», adentrarnos en el ambiente intelectual de la época, en lo que pensaban y discutían los jóvenes intelectuales caraqueños en la segunda mitad de la década de los veinte. Si se acepta que este texto tan pulido y formal no pase de ser un deber escolar (entre otras cosas, Betancourt jamás volverá a citar a ese autor, ni a ocuparse de cuestiones de Derecho), es necesario comprender sus limitaciones. En efecto, el novísimo estudiante de Derecho puede estar expresando menos sus propias opiniones que escribiendo un trabajo merecedor de la aceptación de la cátedra. Ya el hecho de no ser puramente descriptivo, de atreverse a adelantar criterios personales –así vayan en el mismo sentido de la presumible opinión profesoral– es un adelanto, y da un indicio de su futura personalidad intelectual y política.

Pero Betancourt no se limitará, en la «vieja casona conventual» de San Francisco, a ser un alumno aplicado que comparte con Jóvito

Villalba la envidiada condición de estudiante *summa cum laude*[14], sino que desde su primer año comienza a destacarse como dirigente cultural, hasta que llegue, con el año 28, su inauguración como líder político. Es así como en noviembre de 1926, cuando apenas tiene algunas semanas de haber ingresado a la universidad, se le concede el honor de presentar a la escritora española María Álvarez de Burgos, con quien algunos chismorreos le atribuyen una amistad algo más que intelectual. Cosa inevitable cuando se trata de una mujer que viaja sola, adelantada del feminismo (aunque, en una reacción ya por entonces clásica, ella niegue serlo, y ser sólo «femenina») y que viene echando pestes contra la sociedad gazmoña y macha, como es todavía la española y, por supuesto, la venezolana.

El único retrato conocido entonces de la señora Burgos, por lo demás, no deja de recordar al de la señora Virginia, la madre de Betancourt, que perderá en enero del año siguiente, con manifestaciones de un dolor profundo, obsesivo, casi enfermizo[15]. Aquellos chismorreos no tienen por origen tan sólo la mala intención, sino que «aviva sus candelas» la apasionada presentación que le hace Betancourt.

El joven aspirante a escritor confiesa sin rubor que ella le ha hablado «ya tanto» de su vida, la cual tiene «mucho de un romance bello y trágico»; habla de cómo ha dejado las «líneas mansas y serenas de su rostro en la cabeza adolescente del Bautista, el Jokanaán melancólico, irremisiblemente triste, que trena y maldice en el poema del inglés»[16].

Y al final, da a sus compañeros, con aire madrigalesco, «este consejo de convencido: si queréis que los conceptos de María Álvarez de Burgos arraiguen en vuestro espíritu, cerrad los ojos mientras ella habla y evitaréis que toda vuestra atención se haga trizas en galante oblación contemplativa de los bellos labios»[17].

La conferencia de la Álvarez Burgos nos haría sonreír divertidos, de sólo pensar que pudieran haber sido escandalosos aquellos con-

ceptos que hoy nos parecen generalidades inocuas. Pero en aquella Caracas donde el *fox-trot* era poco menos que un engendro del averno, debía sonar a licencia tipo Pitigrilli la expresión de su creencia en que las mujeres tienen para con el hombre tres grandes misiones en la vida: «en la juventud, amantes; en la madurez, hermana; y en la vejez, madre». Y, por supuesto, a estos jóvenes que ya se andan pasando de mano en mano el libro de Ortega convocándolos a la lucha entre generaciones, debía ser música celestial el consejo de la Burgos:

> **...es hora de que nuestras voces no se eleven siempre para cantar el pasado, para recordar viejas glorias que ya no pueden hablar a vuestros espíritus ansiosos de renovación y de juventud [...] todo lo que no lleve en sí deseos de renovación, es muerte del espíritu, paralización de vida, atraso de ideas.**

Con todo, lo más interesante sigue siendo la presentación de Betancourt, menos por lo que en ese momento diga, que por lo que, andando el tiempo, él mismo llamará su «estilito»[18]. Allí parecen estarse fijando ya en forma definitiva las características de su oratoria hasta la hora de su muerte.

No falta la inevitable alusión al personaje de Eça de Queiroz: «puede estar segura nuestra visitante de que Pacheco, 'celoso guardián de la moralidad' y feliz depositario de cuatro ideas elementales, se ha quedado allí, junto a la puerta, sin atreverse a transponer el umbral, rumiando en silencio –oh, el silencio inquietante de Pacheco!– el dolor impotente de su fracaso». Hay también en ese discurso la habitual parrafada juvenil anti-burguesa, con su llamado a «rescatar de manos adiposas de mercaderes, a golpe de gestos y de gritos de obra, el sepulcro de N. S. Don Quijote». Esto último es un calco al carbón del ensayo «El sepulcro de Don Quijote», de Miguel de Unamuno, otra lectura obligada de la época y de esos muchachos.

Pero donde ya se muestra en todo esplendor su inconfundible estilo oratorio es en este párrafo antológico:

> **Pertenece María Álvarez de Burgos al grupo de mujeres que con gestos serenos y audaces, sin histerismo supliciado en actitudes ruborosas, están desgarrando los falsos velos púdicos –hoja de parra que es burda zaraza tejida por la mentira industrial– con que los eunucos del Arte cubrieron la casta desnudez olímpica de la Venus manca!**

La gran prensa

Es normal que, llegado a estas alturas, el joven Betancourt quiera dejar de ser leído en la intimidad de las revistas literarias, acceder al periodismo de la «gran» prensa. Va a encontrar un primer camino en el humorismo, en unas crónicas para la revista *Caricaturas*[19]. Las firma como «Clemente Votella», alusión más que transparente a un comediógrafo muy en boga entonces, y de quien los diccionarios de la literatura no quieren hoy acordarse. El seudónimo era una simple convención literaria: no tenía intención de ocultar al autor, pues aparecía con una inconfundible caricatura del joven columnista. En un principio, su crónica fue concebida como una columna regular, destinada a aparecer cada quince días, pero sólo verá la luz dos veces en 1926 y una en 1927. Es posible que la supresión de la columna de «Votella» no haya tenido mucho que ver con la calidad de su prosa, sino con reducciones presupuestarias: el artículo de Betancourt debía aparecer en la página 27, pero al poco tiempo la revista redujo las suyas a 24.

Según él mismo, Betancourt pensó en bautizar su sección como *Potpourri*, y aprovecharse así del prestigio que da siempre una cita en francés. Pero en cambio, dice, «he sacrificado la ventaja que me daría en el ánimo del público el título franchute de estas crónicas

por la gráfica y sugeridora expresión criolla: *galleta*». Se presenta como «un juglar de nuevo cuño que en lugar de empenachado verso fabla en pedestre prosa»[20].

La siguiente columna es una crónica más queirosiana que nunca sobre un personaje típico de la época: el «vitoco», quien pasea «a las horas clásicas del gradilleo la pulcra aristocracia de dandy de su silueta muy a lo Barbey d'Aurevilly [...] la tortura elegante de las guetas [...] el brummeliano estorbo de unos guantes grises»[21]. El tercer artículo aparecerá casi un año más tarde[22], y en él se refiere a «Caracas, ciudad joven, voluble y olvidadiza [...] la mejor de las ciudades habitables como diría el cándido voltairiano». Con esta crónica parece cerrarse el ciclo muy breve del Betancourt satírico. Ya parece estar listo para el salto a lo que será su vida en los años siguientes, en el terreno de la escritura: el de periodista político y cotidiano. Pero todavía las cosas no maduran, y su entrada en la «gran prensa» se hará por un ventanuco y de mano de una prima hermana de la política, la historia. Será también breve, en tiempo como en espacio: apenas ocho crónicas en la primera página de *La Esfera*, y una más pero ya fuera de la columna periódica, como un «aguinaldo» el 24 de diciembre.

El tres de diciembre de 1927 comienza pues a aparecer sin firma esa columna suya, «La Historia al Día»[23]. Habla de Boves como «la espada más cortante» entre las que defendieron la Corona no sólo en Venezuela sino en toda América Latina. Considera a Tomás Lander «indudablemente, una de las figuras más prestigiosas del periodismo combatiente venezolano», un hombre que «Si en su país sirvió con su pluma de periodista honrado, divulgando doctrinas políticas que él creyó fáciles de implantar en nuestro medio defendiendo muchas veces el decoro de las instituciones nacionales, se preocupó también por nuestra riqueza efectiva dándole impulso a la agricultura»[24].

En cambio, juzga de una manera diferente a Antonio Leocadio Guzmán, «uno de los hombres más inquietantes surgidos de nues-

tras luchas republicanas [...] un tipo –el más acabado del venezolano, audaz chicharachero [*sic*] presto en el ataque, violento y mordaz en la réplica»[25].

En otra crónica, Bolívar concluye su discurso de Angostura «fulgurante de aquellas metáforas vivas donde se diafaniza el énfasis del XVIII, con [...] frases conminatorias»[26]. Pero más tarde, ante la división de Colombia, «Se resigna a ello el Libertador; más entonces se satura su espíritu de aquella acedumbre y melancolía»[27]. También utiliza la ironía sutil para combatir un inocente mito popular: refiriéndose a José Ángel Lamas, asienta que «la fantasía popular ha tejido su leyenda, pero tan sin fundamento que no vale la pena mencionarla»[28].

Pero la historia está demasiado cerca de la política como para que no se sienta la tentación de cruzar la frontera. Como no puede hacerlo por acción, Betancourt parece estarlo haciendo por omisión. El 19 de diciembre dedica su crónica a la polémica desatada en 1829 en la Nueva Granada por la publicación del libro *Meditaciones colombianas* de Juan García del Río. La crónica no puede ser más inocua, salvo por la fecha en que se publica: se trata del 19 de diciembre, y Betancourt ignora esa fecha histórica de la Rehabilitación gomecista. Y luego, ya basta de historia con minúscula: la otra lo espera con su mayúscula en febrero del año siguiente.

* * *

¿Qué decir de estas andanzas primerizas de Rómulo Betancourt como escritor? Es fácil burlarse a estas alturas de aquellos primeros pasos que combinan la bisoñería y la petulancia: hay que tomar en cuenta que ellos se dan entre sus quince y diecinueve años. El de la creación literaria, el de la ficción, sea poética o narrativa, es un terreno muy escabroso. No es muy fácil encontrar escritos primerizos donde hasta el más depurado manejador del lenguaje no haya caído

alguna vez en infantilismos, en torpezas estilísticas, en lugares comunes y en cursilerías. Si revisamos los textos de sus contemporáneos, hallaremos en todos los mismos defectos, los mismos temblores de primíparos, las misma ultranzas, la misma petulancia y los mismos gazapos. Como sea, la actitud con que son recibidos sus escritos, y el hecho de ser publicados en periódicos de tanto prestigio (*Billiken*, *Élite*, *La Esfera*), implica un reconocimiento cierto de su talento, o de sus cualidades.

Cuando menos, se le pone al mismo nivel de sus coetáneos que habrán de seguir, con diversa fortuna, la carrera literaria. Tal vez el único que, en el reconocimiento general, los sobrepase, sea Uslar Pietri (ligeramente mayor que Betancourt, pero a esa edad, dos años son muchos), porque Picón Salas, que es mucho mayor, está en el extranjero, y es muy poco conocido en Venezuela. De haber seguido por ese camino, ¿habría Betancourt depurado su estilo, se habría convertido en un escritor digno de tal nombre? Hacerse la pregunta es tonto, porque sólo se puede conjeturar por el gusto de hacerlo. Betancourt, a partir del año siguiente, escogerá sin regreso otro camino. Dejará de lado su ambición de hacerse escritor o, para decirlo con sus propias palabras, se «cortará la coleta» literaria[29].

Notas

1 Felipe Antonio Massiani, *Venezuela*, revista quincenal ilustrada. Caracas, Tip. Americana, p. 9.

2 «Caja de bombones», «Noche de carnaval», «Orgullo de blasón», «Flirt», «Parque otoñal», «Marquesita», «Adieu, ma petite», «Parábola», «Héroes oscuros», un estudio sobre Cedillo y otro sobre Anatole France. Hay que agregar a eso el estudio sobre Rodolfo Stamler ya citado y otras prosas poéticas que Massiani omite: «Aquella aldea triste» y «Érase un poeta».

3 Fue publicado en la revista *Kronos*, el 16 de febrero de 1924. *Archibeta*, T. I, pp. 242-243 (87).

4 *Billiken*, 16 de mayo de 1925, p. 17.

5 *Billiken*, 30 de mayo de 1926, p. 17.

6 Publicado en la revista *Venezuela*, el 31 de agosto de 1926, *Archibeta* I, pp. 244-249 (88).

7 «Diálogos del crepúsculo», *Billiken*, 31 de julio de 1926, p. 16.

8 Jóvito Villalba Gutiérrez, «Los reformadores morales». Revista *Venezuela*, 31 de octubre de 1926, p. 33.

9 *Archibeta*, T. I, pp. 285-288. Cf. igualmente el «Expediente de opción al título de Bachiller en Filosofía de Rómulo Betancourt. 24 de mayo de 1928». *Archibeta*, T. I, pp. 118-121. Hay algo extraño en este último documento, a menos que haya algún error de transcripción. En mayo de 1928, no solamente ya Betancourt ha culminado con el mayor éxito su primer año de Derecho, sino que se han producido los sucesos de la Semana del Estudiante y sobre todo, el alzamiento de 7 de abril: Betancourt anda en ese momento a salto de mata, si no ha abandonado ya el país.

10 *Ibidem*, p. 286.

11 *Idem*.

12 *Ibidem*, p. 287.

13 *Op. cit.*, p. 253.

14 «Calificaciones en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, en materias de las que fue cursante Rómulo Betancourt. Julio de 1927». *Archibeta*, T. I, pp. 106-111 (69).

15 Dentro del análisis que intenta este estudio, todo esto no valdría la pena de ser mencionado, si no fuese porque entre otras cosas no ha faltado quien, muy en serio, haya postulado que la muerte de la madre de Betancourt fue poco menos que determinante para que el joven Betancourt sublimara su dolor lanzándose a la aventura política en 1928. Cf. Hebert Koeneke, «Rómulo Betancourt: una visión del liderazgo político». *Rómulo Betancourt: historia y contemporaneidad*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1989, p. 75.

16 Parece referirse al *Herodías* de Wilde que no es, en rigor, un poema.

17 *Conferencia leída por Doña María Álvarez de Burgos en el Centro de Estudiantes de Derecho de Venezuela el 7 de noviembre de 1926*. Caracas,

Imprenta Bolívar, 1926. Uno de los raros ejemplares conservados de este folleto se encuentra en la «Biblioteca Venezolana de J. M. Ovalles», y me fue igualmente permitido consultarlo y copiarlo por el poeta Caupolicán Ovalles, heredero de esa «Gran Papelería del Mundo».

18 En alguna conversación con su Secretario General de la Presidencia, Betancourt se indignaba ante las burlas de los humoristas de izquierda (*La Pava Macha*) por su prosa barroca y le decía «al fin y al cabo a mí no me ha ido nada mal con mi estilito» (Ramón J. Velásquez, comunicación personal).

19 Dirigida por Alejandro Alfonzo Larrain (*Alfa*) y Rafael Rivero, el sabatino *Caricaturas* era contemporáneo y amistoso rival del *Fantoches* de Leoncio Marrtínez (*Leo*). En su publicación colaboraban, además del infaltable *Job Pim*, Miguel Otero Silva (*Miotsi*), Nelson Himiob, Miguel Acosta Saignes y por supuesto, Rómulo Betancourt.

20 28 de agosto de 1926.

21 4 de septiembre de 1926.

22 «Caracas, pueblo sin memoria», *Caricaturas*, 11 de junio de 1927.

23 En 1936, al reseñar su regreso del exilio, *La Esfera* recuerda que «honró durante varios meses con su talento muchas páginas de este periódico cuando en él colaboraba con una interesante sección de historia venezolana». Rómulo Betancourt, *Antología política*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, vol. 2, p. 179.

24 6 de diciembre de 1927.

25 24 de diciembre de 1927.

26 11 de diciembre de 1927.

27 16 de diciembre de 1927.

28 9 de diciembre de 1927. Betancourt se refiere a la leyenda popular según la cual el Papa escucha religiosamente, en Jueves Santo, el *Populе meus* de Lamas.

29 Al dejar la presidencia de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1948, Betancourt anunció que se dedicaría a escribir un libro, «¿Literatura?» le preguntó un periodista. «¡No! ¡Si yo me corté la coleta hace más de veinte años!».

IV. A LA HISTORIA, SIN NOMBRES

Hasta ahora, estas páginas se han centrado en la biografía (si bien intelectual, en lo fundamental personalizada) de Rómulo Betancourt. Ahora, su próximo paso borra o esconde su ser individual detrás de lo impersonal o colectivo. Es una paradoja que eso sea así en el momento en que ingresa con propio pie en la historia a través de una actividad, la política, que inscribirá para siempre su nombre en ella. Pero lo será no sólo por una imposición social, sino también por una voluntad propia que se irá ahondando con el paso de los años. Para decirlo en una sola frase, el año 1928 señalará el paso del personalismo al colectivismo político. Y al revés de lo que suele suceder, aquí el adjetivo acaso sea más importante que los sustantivos.

Más que el recuento de los sucesos de ese año, sobre lo cual se ha escrito en Venezuela hasta cansar las plumas más infatigables, es mejor intentar el análisis de los procesos que tuvieron allí su primera manifestación pública. Y eso, tanto desde el punto de vista del cambio ideológico, de la acción que fue la faz pública de ellos y de los signos iniciales de su continuidad, esto último tal vez lo más importante y sin embargo lo menos estudiado.

¡Fuenteovejuna, señor!

En 1927, desde el primer momento de la refundación de aquella Federación de Estudiantes de Venezuela que se había extinguido en

1921, comienza a aparecer la invocación de la defensa «de los intereses colectivos» en un documento por lo general tan inocuo como el reglamento interno de la asociación[1]. Cierto, la formulación es ambigua, pero muchas cosas lo serán en ese año y, además, expresar con claridad un objetivo tan cercano a la política podía no sólo atraer la censura desconfiada del gobierno sino, peor aún, el desinterés o el miedo de sus posibles miembros.

En los meses siguientes, discursos, artículos o proclamas no dejan de poner el acento en lo benéfico de las asociaciones, como signo de civilización y de modernidad contra la supremacía del más fuerte: es lo que hace el poeta José Tadeo Arreaza Calatrava cuando los estudiantes lo invitan a inaugurar su organización.

Al presentar al poeta, el estudiante Jacinto Fombona Pachano aclara que no tiene intención de defender su propia asociación y nada más. Lo que preconiza es una red de esos agrupamientos: «Asociación de estudiantes, asociación de obreros, asociaciones en todos los gremios y en todas las actividades de la vida profesional, industrial, económica del país, implican la fuerza y la defensa de un pueblo»[2].

Para Arreaza, como para los jóvenes que lo han invitado, el de asociación es, además, uno de los mayores derechos individuales y sociales[3]. Y no cualquier reclutamiento forzado ni ayuntamiento gregario, sino el derecho a la «libre asociación»[4]. Ésta es una idea, pues, que parece flotar en el ambiente mucho antes de que los estudiantes le encuentren una expresión más clara. Porque la omisión de referencias explícitas a «la situación», en sus proclamas y ensayos, no es en todo caso una novedad. Si bien inexpresa, existe, se podría decir, en lo más profundo de las conciencias libres (esto quiere decir, no encarceladas) un rechazo si no una oposición al gomecismo, y los universitarios han sido siempre la vanguardia de tal sentimiento: en 1914, en 1918, en 1921 lo han mostrado.

Pero la diferencia es que éstos no sólo omiten el nombre del general Gómez, sino que omiten cualquier otro nombre. No se escu-

cha, ni en los momentos de mayor exaltación, que se den «¡vivas!» a ninguno de los envejecidos capitanes del exilio, y ni siquiera a algunos de ellos que permanecen enmurados, y a quienes el halo del martirio pudiese haber lavado, a los ojos de los jóvenes, de las antiguas culpas. Se va aún más lejos: en un periódico clandestino redactado y difundido como los *samizdat* rusos medio siglo más tarde, *El Imparcial*, se hace una defensa del anonimato no como una comprensible defensa ante la represión de la tiranía, sino como una posición que contrapone la rebeldía colectiva al gesto individual, por muy heroico que pueda parecer[5]. Es más, por lo menos uno de esos muchachos, Joaquín Gabaldón Márquez (hijo de un caudillo que un año después se alzará contra Gómez) será uno de los primeros que con mayor claridad manifestará su preocupación porque el movimiento estudiantil pueda ser «colonizado» por alguno de los viejos personalismos[6].

Será también ese joven quien por primera vez dará al movimiento estudiantil de 1928 un nombre que después se hará famoso: «generación»[7]. Ya se ha hablado en un capítulo anterior de la influencia del libro de Ortega y Gasset y sobre todo del concepto de «generación» entre los jóvenes de la década de los veinte. Pero además es posible afirmar que en el siglo XX venezolano sólo ha existido una «generación» merecedora de tal nombre, y es la del 28: las demás son rutinarios e ineludibles productos biológicos. Porque ella tuvo no sólo conciencia de ser una generación, sino la expresa voluntad de serlo. Y no como producto, resultado o racionalización de sus actos, sino como proyecto (y hasta programa) previo a la acción, tal como lo demuestra aquel texto escrito *antes* de la Semana del Estudiante.

Cierto, tampoco podía ser esa una forma teórica, acaso demasiado abstracta de plantear el asunto. Concebir en 1928 el desarrollo de la sociedad como una lucha entre generaciones no deja de aludir a la avanzada edad del dictador, cuya «generación» debe preparar su

salida de la escena. Pero el objetivo principal de aquellos muchachos es el de despersonalizar su propia acción del momento.

Adoptar esa denominación significaba romper el círculo vicioso donde encerraba al país la oposición tradicional entre «gomistas» y «antigomistas». De modo que lo de «generación» no significó en realidad esa sucesión biológica o cronológica que el término contiene, sino una forma de designar una voluntad colectiva, que se buscaba oponer a la egomanía de tiranos y anti-tiranos[8]. Esa preocupación por fundirse en la masa, por representar y representarse como una voluntad colectiva, sólo se explica en una sociedad que había visto hundirse una república ensangrentada en el pantano del personalismo, y ser sustituida por una tiranía también personalista.

En aquella designación, pues, está contenido el primer enfrentamiento del nuevo y emergente grupo al viejo y dominante, y hace éste del 28 diferente de los movimientos civiles que han tenido lugar desde 1903, y de las algaradas estudiantiles del 14, del 18 y del 21. La palabra «generación» es así producto histórico y no historiográfico; una creación de los propios implicados, y no una racionalización *ex post facto* de sus exégetas.

En el primer intento de interpretar los acontecimientos, fresco todavía su recuerdo a muy pocos meses de haberse sucedido, dos jóvenes estudiantes, Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, se refieren a la pedrada con la cual Guillermo Prince Lara destruyó una placa alusiva al tirano en las paredes de la Universidad Central. La ven como «el primer chispazo, tímido por augural, de la gran llamarada en que se envolvería pronto una generación que a golpes de gestos se está logrando un sitio en la memoria de los hombres»[9].

Como para que se entienda que no se trata de una frase aislada, insisten al rebatir unas declaraciones de Gómez a *El Nuevo Diario* donde se presenta como un padre severo: «La actitud 'absurda e irrespetuosa' –dicen en su respuesta– no ha sido asumida por un grupo como sugiere, tendenciosamente, el verbo revelador del Pre-

sidente. Ha sido asumida por una generación íntegra». Esa voluntad impersonal la ratifican en la práctica con la adopción de un símbolo, como ellos mismos lo dijeron entonces, «despojado de toda corporeidad»: la boina azul.

¡A la calle!

Todo ese ambiente, la suma de todas esas actitudes, van a traducirse, más que en la acción, en la forma que ella tomará: los jóvenes avanzan en filas cerradas, sin dejar el menor resquicio por donde pueda colarse no sólo el enemigo, sino el odiado personalismo. Lo primero que hacen es inscribirse en la tradición inventada, según Germán Arciniegas, por los estudiantes en el siglo XX: elegir una reina. Estas dos palabras suenan antitéticas, y una reina electa es casi un oximoron. Se hace con eso el remedo de la monarquía, pero ellos prefieren transformarlo, como quien no quiere la cosa, en el remedo de la democracia. Por eso, el reglamento para las elecciones de la reina es democrático en extremo (con la excepción de que hasta ahora, no se sabe que Beatriz Peña haya tenido contendoras). Claro, sus súbditos saben que deben andarse con pies de plomo; y si en los dirigentes estaba clara no sólo su oposición a la tiranía sino la necesidad de expresarla, no pueden olvidar que en todo caso representan una colectividad y que no saben aún hasta dónde estará ella dispuesta a seguirlos. Si uno lee las intervenciones de los tres líderes estudiantiles en los festejos de la Semana del Estudiante, dos cosas llaman la atención.

Una, que aquellas inocuas frases pudiesen ser consideradas subversivas sólo se puede comprender situándose en la perspectiva exacta del momento: eso da una idea de la calidad y la profundidad del terror que se había enseñoreado en Venezuela. Lo segundo se expresa mucho más por omisión que por acción. En efecto, en los discursos y artículos que se pronuncian frente a los estudiantes o

se escriben en sus revistas, está ausente la invocación de la persona, o mejor dicho, de *una* persona: no hay la referencia habitual, y habitualmente adulatoria, al Benemérito y Pacificador de la Patria, General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

La alusión más subversiva del texto escrito de Villalba está contenida en una críptica referencia a quienes han mantenido la cara al sol «durante veinte años»[10]. Eso no podía caer en el vacío: el 19 de diciembre de ese mismo año, Juan Vicente Gómez cumpliría veinte años en el poder. Gabaldón, que pretende en su discurso señalar el comienzo de una nueva hégira, prefiere describir el heroísmo de los niños que pelearon y vencieron en La Victoria[11].

Pero lo más curioso de todo reside acaso en el discurso de Betancourt. El líder político que será a partir de entonces, no aparece por ningún lado: no se encuentran allí esas alusiones veladas a los «veinte años» que están en el texto de Villalba. Da la impresión de que quien habla es, todavía, el pichón del escritor que hasta ese momento se ha empeñado en ser. Lo único que lo ata a su historia posterior, pero que como se ha visto, tampoco estaba ausente antes, es su barroco e inabandonado estilo queirociano. En todo caso, el discurso no causó escándalo, ni nadie pareció ver allí intención oculta de crítica política[12].

Cierto, una cosa es la palabra escrita para leer en un acto solemne y un tanto frívolo, y otra la lectura, donde al calor de los aplausos y del entusiasmo juvenil del auditorio, se puedan deslizar las inevitables «morcillas» con que los estudiantes españoles rellenan por noviembre sus representaciones del «Don Juan». En este caso, hay dos testimonios de que ellas «cayeron de los labios» de Jóvito Villalba, y uno de ellos proviene nada menos que de la Embajada de los EEUU, a la cual no podía menos que causar inquietud o escozor que el orador hubiese hermanado a los pueblos de Nicaragua y Venezue-

la, el uno sometido por la fuerza del poderío norteamericano, el otro por el puño de Juan Vicente Gómez[13]. El otro testimonio procede de uno de los líderes de la jornada, Joaquín Gabaldón Márquez[14].

Pero igual llama la atención que no se tenga un testimonio similar que muestre a Betancourt procediendo como su fraterno camarada Villalba. Mucho más subversivo es el texto de un poeta, Pío Tamayo, con su ingenua metáfora sobre la mujer secuestrada, la libertad[15]. Con todo, hay un elemento que llama la atención en ese texto de Betancourt, y es su insistencia en el número: precisa que son quinientos los súbditos de Beatriz, libres de oportunismo y claudicaciones[16]. El número es la categoría diferencial de la democracia: un hombre, un voto.

Y en todo caso, lo será de los estudiantes en ese momento. Cuando sean arrestados sus dirigentes, doscientos de ellos se presentarán en masa al cuartelillo para ser también reducidos a prisión: Lope de Vega no escribió en vano su *Fuenteovejuna*[17].

La dictadura parece haberse dado cuenta del contenido subversivo del carnaval estudiantil sólo después de que éste cesó y los estudiantes retornaron a sus aulas. Fue entonces, y no en plenos festejos, que la policía arrestó a cuatro líderes: Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Guillermo Prince Lara y Pío Tamayo[18]. La precisión del momento en que el arresto se produjo es necesaria, para destacar el hecho de que el gesto de los universitarios al entregarse en masa a la policía para seguir a sus líderes no fue un acto irreflexivo, producto del calor de unos discursos o de una manifestación callejera. Fue un acto pensado en (relativa, es cierto) sana paz. Entre otras pruebas de ello está el hecho de que una docena de estudiantes se negó a seguir a sus camaradas y regresó a clases mientras aquellos eran enviados al Castillo de Puerto Cabello[19].

La proposición fue colectiva, la respuesta también: la huelga general. Aquello fue tal vez lo más significativo y en todo caso lo más asombroso de ese año. Se ha hablado hasta la saciedad, entre otros

por sus propios autores, de la actividad de los estudiantes en ese proceso y en esos sucesos. Pero se tiende a ignorar la parte de un sector no por pequeño menos significativo: son los empleados y obreros de Caracas y el litoral que se declaran en huelga o participan en manifestaciones de diverso tipo. El 24 de febrero se ponen en huelga los operarios de teléfonos[20], mientras los empleados de farmacia piden que se les reduzca a prisión junto con los estudiantes[21].

Ese mismo día Perfecto Cabrices le comunica a Gómez que el día anterior la policía de Caracas tuvo que «ocuparse de dispersar varios grupos de ciudadanos irrespetuosos con motivo del asunto de los estudiantes»[22]. Desde La Guaira informa Luis Godoy a Gómez que «desde las cuatro cerró el comercio en son de protesta y después ha habido manifestaciones que se condensaron en un gran grupo en la Plaza Vargas»[23].

También Chalbaud Cardona le comunica a Gómez desde La Guaira que «después del mediodía de hoy se ha presentado una huelga en el pueblo de este puerto cerrando el comercio y suspendiéndose los trabajos de los muelles, y que el señor Elías Pérez Sosa pronunció unas palabras en la Plaza Vargas invitando al pueblo a pedir la libertad de los estudiantes»[24]; y la lista se prolonga anunciando manifestaciones que se trasladan desde La Guaira hacia Maiquetía[25], e informando que en Caracas ya empezó la huelga de los institutos bancarios[26].

Sobre todo, desde Caracas se le informa a Gómez que «la situación está tomando carácter hasta cierto punto grave, pues grupos de señoras y señoritas han salido a excitar a las casas de comercio y centros sociales a cerrar»[27]. Agitación que parece haber tenido éxito, pues el 25 y el 27 se informa de manifestaciones contra las cuales cargó la policía, no habiendo entre los detenidos «ningún estudiante»[28]. También los abogados de Caracas tratan de protestar y la respuesta es la cárcel[29]. Finalmente, desde Valencia un tal Angulo informa que «en el club Centro de Amigos de esta ciudad fue

lanzada la idea por el Dr. Parra Pérez de publicar una manifestación pro-estudiantil»[30].

La lista es larga y en algunos casos reiterativa, pero sólo así se puede dar una idea de la agitación que sacudió aquel país adormilado por veinte años de tiranía. Entre la gente del pueblo, su gesto solidario está mucho más cargado de peligro que el de los estudiantes. Éstos tienen poderosos dolientes: son vástagos de la burguesía, de los terratenientes y de la pequeña burguesía caraqueña y provinciana[31]. Pero los trabajadores están completamente desasistidos: ni siquiera tienen un sindicato que pudiese defenderlos, porque su asociación no es tal, ni pretende serlo, y por lo demás, todo lo que huela a sindicato o a unión obrera está prohibido y será perseguido por el régimen. Con la gente del pueblo la represión es terrible, como lo traduce el tono de las comunicaciones que al respecto envía Gómez al gobernador de Caracas, Rafael María Velasco[32].

Y sin embargo, teniendo en cuenta todos esos peligros y esas carencias, se lanzan a la pelea convocando a una huelga general; y lograrán un éxito, relativo si se toma en cuenta la respuesta efectiva a su convocatoria, absoluto en términos históricos: por primera vez el «bravo pueblo» se sale del discurso conmemorativo e intenta imponer una reivindicación política. Y triunfa: la dictadura pone en libertad a los estudiantes.

Más que cualquier cúmulo de los documentos extraídos de los archivos oficiales sobre la situación, da cuenta de ella una asustada carta que Eustoquio Gómez, primo y confidente del dictador, le escribe a su correligionario Eloy Montenegro:

> **Usted no se imagina el pueblo de Caracas la actividad que ha tenido, como no me lo imaginaba yo antes; el 25 de febrero, que fue la poblada que se le fueron encima al gobernador, fue una cosa asombrosa; que lo hubieran linchado si nosotros no lo hubiéramos apoyado en ese momento que salimos a tomar**

medidas enérgicas; [...] el pueblo de Caracas en masa por las calles hablando horrores contra el general Gómez y su Gobierno descaradamente, que ya no querían que continuara más en el Poder ese tal y ese no sé cual y otras tantas cosas que no se pueden decir; tenían bombas en Antímano dicen que para cuando pasara el general tirárselas [...] desde Caracas hasta Los Teques regaron tachuelas y vidrios por todas las calles[33].

En los cuarteles

Todo lo anterior no llega, por supuesto, a las páginas de los diarios. Pero la cosa no se va a quedar allí, y por primera vez en estas semanas, la dictadura rompe su política de silencio. El 9 de abril de 1928, aparece en la primera página de los más importantes diarios caraqueños una circular que deja estupefacta a toda Venezuela.

En la madrugada del 7 de abril, dice, «el capitán Rafael Alvarado Franco, del regimiento de Artillería Nº 1, valiéndose del subteniente Rafael Antonio Barrios, del batallón acuartelado en Miraflores, en la Capital de la República, hizo sublevar dicho batallón asesinando los alzados al Capitán Ramón González e hiriendo gravemente al Coronel Aníbal García, quien falleció poco después».

La información continuaba precisando que los insurrectos «Marcharon seguidamente hacia el Cuartel San Carlos, depósito de un cuantioso parque del que contaban apoderarse mediante la complicidad del subteniente Agustín Fernández, Jefe a esa hora de la Guardia de Prevención del mismo». Pero, continúa el comunicado, se les adelantó el general Eleazar López Contreras, quien arrestó a Fernández y logró recibir a balazos a los sublevados, quedando prisioneros el capitán Alvarado y los subtenientes Faustino Valero y Leonardo Lefmann.

La misma información destaca por último que, según la declaración del propio capitán Alvarado, «Juan José Palacios, estudiante,

le ofreció toda la cooperación de la Federación de Estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, que decía representar».

Se señala además la participación de otros civiles: Manuel Segovia, quien fue muerto, Jesús Mirailles, Fidel Rotondaro, Germán Tortosa, Francisco Rivas Lazo (*sic*), estudiantes; Antonio Arráiz, escritor; Carlos Rovati, empleado público y Julio Naranjo y Francisco Betancourt, empleados de comercio[34]. Es que los estudiantes, por su parte, no se han quedado tranquilos después de su excarcelación. Sin tener mucho tiempo para reflexionar sobre el significado de los hechos de febrero, se les propone transformar la suya en una verdadera acción política; dicho de otra manera, se les propone pasar de la oposición simbólica y un tanto romanticona a la tiranía, a la revuelta armada para derrocarla. Esa es una solicitación que ningún venezolano con ambición de historia ha rechazado hasta ahora. Todavía están muy cerca de los acontecimientos, desconocen su propio poder de convocatoria. Sobre todo, son incapaces de darse cuenta de que su acción previa a la insurrección será más importante para la historia venezolana que el *putsch*, porque dará inicio a una manera de hacer política pacífica y urbana y sobre todo, de obtener la victoria, si no en cuanto a éxitos inmediatos, sí en cuanto a los resultados a largo plazo.

Pero la tentación es demasiado grande, la ocasión parece presentarse demasiado rápido y sobre todo, triunfe o no el alzamiento, se habrá tocado la joya más brillante en la corona del gomecismo. Porque esta vez la solicitación no viene de algún general «chopo 'e piedra» sino de jóvenes oficiales de la institución armada, cadetes y egresados de la Escuela Militar.

De lo actuado por los jóvenes militares pueden decirse dos cosas: en primer lugar, que no proponen de entrada un liderazgo personal. Esto es normal porque se trata de una conspiración, de una confabulación clandestina, si pudiese haber alguna que no lo fuera. Pero en ningún momento tampoco lo proponen, ni en refe-

rencia a los viejos caudillos muriendo de fastidio en otras tierras, ni siquiera al Capitán Alvarado, jefe del levantamiento, quien sólo después de su temprana muerte será llamado con nostalgia «el soldadito de Dios».

Lo otro es que si no han ido a buscar apoyo en una oposición que, al menos en el interior del país, no existe, tampoco muestran interés en sustituir al gomecismo por una junta militar. No sólo proclaman inspirada en los ideales de la juventud estudiantil su abortada insurrección, sino que van a buscarla para que esa inspiración se traduzca también en acción concreta.

Es así como un grupo indeterminado pero importante y escasa o nada armado, se apuesta en las inmediaciones del cuartel San Carlos para recibir unas armas (que no sabían manejar) de parte de los sublevados una vez que tomaran el cuartel. Casi todos los conjurados tenían veinte años, edad que significaba que ninguno había conocido otro régimen que el gomecista.

El levantamiento, tal como lo precisa el comunicado oficial, fue sofocado de inmediato por la acción en primer lugar de ese Eleazar López Contreras que, por ingenuidad o ceguera algunos representantes de la «vieja oposición», veían como el hombre que podía darle a Gómez la «patada histórica» que éste le había dado a Castro. La lealtad de López hacia Gómez se mostrará inconmovible, al punto de ver impasible cómo su propio primogénito, el cadete Eleazar López Volkmar, era enviado a la cárcel junto con los otros conspiradores. Pero no es eso lo que hace la singularidad del suceso, sino algo muy novedoso: a los sublevados militares y civiles se les someterá a juicio.

Se ha dicho, acaso con mucha razón, que en este caso el régimen gomecista decidió prestar (¡cuán poco!) oídos al clamor de la opinión pública internacional[35]. Es posible también que la aparición entre los sublevados de Eleazar el joven, haya llevado a su padre a influir en la decisión de darle carácter legal al asunto, pese a que

no existe testimonio conocido de que el general haya interpuesto su influencia para liberar a su hijo. Llama además la atención que, si bien sometidos a un régimen carcelario vetusto e inhumano, los conjurados no fueron sometidos a torturas sistemáticas para arrancarles información. Eso era nuevo en el gomecismo. También hay que señalar como cosa novedosa, en el lenguaje oficial, la aparición de un viejo fantasma casi centenario. Para el gobierno este movimiento tenía «tendencias comunistas»[36].

Esta vez sí se decide el gobierno a descabezar el movimiento de la nueva oposición. Comienza la búsqueda de los conspiradores y con la cárcel de Jóvito Villalba y la huida de Betancourt, los estudiantes son separados de sus dos más importantes dirigentes.

Para Betancourt comienza la aventura del exilio, una de las más fructíferas de su historia personal. Pero antes de hablar de eso, conviene referirse a otro hecho muy importante aunque hasta ahora analizado poco o nada. Es la prolongación de su acción, en particular la «octubrada»[37]. En octubre de 1928, los estudiantes vuelven a las andadas. Hacerlo en esas fechas es por muchos respectos, más significativo que la Semana del Estudiante. Por dos razones: la primera, los dirigentes más conspicuos de la primera acción están ahora fuera de circulación, unos presos, otros exiliados, otros a salto de mata. La segunda es que entre una y otra acción estudiantil se interpone la fecha del 7 de abril, la intentona militar. Ya la dictadura tiene la experiencia de que el mal ejemplo de los «muchachos» puede extenderse al resto del país, y que no está a salvo del contagio ni el Ejército. La «octubrada» acentúa pues el carácter colectivo del movimiento de febrero: no sólo los estudiantes se han inhibido de recurrir a alguno de los personalismos de la emigración, sino que pretenden demostrar que no tienen líderes insustituibles.

Por otra parte, no será la represión, esta vez más dura (trabajos forzados en las carreteras) lo que va a detener su terca acción: un

par de años después, algunos de ellos derivan hacia la formación de partidos modernos, a comenzar por el más exitoso entonces, y a la vez el que más se adapta a las condiciones de una rigurosa clandestinidad, el Partido Comunista. Pero antes de eso, deben pagar el obligado tributo a la vieja manera de hacer política, a la revuelta armada a la moda del siglo XIX.

Notas

1 *La oposición a la dictadura gomecista*. Caracas, Congreso de la República. Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, 1983, T. V, vol. I, Nº 10. En adelante, se citará solamente el número del volumen y la página.

2 *Ibidem*, p. 15.

3 *Ibidem*, p. 17.

4 *Ibidem*, p. 17.

5 «Yo soy un ANÓNIMO y escribo un PASQUÍN. Pero las manos de los patriotas enjugan sus lágrimas en ese papel como en un pañuelo fraternal y los ojos de los buenos venezolanos leen mis palabras de agitador como golosina del espíritu. No hay sino una fórmula. La Patria. Sacrifiquemos a ella todo deseo de personalidad. *Ibidem*, Nº 11, p. 66.

6 «Jokanaan [Joaquín Gabaldón Márquez] a Raúl Leoni», 30 de octubre de 1928. *Ibidem*, Nº 10, pp. 369-371.

7 Joaquín Gabaldón Márquez, *Memoria y cuento de la Generación del 28*. Buenos Aires, 1958.

8 Esa es también la opinión de Carlos Irazábal, conspicuo miembro de aquella generación, expresada a cuarenta años de aquellos sucesos: «El solo hecho de que la generación tenga su nombre propio –Generación del 28– es una demostración de que se ha singularizado en la historia del país. Otras generaciones han pasado innominadas, sin dejar como estamento, o mejor como grupo social cohesionado –por lo menos al irrumpir en el escenario histórico– huella alguna en la sociedad venezolana». CPPV S-XX, Nº 11, p. 615.

9 Rómulo Betancourt, «La última farsa». Glosas a una entrevista de Juan Vicente Gómez. *Ibidem*, Nº 10, p. 413.

10 *Documentos que hicieron historia.* Caracas, Presidencia de la República, 1960, T. II, p. 142.

11 Joaquín Gabaldón Márquez, *Memoria..., loc. cit.*

12 En la reseña del acto hecha por *El Universal* se lee que «El estudiante Rómulo Betancourt pronunció unas vibrantes palabras de clausura, limpia expresión de su alta inteligencia y de su juvenil vigor». Caracas, 9 de febrero de 1928, p. 1. Por su parte, el órgano oficioso del gomecismo fue más parco: «Clausuró con un discurso el recital el estudiante Rómulo Betancourt». *El Nuevo Diario.* Caracas, 9/02/1928.

13 «C. Van H. Engert, Chargé d'Affaires, to the Secretary of State», March 7, 1928. 831.00/1350, *Archives of the United States of America (USANA).*

14 *Memoria...,* p. 130.

15 *La oposición...*, Nº 10, pp. 69-74.

16 *Ibidem*, p. 77.

17 «Los estudiantes universitarios, agotados todos los recursos para el logro de la libertad de las personas detenidas con motivo de la Semana del Estudiante, y animados del más ardiente deseo de confraternidad, excitamos a las autoridades del Distrito Federal a reducirnos a prisión en el término de la distancia, para compartir con nuestros compañeros su dolorosa situación [...] Tal invencible determinación desmiente, de una manera elocuente, la falsa acusación que pesa sobre nosotros de que nuestros festejos encubrían planes políticos». *Ibidem*, Nº 10, p. 81.

18 Eso lo precisa un testigo del momento, en una carta enviada a Nueva York. «Clemente Parparcén a Luis López». *Ibidem,* p. 176.

19 Se hace partir de allí la prolongada enemistad de Rómulo Betancourt contra Arturo Uslar Pietri, quien fue uno de los doce rompehuelgas que entraron a clases estando sus compañeros presos.

20 «Velasco a Gómez», Telegramas 1037, *Archivo Histórico de Miraflores.* En adelante, *AHM.*

21 *La oposición...*, Nº 10, p. 85.

22 T. 1037, *AHM.*

23 *Idem.*

24 24/02/28. *Idem.*

25 *Idem.*

26 *Idem.*

27 *Idem.*

28 Idem.

29 «Gómez a Velasco»: «Recibido de las 5.5 y de las 6 p.m. los 23 abogados puede repartirlos en grupos de 5 y 6 en las cuatro piezas disponibles en el cuartel del Cuño». Borradores, Nº 375-B, *AHM.*

30 Telegramas 1037, *AHM.*

31 Algunos padres, familiares y amigos de los muchachos presos ceden al chantaje de la tiranía y ofrecen fianzas por su libertad. Así lo hace Andrés Palacios Hernández por su hijo Inocente en telegrama enviado desde Caracas al general Gómez el 28/02/28 a las 5 p.m.; Isaías Garbiras, por su parte, lo hace por Jóvito Villalba desde la Asunción, 25/02/28, radio 496: desde Caracas Joaquín Gabaldón por su hijo Arnoldo y su sobrino Antonio Anzola Carrillo el 28/02/28; Eliseo Perera desde Carora, por su hijo Guillermo. En cuanto al general José Rafael Gabaldón, se limita a telegrafiar a Gómez desde Puerto Cabello diciéndole: «aquí espero sus instrucciones para recibir mi hijo Joaquín Gabaldón Márquez». 29/02/28, Telegramas 1037m, *AHM.*

32 «Le ratifico mi telegrama de las 6 y 30 de hoy. Aproveche Ud. la oportunidad que se nos presenta para recolectar la mayor cantidad posible de ociosos y malentretenidos pues tengo necesidad de brazos para activar los trabajos de las carreteras. En este sentido ponga en actividad a los Jefes Civiles de esa». «Gómez a Velasco», Maracay, 24/2/28. Borradores 375-B, *AHM.* «Me informan que en La Guaira y Maiquetía han formado grupos para alterar el orden y aun cuando ya Ud. habrá ordenado al prefecto que los asegure, he comunicado instrucciones a dichas autoridades de activar la recolección y que los tenga listos para ser embarcados mañana en el 'José Félix Rivas' que amanecerá en La Guaira con destino a los trabajos de la carretera de Barcelona». *Idem.* «En el 'José Félix Rivas' que debió amanecer en Guanta van 12 detenidos de los que quisieron formar desórdenes en La Guaira. Recíbalos y hágalos ingresar a los trabajos de carreteras. Al regresar el vapor le irá un lote mayor». «Gómez a Luis Díaz L.», *Ibidem*, 26/2/28.

33 «Eustoquio Gómez a Eloy Montenegro», *La oposición...*, Nº10, p. 171. Esta asustada actitud no era exclusiva de Eustoquio: la expresa en un telegrama donde junto con José Rosario García, Rafael María Velasco, Emilio Fernández y José María García alerta al Benemérito de que «la situación merece portarle atención y tomar las medidas necesarias para contener a este pueblo que está abusando de la bondad conque Ud. lo ha tratado [...] muy humildemente como sus amigos y subalternos nos permitimos insinuarle la conveniencia de reforzar la guarnición de esta plaza con dos Batallones, salvo mayor resolución de Ud. Es mejor prevenir que castigar; y si bien es cierto que estamos dispuestos a matar esos bandidos en las calles, también lo es que sería mejor evitar desgracias y terminar pronto todo desorden». Caracas, 25/02/28, T. 1037, *AHM.*

34 *El Nuevo Diario*, 9 de abril de 1928, p. 1.

35 El expediente completo del juicio militar en *Archivo de Rómulo Betancourt.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990, T. 2, pp. 65-233.

36 *Loc. cit.*

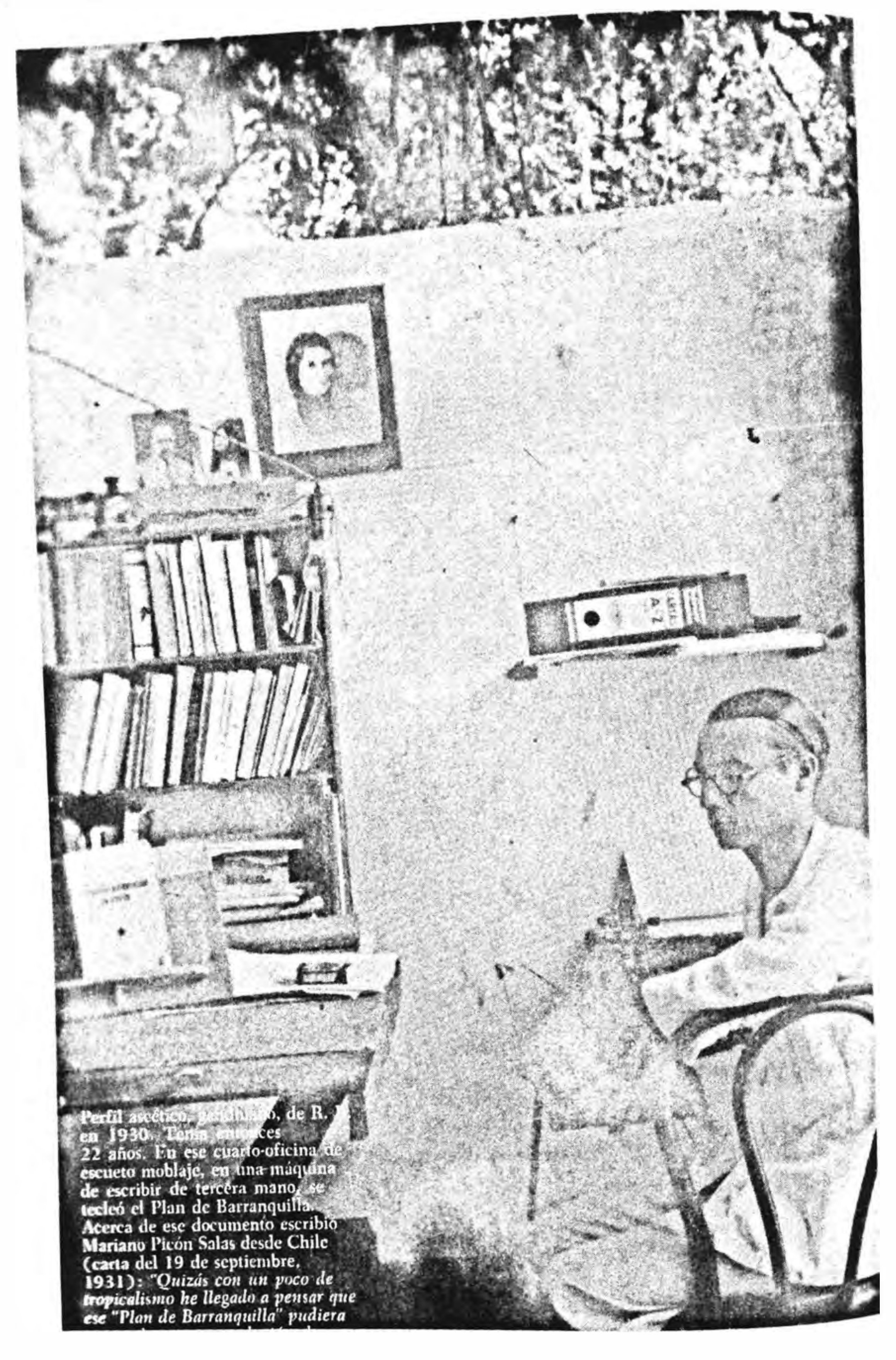
37 Así la llaman, entre otros, Miguel Otero Silva y Rómulo Betancourt al analizar el suceso.

PARTE II

EL REVOLUCIONARIO: EL HOMBRE DE PARTIDO

...la organización de los revoluciona-
rios debe englobar ante todo y princi-
palmente a hombres cuya profesión
es la acción revolucionaria...

LENIN



Barranquilla, 1930. Redactando el «Plan».

Fotografía tomada del Libro *Multimagen de Rómulo*, Editorial Orbeca, Caracas, 1978.

V. DE FRUSTRADO«GENERAL» A SECRETARIO GENERAL

Después del fracaso del levantamiento militar, como es normal, todos los conjurados se esconden o tratan de huir del país. Presienten que al tocarle la niña de sus ojos, la fuerza armada, el régimen reaccionará con su habitual dureza, no con la mano blanda con que los castigó en febrero.

Esta vez no habrá libertad para los emboinados muchachos. Esta vez no habrá reconvenciones simples para quienes «no se considera enemigos». Esta vez, ellos han planteado el asunto en términos que el general Gómez comprende a cabalidad: ya han dejado de ser inofensivos adversarios para volverse peligrosos enemigos.

Luego de huir por varios días, Jóvito Villalba es apresado: le esperan varios años de prisión con un par de grillos trabándole los pies. Betancourt no se deja atrapar, y su padre lo viste de peón, le mete media docena de morocotas en el bolsillo y lo cuela casi de polizón en un barquichuelo[1] que pone proa hacia Curazao, tierra tradicional del exilio venezolano. Al llegar a la isla, Betancourt parece urgido de cargarse de su propia historia futura. Tiene veinte años y ya funge de líder de su «generación» como no cesa de llamarla él mismo: en los próximos años, hasta la publicación del Plan de Barranquilla, será aquella la única forma de nuclear a sus compañeros en una acción más ambiciosa que las algaradas del 28.

Como es comprensible, los demás tienden a seguir al más dinámico, más audaz y de mayor claridad política: Betancourt comienza a demostrar que lo es, y la fidelidad inconmovible de su contemporáneo Raúl Leoni es una muestra de las adhesiones incondicionales que, *nolens volens*, recibirá en el futuro.

Tres son los terrenos donde Betancourt prefigura sus años por venir: uno, su interés por los problemas de la explotación del petróleo, de lo cual se hablará en la última parte de este libro; dos, el inicio de una relación problemática de amor-odio con los comunistas; tres, la creación y consolidación de su grupo, del cual él será naturalmente el líder.

UN FUGAZ *AFFAIRE*

No tiene tres meses en Curazao cuando decide inscribirse en la sección local del Partido Revolucionario Venezolano (formado por emigrados políticos y trabajadores venezolanos de las refinerías) y pide que se le publiquen varios artículos en el órgano del partido en México, cosa satisfecha de inmediato[2]. En una síntesis autobiográfica, él mismo explica así esta situación:

> **La vocación que desde mis inicios en la actividad política he tenido de conjugar pensamiento y acción, me llevó a adherir al Partido Revolucionario Venezolano (PRV). Funcionaba en México. Publicaba un quincenario o mensuario: *Libertad*. Lo presidía el doctor Carlos León. Ex profesor de Sociología en la Universidad Central, ex castrista y ex gomecista. Sus integrantes eran un *pot pourri* [...] de individuos de las más diversas posiciones ideológicas. Además de Carlos León, formaban en sus elencos Emilio Arévalo Cedeño, reaccionatrio 'de nación', Migual Zúñiga Cisneros, el escritor Humberto Tejera, los hermanos Machado –Gustavo y Eduardo– y Salvador de la Plaza. Estos tres últimos –cuya filia-**

ción política no conocía yo para entonces– eran comunistas y stalinistas hasta los tuétanos[3].

Este relato de Betancourt de su breve paso por las filas del «comunismo» venezolano fue redactado casi al final de su vida y como tal, está impregnada de la agria polémica posterior. Él trata de negar allí que conociese, al pedir inscripción en el PRV, la «filiación política» de los Machado y de la Plaza. No es creíble entonces que sí conociera las de los demás dirigentes de esa organización. Y en caso de conocerlas, las de Carlos León y Arévalo Cedeño (ese «reaccionario de nación») deberían haber provocado rechazo en un joven revolucionario.

Por otra parte, el fugaz paso de Betancourt por el PRV se produce en 1928. Tratar a los Machado de «stalinistas hasta los tuétanos» es cuando menos un anacronismo, puesto que es sólo al año siguiente, en 1929, cuando Stalin cumpla cincuenta años, que arrancará el culto a su personalidad, agregando el nombre del tirano soviético a la sucesión apostólica Marx-Engels-Lenin. Una prueba más, referida al propio Betancourt: cuando rompa con el PRV llamará con sorna a su órgano «el periódico leniniano», pero no «stalinista»: esa distinción no se hacía todavía.

Fuera de esa y otras polémicas, su adhesión tan temprana al PRV indica al menos tres cosas. La primera, que los jóvenes del 28 no eran tan inocentes en política como se suele decir todavía a estas alturas. En lo que concierne a Betancourt, de hecho llegó a Curazao buscando «la casa del Partido», en el cual pide inscripción apenas haya resuelto lo más elemental: casa, comida y una resma de papel para iniciar con ella uno de los más largos epistolarios de la historia venezolana.

La segunda se refiere al hecho de que sea el Partido Revolucionario Venezolano el escogido por Betancourt. ¿Qué cosa era ese PRV? Es acertado decir, como lo hace él, que era un *pot pourri* ideológico.

Es así como un partido que pretende luchar contra el caudillismo y contra la vieja política, pone a su frente a un caudillo que es de veras «reaccionario de nación» como Arévalo Cedeño y a un ex castrista y ex- gomecista, antiguo Gobernador de Caracas como Carlos León. Sin embargo, todo eso no le impide ser considerado por sus adversarios (y acaso también por algunos de sus amigos) como un partido «comunista». Y, con todas sus incoherencias, es en sus filas que se inicia la primera gran crítica en la emigración al caudillismo.

La tercera, que Betancourt rechaza permanecer en un partido en posición subalterna. La dirección del PRV está formada por hombres lejanos (México) y poco conocidos. Betancourt es joven y está solo. Está solo en su adhesión al PRV, pero no en su actividad y sus planteamientos políticos: alrededor de él comienza a nuclearse un grupo que en 1931 estará firmando el Plan de Barranquilla y luego, con las normales (pero nunca demasiadas) deserciones, lo acompañará durante toda su vida.

Llama por otra parte la atención el tono de su ruptura con el PRV. Ello parece indicar que la virulencia de la polémica entre los comunistas y el fundador de AD no fue producto de la dinámica política, sino que estaba *in ovo* desde una fecha tan temprana como 1928.

La ruptura con el PRV, es decir, con su primera aproximación a un colectivo político –lo cual será, en los años siguientes, el centro de su acción teórica y práctica– no indica que Betancourt se vaya a quedar quieto esperando tiempos mejores. Comprende, o cuando menos intuye, que la tiranía no podrá seguir ignorando por los siglos de los siglos la opinión pública internacional. Escribe entonces sendas cartas a dos monstruos sagrados de la *intelligentsia* española y francesa, a Miguel de Unamuno, a quien trata confianzudamente de «abuelo» y a Henri Barbusse, el celebérrimo autor de la novela antiguerrerista *Le feu* y quien llegará a ser uno de los más preciados *compagnons de route* de los comunistas.

En esas cartas conviven dos elementos: el deseo de plantear los horrores de los que es víctima su país en un lenguaje claro y preciso, y los *tics* de un escritor que no se decide a aceptar que haya «cortado su coleta» como tal, y reincide en su lenguaje barroco, el cual, por lo demás, no lo abandonará nunca: Gómez es para él «un Calígula de pacotilla, un Nerón en alpargatas»[4].

En su correspondencia con Pocaterra se unen todavía el pichón de escritor que considera al valenciano su maestro; y el revolucionario «garibaldino» que le pide con urgencia al «compañero» información y argumentos para defenderlo ante las vivas acusaciones que, comunistas incluidos, le hacen por haber echado al mar las armas del *Falke* después de la muerte de Delgado Chalbaud y en presencia de su hijo Carlos, futuro presidente de Venezuela[5].

En las cartas de Betancourt –un jovenzuelo– a Pocaterra, está presente el escritor que hasta ese momento ha querido ser, y una jaquetonería que nunca lo abandonará. Pretende darle lecciones de cómo escribir a su maestro, pero por otro lado lo llama «compañero» y quiere, como corresponde a un tal, argumentos para defenderlo. ¿Qué quiere decir esto de «compañero»? ¿Acaso a quien no ha querido ligarse con la gente del PRV por su batiburrrillo ideológico y sus acompañantes caudillistas, no le importa ser incluido entre quienes representan más que nadie la vieja política, esos mismos que al cabo de pocos meses estará llamando él mismo «sindicatos de macheteros» y «caracortadas» a lo Al Capone?

Antes de seguir adelante, tal vez convenga hacerse la siguiente pregunta: ¿cómo vivía Betancourt en Curazao? Porque las morocotas que metió en su bolsillo el viejo Luis Betancourt se han derretido con rapidez. Plantearse este problema no es desviarse por el atajo de la anécdota personal, sino un problema político, como se verá más tarde. En un primer momento, debe recibir cierta ayuda de Caracas: así lo atestigua un giro de doscientos dólares enviados a su nombre por Altamira de García[6]. Pero el destino que da Betancourt a esos

dineros, pagar la pensión «del grupo», parece indicar que se trataba de un aporte colectivo destinado también a subvenir a necesidades colectivas y no solamente individuales.

Por otra parte, su experiencia en el negocio de su padre le ha dado algunas habilidades y consigue un empleo de contador en una firma comercial. Es posible que se encargase de comerciar con compañías inglesas, pues ese fugaz paso por un puesto secundario servirá sin embargo a sus enemigos comunistas para acusarlo de haberse así «vendido al imperialismo británico»[7].

Ya sin ataduras disciplinarias al PRV (y por el contrario, ensarzado en una dura polémica con los «perros rabiosos venezolanos», como llegó a llamarlos), Betancourt regresa a dos viejas querencias, una que podríamos llamar histórica y otra personal y actual. Esta última es la búsqueda de la compactación de su propio grupo. El joven líder siempre preferirá ser cabeza de ratón que cola de león. En adelante, y hasta la formación de ARDI, intentará cualquier aventura revolucionaria con su gente alrededor, y planteará siempre su reconocimiento como una fuerza deliberante, no de individuos aislados sino de un grupo.

En busca de charreteras

Lo otro es lo que, andando el tiempo, Betancourt por un lado, Gustavo Machado por el otro, tildarán de «garibaldismo». En verdad, es una tonta muestra de erudición histórica ir a buscar ejemplos al otro lado del océano. Lo que ellos tratan de hacer es repetir el desembarco de Falcón en Palmasola en 1859 y más allá, las recurrentes invasiones de los emigrados venezolanos de cualquier época. Todos esperan que un pueblo martirizado se les una con entusiasmo: vana ilusión.

Betancourt pone manos a la obra. Desde los primeros tiempos, se une de amistad y una cierta empatía ideológica con Simón Betancourt, un viejo guerrillero venezolano al cual, dicho sea de

paso, no le une ningún lazo familiar, pese al común apellido. Este Betancourt se expresa todavía en los viejos términos al añorar «un macho» que pudiese haberse puesto al frente de los muchachos rebeldes del 28[8]. Parece aceptar, por lo menos en el plano político, la tuición de su joven tocayo; éste, a su vez, sabe que en cualquier caso, debe contar con un hombre de la vieja escuela pero con experiencia militar, ducho en esto de invasiones y guerrillas. Simón Betancourt desaparecerá después de la historia, pero tal vez no sea muy aventurado decir que en este caso se repite la historia de Gustavo Machado y Rafael Simón Urbina: la unión de un intelectual y un hombre de acción[9].

Ya desde los inicios de 1929, si no antes, se ha puesto en campaña para conseguir dinero con qué comprar armas y una embarcación que les permita invadir Venezuela. Betancourt no participó con Machado y Urbina en la toma de Curazao y la invasión por Coro. Ya hacía casi seis meses de su ruptura con el PRV y es entonces comprensible que no se quiera meter en una aventura con quienes tan mal lo han tratado. Por lo demás, es posible que no estuviese en ese momento en Curazao.

En todo caso, hacia mediados de 1929 dice tener por lo menos trescientos fusiles comprados y listos para la acción[10]. Y si esa acción no se produce con él a la cabeza, es porque la gente de Román Delgado Chalbaud le propone que se adhieran a la expedición del *Falke*. Betancourt acepta, contradiciendo lo que años después reprochará al PRV: estar dirigido por un viejo caudillo. Román Delgado Chalbaud no lo es menos y hubo un momento en que se le consideró el «delfín» de Gómez, antes de su abortado movimiento de 1913 y su largo cautiverio en La Rotunda. De todas maneras, tanto la expedición como la participación de Betancourt en ella conocerán un rotundo fracaso: la barca *Giselle,* donde se habían de embarcar para unirse a los del *Falke,* hizo agua al nomás salir; y Rómulo Betancourt y Raúl Leoni se salvaron por un pelo[11].

Desde septiembre de 1929 ya ocupa su tiempo en andanzas conspirativas, ya anda buscando un propio espacio político para él y su grupo, ya anda también tratando de consolidar su liderazgo sobre éste.

Poco después del fracaso y la muerte de Delgado Chalbaud, expone en una carta sus nuevos planes[12]; y en otra correspondencia, ya en noviembre, escribe a Leopoldo Baptista sobre sus aspiraciones y condiciones para participar en una invasión[13]. Y en ese mismo mes, afina los detalles de la invasión que prepara, detalles que hace más precisos en una carta a quien, como escritor y miembro de su «generación», siente más cercano: a Gonzalo Carnevali[14].

Durante tres años, Betancourt dará vuelta a la noria, embarcándose en dudosas aventuras que siempre se saldan con estruendosos fracasos. Viaja mucho por el Caribe y más allá, dictando conferencias sobre la situación venezolana y buscando la manera de acopiar armas para invadir su país, sea detrás de algún caudillo, sea comandando su propio grupo. Pero el sueño del «general Betancourt» se irá desvaneciendo más temprano que tarde. Se va desengañando y desentendiendo de los generales revolucionarios que no son ni una cosa ni otra. Ya comienza a abrevar en las fuentes teóricas más populares del momento, las marxistas.

Pero aún en medio de ese desengaño, no dejaba de tener presente la posibilidad de embarcarse en una aventura armada. Hasta entrada la próxima década estará oyendo las propuestas de los viejos caudillos, si bien poco a poco va formando su grupo hasta que, ya entrado en lecturas marxistas, llegue a proponer a los eventuales invasores, «como Parvis en 1905», atacar juntos y marchar separados[15]. Será en una época posterior a 1929, poco antes de abandonar toda ilusión garibaldina, que Betancourt escribirá una frase en donde está presente el viejo espíritu lúdico con que el venezolano tradicional suele encarar la vida y por supuesto, la lucha por el poder: «el que no se arriesga, ni pierde ni gana»[16].

De todas maneras, el asco se va imponiendo por sobre toda ilusión de «aprovechar a los que nos pretenden aprovechar»[17]. A principios de la década siguiente, Betancourt estará definiendo así a esos generales:

> **...esto que [se ha] dado en llamar, por ponerle cualquier nombre, 'la emigración revolucionaria'. Es un archipiélago. En cada Barataria, un 'General' que frecuenta manicuras y usa fajas abdominales, preside sesiones, hace y rehace planes ministeriales, combina invasiones estratégicas sobre pupitres inofensivos y concluye enviándole circulares a sus amigos... [18].**

Y cuando tiene enfrente uno de esos caudillos, es propiamente vómito lo que le provoca. En 1932 no puede ocultar el asco que le producen: cuando Arévalo Cedeño llega a Lima, lo describe como «reaccionario, militarote» pensando que «el bruto de Arequipa [Sánchez Cerro] hará con él buenas migas. Es posible que le dé unos centavos, que la caricatura de centauro empleará en una nueva excursión por los llanos y un medio año de reposición en Vichy». «Panchito» Alcántara no le merece al llegar a Costa Rica una opinión mejor: «Es un pobre diablo, que ni siquiera al poder aspira. Se conforma con tres bistecs bien cocidos por día y una puta distinta cada noche. Es más infeliz de lo que me imaginaba»[19].

Ya basta. En 1930 decide qué camino habrá de tomar, aún cuando sea cosa de lanzarse a una aventura guerrera. Es así como el 19 de septiembre de 1930, Betancourt, junto con Raúl Leoni y Ricardo Montilla y «en representación del grupo universitario en destierro», firma con Francisco de Paula Aristeguieta («posible jefe del sector oriental de la república en un movimiento revolucionario») un documento que a la letra dice:

> **Los firmantes se comprometen expresa y categóricamente a no prestar su colaboración y a oponerse en todos los terrenos de la**

lucha política al establecimiento de un gobierno militar en Venezuela, para substituir al régimen gomecista. Los pactantes no señalan su aversión a éste o aquel militar de las filas opositoras. Sólo que su ideología de raíces civiles y su conciencia de que el militarismo ha sido el peor de los males públicos de Venezuela, no se aviene con la persistencia de los hombres de campamento y de cuartel en el manejo de la cosa pública[20].

La cita textual de este documento es importante no sólo por su contenido, sino porque Betancourt, desde que el año siguiente comience a organizar su propia agrupación política, será fiel a ese compromiso durante catorce años, hasta el 18 de octubre de 1945.

Notas

1 Rómulo Betancourt, *Fragmentos de sus memorias*. Caracas, José Agustín Catalá, 1992, p. 22.

2 *Archibeta*, T. I, pp. 11-12.

3 *Fragmentos...*, pp. 25-26.

4 *Archibeta*, T. I, pp. 40-45.

5 *Archivo de José Rafael Pocaterra*. Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1972, T. II, pp. 112-113 (¿?).

6 *Archibeta*, T. I, p. 49.

7 [En Curazao] «me gané la vida como Auxiliar de Contabilidad y como Corresponsal Comercial de dos hombres de negocios establecidos en la isla. Los hermanos Jesús y Pedro Portillo, maracaiberos de origen». *Fragmentos...*, pp. 22-23.

8 «¡Qué lástima que no hubiese allí un macho, un jefe que se hubiese puesto a la cabeza de ese pueblo en esos momentos tan preciosos para la vida nacional!». Simón Betancourt, «Carta a Doroteo Flores». *Archivo de Pocaterra*, T. I, p. 177.

9 La policía gomecista les sigue cuidadosamente los pasos. El 6 de sep-

tiembre de 1929, el cónsul Fuenmayor le envía un telegrama al general Gómez: «Los Betancourt salieron hoy para Fort de France». *Archivo Histórico de Miraflores,* Telegramas, Caja 1082.

10 *Archibeta,* T. I, p. 51.

11 Betancourt, *Fragmentos...,* pp. 28-29.

12 *Archibeta,* T. I, pp. 50-53.

13 *Ibidem,* pp. 73-74.

14 *Ibidem,* pp. 86-89.

15 *La verdad de las actividades comunistas en Venezuela.* Caracas, 1936. Edición Facsimilar publicada en Caracas s/e [José Agustín Catalá], 1972, p. 170. En adelante esta publicación será citada como *Libro Rojo.*

16 *Ibidem,* p. 173.

17 *Idem.*

18 Rómulo Betancourt, «Carta a Joaquín García Monge». *Archivo de José Rafael Pocaterra,* T. II, pp. 240-241.

19 *Libro Rojo,* p. 143.

20 «Compromiso entre Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Ricardo Montilla, y Francisco de Paula Aristeguieta». *El diario de la montaña. La revolución del Falke.* Cumaná, Impresión Impregráfica, 1988, p. 50.

VI. CABEZA DE RATÓN...

En esos catorce años Betancourt va a emplear todas sus energías en un proyecto cuya culminación él considera la obra fundamental de su vida: crear un partido político civil (esta última precisión es necesaria: al revés de los partidos del siglo XIX, no será un partido armado). Esos años se puede dividir en dos partes iguales, de 1931 a 1938 y de 1938 a 1945. Al final de ellos estará el poder, lo cual no es nada desdeñable, porque, compartido y breve, será de todas maneras el poder. El año 31 señala así un hecho de primera importancia en la vida política venezolana de este siglo: la constitución, alrededor de Betancourt, de un equipo dirigente de cuya conservación y desarrollo se encargará con el mayor celo. Será la plana mayor de Acción Democrática y sus hombres de gobierno.

Durante todo el año treinta el joven estudiante venezolano había estado recorriendo algunos países de Sur y Centroamérica, buscando elementos para una aventura armada, aunque cunda su desilusión, ya lo hemos visto, menos de la aventura que de sus dirigentes. Además, ha aceptado la invitación de sus camaradas estudiantes del continente que han querido escuchar al elocuente muchacho relatarles los horrores del gomecismo y la valiente actitud de los jóvenes de la Universidad Central en su contra. Esos viajes y su estancia en Lima, en Bogotá y en Centroamérica eran costeados en su mayor parte por los centros de estudiantes que integraban su audiencia.

Pero eso no bastaba para el sustento cotidiano. Era necesario tocar puerto. Lo hará en Barranquilla, que tiene para él varias ventajas. En primer lugar la cercanía con Venezuela, no solamente geográfica, sino podría decirse cultural: los costeños y los orientales venezolanos se parecen mucho; se sienten allí como en casa propia, cosa que no ocurriría de seguro en la fría, lejana y oligárquica Bogotá, esa ciudad «cachaca» tan detestada por Gabriel García Márquez. Por otra parte, Barranquilla es más barata, más «vivible» para un joven que no tiene dónde caerse muerto. Y, *last but not least*, allí se ha sentado un grupo de sus secuaces, el más emblemático de los cuales es el silencioso «calvito», Raúl Leoni, quien le permanecerá fiel hasta el último suspiro. El padre de Raúl Leoni, el tenaz corso Don Clemente, posee allí el negocio típico de una economía de subsistencia: una frutería. Será la famosa «frutería de Barranquilla», de la cual una inconmovible leyenda hace propietarios a los muchachos exiliados. En verdad, como excelentes estudiantes de Derecho que han sido, publican un boletín jurídico que en un país tan leguleyo, se vende bastante, llegando a producirles mil quinientos dólares al mes[1].

Acaso en la trastienda de la frutería se reúnen para beber un «tinto», el café amargo de los colombianos, fumar como chimeneas y, muy de tarde en tarde, entrarle a una botella de ron caribeño. Esto último se infiere de su condición joven y venezolana, pero estos muchachos son austeros, virtuosos, jacobinos. Su único vicio, que practican como posesos, es la política. De eso hablan las veinticuatro horas del día, porque cuando duermen, sólo en eso sueñan.

El Plan de Barranquilla

Y no sólo hablan, sino que escriben, vuelcan sobre el papel sus análisis, sus proyectos, sus denuncias, sus lecturas. Influidos por éstas, la mayor parte marxistas, y encandilados aún por la Revolu-

ción Mexicana y la figura de Zapata, ponen sobre el papel su propio «Plan»: el Plan de Barranquilla, suscrito en marzo de 1931 por quienes con ese acto, están dando a luz a la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), el más lejano ancestro de Acción Democrática.

Se trata de un texto cuya moderación, o si se prefiere cuyo tono alejado del ultrarradicalismo, sobre todo en su segunda parte, en la programática, no sería rechazado por el Betancourt de 1939, el del prólogo a *Problemas Venezolanos.* El plan es firmado el 12 de marzo de 1931 en Barranquilla. Cinco de sus doce firmantes serán, diez años más tarde, fundadores y altos dirigentes de «Acción Democrática»: Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Valmore Rodríguez, Ricardo Montilla y César Camejo.

No es un simple programa político, sino también el primer ensayo venezolano de historiografía marxista. En breves líneas se sintetiza una concepción de la historia venezolana que los marxistas repetirán desde entonces casi sin modificación, aún entre historiadores profesionales. Para los autores del Plan:

> **El análisis penetrante de la situación venezolana, la confrontación con similares de otros pueblos de América Latina, la aplicación al estudio de su evolución histórica de los métodos de la ciencia social contemporánea, el esfuerzo decidido de ir más allá de las explicaciones superficiales de los fenómenos para buscarles sus causas últimas, nos llevan al convencimiento de que el despotismo ha sido en Venezuela, como en el resto del continente, expresión de una estructura social y económica de caracteres diferenciados y precisables sin dificultad. Estos factores son internos unos y externos otros. Los primeros pueden referirse al que los comprende y los explica a todos: la organización política económica semifeudal de nuestra sociedad. Los segundos, la penetración capitalista extranjera[2].**

Es un documento colectivo, no solamente firmado, sino también redactado a varias manos. Pero a pesar de serlo, está marcada en el papel la huella muy acusada de la más fuerte personalidad del grupo: Rómulo Betancourt. Esta huella es detectable con relativa facilidad a través de ciertos elementos de estilo: fórmulas alambicadas y percutantes como apelar a «un nuevo y menos gaseoso concepto de la libertad que el profesado por los jacobinos en todos los tiempos de la república»; hablar de «los fideicomisarios en la república de las clases dominantes»; acuñar un término lindante con el trabalenguas como «desanalfabetización»; decir que «caudillismo y latifundismo son y han sido, en lo interior, los dos términos de nuestra ecuación política y social»; y, por supuesto, la jaquetonería de llamar «penetrante» a su propio análisis, son algunas de esas huellas delatoras esparcidas aquí y allá en el documento y que señalan la presencia, en el acto de la redacción, de Rómulo Betancourt.

No es sólo allí donde se imprime su garra: es también en su carácter de ensayo histórico. Cierto, es muy normal que el primer ensayo de historiografía marxista, el primer intento de aplicación de las categorías de materialismo histórico a la realidad venezolana tenga esa condición de síntesis de nuestra historia. Pero se nota que hay detrás del texto alguien que ha andado por archivos y compulsado colecciones, pues no hay allí meras generalidades, sino que se busca citar con cierta precisión el dato, y si no el documento, el hecho que refrende al planteamiento. Y, ya se ha visto, uno de los primeros campos donde se desplegó la inquietud intelectual de Betancourt antes de que los acontecimientos de 1928 lo lanzaran de lleno a la actividad política, fue la historia.

En el Plan de Barranquilla llama la atención su carácter de «botella al mar». En efecto, si bien se diferencia de ellos en el fondo, la forma podría asimilarlo a uno cualquiera de esos documentos que preceden y justifican la invasión del territorio por una «revolución». Se habla allí de «período preconstitucional», de «problemas políti-

cos, sociales y económicos que pondrá a la orden del día la revolución». Da la impresión de que este último término lo tomen en su tradicional significación venezolana de sustitución de un gobierno por la fuerza de las armas. Pero ni el propio análisis del Plan, ni el conocimiento que se tenga del contexto político en que se mueven sus autores, del momento y de las perspectivas inmediatas, nos hablan de algún movimiento de ese tipo que estuviesen preparando los redactores. Al revés del programa de Santomas, que en 1859 señaló el arranque de la Guerra Federal, cuyo original no se conoce pero sí de sobra sus efectos, el Plan de Barranquilla, se conoce en detalle pero no le siguió ninguna invasión, ninguna guerra. Es más, ¿no señala ese documento el momento preciso de la ruptura de sus firmantes con las ilusiones garibaldinas?

El manifiesto consta de dos partes: la primera, el análisis histórico a que ya se ha aludido; la segunda el programa de gobierno. Para quien lo lea desprevenido, la impresión que da es de dos textos yuxtapuestos, pero no el uno como la continuación del otro.

En la primera parte se emplea un lenguaje donde se huele a leguas el marxismo, si bien no hay abierta mención de la sucesión apostólica Marx-Engels-Lenin que, con el aditivo de Stalin, ya comenzaban a popularizar los comunistas. Pero no se tiene temor a hablar, desde el primer párrafo, en una jerga que hoy nos es harto familiar: se alude a las «...condiciones objetivas que para poner a la orden del día la insurrección exigen los [?] de la más rigurosa dialéctica materialista». El análisis general tiene ese tono, pero cuando se llega a la parte concreta, al programa de gobierno, hay un vuelco: se trata de un programa bastante moderado, donde pareciera querer englobarse a gente que no compartiría lo contenido en las primeras páginas.

Es cierto que los autores del Plan advierten que ese es un *programa mínimo*. Pero por ninguna parte, ni entonces ni después, apareció el programa máximo. Los autores dicen que «...el contenido

mismo de nuestros postulados de acción es apenas reformista», pero no se explica que lo sea en relación a cuál proyecto revolucionario. Escriben que se comprometen «...a ingresar como militantes activos en el partido político que se organizará dentro del país sobre sus bases», pero a un partido político revolucionario no se dota apenas de un plan mínimo sin que, de una forma implícita o explícita, aparezcan en el programa las bases del plan máximo.

Así, cuando desde el primer momento se acuse al Plan de reformista (calificación peyorativa aceptada como una cura en salud por sus autores), la acusación es mucho más cierta de lo que quienes la lanzan tal vez sospechen. Estos últimos se refieren a la moderación del programa. Pero siempre se es el «derechista» de alguien. Lo que es típico en la actitud reformista es esa forma de reconocer la existencia de los profundos problemas económicos y sociales, hacer un análisis correcto de los mismos, para luego proponer un programa que, salta a la vista al apenas compararlo con el análisis hecho, es muy tímido, si no inadecuado. Es decir, que lo que distingue al reformista del revolucionario no es siempre la diferencia en el análisis inicial, sino la audacia o timidez de las soluciones propuestas.

¿Cómo explicar esta diferencia entre ambas partes? Porque no se trata sólo de una diferencia de concepción, sino también de estilo. Es lógico que sea así, pues éste es el programa que va a ser agitado ante las «grandes masas». Pero, ¿y el resto del plan, con su lenguaje peculiar y sus análisis marxizantes, no lo iba a conocer el pueblo? ¿Y no podría darse cuenta de la diferencia? ¿O es que esperaban que no se conociera sino el programa, no su declaración de principios?

Aquí tropezamos con algo que luego se va a constituir casi en un *leit-motiv* de la correspondencia de Betancourt en ese período y, por supuesto, en el caballo de batalla de sus enemigos años más tarde. Es la idea de la existencia de dos políticas, de dos líneas de pensamiento y de acción: una para la *élite* ilustrada, otra para la masa. Pasando revista a aquel puñado de intelectuales sin organi-

zación de partido y sin prestigio en su país, proyectados hacia uno donde la clase obrera permanecía en estado casi fetal, donde no existía ninguna tradición de propaganda, mucho menos de organización obrera socialista, ¿cómo no pensar en ese «maquiavelismo de los débiles» de que habla Georges Mounin en su biografía del florentino?[3]

Allí estaría el origen de la dicotomía del Plan. Porque la síntesis histórica que precede al programa está escrito en un lenguaje que tiene de todo menos de este tono «...popular, arengativo, vehemente...» que Betancourt reclama con insistencia en otra parte. Hay términos y formulaciones que hoy se han transformado en lugares comunes y que sin embargo, no han dejado de tener su relente de jerga pedantesca. ¿Cómo no iba a serlo, en el 1931 venezolano, el empleo de expresiones como «superestructura política»; de frases como la «...evolución económica [de la clase mantuana criolla después de la Independencia] y política no había cerrado el ciclo que determina la madurez de una clase para monopolizar el poder»; de caracterizaciones como «el antiguo capitalismo exportador de mercancías como el de la etapa imperialista, exportador de capitales...», etc.? Estamos en ese momento a catorce años de la Revolución de Octubre rusa, pero para la inmensa mayoría de los venezolanos, ella no ha tenido lugar y no han oído nombrar nunca por su prensa (ni siquiera para cubrirlos de injurias), a Lenin, a Trotsky o a Stalin.

Hay, por último, una notoria debilidad del Plan, algo que de inmediato salta a la vista y que contribuye a darle más ese carácter de «botella al mar» a que hemos aludido. Para hombres que se dicen marxistas, su elemento esencial, como es la ligazón de la teoría con la práctica, no aparece por ninguna parte. Hay la formulación de un programa de gobierno, «mínimo» o no. Hay como hemos dicho, las alusiones repetidas a una revolución futura y la promesa de fundar un partido político en el interior del país, una vez que esa revolución triunfante haya permitido el regreso. Pero no hay ninguna

indicación de qué cosa se habrá de hacer en lo inmediato o incluso a un plazo mediano o largo, para apresurar esos acontecimientos políticos. No se trata de mantener algún secreto conspirativo, pues siempre se pueden dar, sin violarlo, las grandes líneas de una acción política y organizativa. Pero aquí no hay la menor alusión a eso. Da la impresión de que ese programa de gobierno se estuviese proponiendo a otros, o de que el gobierno que lo aplicase caería del cielo, por obra y gracia del Espíritu Santo.

Sobre los autores del Plan, como sobre todos los jóvenes revolucionarios del Continente, planea lo que se ha convertido también en el tema fundamental del siglo XX: la revolución bolchevique. En la mente de algunos de los más lúcidos emigrados del 28 comienza a germinar la idea de que es necesaria una cosa diferente de las viejas montoneras, un partido político moderno. Y todos, tanto en el interior como en el exilio, parecen no tener en mente si no en único al menos en primer lugar el partido comunista. ¿Por qué? Porque, cuando se producen aquellos acontecimientos que en 1928 terminarán aventando al exilio a la mayoría de los (involuntarios) autores del Libro Rojo, hace apenas cuatro meses que la Revolución Rusa acaba de cumplir diez años. Todavía conserva sus mayúsculas, todavía el prestigio virginal de Octubre, y mucho más ante aquellos muchachos que apenas sabrán de su existencia cuando comiencen a transitar los caminos del destierro. Las «nuevas teorías sociales», como con pudor e hipocresía se les llamará más tarde, les llegan a través de la propaganda de la Internacional Comunista y del ejemplo sin cesar exaltado de la Revolución Rusa.

En síntesis, que «Se operó en la mayoría de los estudiantes exiliados ese fenómeno común a las juventudes americanas de los años treinta» que con fervor de neófitos sorbían cuanto escribieron los clásicos del socialismo, llegando a soñar con una revolución a la bolchevique, «con nuestro zar de Maracay fusilado al amanecer»; llegando incluso a pensar «por un momento» que en Rusia «se estaba

forjando un tipo de organización social de vigencia ecuménica»[4]. A decir verdad, ese «momento» duró por lo menos un lustro. Porque, cualesquiera que sean las divergencias en materia de táctica; por mucho que Betancourt dé la vuelta, en su crítica al comunismo, desde un reformismo apristoide –pero del primer APRA, cuando Haya de la Torre regresaba encandilado de Moscú– hasta el trotskismo; con todo eso, los miembros del grupo ARDI, los del Plan de Barranquilla en 1931, no dejarán de moverse dentro de la órbita del pensamiento soviético, sea gubernativo u oposicional, sea trotskista o estalinista.

Eso es lo que trasluce de una copiosa correspondencia que entre los años 1931 y 1935 se crucen desde diversos puntos de su exilio los firmantes del Plan de Barranquilla. Es así como Leoni escribe a uno de sus compañeros del 28 que ellos están tratando, allá en Barranquilla, de interpretar «marxista y revolucionariamente nuestra realidad social, política y económica, aún cuando no formemos en las filas del *partido comunista* [subrayado por Leoni]»[5].

Sabe que esa declaración puede parecer insuficiente al PCV, pues hay en ella el germen de un partido de izquierda distinto. Admite que tales críticas pueden ser verdaderas, vistas desde un ángulo marxista-leninista, pero «No creemos tampoco que nuestra actual posición sea una cosa definitiva. Todo lo contrario. Es para nosotros algo de carácter temporal o provisional, que necesariamente tendrá que modificarse, avanzando siempre, pero de acuerdo, naturalmente, con los reclamos de nuestra sociedad venezolana»[6].

Ni siquiera un hombre tan moderado como Mariano Picón Salas, expresa un desacuerdo de principio con el comunismo –aunque sus lecturas iniciales lo llevan a trillar las sendas del reformismo «Segunda Internacional» más puro–, sino que considera apenas que «Sería una tontería predicarle a gente tan arraigada al suelo y de imaginación tan concreta la abstracción comunista, esa especie de álgebra espiritual que ellos no pueden entender»[7]. Betancourt,

por su parte, critica al PCV casi desde dentro, reprochándole lo contrario de cuanto a él se le reprocha: presentar el programa máximo sin acompañarlo, para la pelea política inmediata, con un programa mínimo. Y no hacer entonces «la distinción –hecha siempre por la socialdemocracia rusa– entre el programa mínimo de acción inmediata, donde las reivindicaciones de orden democrático ocupaban un papel importantísimo, y el programa máximo socialista»[8].

No hay, en la más polémica de aquellas líneas, el menor asomo de duda de que el «programa máximo» socialista sea el correcto, y que lo sea tal y como lo plantean los comunistas. Se trata de pelearse tan sólo en el terreno de la táctica y envolver a la socialdemocracia en un común aborrecimiento.

Hay, no obstante todo eso, una diferencia notable entre la actitud de Rómulo Betancourt frente al PC y la de sus más próximos y fieles compañeros. El primero ataca al PC desde todos los frentes y, como sus amigos le reprochan sus coincidencias con el aprismo, se va al otro lado y emplea entonces los argumentos del trotskismo. Para ser más exactos, hay que decir que Betancourt emplea el *lenguaje* del trotskismo («central burocrática [...] la inepcia ideológica, negación consciente o inconsciente de las más puras tradiciones teóricas del marxismo-leninismo, de la construcción del socialismo en un solo país»[9]), pero en verdad, las dos críticas centrales que hace al partido comunista se refieren a la falta de preocupación por las cuestiones de la democracia y del nacionalismo.

Es decir, más que críticas trotskistas, críticas «democrático-burguesas», para emplear el lenguaje que él mismo acepta entonces. En cambio, Valmore Rodríguez, en el año 1932 en que son escritos los anteriores conceptos, asienta en carta para Ricardo Montilla que sólo hay un partido posible y ese es el Partido Comunista «con su línea leninista férreamente establecida, sin filtraciones de ningún género». Explica que él y sus compañeros de Colombia quieren trabajar en «agrupación» (y no en partido, o sea en partido comunista)

porque comprenden que en esos momentos no es posible hacer nada más eficaz. Pero eso no significa que ellos estén pensando en permitir que se les hable de dar cuerpo a una doctrina de retazos, «de crear y echar a rodar un instrumento anti-proletario». Porque, insiste, pasar de una agrupación a un partido, cambiar un lenguaje un «tantico nebuloso» por la afirmación rotunda cuando las condiciones estén maduras, es algo que él no considera excluido de ningún manual de buena política; «...pero crear un partido sobre bases reñidas con la ideología que se profesa, para luego volver a ella y al partido que la sustenta, es cosa que está muy cercana a la traición o mejor, al peor de los oportunismos...»[10].

El mismo Betancourt llega a declararse en un momento (1935) «simpatizante activo del comunismo», y lo más que llega a alejársele es cuando propone «de estas dos soluciones, una: o bien constituimos, dentro del PCV, un ala oposicionista, o bien constituimos nosotros, al margen de la III, un partido revolucionario nómbrese o no comunista...»[11].

Tanto en el texto de Valmore Rodríguez como en el de Betancourt está presente el reiterado argumento maquiavelista: el Plan (de Barranquilla) se puede «echar por la borda», los revolucionarios conscientes dar el vuelco al partido amorfo. Pero, hasta ese momento, ninguna se concibe fuera del comunismo. Y ya hacia 1935, el mismo Betancourt parece estar abandonando sus últimos escrúpulos para sentirse «miembro tácito» del PC[12]. Hay además un problema que podríamos llamar semántico: si Betancourt habla de «único partido», se refiere al PC; si en cambio habla de «partido único», se refiere a una futura organización más amplia, que incluiría a los comunistas «terceristas» por una parte, y a él y a su grupo por la otra.

Conviene insistir en que las críticas del grupo ARDI al PC, y en especial las que le hace Rómulo Betancourt, son las mismas que, en otras partes, hacían al comunismo los nacionalistas «burgueses». Y con el aditivo maquiavélico: «A todos nos une una misma convic-

ción: la de que la táctica radical de III, sobre todo en materia antiimperialista, es peligrosa en extremo, porque no compensa la alarma que produce con los resultados positivos que de ella se deriva para la definitiva emancipación de los trabajadores»[13].

La cautela de Betancourt no se debe pues sólo al temor de que las masas no entiendan su mensaje, sino también de que el enemigo lo entienda antes que nadie. Esa cautela será también el primer argumento que empleen los moderados, antes de encontrar cualquier otro, cuando se les plantee un programa y una actividad revolucionarios, por mínima que sea ésta y «pobrísimo» que sea aquel a los ojos comunistas, que se supone los más radicales.

Así como siempre se es el «derechista» de alguien, la recíproca también es verdadera. Para algunos, como Mariano Picón Salas y Gonzalo Carnevali, incluso el ARDI de Barranquilla se va demasiado hacia la izquierda. Y por esos mismos días, Betancourt estará llamando la atención sobre el peligro que entrañaría ingresar al país a hacer una propaganda abiertamente comunista. Considera entonces que dada la exigüidad del proletariado industrial en Venezuela, es de pensarse que ese partido netamente clasista pedido por quienes él mismo llama «los radicales», no contaría sino con unos pocos centenares de militantes «...incapaces de impedir por su debilidad numérica y *clasista*, que la reacción destruya al partido y destierre o encarcele a sus dirigentes y salgan éstos de nuevo a pendejear por las avenidas del exilio, escribiendo artículos hipotéticos sobre un hipotético partido comunista venezolano»[14].

Aquí va a centrarse una de las grandes cuestiones en discusión entre los exiliados. En el fondo, lo que se discute no es sino la necesidad histórica de la fundación de un partido comunista, bajo la cubierta de su *oportunidad*. Tanto Betancourt como sus compañeros de ARDI se consideran entonces, y se proclaman *sotto voce*, comunistas. Pero de la misma manera, consideran innecesario fundar una organización dentro de los moldes que establece la Tercera

Internacional, y proponen otra que pueda «desarrollar una campaña [...] capaz de apasionar no solamente al proletariado *stricto sensu*, sino también a las capas medias de la población, una campaña articulada sobre una plataforma realista, que contemple las aspiraciones de todos los sectores de la población»[15].

Su experiencia en el interior del PC costarricense lo afirma en esa idea. En 1935 escribe a Leoni para explicarle las razones de la importancia adquirida por el PC en el pequeño país centroamericano, su creciente influencia sobre las masas, los éxitos que se había apuntado en una época en que la mayoría de sus partidos-hermanos del Continente lucían estancados.

A comienzos de los años treinta, pues, Betancourt está proponiendo una organización abierta cuando los comunistas, en pleno proceso de «bolchevización», proponen una organización cerrada. Propone una política amplia en el momento mismo en que los comunistas, en pleno «tercer período», en pleno proceso de la lucha de «clase contra clase», proponen una política sectaria.

Ambos están, cierto es, teorizando sobre abstracciones, pues no pueden dar muchos ejemplos prácticos de la verdad de sus planteamientos al contacto con las masas venezolanas. En el terreno de la organización, los comunistas pueden anotarse algunos éxitos, pero en el seno de una vanguardia muy, pero muy reducida.

Con los míos

Betancourt, por su parte, da como ejemplo el de un partido comunista como el costarricense, actuante en un país que él mismo considera en lo económico, sociológico y sobre todo en lo político diferente del suyo[16].

Pero tanto o más que atender a un partido que, en el ámbito de la pequeña Costa Rica, tiende a ser una organización de masas, le preocupará durante el lapso 1931-1935 mantener cohesionado,

homogéneo y claro en sus acciones políticas a su pequeño grupo de fieles, a ese ARDI que lanzó en marzo de 1931 el Plan de Barranquilla.

Eso va desde el nombre mismo de la organización, hasta sus diferencias con los leninistas, pasando por su aborrecimiento de los «sindicatos de macheteros». ¿Por qué los «ardistas» prefieren llamarse «agrupación» en vez de partido? Como lo muestra su correspondencia, eso no es nada caprichoso ni casual: están bastante conscientes –sobre todo su jefe reconocido– de lo que la realidad misma les impone: de su condición de élite pequeña y aislada.

No se hacen ilusiones sobre su influencia en las masas de un país que confiesan conocer mal, del cual conservan un recuerdo que va borrando progresivamente el tiempo pasado en el exilio (ya son cuatro años, que entonces son muchos para un venezolano) y el cambio de mentalidad que se ha operado en ellos desde 1928. Por lo tanto, piensan que su labor más importante en el momento es la de integrar y concentrar esa élite, limar las asperezas, presentar un frente unido. El 27 de enero de 1932, desde Las Juntas de Abangares, (Costa Rica) Betancourt la define así:

> **Nuestro grupo será hoy de trabajo, de organización, de estudio y también de combate. Ya mañana, dentro de Venezuela, reunidos con los muchachos del Castillo, con los ultrarradicales, con todos en fin, cuantos profesen los distintos matices de izquierda, buscaremos un acuerdo. Si esto no es posible, aceptemos sin titubeos la responsabilidad de la decisión[17].**

Lo interesante de estas líneas no es que ellas contengan un plan de acción para el futuro, sino que éste se haya cumplido, casi letra por letra, en el año 1936. Es tentador en tales condiciones pensar que Betancourt lo tenía todo previsto y planificado, si no fuese porque nunca esas cosas lo son si no es por mera casualidad.

Si la política es una de las formas de la guerra, no es ocioso entonces recordar aquí aquella idea del muy reaccionario Joseph de Maistre para quien en la batalla lo que al final triunfa no es el orden sino el caos. De todas formas, si comparamos esos textos con los editoriales de *Libertad*, el periódico del PRV añorando en su primera página el regreso a Venezuela «para luchar allí contra futuros gobiernos de opresión»[18], uno se da cuenta de que ni la impaciencia juvenil ni el inmediatismo revolucionario son imputables a una generación de hombres que, por primera vez en muchísimos años, osan pensar en términos de lustros y décadas antes que de días y semanas.

Grupo de organización y de estudio con vista al futuro, pues, éste de ARDI: desde una época tan temprana, Betancourt parece tener el genio de la larga paciencia, de que hará gala a lo largo de su carrera política. Es más, cuando busca proyectar su influencia en el interior de su país, se lo planteará también en función de constituir allí un núcleo dirigente avezado que sea luego capaz de irradiarse: «El contacto con la masa, con la multitud, no se logrará sino allá adentro, cuando tengamos tribuna y prensa. Lo demás es puerilidad y falta de sentido práctico»[19].

Y esa «larga paciencia» es tanto más meritoria cuanto que hay que medirla en términos venezolanos, o sea de hombres cuya esperanza de vida no era estadísticamente muy larga por aquel entonces. Desde el mismo año de 1928 corrían esperanzados rumores sobre la salud de Juan Vicente Gómez: nadie parecía pensar que el viejo tirano fuese a alargar su vida otros siete años.

Organización, estudio, homogeneidad, pero también «grupo de combate». ¿Qué formas va a tomar ese «combate»? Betancourt intuye que un dirigente político no puede quedarse en las teorizaciones puertas adentro, en la prédica para iniciados, sino que tiene que «hacerse la mano» como el artista o el simple artesano, con el trabajo diario en una organización de masas. Es por eso que a falta de mejor (porque el APRA costarricense no pasará de ser una emo-

ción pasajera) escogerá ese partido donde se agrupan gentes hacia las cuales ha mostrado reticencia desde la primera vez: el partido de los comunistas de Costa Rica.

Pero por supuesto, junto a aquella de la cohesión de su grupo, la preocupación fundamental de Betancourt es la de ir creando también, en el interior de la Venezuela gomecista, las bases para la formación del partido. Preocupación más angustiosa cuanto que sus rivales comunistas daban la impresión de haber obtenido algunos pequeños éxitos, sea en la formación de organizaciones clandestinas en el interior, sea en la publicación de algunos periódicos. Como es normal entre desterrados, existe deferencia y admiración por quienes «en el vientre del monstruo» están arriesgando libertad y vida. Así, por mucho que Betancourt cubra con sus sarcasmos a los «monaguillos domesticados» del Buró del Caribe y a los «mariquillos chistosos» del grupo comunista de París siempre tratará con respeto a los militantes del «pacové» en el interior de Venezuela: no era fácil acusarlos de estar practicando alguna forma de esnobismo juvenil.

Desde 1932, intenta ocuparse de eso, pero el éxito no parece acompañarlo. Suena más a deseos que a realidades lo que asegura en 1932: que para la introducción en Venezuela de su folleto *Con quién estamos y contra quién estamos*, «la comunicación con Oriente está asegurada por medio de los primos de cara de guapo [Juan José Palacios] y de Juancho Castro», aunque parece más real cuando le escribe a Picón Salas que «en Caracas existe un grupo de muchachos universitarios afiliados al Plan, que está dispuesto a ser distribuidor de la propaganda que nosotros enviemos y a la vez constituirse en nuestros corresponsales allá adentro»[20].

Eso se deja ver en algunas cartas que le envían Luis Villalba Villalba y al parecer hasta el mismo Joaquín Gabaldón Márquez que acaba de salir de la Tres Torres de Barquisimeto y anda cuidándose de la vigilancia policial. También, en carta a Valmore Rodríguez, Betancourt dice haber trabajado mucho por conectarse con

Venezuela. En lo que va constituirse en una de las obsesiones de su vida, esos esfuerzos están encaminados a «neutralizar la campaña zurdista de las vestales»[21].

Presenta entonces con orgullo un papelito enviado desde Venezuela por alguien que parece ser Jóvito Vilalba a quien llama «el más caracterizado de los del Castillo» el cual le habría hecho decir por terceras manos:

> **Dile al Negro que alrededor de su papelito hemos discutido y meditado mucho; y que en los puntos esenciales estamos de acuerdo con él. Adviértele que no estoy sumado a ninguna organización de partido; y que pienso no debemos aceptar con gregaria docilidad consignas emitidas por gentes que no han estudiado directamente nuestro medio[22].**

Pero aparte de eso, que es bien poco, nada hay en la correspondencia que indique la organización de un grupo de ARDI en el interior de Venezuela.

Por último, hay que decir algunas cosas en relación con algo que si bien nunca expresado en esos términos (es raro que alguien lo haga alguna vez) está presente en toda la correspondencia de este y los años posteriores: la formación de un liderazgo. Lo que será, andando el tiempo, todo un estilo político –el famoso «sectarismo adeco» tan satanizado por sus enemigos– ya comienza a mostrarlo Betancourt en esos años. Hacia 1935, sin embargo, se ha producido un cierto cambio en la actitud ideológica y política hacia el PCV, cambio que llega hasta el mismo Betancourt, quien parece resignarse a tomar la vía que sus compañeros están dispuestos a seguir.

Es así como dos meses exactos antes de la muerte de Gómez, escribe a sus amigos de Colombia que quiere que le den su opinión con respecto al PCV y sus actividades «allá adentro», pues piensa que «en alguna forma hay que trabajar en sus filas» y que, por su

parte está dispuesto a colaborar en lo que se le indique. Se preocupa por saber por qué no han vuelto los comunistas a sacar *El Martill*o y se pregunta si habrá organizaciones de base establecidas en el país. No deja de recordar por eso que son profundos sus desacuerdos con la línea del PCV, que no deduce de sus actuaciones las cuales conoce «apenas superficialmente», sino de la política general de la Internacional.

Pero pese a todo eso, dice a la letra que «dispuesto estaría a colaborar en el partido en lo que se me indicara, reservando para el futuro», ya dentro de Venezuela, el planteamiento de sus desacuerdos y la fijación definitiva de su actitud. Como cree que «en ese mismo pie» están parados sus amigos, entonces, les dice, «¿por qué no promueven un acuerdo práctico para que los tres [¿Leoni, Valmore y él mismo?] colaboremos en las tareas que está desarrollando la organización? Es que, confiesa, le remuerde la conciencia de revolucionario el ver que en nada efectivo colabora dentro de la organización venezolana de la que se siente «miembro tácito», y de la que espera ser «lo más pronto posible, militante activo». Como no puede dejar de pelearse con sus adversarios de siempre, precisa que no ignora que Salvador de la Plaza y Miguel Otero Silva, a pesar de que en Costa Rica ha dado fehacientes pruebas de no ser «comunista de la frase sino de los hechos», continúan con «sus pendejadas» sobre su «mentalidad pequeño-burguesa». Pero esa son majaderías que le importan «un comino», pues para él la pelea se demuestra peleando, y en eso está. «En síntesis», remata, «quiero que ustedes conversen con Gustavo [Machado] allí, o le escriban a Salvador, planteándoles en forma clara, sin reticencias, que nosotros, pues los presumo en la misma tónica, queremos ayudarlos como simpatizantes activos. Que nos indiquen qué trabajo podemos hacer, en qué forma podemos colaborar»[23].

Como se deja ver, adhesión más reticente, más llena de *arrière-pensées*, no se puede concebir. No obstante, para que Betancourt,

el hermanito-hígado (como lo llamaban entonces sus propios compañeros tal vez por su luego famosa soberbia personal), se presente a las puertas del PCV con el sombrero en la mano y como quien va a Canossa pida a su aborrecido Salvador de la Plaza, ese «puntilloso Lenin de Alpargatas», ese «monaguillo domesticado del Buró del Caribe», «ese pontificante que parapeteado detrás de cuatro esquemas pacientemente rumiados signa con el vaderetro del oportunismo a todo análisis que se desvíe un punto de sus clisés», ese hombre «ávido de hacer el papel de víctima»; a ese hombre, en fin, mil veces escarnecido, que le dé una ocasión de colaborar con el PC en lo que sea; para que eso suceda, tiene que haberse producido una conmoción extraordinaria.

¿La gran razón para ese cambio? Primero que nada, Betancourt es lo que podría llamarse un hombre-organización, o sea alguien que no puede concebirse a sí mismo fuera del contacto con una agrupación, con un equipo de hombres que él dirija; «dadme una organización y conmoveré a Venezuela» podría ser su consigna, quién sabe si su epitafio. Pues bien Betancourt presume que el PCV la tiene en Venezuela, como por lo demás sus compañeros en Colombia no cesan de proclamarlo. En todo caso, sabe que en cuanto le concierne, él no ha podido formar esa organización en el interior. Hará entonces lo mismo que con el PC costarricense: a falta de mejor, a falta de cualquier otro, escogerá al PCV... Lo que él más teme es quedarse solo, es decir, al margen del grupo de hombres cuyos lazos personales y políticos ha tratado de estrechar cada día desde Barranquilla, posiblemente desde antes. Y cuando se acerca 1935, éstos continúan su progresión hacia el PCV, como lo revela su correspondencia.

En la formación, a su alrededor, del liderazgo que diez años más tarde formará «Acción Democrática», se pueden señalar tres aspectos. El primero es el espíritu grupal cerrado, al ejemplo de sus detestados rivales de la Tercera Internacional. Betancourt y los «ardis-

tas» pretenden ser amplios en la presentación de un programa que pueda calar en las masas, pero en lo que concierne al jefe de ARDI, esa amplitud debe combinarse con lazos en el interior secretos, irrompibles, francmasónicos: «Quiero advertirles, hermanos, que quiero que mis opiniones para ustedes no salgan de ustedes»[24].

Es decir que la fraternidad del exilio entre revolucionarios «de nuevo cuño» no vaya a llegar hasta la «puerta abierta», sobre todo frente a los detestables comunistas. Porque éste es el segundo aspecto: Betancourt ha creado o contribuido a crear un grupo que surge como una alternativa, dentro de la izquierda, a los comunistas. Y entiende que esa diferencia sea muy nítida. Sus compañeros no lo ven así, y en general no emplean el lenguaje del «hermanito-hígado» contra los comunistas. Por su parte, el exiliado de Costa Rica se niega dejarse situar fuera de la «línea general» del comunismo, y practica en San José la militancia comunista. Pero con los comunistas venezolanos no parece querer ir a ninguna parte. Sin excluir la posibilidad de que tengan (y mucha) base en la realidad, parece estar viendo a cada rato un complot de los comunistas contra él, y tomando la cosa como un asunto personal, «metido entre pecho y espalda la espinita»[25], cada «rodillazo» que de frente o por terceras personas, real o supuesto, le asesten los comunistas.

El tercer aspecto es que Betancourt (sin ser tan ingenuo como para plantearlo en esa forma), buscando constituir a su alrededor ese grupo dirigente que lo acompañará durante tanto tiempo no desdeña recurrir a la fidelidad de hombre a hombre que ha sido la clásica de todos los caudillos. Así, Leoni y Valmore Rodríguez podrán cubrirlo de críticas, en ellos no verá la sombra de una ambición o deslealtad.

Pero hay más: defiende su amistad personal con Juan José Palacios cuando sus propios compañeros le critican que mantenga intimidad con quien se ha mostrado tan impermeable a su prédica marxista. Llegará incluso más tarde a escribirle a Leoni estas líneas

(que, para sus peores enemigos, revelarían una gran hipocresía) asombrosas para gente que lo percibirá hasta el final de su carrera política y de su vida a través de un lente completamente distinto, el de un líder sectario y absorbente, que no vacilaba en romper las más viejas amistades si ellas pretendían hacer sombra a su propia dominación:

> **Hay que huir, hermano Calvo, del sectarismo fosco, que conduce a ver hombres, actuaciones, todo a través de una lupa intransigente y ortodoxa. Yo, por mi parte, te confieso mi perfecta capacidad para comprender cómo un individuo puede ser amigo íntimo, muy querido y muy estimado, aún no siendo militante[26].**

Si comparamos este párrafo con las recurrentes acusaciones de deslealtad hacia Salvador de la Plaza, el «pope rojo», un hombre que hasta el último aliento será leal a los principios abrazados en su juventud, se comprende que Betancourt está hablando de lealtad hacia su persona. Es la idiosincracia del caudillo, de «nuevo tipo» pero caudillo al fin.

¿Hay una conclusión específica referida a ARDI? A mediano plazo, diez años, ese grupo rematará en AD. En lo inmediato, Betancourt, dirigente conspicuo del PC de Costa Rica, lo considera en 1935 «nonato difunto y bien enterrado bajo sopotocientas paletadas de tierra»[27].

Notas

1 *Fragmentos...*, p. 32.

2 *Libro Rojo*, p. 287.

3 «Le machiavélisme est une théorie de la faiblesse politique. Et Machiavel est, peut-être plus que Savonarole aquel il a décroché cet épithète, l'incarnation pathétique d' un prophète desarmé». Georges Mounin, *Machiavel*. Paris, Editions du Seuil, 1958, p. 202.

4 Betancourt, *Venezuela: política...*, p. 69.

5 «Leoni a Jiménez Arráiz», 23711/31, *Libro Rojo*, p. 225.

6 *Idem.*

7 *Ibidem*, p. 223.

8 *Ibid.*, p. 183.

9 *Idem.*

10 *Ibidem*, pp. 236-237.

11 *Ibid.*, pp. 156-157.

12 *Ibid.*, p. 214.

13 *Ibid.*, pp. 156-157.

14 *Ibid.*, p. 141.

15 *Idem.*

16 *Ibid.*, p. 167.

17 Ibid., p. 142.

18 *Libertad.* Órgano del Partido Revolucionario Venezolano. México, 1 de mayo de 1928.(Edición Fascimilar), p. 1.

19 *Libro Rojo*, p. 140.

20 *Ibid.*, p. 153.

21 *Ibid.*, p. 188.

22 *Idem.*

23 *Ibid.*, pp. 213-214.

24 *Ibid.*, p. 166.

25 *Idem.*

26 *Ibid.*, p. 207.

27 *Ibid.*, p. 204.

VII. ...Y DE LEONCITO

Al mismo tiempo que afirma de aquella manera sus lazos grupales con quienes en el futuro serán sus compañeros de partido en «Acción Democrática», Betancourt se adentra en la política costarricense, se inmiscuye en ella; mucho más, se convierte en uno de sus dirigentes, así sea en la sombra. Entramos aquí en una de las etapas más polémicas de su vida, la cual por razones más políticas que legales él mismo trató, si no de ocultar por entero, por lo menos de disminuir su significado. Son sus años como militante, dirigente, del partido comunista de Costa Rica. Por su condición de extranjero, Betancourt deberá actuar en la clandestinidad. Esa es una situación y condición en la que no se suelen guardar papeles, y por otra parte, por interés político, trató durante mucho tiempo de dejar a oscuras esa etapa de su vida.

Es comprensible que trate de embrollar las pistas, acentúe el secreto de su acción, temeroso de que al fin se ponga por obra un decreto de expulsión en contra suya, cuya existencia la prensa conservadora y gubernamental recuerdan cada vez que el partido se agita demasiado, y se sospecha que detrás de sus acciones está la «mano peluda» del ebulliente líder venezolano.

Otra razón es un evidente interés político de Betancourt, por lo menos en los primeros años de su acción política a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez: por razones legales, pero también

por razones políticas, trata de negar o disminuir su implicación en la actividad de un partido comunista. Así, recibirá como una bendición la aclaratoria que hacen los comunistas venezolanos en 1938, a saber que él «no es ni ha sido nunca» militante de su partido. Eso es verdad si se refiere al partido comunista venezolano, que se formará apenas en 1937 (porque lo de 1931 fue un saludo a la bandera); pero no lo es del partido costarricense. Y como ambos forman parte de un solo partido mundial, aquella verdad lo es sólo en parte, y en parte es mentira. Por lo demás, como se verá más adelante, en aquella adhesión de Betancourt al comunismo costarricense, hay una buena cantidad de equívocos, ocultamientos y situaciones inexplicables.

En todo caso, se transparenta en la correspondencia de esos años, la preocupación central, fundamental, de aquellos exiliados es lo que sucede en su país de origen, el combate contra la dictadura gomecista y sobre todo, lo que habrá de ser el posgomecismo gracias a la acción de ellos, que imaginan hasta con cierto detalle. Revisando esa correspondencia puede lograrse una primera aproximación, a saber cómo es visto el joven venezolano por la sociedad que lo acoge como refugiado. En segundo lugar, es posible darse cuenta de cómo ve él mismo su actuación en la política costarricense, a través de algunas cartas a sus «hermanitos», quizás no destinadas jamás a la publicación, amén de un interesantísimo y en cierto modo sensacional artículo de Sotillo Picornell, todo incluido en el *Libro Rojo* publicado en 1936 por la policía de López Contreras.

Por otra parte, es posible poner de relieve algunos de los aspectos fundamentales de su acción en el país centroamericano, como lo hizo Alejandro Gómez en su excelente monografía, que prácticamente agotó el tema[1].

¿Por qué se va Betancourt a Costa Rica? Hay una razón personalísima, pero que nunca puede descartarse en un joven veinteañero: se ha enamorado de una costarricense, con quien se casará, tendrá su única hija y vivirá largos años. Pero hay otras razones.

La primera es más bien inconsciente: el dinámico joven es incapaz de estarse tranquilo un momento, mano sobre mano en espera de que muera Juan Vicente Gómez, leyendo cuanto le cae en las manos o destrozando su maquinilla al escribir cartas a sus compañeros, folletos de escasa difusión, y, mucho menos, libros para los cuales todavía carece del entrenamiento intelectual necesario. La segunda razón parece ser más consciente: se trata de no oxidarse, de «hacerse la mano» y estar bien entrenado para los combates a venir en su propio país.

El 22 de febrero de 1932, Rómulo Betancourt cumplió veinticuatro años. Le falta uno para ese cuarto de siglo que algunos señalan como el comienzo de la madurez, el abandono de los «años locos» de la juventud. El joven burgués europeo a esa edad ya ha terminado su formación académica, empieza su carrera profesional y comienza a buscar, entre las muchachas que frecuenta, la que habrá de ser su esposa «hasta que la muerte los separe».

Pero no estamos en Europa, ni Betancourt es un joven burgués, y además, el de 1932 es un año en que ni los mismos jóvenes burgueses europeos estaban seguros de su destino, mucho menos en América Latina, mucho menos en Venezuela. El refugiado venezolano tiene novia, y pese a todas sus teorías revolucionarias sobre las relaciones entre hombre y mujer, reacciona como un macho latinoamericano típico cuando alguien se propasaba en el lenguaje, o pretendía humillarlo frente a ella[2].

En febrero dice que abandonó por fin los cursos en la Facultad de Derecho, a los cuales asistía ya sólo para complacer los caprichos de su viejo, quien creía que tener un abogado en la familia era «tener a Dios agarrado por las mismas barbas»[3]. No era sólo eso: la condición de estudiante le permitía justificar su permanencia en el país, pero sobre todo, recibir de sus «hermanitos» de Barranquilla el vital *tali* que lo saque de los más inmediatos apuros. Para comprar dólares en Colombia, ellos necesitan tener la constancia de que, en

efecto, Betancourt está estudiando en la universidad, no bulevardeando o lo que es peor, conspirando.

Aquí se impone hablar sobre el famoso *tali*, acaso un apócope de «talismán». Famoso porque en 1936, algún enemigo suyo, o mejor dicho, enemigo de la izquierda, pretendió que el comunista Betancourt se refería con esa expresión enigmática a una inconfesable subvención, entiéndase al malfamado «oro de Moscú». En verdad, aclaró entonces Betancourt, se trataba de su parte de los beneficios producidos por aquella publicación jurídica de Barranquilla que les permitía, a él y a sus compañeros, una muy precaria subsistencia.

Como se decía antes, en ese entonces no estamos en Europa, pero no pensamos sino en ella. Por lo cual, para situar en su contexto la acción de Betancourt en el momento, resulta necesario dar cuenta en primer lugar de las principales corrientes que atraviesan el mundo, cuyo centro seguirá siendo Europa por lo menos hasta 1945.

La década rosada

En 1932, la revolución soviética tiene quince años; la fascista diez; y la nazista está en vísperas de tomar el poder, cosa que hará en enero de 1933. Al hacer esta enumeración, se omite otro aniversario y otras vísperas: hacía dos décadas que había comenzado la revolución mexicana; y también en enero próximo Franklin Delano Roosevelt entrará a la Casa Blanca por los próximos doce años. La omisión no es nuestra, sino de la correspondencia de su archivo. Y eso, pese a que buena parte de esa documentación la forman las cartas que Betancourt escribía desde Costa Rica, en donde se supone que, por la vecindad, la influencia de México debía ser mayor que en Venezuela. Y la de los EEUU, ni se diga.

Pero eso indica que en 1932, el mundo entero seguía practicando la religión del eurocentrismo: los ojos estaban fijos en Europa,

aún entre gente que, como Betancourt, había comenzado a criticar acremente a quienes pretendían copiar servilmente los modelos europeos, como «nuestro abuelos» de 1811 y los contemporáneos suyos de la Tercera Internacional Comunista.

Es inevitable referirse a esta última organización, porque los documentos más importantes del año 32 tienen siempre presentes, de una forma u otra, a los comunistas leninistas, a aquel partido mundial de los partidarios de la revolución soviética. Que ha entrado, desde su Sexto Congreso de 1928, en la etapa más sectaria de su historia: la lucha de los partidos comunistas se concibe en términos guerreros como un choque frontal de «clase contra clase». No existe para ellos diferencia alguna ni matiz entre adversarios y enemigos: todo lo que no está en el Partido Comunista es fascista, en particular los aborrecidos social-demócratas a quienes, entre otras lindezas, se le llama «social-fascistas»: *extra ecclesiam nulla salus est*[4].

Lo más curioso es que Betancourt que, como se verá, se opone al sectarismo suicida de los comunistas, no se pone por eso del lado de los socialdemócratas: él compartirá con los primeros si no su odio visceral, por lo menos una desconfianza nada pequeña. Todavía resuenan en sus oídos los anatemas de Lenin y de su admirado León Trotsky contra el reformismo socialdemócrata.

Hablando de León Trotsky, hay una carta recibida por Betancourt la cual parece indicar que su relación con el trotkismo en esos años buscó ir más allá de la simple simpatía por algunos de sus planteamientos y por su anti-estalinismo. En ese documento, el remitente, contrariando una política que algunos de sus compañeros, no sin entera razón, llevaron a extremos lindantes con la paranoia, le remite la dirección que Trotsky empleaba para su correspondencia política, y que sólo se daba a personas de entera confianza[5].

Así lo dice el autor de la carta, pero lo de secreto es muy relativo: la correspondencia debía enviarse a nombre de Leon Sedov, o sea el propio hijo de León Trotsky y Natalia Sedova: hasta el más obtuso

de los agentes de la GPU soviética sabía eso. Lo más interesante en relación con el Betancourt de aquellos años, es que esta carta deja la impresión de que no era la primera; de que el joven exiliado venezolano había tratado de comunicarse antes con los trotskistas, si no con el mismísimo creador del ejército rojo.

Pero, simpatizante o no, el Rómulo Betancourt de aquellos años no es realmente trotskista. Lo revela el hecho de que su ataque fundamental a la política de la Tercera Internacional es lo que él llama, en su larguísima carta a Valmore Rodríguez el quince de agosto, una «majadería» como esa de su «estigmatización, desde el VI Congreso, de las consignas de democracia política para los partidos semicoloniales»[6].

Como todos los bolcheviques, fuesen leninistas, bujarinistas o estalinistas, el propio Trotsky tenía una concepción instrumental de la democracia política, a la que consideraba como todos ellos, despreciable y sobre todo prescindible por su contenido de clase: «burguesa» para decirlo con sus palabras.

Aunque Betancourt no siempre desdeñe emplear también ese lenguaje, su preocupación por esos problemas, su compromiso con la democracia política es real, profundo y no circunstancial: la democracia «burguesa» no es (o no es solamente, para situarnos en la línea de su pensamiento de entonces) apenas un «prerrequisito» para la revolución socialista. Aparte de toda consideración teórica, quien tanta preocupación manifestaba entonces por hablar un lenguaje que fuese comprendido en su momento por las masas venezolanas, debía saber que no era fácil convencerlas para que sustituyesen a una dictadura terrorista como la de Gómez, por otra dictadura terrorista, por muy del proletariado que fuese o pretendiese ser.

El radicalismo de la Tercera Internacional puede, desde luego, atribuirse a un descomunal error político de Stalin, que ya a estas alturas no sólo dominaba enteramente la Internacional, sino que la había convertido en un apéndice molestoso e inútil del *Narkomin-*

del, la cancillería soviética. Pero con todo, esa política encontraba una aparente explicación, la justificación repetida una y otra vez por sus partidarios, en la crisis económica que estremecía al mundo y parecía ser la confirmación *ad literam* de las tesis de Marx y sobre todo de la central de Lenin, la de la crisis general (y final) del capitalismo. Los millones de parados en Europa y los Estados Unidos, la situación prerrevolucionaria en Alemania y en España, las guerras de Asia, todo eso pintaba un cuadro que estimulaba las fantasías milenaristas, el maquiavelismo rampante y el sectarismo de la Tercera Internacional.

No en vano se llamó después, en los EEUU, «la década rosada» a ésta de los treinta; y lo que se esperaba o se temía en Alemania era una revolución comunista, y no la fascista (como la llamaba hasta el propio Hitler) que al final se produjo con la anuencia y hasta el alborozo de quienes buscaban, dando el poder a esta última, detener el incontenible avance de la otra.

La muy sectaria política de la Tercera Internacional tenía su correlato en América Latina; una parte muy grande, si no la mayoría de los partidos comunistas de la región se forman como tales (aunque buena parte de ellos ya existían en el papel y hasta llegaban a participar en las reuniones de la Internacional) en esa década de los treinta. Lo cual quiere decir que el marxismo, el leninismo, el comunismo que se conocerá en América Latina será en lo fundamental el estalinismo. Y en aquel momento, eso quiere decir sectarismo, aislamiento, clandestinidad, «clase contra clase».

Buena carne donde hincar el diente para quien como Betancourt, quiere convencer a sus escasos seguidores de abandonar la condición y sobre todo la vocación grupuscular, huir del «sectarismo fosco», el mismo que, sin embargo, se le reprochará con tanta frecuencia en el futuro.

Pero por mucho que se enfrente en este terreno a los comunistas, comparte con ellos una misma esperanza, la de que la crisis es el

arreglo de cuentas final con el capitalismo y sus criaturas. Es por eso que no espera de la Divina Providencia que venga por fin a desembarazarlo de Gómez. Pese a la edad provecta del tirano, pese a que desde 1921 se revela –y sobre todo, se espera– que el Benemérito no es necesariamente inmortal, pese a que en 1928, al momento mismo de estallar la rebeldía juvenil, no deja de haber quien anuncie que el general Gómez se ausenta por fin del mundo de los vivos, en 1932 para Betancourt la muerte del general no vendrá por vía física sino económica y social. Gómez está, dice, en el suelo: la crisis lo arrastrará[7].

Pero todo eso se sitúa en el ámbito de la teoría. Allí puede moverse el joven líder sin mayor riesgo: aquí las que lo arrastran son tempestades de tintero. Pero, rápido, esa situación cambia, y Betancourt se lanza de cabeza a la acción y sus peligros.

Líder del Partido Comunista

Desde enero de 1932 puede describir así a sus compañeros de Barranquilla su situación en el comunismo costarricense: «Ustedes saben que yo aquí he actuado como dirigente del Partido Comunista. Editorializo en el periódico, formo parte del comité ejecutivo, dirijo la Universidad popular. He dictado muchas conferencias y dicho innumerables discursos»[8].

Y eso no es nada circunstancial, ni es una formulación general, ni mucho menos una desmesurada autoevaluación de su actividad política. En mayo escribe a sus amigos que continúa dedicándole «muchas energías al partido. Hemos organizado ahora una escuela para líderes. Yo les doy dos clases: una de comentarios al 'Capital' de Marx y otra de antiimperialismo. Tres veces por semana una y tres veces la otra»[9]. Más adelante, da otra idea de cómo esa energía suya se distribuye: «Tengo el periódico bajo mi exclusiva responsabilidad. A veces son escritas por mí tres de sus cuatro páginas. En

el BP [Buró Político], me llevo sesiones, a veces diarias, de cuatro horas. Tengo dos cursos de capacitación a mi cargo (Economía marxista e historia del movimiento obrero)»[10]. Y en agosto de 1935 considera casi una bendición ese trabajo que le ha permitido tener una fuerza que lo anima y le da confianza: «la fuerza de una experiencia directa de la lucha de clases adquirida durante los cuatro años que llevo desempeñando trabajos de dirección en el paco [partido comunista] de aquí»[11].

Al revisar su correspondencia, uno se siente tentado a pensar en un primer momento que, con una infatuación propia de su extrema juventud, esté exagerando su propio papel; que esa juventud y su condición de extranjero limitaban esa participación que él pretendía entonces avasallante. Pero no es así. Betancourt había estado en Costa Rica meses antes de este asiento definitivo, y de seguro eso le sirvió para demostrar, a quienes a vuelta de poco serán sus camaradas, sus habilidades políticas, su estudiosa aplicación, su organizada disciplina y su inmensa capacidad de trabajo.

¿Cómo llegaron a percibir la sociedad costarricense y algunos observadores independientes la acción de Betancourt al frente del PC costarricense? Una carta de J. C. Sotillo Picornell de mayo de 1933 da una idea muy clara del asunto:

> **Betancourt ha sido un elemento destacado del partido y su preparación sociológica y gran relieve mental eclipsaba y supera, no diré a los actuales dirigentes del comunismo de Costa Rica, sino a todos los elementos que desde hace muchos años han venido agitando ideas sociales *de izquierda* en este país. La dialéctica y dinamismo de Betancourt traían inquietos a todos los sectores que observaban su energetismo, su dinamismo, su condición de *leader* fuerte, incansable, resuelto...**
> **Rómulo Betancourt ya había destacado su condición de *leader*, instructor y orientador del partido, y su actuación, en el ánimo**

> y conciencia de todos, era mucho más aparente que discreta. Su modalidad personal no era muy indicada para el disimulo y su entereza de carácter y fuerte personalidad iban muy cónsonas con su sinceridad. De cualquiera podría decirse que es comunista. De Rómulo Betancourt hay que decirlo dos veces, es decir, comunista duple: el cerebral y el sentimental[12].

Por supuesto que ningún gobierno que hubiese de enfrentar semejante actividad política de un extranjero, se iba a quedar con los brazos cruzados. El 22 de mayo de 1933, Ricardo Jiménez, Presidente de la República «con vista de la participación de los extranjeros que en esta resolución se indican, en actos subversivos» y considerando «Que la tranquilidad pública exige que no se dé asilo a elementos indeseables, que constituyen un peligro para la seguridad del Estado», decreta la expulsión del territorio de la república de «Rómulo Betancourt, Antonio Braña, Carlos Herrera, Juan José Palacios y Francisco Brandón»[13].

La orden no puede hacerse efectiva con Betancourt, quien logra esconderse, aunque la policía no deja de perseguirlo: en agosto de 1934 escribe a sus «hermanitos» de Barranquilla que «Olvidaba decirle que de nuevo me persigue la policía. Esta tarde por poco me pescan [...] Me salvó hoy un camarada que con la lengua afuera estuvo sanqueándome [*sic*] por la calle, para transmitirme la noticia de la nueva orden de captura»[14].

La presión policial es tal, que en septiembre de 1934 Betancourt se ve obligado a apelar a la opinión pública, dando la siguiente y angelical versión de su actividad en Costa Rica:

> No soy «director intelectual del comunismo en Costa Rica». El Partido Comunista tiene su dirección colectiva, el Comité Central, del cual no formo parte. Eso no significa que niegue mi filiación comunista. Soy y seré comunista. Pero no tomo participación

activa en las luchas políticas de Costa Rica. Me intereso por su política como me intereso por la de la China o la de la India[15].

Como parte de la explicación de la influencia que llegó a tener allí el venezolano, hay que tomar en cuenta el tamaño de Costa Rica, de su población y de su partido comunista, que es tan joven como ARDI: apenas se funda en junio de 1931. De todas formas, la pregunta subsiste: aparte de su innegadas capacidades, ¿cómo pudo ser posible que un joven extranjero llegase a influir tanto en la política de un país que no era el suyo ni tenía la intención de que lo fuese por adopción, por mucho que ese país fuese la entonces llamada «Suiza de América»?

Hay que cuidarse de juzgar el lugar y el momento con las medidas de los años posteriores, digamos después de la guerra mundial (y de la guerra civil costarricense de 1948) para acá. Se trataba entonces, y en gran parte ahora, de un país pequeño, poco poblado, con unas tradiciones políticas muy peculiares, donde el latinoamericano, sobre todo el de la zona del Caribe, no era considerado un extraño. Con esto no se está proponiendo una imagen idílica de la situación, del país, del momento: cada cierto tiempo, cuando las cosas se ponían al rojo vivo o al rosado intenso, la prensa recordaba que todavía estaba vigente el decreto de expulsión contra ese señor Betancourt a quien parecía sentarle tan mal el traje de «eminencia gris».

Hay otra pregunta no menos interesante: ¿cómo es posible que le fuese permitida la militancia a Betancourt, y en posición dirigente, prácticamente de líder máximo entre partidarios de la Tercera Internacional, en el Partido Comunista de Costa Rica? ¿Por qué la buscó Betancourt? ¿Por qué fue aceptado? Esas preguntas no tendrían sentido, y mucho menos a estas alturas, si pudiesen responderse apelando simplemente a la socorrida excusa del «sarampión juvenil»: como millones de jóvenes en el mundo entero, Betancourt

pasó por el partido comunista para pagar una obligada cuota de radicalismo, de sangre hirviente, de irreflexión. En suma, cometió una muchachada. Pero es que al mismo tiempo que se jacta de ser un militante comunista «y no de la frase» escribe cartas donde muestra sus reticencias, sus severas críticas, su aborrecimiento incluso de la Tercera Internacional. Cuando, en un texto publicado en 1983 pero escrito mucho antes y que en parte recogemos aquí, reflexionábamos sobre esa contradicción, sólo se nos ocurría acusar a Betancourt de doblez[16]. Si ahora expresamos una opinión diferente, no es que estemos recogiendo velas quién sabe con qué intención sino porque el estudio de la historia de lo político nos ha llevado al convencimiento de que aplicar criterios morales al análisis de un planteamiento teórico-político no conduce a nada (si bien nada hay más saludable en lo personal que el vaciamiento de los humores viscerales). Por lo demás, el empleo de un doble lenguaje es lo planteado (sin que intervengan escrúpulos morales) en el texto de Betancourt escrito en Las Juntas de Abangares donde proponía que la dirección del hipotético partido que surgiese de ARDI diese el viraje a la izquierda en el momento oportuno, con la seguridad de que la masa, que no sabe de la misa la media, se iría tras sus dirigentes[17].

Era que en aquel momento, débiles y aislados, Betancourt y sus compañeros pensaban así, proponían un maquiavelismo tanto más ingenuo cuanto que se ponía por escrito (así fuese en cartas no destinadas al público, pero que muy bien podían ser incautadas alguna vez por la policía; como en efecto sucedió). Ingenuas o no, esas eran proposiciones maquiavelianas en la forma y en el fondo. Y esa debilidad la sentía Betancourt incluso en el terreno teórico: por eso se protegía con el escudo de Lenin, ese maestro moderno de maquiavelidad.

Eso permite ver con otra luz las conclusiones de Betancourt después de haber estado «de cerquita» con los trabajadores de Cos-

ta Rica y de haber, según sus propias palabras, estudiado las perspectivas del movimiento revolucionario a través de ellos. Ellas son, dice, «1º, que el frente único se realiza por la dinámica misma de la lucha [...] 2º que las universidades populares, no ensayadas por ninguno de los demás partidos comunistas de América Latina [...] es un eficaz vehículo de propaganda y de reclutamiento de nuevos militantes; y 3º, que el tal Buró del Caribe de la Internacional es el más acabado modelo de ineptitud y de petulancia palabrera que pueda darse»[18].

Las críticas son clásicas y fueron hechas miles de veces antes y después: Betancourt apenas si carga las tintas al hablar del contenido de las «circulares mimiografiadas» con que la Internacional pretende dirigir los PCs de América Latina y especialmente los del Caribe. Es así como el PC argentino fue uno de los primeros en batirse por la libertad de Sacco y Vanzetti antes de darse cuenta de la existencia de los presos y los muertos de Gómez y de Leguía. El partido comunista uruguayo se batió por la libertad de Matías Rakosi mucho antes de hacerlo por la de Prestes, y acaso con mayor entusiasmo...

Esta parte de ese texto tantas veces citado parece dar respuesta a la primera de las preguntas que se hacían más arriba: el PC de Costa Rica tenía entonces una organización y una política alejada de la cominterniana «clase contra clase» y no sin cercanías con el «frente de clases» que tanto sedujera en el aprismo a Betancourt. Todo eso, claro está, haciendo las salvedades necesarias: a saber si ese partido venía así desde el primer momento de su ser natural (o sea en ausencia de Betancourt) o si tomó esa forma, adoptó esa política porque Betancourt logró influir bastante en él como para darle ese rumbo. La vieja historia del huevo y la gallina...

Sin contar que no sería disparatado pensar que ciertos aspectos de esa política (las universidades populares, por ejemplo) hayan sido exagerados en cuanto a su significación e importancia por Betancourt en su análisis, por el sólo hecho de estar ellas a su cargo. Así

estaría incurriendo en el más humano de los errores: la sobrevaloración de nuestras propias acciones y, en este caso, de los efectos reales de una política de la cual se es el responsable principal. Sin embargo, se puede dudar de eso no a la luz de toda la acción de Betancourt en su larga vida política, sino a la de la rapidez con que se elevó al primer plano en 1936. Pero como sea, a Betancourt se le da en Costa Rica la oportunidad de convertirse, tras bambalinas es cierto, en «cabeza de ratón» antes que esa «cola de león» que se propondrían y en cierta forma le estarían proponiendo ser los «monaguillos domesticados del Buró del Caribe» como los llama derrochando bilis.

Que lo importante para Betancourt es que haya una organización donde pueda ejercitarse como dirigente político (y si sólo hay el PC, pues ese escogerá), se transparenta en el hecho de que recomienda hacer otro tanto a sus «hermanitos» exiliados en Colombia: luego de refrendarles la necesidad de permanecer cohesionados como grupo, les asigna como deber «colaborar todos dentro de los partidos revolucionarios de los distintos lugares donde estemos, tal como lo he hecho yo en el PC de aquí»[19].

Por cierto, tampoco es que la aceptación de Betancourt entre los comunistas costarricenses lo sea sin recelos: de la Internacional vendrán solicitudes de investigación sobre sus tendencias, que él atribuirá en una de sus cartas a intrigas de los exilados comunistas venezolanos[20].

Como hemos afirmado en repetidas ocasiones, el libro de Alejandro Gómez sobre esta etapa de la vida de Rómulo Betancourt es tan completo, que puede considerarse definitivo, en la medida en que eso tenga sentido en historiografía. Entrar en más detalles sobre esa actividad no haría más que glosar ese texto. Por lo tanto, para concluir este capítulo, recogeremos apenas tres de sus muy agudas observaciones:

1. La implicación de Betancourt en el PC de Costa Rica es real y aunque en lo formal nunca llegó a ser miembro del Comité Central

ejecutivo del partido, de hecho lo fue durante todo el tiempo de su estancia en ese país.

2. Por su condición de extranjero y su situación clandestina, Betancourt no tuvo nunca un acceso directo a las masas, pero sí mucho a través del periódico que para todos los efectos prácticos estaba a su cargo.

3. El PC de Costa Rica era un partido comunista con todas las de ley, aunque sólo en 1935 fue aceptado (al igual que el venezolano) como miembro de la Tercera Internacional Comunista.

En cuanto a Betancourt, tanto o más que atender a un partido que, en el ámbito de la pequeña Costa Rica, tiende a ser una organización de masas, le preocupa mantener cohesionado, homogéneo y claro en sus acciones políticas a su pequeño grupo de fieles, a ese ARDI que lanzó en marzo de 1931 el Plan de Barranquilla.

Notas

1 Alejandro Gómez, *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica: 1931-1935.* Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, UCV, 1885. Junto a este trabajo, hay otro, no menos minucioso, de Naudy Suárez Figueroa, «El joven Betancourt», publicado en dos partes en la revista *Nueva Política.* Caracas, octubre-diciembre de 1974 (Nº 14), pp. 3-129 y abril-junio de 1975 (Nº 16), pp. 3-77.

2 *Archibeta,* T. IV, p. 70.

3 *Ibidem,* p. 51.

4 Este tema ha sido tratado ampliamente en dos libros nuestros: *La Internacional Comunista y América Latina. La Sección Venezolana.* México, Pasado y Presente, 1978 (hay una segunda edición corregida y aumentada: *Entre Gómez y Stalin.* Caracas, CDCH-UCV; 1989) y en nuestra tesis doctoral *Latin America and the Comintern 1919-1943.* Cambridge, University Press, 1986.

5 *Archibeta,* T. IV, p. 201.

6 *Libro Rojo*, p. 182.
7 *Archibeta*, T. IV, p. 34.
8 *Libro Rojo*, p. 141.
9 *Ibidem*, p. 167.
10 *Ibid.*, p. 197.
11 *Ibid.*, p. 199.
12 *Ibid.*, p. 244-245.
13 Gómez, *op. cit.*, p. 97.
14 *Libro Rojo*, p. 191.
15 Gómez, *op. cit.*, pp. 87-98.
16 Manuel Caballero, *La pasión de comprender*, Caracas, Planeta, 1983, p. 59.
17 *Libro Rojo*, p. 143.
18 *Ibidem*, pp. 141-142.
19 *Ibid.*, p. 156.
20 *Ibid.*, p. 166.

VIII. EL *ANNUS MIRABILIS*

El 17 de diciembre de 1935 muere en su cama de Maracay el general Juan Vicente Gómez, y en los primeros días de enero de 1936, Rómulo Betancourt se embarca en un «barco frutero surto en las aguas costarricenses de Puerto Limón»[1] hacia Venezuela, donde hace su primera aparición pública el 10 de febrero. Sin aspavientos, porque, como él mismo lo dice, aborrece la actitud de quien viene a mostrar sus heridas buscando premio por sus sufrimientos: en su caso, se limitó a cumplir con su deber[2]. Por lo demás la prensa, tan buena anfitriona para los exiliados de la vieja escuela (los «caracortada»), lo es mucho menos para estos jóvenes poco conocidos, que además pudieran estar contaminados de doctrinas extrañas.

En su caso esa prudencia es más que comprensible. Tiene que asentarse, antes de andar mostrándose mucho. Debe buscar trabajo, pues tiene mujer e hija, y no puede contar mucho con una familia que, si bien le conserva el normal cariño, no deja de temer a su nada inconfeso «comunismo»; aparte de eso, ella tampoco tiene demasiados recursos.

Y hay además su propio y fiero orgullo de no buscar «mantenencia» fuera de la que pueda proporcionarle su trabajo. Pero esas son razones personales y más que normales en todo exiliado que regresa. No es nada aventurado pensar que hay otras, tan poderosas como esa, para su modestia y su silencio: todavía las cosas no están

claras, y haber regresado en tales condiciones toma el carácter de una peligrosa aventura. Sobre él, como sobre todo el exilio «joven», pesa la terrible amenaza del Inciso Sexto del Artículo 32 de la Constitución de 1928, que prohíbe la propaganda anarquista y comunista[3]. Sabe que en su caso, eso podría caerle encima con toda la razón del mundo, pues en el país de su exilio ha actuado como comunista «y no de la frase»[4], como lo dice aquella carta ya citada, que no tardará en hacer pública el servicio secreto del gobierno. Al salir de Costa Rica, le sigue acompañando el decreto de expulsión de ese país. Por lo cual ser echado también de Venezuela significaría repetir la poco envidiable historia de su admirado León Trotsky, o de su aborrecido Cipriano Castro. Por lo demás, está dispuesto a que aquello no suceda, pues su confeso terror es que, apenas puesto pie en su país natal, se le envíe de vuelta a «pendejear en las avenidas del exilio» sin haber tomado contacto con esas masas que tanto anhela conocer en carne y hueso; y dirigir.

Todo está muy confuso, pero no sólo en las intenciones del gobierno, sino también en las de la más joven camada de repatriados. Vamos a hablar de las presumibles intenciones de Betancourt (partiendo por supuesto de sus propios testimonios escritos), pero lo que de él se diga puede aplicarse, con las variaciones de estilo y de experiencia, a todos ellos.

Sobre lo que habrá de suceder, y sucederle, han gastado ellos ríos de tinta para predecirlo en el lustro anterior. Ha llegado la hora, para aquellos emigrados tan dicaces, de saltar del tintero al medio de la calle. Van ahora a comprobar cuáles de aquellas tesis con tanta pasión discutidas en el exilio se van a revelar verdaderas y cuáles falsas. Se van a enfrentar a un tránsito obligado en los partidos modernos antes de aspirar al poder: lo que en alguna otra parte hemos llamado la «prueba por masas»[5].

Prueba que es muchísimo más necesaria para aquellas escasas decenas de muchachos perseguidos, presos, muriendo de hambre

y de nostalgia en el exilio y sobre todo, casi desconocidos en un país que ya ha ido olvidando el efímero resplandor de la Semana del Estudiante. No se trata ahora de fundar un partido de manera ritual, como se hizo con el PC en mayo de 1931, sino en los hechos, entre las masas. Su intención tal vez haya sido fundar (o «refundar») el Partido Comunista, pero la realidad impondrá otra cosa: ni Betancourt ni los «terceristas» lo harán en 1936.

Van a enfrentar, además, una empresa absolutamente inédita: uno, en Venezuela, desde principios de siglo se han acabado los partidos y en general toda vida política real. Dos, los que hasta entonces existieron, poco o nada tenían en común con los partidos de masas modernos; tres, en 1936 no existe en Venezuela la menor tradición ni de movimiento obrero, ni mucho menos de organizaciones políticas marxistas o siquiera vagamente socialistas. Y, además, los nuevos dirigentes no podían ser más inexpertos, con la sola excepción acaso de Betancourt: no son los grupúsculos trashumantes de emigrados, la militancia marginal en algún gran partido comunista europeo e incluso latinoamericano, lo que pueda haberles dado mucha experiencia.

Aparte de esto, la experiencia que puedan traer no es todavía muy concluyente, muy precisa: ha habido el VII Congreso del Comintern, tienen los emigrados un año de «frente popular» por detrás, pero de ello, sólo se ha visto la voltereta de los comunistas que se han ido de un extremo al otro. Hasta ahora esa política no ha tenido una aplicación cierta y sobre todo, no ha dado frutos contabilizables: las elecciones españolas tendrán lugar en febrero y las francesas en abril de 1936.

Con todo, nunca, desde su ruptura con el grupo «leniniano» del PRV en Curazao, Betancourt había estado como en 1936 tan cerca de los comunistas venezolanos[6]: con avances y retrocesos, ese acercamiento se mantendrá hasta que el pacto germano-soviético de 1939 sirva de catalizador para la ruptura definitiva. Está cerca porque el

viraje de la Internacional Comunista en su Séptimo Congreso de 1935, pasando del cerril sectarismo del llamado «tercer período» a los Frentes Populares y al acercamiento a los partidos socialdemócratas y burgueses, es la misma política que, unas con otras, él ha venido defendiendo en teoría y sobre todo en la práctica costarricense desde 1932. Está cerca porque considera también cancelada la época del Plan de Barranquilla y el ARDI. Está cerca porque al fin, conocerá cómo están hechos de carne y hueso esos comunistas del interior que, como todo exiliado, admira y respeta. Y son ellos los que con mayor consecuencia, tratan de llevar a la práctica lo que es un mandato de la Internacional, anterior no sólo al séptimo, sino incluso a su sexto congreso: la formación de un PC. Por todas esas razones, no es imposible que, como lo dicen algunos adversarios suyos, Rómulo Betancourt haya formado parte de una comisión para organizar el Partido Comunista de Venezuela.

En Caracas se hacen, efectivamente, algunas reuniones de ese organismo al cual algunos asistentes llegan a llamar la «Com-Or», o sea la Comisión Organizadora del Partido Comunista. Juan Bautista Fuenmayor (quien no asistió a esas reuniones pues no vivía en Caracas) señala que estaba constituido «por Rómulo Betancourt, Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Miguel Otero Silva, Rodolfo Quintero y otros»[7]. Por lo menos tres cosas se pueden decir del citado comité: una, su vida va a ser bastante efímera pues no llega a abril sin que se hayan producido importantes deserciones. Dos, sus reuniones serán bastante informales, según los testimonios de Kotepa Delgado, Miguel Otero Silva y Pedro Juliac[8]. Este último precisa además que, en las reuniones adonde le fue dado asistir, nunca se llegó a plantear en forma dilemática la constitución o no del Partido.

¿Cuál fue el papel jugado por Rómulo Betancourt en ese comité? Aparentemente ninguno, pues no se conoce alguna opinión suya, en torno a la conveniencia de formar el partido (sobre lo cual ha

escrito hasta cansar a sus corresponsales en los años precedentes), ni sobre la situación del país. Y quien lo conoció sabe que el locuaz dirigente no era hombre de guardarse para sí una opinión política. Kotepa Delgado, Pedro Juliac y Miguel Otero Silva declararon no habérselo topado jamás en el citado Comité. Y en el caso de este último, de hecho era imposible, pues se integró a él para sustituirlo, poco antes de que se disolviera por consunción. Esto será en abril, fecha en que Betancourt deja de asistir a tales reuniones.

Pero no nos adelantemos. Junto a la idea de formar un partido leninista «dentro o fuera de la Tercera» Internacional, está, clavada obsesivamente en la mente de Betancourt, la idea de no dejarse aislar de las masas, de estar siempre allí donde ellas estén. Por lo tanto, su silencio de los primeros días, así como su aparente vaivén entre la formación del PC y su próxima militancia en el ORVE de Mariano Picón Salas, tienen ambos el mismo origen: lo primero es no dar el pretexto para que se le ponga mano encima antes de haber podido saber de qué pasta están hechas esas masas cuyo contacto tanto desea; lo segundo es saberse ubicar allí donde ellas estén.

Por lo demás, lo que podría llamarse el «marranismo» ideológico (el doble discurso, la aceptación externa de unas reglas del juego que se condenan en privado, el maquiavelismo ingenuo) no son en 1936 cosa sólo de Betancourt: toda la izquierda lo hace. Prueba de ello es la situación de virtual cuarentena en que a lo largo de ese año se mantiene a Gustavo Machado y a Salvador de la Plaza, los únicos de esos repatriados que, en público, se han confesado comunistas. Eduardo Gallegos Mancera nos contaba que él y algunos de los dirigentes estudiantiles de entonces iban a ver, en un pequeño cuarto al fondo de una de las organizaciones democráticas de entonces, a ambas leyendas, deseosos de saber cómo estaba hecho un comunista. Pero esa organización no era el PRP, demasiado sospechoso de comunismo y por lo tanto partido al cual podía perjudicar más su cercanía, sino el ORVE que, por

boca de Mariano Picón Salas, no desdeñaba hacer pronunciamientos anticomunistas.

Aquel 14 de febrero

Y de todas maneras, cuatro semanas (las que transcurren entre la llegada de Betancourt al país y su primera declaración pública) son demasiado pocas, aún en aquella sociedad tan pequeña: debe andar a tientas, saber cuándo pisa terreno firme, ubicarse. Cierto, cuatro días más tarde, todo eso da un vuelco espectacular. Cuatro días más tarde: el 14 de febrero.

Los sucesos del 14 de febrero se pueden sintetizar en tres o cuatro líneas: para protestar contra la amenaza de imponer la censura de prensa[9], casi toda la Caracas-adulta se echó a la calle: era la más grande manifestación que hubiesen visto ojos venezolanos. Ella le impuso al general Eleazar López Contreras un cambio en su gobierno y una liberalización de su política.

También, era la primera vez que eso sucedía, en la historia de la República de Venezuela. Aunque sobre ella se haya escrito *ad nauseam*, su simple descripción se revela de un gran interés tanto para sus consecuencias posteriores como para la acción de Betancourt en ese año y hasta su muerte. Lo primero es su carácter casi espontáneo. Lo segundo es el hecho de que éste se haya formado hasta alcanzar sus gigantescas proporciones de la tarde, una vez que los primeros manifestantes, que se habían comenzado a agrupar en la Plaza Bolívar, habían sido abaleados en la mañana. Dicho en otros términos, que aquel país paralizado de terror durante tres décadas, había perdido el miedo. Lo tercero es su número. Como suele suceder, nunca se puede determinarlo con exactitud, y mucho menos en un país que no conocía semejantes experiencias. Es normal que en aquellas callejuelas estrechas, y con el sol tropical cayendo a pico, comenzara a galopar la imaginación: ¿treinta, cuarenta, cincuenta

mil personas? Poco importa. Lo sustantivo de ese desfile es su condición de *nunca visto*. Se estaba inaugurando una nueva forma de las luchas políticas en Venezuela.

Claro, y esto es lo esencial, para que ella tuviera alguna significación, era necesario que fuese victoriosa. Aquí, como siempre, se suelen ver, y confundir, las cosas según el cristal con que se miren. Hay quienes sostienen que López Contreras no cedió ante los manifestantes, que las medidas que tomó entonces estaban decididas desde antes[10]. Poco importa, sino que la multitud sintió eso como un triunfo suyo. Y esa sensación va a dar el tono no a la política de las semanas siguientes, sino del próximo medio siglo.

Lo que nació el catorce de febrero no fueron los partidos políticos, ni la libertad de prensa, ni la libertad de asociación y manifestación. Lo que afloró ese día fue la mentalidad democrática de la población. Es por eso, y no por las formas que haya tomado el gobierno, que podemos decir que desde el 14 de febrero de 1936 Venezuela vive en democracia. Eso no ha podido ser contrariado ni por la dictadura de Pérez Jiménez. Tanto es así que el 23 de enero de 1958 se echó del poder a la tiranía más corta de la historia de Venezuela (1952-1958); y la forma como fue derrocada indica otra cosa, además: que la voluntad de vivir en democracia no es cosa de élites culturales ni de dirigencias políticas, sino un imperativo *nacional*. Y esa nacionalización de la democracia comenzó a desarrollarse, por arte de calle, el 14 de febrero de 1936.

Cierto, hay la consecuencia inmediata de la manifestación. Y aquí es donde pueden tomar pie todas las especulaciones sobre el creador y hasta «el padre» de la democracia venezolana. Porque puede aducirse que López Contreras cedió a la presión de la calle, pero también que no estaba haciendo sino seguir el ejemplo de su maestro Juan Vicente Gómez en 1908. Como aquel, López cedió al clamor nacional para hacerse de todo el poder y reaccionar contra el régimen anterior; abrió las cárceles y las fronteras para el regreso

de los exiliados; redujo su propio período constitucional de siete a cinco años; respetó la libertad de prensa dentro de las limitaciones que la situación y la Constitución imponían: allá, no salirse de madre en ataques contra el Presidente *nacional*, al cual por lo demás nadie quería atacar; acá, respetar el Inciso Sexto del artículo 32 de la Constitución que prohibía la propaganda comunista.

Incluso en la manera de ceder al punto único de la agenda nacional: la conservación de la paz. Más tarde se verá que también lo imitaría en la forma de escoger a su propio sucesor. Pero en 1936 había otro punto de esa agenda: la democratización del país. Y había un nuevo actor en escena: la calle. La calle y no sólo esa opinión pública que por boca de los viejos dirigentes civiles y militares se había expresado en 1908, sino la opinión activa y sin intermediarios. Hay que insistir no sólo en que eso se dio por primera vez desde 1830, sino que se hizo en forma mucho más clara y definitiva que el 19 de abril de 1810, cuando los jefes de la poblada eran también los jefes de la sociedad.

¿Cuál fue el papel jugado por Rómulo Betancourt en aquella manifestación? Decir que participó en su organización no tiene ningún sentido, por la sencilla razón de que nadie lo hizo. Eso ya subraya lo que arriba señalábamos como la primera característica de la manifestación: su carácter espontáneo.

Es verdad que eso nunca es absolutamente verdadero: hasta en la más anárquica de las demostraciones populares siempre hay grupos o personalidades que buscan y a veces logran dirigirlas o encauzarlas. Y tampoco se puede decirlo esta vez, pues la manifestación fue convocada y encabezada nada menos que por el rector de la Universidad Central, de cuyas puertas partió el cortejo hasta Miraflores.

Pero si no participó en la organización del desfile, sí se aprovechó Betancourt de su desarrollo, y en esto tampoco es nada original: todo el mundo lo hizo. Algunos testimonios señalan que luego de

haber pasado por Miraflores, la manifestación siguió su curso para desembocar en el Panteón. Allí hablaron, agarrados de un poste del alumbrado, Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt[11]. No estamos diciendo que lo hicieron en ese orden, sino que así se les recuerda.

Y ésta no es una precisión anecdótica. Porque el 14 de febrero no será el gran día de Betancourt, sino de Jóvito Villalba. Durante muchos años, la *petite histoire* atribuyó gran parte de las desventuras del movimiento democrático a la rivalidad personal entre ambos líderes. No se puede negar la importancia de ese tipo de actitudes en el desarrollo de los procesos políticos y sociales. Porque ellos no son cosa de máquinas sino de hombres, y la sociedad no se mueve sólo por la acción de simples «agentes sociales» sino que esos agentes, tomados en lo individual, son seres humanos con su carga personal de amores y rencores, grandezas y pequeñeces. Tomando todo eso en cuenta, es que conviene detenerse en lo que significó la fecha para ambos dirigentes.

En primer lugar lo de la principalidad. Reconocer la de Jóvito Villalba sobre Rómulo Betancourt no es cosa de los seguidores de uno u otro en un momento en que aquella rivalidad no existía; sino que era y tenía que ser una actitud del propio Betancourt. Jóvito Villalba tenía el reconocimiento histórico y la carga institucional para ser visto como el primero. Venía nimbado con el halo del martirio, por un largo lustro engrillado en las mazmorras de la tiranía; y era en ese momento Presidente de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Por lo demás, se ha visto antes, le unía a Betancourt una amistad fraterna que en años anteriores, había llevado a éste a hacer un retrato literario del cual surge la imagen de un Villalba introvertido y modesto, en las antípodas de lo que una tenaz leyenda le atribuyó más tarde, cuando los propios compañeros de Betancourt le endilgaron el remoquete de «Dr. Yo-yo».

¿Cuál fue el impacto de los acontecimientos en los dos jóvenes líderes? Para no perderse en los meandros de un psicologismo bara-

to, se impone decir quiénes eran, ya a estas alturas. Como el centro de nuestro estudio es la vida y la acción de Rómulo Betancourt, comprender a la vez el hombre y la época, haremos una comparación tal vez no demasiado literaria ni alejada de la realidad. Comparemos la situación de dos jóvenes conscriptos de parejos coraje y aptitudes que parten a la guerra.

Uno de ellos es herido en la primera batalla en la que participa; lo hace en héroe, cubriéndose de gloria y de medallas; pero sus heridas le impiden regresar al frente, le imponen el encierro de un hospital hasta que terminen las hostilidades. El otro, en cambio, sigue en combate, y va ascendiendo por sus méritos en el escalafón militar. Al terminar la guerra, la comparación no puede hacerse sobre la base del talento, o del coraje, sino de la experiencia; si hay otra guerra, quien estará en mejores condiciones para hacerla será el soldadito que siguió guerreando; sabrá más de fuego y de trucos guerreros que su compañero.

A Villalba lo sacude el impacto de todo un pueblo que se alza para imponer su derecho: ese día se quedará grabado para siempre en su cerebro y en su discurso. Para Villalba, la democracia se revela así en un gran día, le *Grand Soir* de la anarquía, el mito de los revolucionarios sorelianos. La impresión de Betancourt tenía por fuerza que ser diferente. Para él, la manifestación era un instrumento de la lucha política y social, pero no era el único y ni siquiera el mayor. Él viene de varios años de experiencia leninista. Por eso, no es aventurado decir que su primera reacción ante el 14 de febrero pudo haber sido de desconfianza no por la manifestación en sí misma sino por su característica principal: la espontaneidad. Recuérdese que el culto a la espontaneidad y su rechazo marcó desde el primer momento la línea divisoria entre comunistas y anarquistas o, como se solía decir en la época en forma polémica entre comunistas libertarios (o anarquistas) y comunistas autoritarios (o científicos). Lenin era, por su parte, el gran enemigo de la espontaneidad, y para combatir

su culto, para encauzarla y dirigirla construyó un partido al cual, para hacerlo aborrecer más de los anarquistas, dotó de un lenguaje y una *praxis* militares: sería ni más ni menos que el Estado Mayor de la revolución proletaria.

Para Betancourt, al revés de Villaba, la única manera de canalizar los impulsos tumultuarios y hacerse del poder es a través de la construcción de un agrupamiento organizado, centralizado, un partido. Y un partido no se hace en un día. Para rematar, podría sintetizarse diciendo que en aquel 14 de febrero se muestra la forma y la actitud de los dos jóvenes líderes, de aquellos soldaditos que fueron a la guerra en 1928: Jóvito Villalba será el líder de la democracia directa, Rómulo Betancourt el líder de la democracia partidista.

Obras son amores. Al día siguiente del 14 de febrero, si no antes, Betancourt sale a buscar ese cauce. Ya hemos visto que acaso se estuvo reuniendo para formar en secreto el partido leninista; pero si ya existe algún lecho para el río popular, allá habrá que ir, como fue Mahoma a la montaña. Mariano Picón Salas y Alberto Adriani acaban de fundar un partido de nombre asexuado: Organización Venezolana u ORVE. La presentación pública de ese movimiento fue una imponente manifestación que plenó «hasta la bandera» el Circo Metropolitano de Caracas. Hablaron, entre otros, Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt, de quien la reseña del diario señala que su «Fuerza expansiva y avasalladora y su cultura vasta y sólida son «[sus] características [...] al servicio de ORVE en su Secretaría de Política Interna»[12]. Betancourt desarrolló allí el tema del cómo y por qué ORVE era y debía ser un partido de masas y doctrinario, al contrario de los partidos personalistas decimonónicos[13]. No sin teatralidad, durante su discurso tomó de la manga a dos indios tabares que habían venido al mitin de ORVE[14].

Ese organismo tiene características que debían provocar rechazo en Betancourt: no se define como un partido, sino como «un movimiento que camina». Eso es bersteinianismo puro, el del líder

del reformismo en la socialdemocracia alemana, para quien lo fundamental no es el fin, sino el movimiento. Bersteinianismo que Betancourt acababa de condenar con biliosa pluma, pocas semanas atrás. Tienen que ser cosas de Picón Salas, quien a principios de los años treinta en una carta a Betancourt se autodefinía como de tendencia socialista de la Segunda Internacional.

Pero tiene también ORVE sus ventajas, aparte de estar dirigido por ese Picón Salas a quien Betancourt siempre ha estimado por sus altas prendas intelectuales aunque no sin condescendencia ante su bisoñería política.-La primera es esa misma indefinición ideológica expresada además en términos negativos («ORVE no es fascista, mucho menos comunista»). Todo esto lo hace la embarcación soñada tres años antes, a la cual se puede dar el viraje a la izquierda una vez botado el lastre reformista; porque, Lenin *dixit*, los partidos van a donde los llevan sus dirigentes.

Cuando el pueblo asoma

Pero es la segunda de esas características la que está más hecha para impresionar a un Betancourt que se sabe de memoria el episodio de la revolución rusa de 1905, con las masas obreras siguiendo al cura Gapón y a los bolcheviques sumergidos en ellas como pececillos rojos nadando en agua bendita. En ese partido están, ¡por fin! esas masas cuyo contacto se le ha convertido en el objeto de una búsqueda agónica en su correspondencia, con unas masas «extranjeras» en Costa Rica, y en la calle con el 14 de febrero. Y no son las masas de un día, sino de todos los días.

No podemos saber si ellas ya estaban en aquella organización cuando Betancourt ingresa a ella, o las atrajo con su elocuencia y su claridad de miras. En todo caso, eso es irrelevante, porque apenas han transcurrido dos meses de la muerte del Benemérito. Ellas están allí, y no se van. Cada vez que la organización hace un mitin,

y eso es cada día más frecuente, acuden puntuales y no se van hasta que el último orador ha concluido su maratónico discurso. ¿Simple curiosidad? ¿Novelería? Sería tonto pensarlo, y sobre todo peligroso después del 14 de febrero. Como sea, no son muchos los candidatos a hacer la prueba.

Ingresa pues Betancourt a ORVE, secundado por su fidelísimo «calvito», Raúl Leoni. Por el momento, aparte de la propaganda general por la democratización del país y por el definitivo alejamiento del gomecismo, el partido, como toda la izquierda, tiene planteada una opción inmediata, una asignatura que debe aprobar antes de pasar al grado siguiente: ¿apoya al general López Contreras, o lo rechaza? Lo primero debía ser la escogencia visceral de quienes no se han contentado con combatir a Gómez sino que quieren enterrar al gomecismo. ¿Y quién representa mejor a ese sistema que el hijo adoptivo del tirano, desde hace mucho tiempo la segunda figura del régimen, y el jefe después de Gómez de un ejército no menos gomecista?

Pero sucede a López Contreras lo mismo que sucedió a Gómez en 1908: el país entero lo sostiene en la esperanza de que habrá de reaccionar contra el régimen del tirano recién enterrado. Será la diferencia personal entre ambos gobernantes lo que primero y de manera más duradera impresionará a los venezolanos. Al Gómez ventripotente y con maneras de gañán enseñoreado en 1908, había sucedido la figura enteca de López Contreras, tan flaco que a cada rato se esparcen rumores sobre el desastroso estado de sus pulmones, falso.

Al Gómez silencioso está sucediéndolo un López hablador, y tanto, que a veces se le enreda la lengua («anquilostomiasis, miosis, miasis»). No solamente se le oye, y se le oye equivocarse, sino que también se le ve, y se le toca. La distancia que oponía Gómez a sus interlocutores, se acorta con López Contreras. Pero lo importante no es esa distancia, sino la calidad de sus interlocutores.

Gómez no desdeñaba hablar con el «bravo pueblo», tener a su lado alguno de sus representantes. Pero esa aproximación se veía como algo muy personal, individual, proyectando en todo momento la idea de la relación del Jefe de Estado con éste o aquel peón como la usual entre «hombres de trabajo», de acuerdo con la Historia Sagrada del gomecismo, iluminada por los copistas del positivismo.

La relación del Jefe con la Democracia, la comunicación Jefe-pueblo, podía así ser simbolizada por la existente entre Gómez y Tarazona, su lacónico e inseparable cancerbero. Con López Contreras, las cosas han cambiado casi desde el primer momento. Por primera vez en nuestra historia republicana un presidente va a tener otra forma de relacionarse con el pueblo: por primera vez un presidente tendrá la experiencia de un contacto con las masas. En este sentido, puede decirse con propiedad que el de López Contreras es el primer gobierno democrático de nuestra historia. Es decir, el primer presidente que entre en relación con la democracia de carne y hueso.

Para escucharla, pero también para reprimirla, o tal vez haya que voltear la frase, para reprimirla pero también para escucharla (porque lo otro ya había comenzado a hacerlo Gómez –secundado por López– en 1928). Al contrario de un Gómez que una vez instalado en el centro jamás se interesó en regresar a sus pagos natales, López Contreras va a ir al Táchira, y recibirá a una nutrida delegación de Queniquea. Son también impresionantes las fotografías de su viaje a Lagunillas y a Maracaibo: el general se da allí los hasta entonces impensables «baños de multitud», sin escolta militar[15].

Al palurdo ha sucedido un intelectual. López Contreras hubiese sido el primero en sorprenderse de recibir tal calificación, y en rechazarla, no por modestia ni coquetería, sino por considerarla incompatible con su vocación y función militares; y demasiado cercana a esa política de la cual siempre ha dado muestras de desconfiar.

Pero la propia estampa del nuevo gobernante lo hace acercarse mucho a aquella que, en la imaginería popular, debe tener un letrado: flaco y de antiparras, bien lejos está de un Gómez cuya frente estrecha causaba la repulsa de sus inteligentes, de sus impotentes detractores. Y López Contreras lee, y escribe. Por sobre todas las cosas, el general es percibido como un hombre honrado.

Dicho en otras palabras, que en el inconsciente colectivo está inscrito el «milagro político» de Gómez en 1908, y espera que se repita ahora con López Contreras. Pero también como Arévalo González lo denunciara en 1909, el nuevo régimen es «mitad carne y mitad pescado»: la fresca carne de López y el pescado podrido del gomecismo.

Por todo eso, antes que nada, debe legitimarse: López es apenas un presidente provisional, escogido para completar el período de un Gómez que hubiera terminado sus funciones y, si lo hubiese querido, habría sido reelecto el 19 de abril de 1936, si no hubiese tenido la ocurrencia de morirse antes. Pero, ¿quién puede legitimarlo? No es cosa de pensar en esos momentos en elecciones, con el gomecismo vivito y coleando; y de todas formas, un proceso electoral toma tiempo, y sería prolongar la provisionalidad. Por lo demás, habría que reformar la Constitución, si se quería evitar la elección del nuevo gobernante por el Congreso. En ese momento no había sino una salida: o López Contreras instauraba una dictadura disolviendo el Congreso y acaso también el Poder Judicial (pero nadie quería oír hablar entonces de dictadura), o se hacía elegir por el Congreso pleno. Pero ese congreso apestaba a gomecismo: ¿no lo había elegido «a dedo» el mismo Gómez «en patriarcal postura de Carlomagno del trópico, bajo la copuda sombra del Samán de Güere»?[16] ¿Qué hacer entonces?

Apenas comienzan a dar sus pininos en política, aquellos intratables doctrinarios ven las realidades de la política práctica oponerse a sus doctrinas incontaminadas, la táctica oponerse a la estrategia

y a los textos sagrados. No hay salida: toda espera es peligrosa, es «objetivamente» gomecista; hay que hacer que López Contreras legitime su poder a como dé lugar. Y aquí Betancourt y la izquierda toman una decisión que no dejarán de lamentar el resto del año, pero que viéndolo ahora, con la perspectiva que da más de medio siglo, era la más inteligente posible: aceptar y más aún, promover la reunión del Congreso gomecista para dar asiento constitucional al gobierno de López Contreras.

¿Por qué «Betancourt y la izquierda»? Nadie se lo plantea entonces en tales términos. Pero en la discusión posterior sobre el significado de esa acción, los diferentes actores tratan de sacudirse la culpa del «amargo error»; y tienen a su favor la frase que sintetiza su actitud de entonces, mezcla de asco y resignación: «con el pañuelo en la nariz». Cuando, al correr de los años, se vayan haciendo populares sus fórmulas y latiguillos, se sabrá que ésta no puede tener otro origen. Por lo demás, hacia el final de ese año, Betancourt reconocerá de alguna forma su autoría[17].

Pero es buscarle una mala querella pretender, como lo harán después los comunistas, que con ella contrariaba las decisiones de la izquierda, que se trataba de un «empapelonamiento» oratorio[18]. Si eso fuese así, no hablaría mal de Betancourt sino de la irresponsabilidad de una izquierda que tomó la decisión de actuar siguiendo lo que esa frase proponía y en contra de su presunta propia posición. Porque todas las organizaciones de esa izquierda, ORVE, el PRP, la UNR, la FEV (OP) y los nacientes sindicatos van a formar un bloque para propiciar la reunión del Congreso dos meses después del 14 de febrero, y que por tal se llamará «Bloque de Abril»[19].

El Congreso se reunirá pues, elegirá Presidente Constitucional a López Contreras, pero se negará a disolverse, como con ingenua esperanza lo pedía la izquierda. Y no sólo eso, sino que se convertirá en el reducto de la reacción gomecista. Allí comienza la desilusión, y termina la luna de miel entre la calle y el Presidente López. El Con-

greso no sólo no se ha disuelto, sino que se convierte en el cubil de la más fiera reacción, al menos en la óptica de la oposición. Al Bloque de Abril se lo lleva el viento, junto a las hojas del calendario.

Desde ese congreso comienza a cocinarse una reacción contra la izquierda, que la lleve a la situación que existía antes del 14 de febrero. El instrumento es una Ley de Seguridad Social, llamada «Ley Lara» por el apellido de su proponente. La izquierda prepara su contraofensiva, pero debe cuidarse las espaldas: sobre ella pesa la sospecha de «comunismo» y por lo tanto la amenaza del Inciso Sexto. El gobierno (y en particular su ala más gomecista) está vigilando con los ojos muy abiertos el menor desliz para aplicarlo a los partidos de oposición, desmantelarlos y lanzar sus dirigentes al exilio, como sucederá en los primerísimos meses del año siguiente.

La izquierda no puede caer en la trampa de sumarse al coro anticomunista de la derecha, pero tampoco dejar resquicios para que ésta haga caer sobre ella el peso de la ley. El bien comprensible temor a la disposición constitucional lleva a las organizaciones democráticas a fijar su posición frente al comunismo, defendiéndolo de las primitivas y truculentas acusaciones de la propaganda oficial y en particular de *La Esfera*, pero dejando establecido de la manera más clara y categórica que ellas «no son comunistas, ni han hecho propaganda comunista»[20]. Firman la declaración ORVE, la FEV, el Frente Obrero, el Frente Nacional de Trabajadores, el Bloque Nacional Democrático, el PRP. Al lado de esto, la izquierda comienza a pensar en un contragolpe. Pasarán abril y mayo sin más enfrentamientos que no sean verbales (o escritos). Pero se continúa soñando con un nuevo catorce de febrero, que restablezca al gobierno en el buen camino y barra la inmundicia del Congreso gomecista.

Aquí, la oposición va a cometer el error, bastante corriente, de luchar en una nueva guerra con las armas de la vieja, y subestimar la capacidad de respuesta del enemigo, que tiene los mismos ojos para ver y los mismos oídos para oír que sus opositores. Cuando se

comienzan a precisar las amenazas contra la oposición, o sea cuando se comienza a discutir el articulado de la Ley Lara, la izquierda decide golpear a su vez: será la huelga de junio.

La huelga será menos el enfrentamiento con el gobierno que el terreno para un primer desacuerdo entre «moderados» y «radicales» (ambos con comillas: en ese momento todos son radicales) en la interpretación del suceso. Para los comunistas del Zulia, Caracas «aflojó demasiado pronto»[21].

En verdad, la huelga terminó por consunción, pues, dirá veinte años más tarde Betancourt,

> **Ella se planeó con una dirección prefijada de veinticuatro horas [...] La cuestión de tomar el poder no estuvo nunca en la mente de sus dirigentes. Apreciábamos con claridad la inmadurez organizativa de las fuerzas populares y nuestra propia actitud subjetiva era extraña a la idea de derrocar al Gobierno. Pero la expansión y fuerza adquiridas por la huelga, que paralizó de un extremo a otro a la nación, nos indujo a adoptar una actitud equívoca.**
> **Nos dejamos impresionar por la marea ascendente de la calle y prolongamos la duración de la huelga más allá del límite justo que se había fijado. Y como no señalamos, al propio tiempo, una salida insurreccional y revolucionaria al conflicto, éste terminó por replegarse y deshacerse, ante la represión policial[22].**

Se ha tratado de evitar a lo largo de este trabajo las citas textuales demasiado largas, pero ésta merece serlo por diversas razones. En primer lugar, allí se nota que Betancourt estaba a sus anchas: no es ya el espontaneísmo de febrero, sino que la huelga «se planeó».

Todo hace pensar que la muy leninista autocrítica que intenta veinte años más tarde pudiese haber sido de la época, porque en su análisis le acompaña mucha gente: Pedro Beroes, adversario acérrimo de Betancourt, considera[23] sin embargo esa huelga como una acción alocada; que provocó, por otra parte, la renuncia de Rómulo

Gallegos al Ministerio de Instrucción Pública, al darse cuenta de que no podía controlar a los jóvenes radicales.

Pero hay algo más, y esto concierne, directo y personal, a Betancourt: en esa huelga, él no es un número más, como pudo sentirse el catorce de febrero. Se incluye, y con sobrados títulos, entre «sus dirigentes». Dos reacciones inmediatas le dan la razón: cuando el gobierno envía a la cárcel a esos dirigentes, él está entre ellos. Y sobre todo, cuando los excarcela, la manifestación que los espera a las puertas del «Obispo», saca en hombros a dos líderes: él y Jóvito Villalba[24].

A partir de allí se ocupan de lamer sus heridas y de acopiar fuerzas para un nuevo enfrentamiento que se avizora inevitable. Entre las nuevas cosas que se presentarán en el próximo semestre está una proposición que viene del Zulia, hecha por el Bloque Nacional Democrático que allá capitanea Valmore Rodríguez. Se trata de la formación de un partido único de las izquierdas, que, refiriéndose a su programa, Arturo Sosa llamará más tarde «el partido mínimo»[25]. Eso había estado entre las opciones de Betancourt en la primera mitad de la década del treinta. Por eso lo acoge, como todo el mundo, y su relativo silencio en esos meses parece indicar que se está dedicando a construirlo con sus habituales energía y tenacidad. En octubre ya estará listo para presentarse en sociedad. Se llamará Partido Democrático Nacional y los dirigentes más destacados de la FEV, del PRP y de ORVE estarán en su directiva: Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Rodolfo Quintero.

¿Estamos en presencia de un Frente Popular? Lo más interesante de esta fórmula, son sus diferencias como sus similitudes con ese Frente Popular que la Internacional ha lanzado como táctica y que en este año tiene su concreción –y obtiene sus primeros triunfos– en España y en Francia.

En primer lugar, en el contenido de clase: el Frente Popular se concibe como la unidad de las organizaciones obreras (pero esta

vez no sólo «por la base», como en los tiempos del Frente Único) frente al peligro fascista, unidad que debía extenderse a las organizaciones de izquierda burguesas (Partido Radical, Liga de Derechos del Hombre, etc., en Francia).

En los dos países aludidos, estas últimas organizaciones terminaron dirigiendo el gobierno del Frente, una vez pasada la primera ola de entusiasmo revolucionario, y al Blum de los decretos sociales siguió el Daladier del apaciguamiento muniqués. En el propio terreno político, el Frente reunía en su seno a partidos estructurados, con una tradición y una especificidad, con una implantación social y electoral que, en el caso de las más jóvenes organizaciones, las comunistas, venían de los años iniciales de la década del veinte.

Ni una cosa ni otra podía decirse del PDN: se trataba de movimientos dirigidos por la pequeña burguesía revolucionaria, donde la clase obrera, cuyo peso específico en el país era muy pequeño, jugaba el papel de fuerza secundaria cuando no de comparsa. Los propios dirigentes comunistas eran en su mayoría intelectuales de la pequeña burguesía y en el Zulia, donde con tanto orgullo mostraban su haz de dirigentes obreros comunistas, el partido lo dirigirían desde la sombra dos intelectuales: Juan Bautista Fuenmayor y, durante algún tiempo, Kotepa Delgado. Y en cuanto a partidos, no se podía considerar como tales a aquellas organizaciones recién nacidas, bisoñas, indiferenciadas en lo doctrinal e invertebradas.

Pero el remedo venezolano de un Frente Popular no llegará a ver la luz, pues el gobierno se negará a legalizarlo. Los dirigentes podrán entonces volver a sus querencias: como se verá a partir de 1937, no lo quieren, y reconstituirán el partido en la ilegalidad.

Por el momento se dedicarán a ver (más que en verdad a preparar ese combate) cómo la clase obrera zuliana se encamina hacia el más grande combate social del siglo: la huelga petrolera. No tiene caso hacer aquí un análisis más detallado de esa huelga, y sólo se dirán dos cosas. En primer lugar que la falta de preparación para

ella entre las organizaciones populares caraqueñas no sólo fue en la práctica, sino también en teoría: la huelga no fue vista como lo central, sino como «una acción de retaguardia»[26] destinada a aflojar la presión sobre el movimiento democrático de la capital que se había acentuado a raíz de la huelga de junio.

En segundo lugar, que la izquierda, obnubilada por su enfrentamiento con el gobierno, dejó pasar la ocasión para convertir esa huelga en el gran combate nacional contra el imperialismo, borrar así de nuevo la frontera entre el gobierno y la oposición, regresar en cierta forma a la situación entre febrero y abril, o junio.

La disposición la había, y las condiciones: en su mensaje de fin de año, el Ministro del Interior, general Régulo Olivares, introdujo un párrafo para desear a los obreros petroleros victoria en su justa lucha[27]. Los hacendados enviaban reses en pie para alimentar a los huelguistas, y las familias caraqueñas se ofrecían para recibir a sus hijos mientras durase el conflicto[28]. Pero la lucha antiimperialista no parecía ser prioritaria entre aquellos dirigentes, ni tampoco la lucha social. ¡Extraño caso entre marxistas!

La guerra sucia

En los primeros días de agosto de 1936 se comienza a hablar de una colección de documentos aparecidos con mucho misterio (y de igual manera distribuidos) bajo tapas amarillas y el título *La verdad de las actividades comunistas en Venezuela.* Pese al color de sus portadas, será conocido desde entonces como *Libro Rojo*. Aunque carezca de pie de imprenta es evidente su origen oficial, que tampoco se trata de ocultar pues aparece firmado por un «Servicio secreto de investigación», organismo que, al menos con ese nombre, no parecían conocer los venezolanos de la época. Pese a ese origen más o menos confeso, la circulación de ese libro no será entonces muy grande. Es que sus autores parecen haberse enredado en su

propio juego. Se lanza un volumen casi clandestino con el propósito de que un aura misteriosa lo rodee, la misma que ha rodeado los documentos apócrifos más famosos de la historia. Como no puede aparecer nadie distribuyéndolo (porque la opinión puede desconfiar, atribuyendo falsedad a todo cuanto se publique contra la izquierda prohijado por el gobierno), el libro se amontona sin salir en el rincón de una oficina. Y como tampoco el gobierno tiene una organización política suya que, proyectada hacia la calle, pueda tomar la responsabilidad de hacerlo, la desidia burocrática hace el resto. Por lo demás, el objetivo buscado se consigue por medio de alusiones y de su publicación parcial en los diarios de derechas: dar la impresión de que una diabólica conspiración comunista se apresta a lanzarse al asalto del poder en Venezuela, con todas las sangrientas secuelas que la propaganda no ha dejado de exponer, sobre todo a través del ejemplo ante los ojos de la guerra de España.

Hay un elemento que impresiona desde que se abre el libro y es la absoluta inepcia de quienes organizaron la documentación allí contenida y redactaron una especie de prólogo de una desoladora pobreza. Quien lea con atención aquellas cartas y documentos, llega a la conclusión no de que Betancourt y los entonces «orvistas» sean comunistas, sino todo lo contrario, pues su correspondencia contiene una polémica permanente con los militantes de la Tercera Internacional. Pero es que el libro no pretende diferenciar ni explicar, sino amalgamar. Más aún, si nos fijamos en la obsesiva recurrencia a la palabra «comunista» en el prólogo (en lugar de enumerar una serie de personas y decir de una vez que todas ellas son comunistas, se les menciona por separado y a cada una de ellas se le cuelga la etiqueta) se tiene la impresión de estar frente a una especie de exorcismo: llamando repetidas veces al demonio por su nombre, se logrará conjurar su maleficio.

En resumen, lo que indica la aparición del *Libro Rojo* es que el gobierno se apresta a dar el golpe final al movimiento de izquierdas.

Ya el PDN ha comenzado a constituirse, y a poco saldrá a la calle su directiva provisional, encabezada por Villalba y Betancourt. Ya se prepara aquel congreso de las izquierdas que Betancourt había propuesto en una de sus cartas del lustro anterior. Es bueno entonces acorralar de una vez aquel peligro, demostrando su comunismo esencial y tomando así el pretexto legal para lanzarse a su destrucción. La aparición del *Libro Rojo* es el signo anunciador de lo que pasará en marzo de 1937: la expulsión de Venezuela de los dirigentes «comunistas».

La ofensiva de la derecha no se iba a quedar ahí: al fin y al cabo, las imputaciones que se buscaba hacer con el Libro Rojo no salían del terreno de la política y aunque fuesen golpes bajos, eran si no justificables, por lo menos comprensibles. A fines de 1936 aparece un libro, *Victoria, dolor y tragedia* que, esta vez, sí trae firma: su autor es Rafal Simón Urbina, antiguo gomecista reconvertido a raíz del asalto a Curazao que en 1929 protagonizara el Partido Revolucionario Venezolano. El panfleto, escrito por Víctor José Cedillo (Urbina es escasamente alfabeto) rezumaba odio contra las izquierdas y es un amasijo de ataques personales que rebasan todo límite. Es el propio Betancourt quien resume así esos ataques: «superando toda infamia, llevando hasta sus últimos extremos esa actitud de provocación contra la juventud de Venezuela, habla en alguna parte de su libro del 'espíritu femenil y tierno' de Miguel Otero Silva; y de que ambos, cuando nuestro destierro en Curazao, 'solíamos marchar por las rutas sombrías de Sodoma y Gomorra'»[29].

El lector podrá preguntarse por qué se hace referencia, en un estudio como éste, a esa literatura de albañal que nunca falta en los bajos fondos de la política. Hay tres razones para hacerlo. La primera es que permite mostrar el nivel de la pelea política en esa época y en esas mentalidades; la segunda es que el propio Betancourt le dio importancia, al punto de escribir un artículo sobre el libro, y que en su antología publicada sesenta años más tarde, los

compiladores incluyen ese artículo. Pero sobre todo, y ésta es la tercera razón, porque desde entonces y hasta el final de su vida, se intentó atacar a Betancourt aludiendo a esa publicación. Y no solamente en la derecha.

Notas

1 Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 80. Salvo indicación en contrario, todas las citas de este libro provienen de ésta, su primera edición.

2 *La Esfera*, 10/02/36, p. 1.

3 Ese mismo inciso establecía que quienes fuesen incursos en tales delitos podían ser expulsados del país hasta por un año.

4 *Libro Rojo*, p. 214.

5 Manuel Caballero, *Entre Gómez y Stalin*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1989, p. 19.

6 «Yo estoy de acuerdo con esa táctica», dice Betancourt en carta a Leoni el 2/8/35 refiriéndose a la política de Frente Popular. *Libro Rojo*, p. 205.

7 Juan Bautista Fuenmayor, *1928-1948. Veinte años de política*. Madrid, Editorial Mediterráneo,1968, p. 144.

8 Entrevista con Pedro Juliac el 15/06/1977; con Miguel Otero Silva, el 17 de junio de 1977.

9 La censura se extendía a artículos disociadores con fines de perversidad; artículos o escritos que contengan alusiones personales o que inciten al odio (ésta fue vista, no sin razón, como una forma de proteger a los jerarcas gomecistas de la ira popular); artículos de tendencias comunistas; publicaciones subversivas; hojas volantes de carácter mendoso; radiodifusión de discursos. Todas las publicaciones radiales u otras debían llevar una nota en sus originales: «Visado por la censura». La comunicación estaba firmada por el Gobernador de Caracas, Félix Galavís. «Control sobre las publicaciones y radiodifusiones», *La Esfera*, 13/02/36.

10 El propio López Contreras es muy explícito al respecto: no solamente había decidido sustituir a Galavís por Elbano Mibelli para evitar al pri-

mero la humillación de tener que retractarse de su «lamentable» (son las propias palabras de López) decreto de establecimiento de la censura de prensa; sino que en la mañana del 14 de febrero se presentaron ambos a Miraflores con el objeto de juramentar a Mibelli en su nuevo cargo. Estando ellos allí se conoció la noticia del «sangriento choque que se había producido frente al edificio de la Gobernación»... Eleazar López Contreras, *Proceso político-social 1928-1936*. Caracas, Ed. Ancora, 1955, p. 34. Este texto ratifica el desmentido que el propio Galavís dio el 17 de febrero a un reportero: en el momento en que se produjo la balacera, él estaba en Miraflores presentando renuncia de su cargo; niega haber dado por teléfono la orden de disparar, y dice no saber quién la dio. Leopoldo Beltrán Girón, «Un cuarto de hora con el general Félix Galavís». *Ahora*, 17/02/36, p. 1. Un testimonio similar de alguien que estuvo presente en Miraflores al momento, y que precisa que Galavís fue juzgado por esos hechos y se le absolvió de culpas, confirma la versión de López y Galavís. Santiago Ochoa Briceño, *Lo que vi, oí e hice*. Caracas, Presidencia de la República, 1994, p. 195.

11 Pedro Beroes, comunicación personal.

12 *Ahora*, 9 /03/36.

13 *Idem*.

14 *Ibidem*, p. 2.

15 Cf. las fotografías en Eleazar López Contreras, *El triunfo de la verdad*. México, Editorial Genio Latino, 1949, entre pp. 96 y 97.

16 Betancourt, *Venezuela...*, p. 84.

17 Rómulo Betancourt, *Antología política*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, vol. 2, p. 244.

18 Eso es lo que sostiene Fuenmayor que habría dicho Betancourt como excusa por haber dicho esa frase. *Veinte años...*, p. 150. Pero Fuenmayor no estaba presente allí.

19 *El debate político en 1936*. Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XX. Caracas, Congreso de la República, vol. 14, pp. 493-495.

20 «Posición de las organizaciones democráticas frente al comunismo». *ORVE*, 17/12/36, pp. 17 y 23.

21 Esa fue la impresión del periódico *Petróleo*, órgano de los obreros comunistas zulianos en 1936.

22 *Venezuela: política...*, pp. 85-86.

23 Comunicación personal.

24 *Élite*, 18/07/36, s/n (pp. 62-63).

25 Arturo Sosa Abascal, *Rómulo Betancourt y el partido mínimo. 1936-1937.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995.

26 Juan Bautista Fuenmayor, *Historia de la Venezuela política contemporánea.* Caracas, Miguel Ángel García e Hijos, 1976, T. II, p. 339.

27 *Ibidem*, p. 340.

28 Ese fue un movimiento que se extendió entre las clases medias y bajas gracias a la labor de la Agrupación Cultural Femenina, de gran importancia en las luchas de ese año. Mercedes Fermín, comunicación personal.

29 Publicado en *Ahora*, 10 de diciembre de 1936. *Antología política*, vol. 2, p. 233.

IX. EL LÍDER CLANDESTINO

La huelga petrolera terminó en enero de 1937. El año cronológico no coincidió esta vez con el año político: comenzado el 14 de febrero de 1936, terminó en marzo del año siguiente, con el arresto y extrañamiento de 47 dirigentes democráticos, acusados de comunistas y embarcados de viva fuerza en el barco *Flandre*. En este momento, Rómulo Betancourt toma una actitud que marcará su futuro, y el de sus relaciones con el resto de la izquierda: no se dejará atrapar ni expulsar, y pasa a la clandestinidad. De algo le había servido su experiencia costarricense.

El viejo dicho reza que guerra avisada no mata soldado. Cuando el presidente López Contreras toma, el 13 de marzo de 1937, la decisión de expulsar de Venezuela a 47 dirigentes democráticos aplicando la disposición del Inciso VI del Artículo 32 de la Constitución, la medida no tenía por qué haberlos tomado por sorpresa. Era algo que se venía anunciando desde hacía mucho tiempo, que la prensa y las organizaciones derechistas venían reclamando a grito herido, y ante la perspectiva de la cual las izquierdas habían hecho saber su protesta desde hacía varios meses. De modo que habían tenido suficiente tiempo para preparar esa eventualidad, inminente después de la negativa del gobierno a legalizar el partido único de las izquierdas y sobre todo, después del estallido de la huelga petrolera y su relativo fracaso.

Haberse dejado atrapar como lo hicieron, pues, revelaba varias cosas: bisoñería, descreimiento de la propia propaganda, ilusiones en cuanto a las tendencias democráticas de López Contreras. En pocas palabras, los dirigentes populares casi dieron la impresión de que querían ser puestos fuera de combate. Sólo hubo dos excepciones, de gente que preparó con cierta anticipación y cuidado su paso a la clandestinidad: Juan Bautista Fuenmayor, quien en el Zulia había dado al todavía embrionario Partido Comunista una organización celular, la más apta para esos trotes, y, en Caracas, Rómulo Betancourt, a quien no le era esa, desde Costa Rica, una situación desconocida.

LA «CONCHA»

Él sabe, por eso, que la clandestinidad no se improvisa. No es que se decida pasar a ella y, luego, organizar su aparato. No: ya debía tener algo dispuesto, por muy pequeño y precario que pudiese ser; casas («conchas»), mensajeros, algunos dineros para mantener a su familia aislada y vigilada, una red de compañeros de partido con algún tipo de organización.

Como sea, Betancourt evade la persecución policial y se dedica a recomponer el partido único de las izquierdas. Tiene tres cuestiones a plantearse, dos de las cuales, como se verá, ya son, si no problemas resueltos, por lo menos en vías de serlo.

Son: el partido mismo, su decisión de constituirlo; dos, su definición teórica, de clase para ser más precisos; tres, el liderazgo de la organización. Las tres cosas habían sido planteadas previamente por Betancourt, por lo menos dos de ellas con bastante antelación.

La primera, la posibilidad de la formación de ese partido único de las izquierdas donde él y su grupo jugarían un papel de primera importancia. En efecto, en aquella carta escrita en el exilio, ya preveía su constitución, como posible alternativa a la formación de

un organismo propio, independiente de la Tercera Internacional[1]. Ahora bien, eso no será una alianza, del tipo del Frente Popular, sino un partido en sí mismo, con todas las de ley. No se trata de aliar al PRP con ORVE, la FEV, sino de fusionarlos en un solo partido, Ni más ni menos que lo que había previsto Betancourt, pese a que éste de 1936 no surge por iniciativa suya, sino del BND zuliano, al que los comunistas de aquella región consideraban un partido «filial del PRP»[2].

¿Partido de clase, o partido de clases? Sobre esto viene batallando Betancourt desde 1932, con los avances y retrocesos que se han visto en los capítulos anteriores. Esta vez, se puede decir que el joven líder triunfa en toda la línea. El partido único de las izquierdas será más lo segundo que lo primero. No es fácil creer pura causalidad que sea al mismo Betancourt a quien se encargue de definir su esencia, en un discurso pronunciado el 6 de septiembre de 1936: en verdad, desde muy temprano, se le deja ocuparse de las cuestiones teóricas, aún cuando sea «sólo» secretario de organización del nonato PDN.

Para Betancourt, en el interior de ese partido tendrán cabida, siguiendo su propia enumeración, «el comerciante, el industrial, el maestro de escuela, el estudiante y el joven en general, el artista, y por último –últimos en la enumeración, primeros en la escala de los que más sufren bajo un gobierno absolutista– los obreros, campesinos y empleados»[3].

Como es fácil comprobarlo, esa definición de la composición de clase del PDN es en la práctica un calco de lo que proponía el propio Betancourt en el folleto *Con quién estamos y contra quién estamos*. También se recordará cuánto desprecio causó entre los adherentes venezolanos a la Tercera Internacional esta definición del teórico «pequeño-burgués». Y sin embargo, los comunistas –al menos los de Caracas– aceptan pasar por lo que el propio Betancourt no hubiese desdeñado llamar «las horcas caudinas» que él

mismo proponía –y ellos rechazaban– desde 1932: la integración en un solo partido, y la definición del mismo como policlasista.

La ruptura con Villalba

Finalmente, hay que resolver el problema del liderazgo. Como los partidos están formados por hombres, y no por máquinas o por seres angelicales, éste llega a transformarse en «la madre de todas las preguntas», para emplear esa expresión árabe. Aquí se presenta casi siempre la sospecha de que esté asomando su nariz la ambición personal. Eso es muy difícil calibrarlo, porque es lo que mejor se trata de ocultar, y no siempre sin éxito.

Antes de entrar al análisis de cómo se resolverá ese asunto en términos concretos, en términos humanos, conviene aclarar dos cosas. Una, que el problema fue planteado y al menos en teoría resuelto por Betancourt desde el primer momento. Y en segundo lugar, y aquí viene lo más asombroso, la solución que le da Betancourt no es leninista –cosa que sería muy comprensible en su caso, y más después de la experiencia costarricense– sino más bien estalinista.

Vayamos por partes. El partido que se propone no es sólo, se insiste, una organización centralizada –es decir, ni un Frente Popular ni un partido federal, mucho menos una federación de partidos– sino que ella se concreta y podría decir que se expresa en un secretario general[4]. Y se elude –puesto que es ORVE, el periódico de Betancourt quien lo expresa– toda sospecha de ambición personal, de que el líder pedenista esté pintando un autorretrato hablado. Porque ese cargo no será, en el partido unificado, para Betancourt, sino para Jóvito Villalba.

Eso tiene dos razones: la popularidad de Villaba continúa siendo mayor que la de Betancourt, y esa condición de secretario general surge casi por generación espontánea, pues no existen testimonios de que Villaba la haya buscado ni mucho menos de que Betancourt

lo haya rechazado. Jóvito Villalba está aún nimbado por el halo de su largo martirio en las cárceles gomecistas y el pueblo lo aclama por su oratoria refulgente; en segundo lugar, el cariño y hasta la admiración que Betancourt siente por su amigo del 28 son sinceros, todavía no han sido erosionados por la rivalidad política.

Por otra parte, hay la solución misma del nombramiento de un secretario general. Hoy se tiene ese cargo como una institución creada por Lenin. Pero en verdad, éste no necesitaba de semejantes distinciones para afirmar su principalidad sobre el resto de sus camaradas. Si hemos de creer a Isaac Deutscher, la institución de la secretaría general es una invención de Stalin, si bien todavía en vida de Lenin y, se supone, con la anuencia de éste.

Como sea, el hecho es que también en el partido clandestino, la secretaría general vendrá a caer en manos de Villalba. Pero como éste ha sido apresado y enviado al exilio, la responsabilidad de dirigir el partido recaerá sobre el fugitivo Betancourt.

De allí a que la dirección del partido, y muy especialmente su secretaría general, se transforme en un *Janus Bifrons* sólo hay un paso. Pero Betancourt no pretende asaltar la secretaría general ni apropiarse de una carga que no le corresponde, y esto menos por desprendimiento personal –cosa también difícil de medir– que por someterse a una realidad política evidente, a saber que en esa federación de partidos que, pese a lo arriba dicho es todavía el PDN, la vigilancia mutua y los celos por los cargos directivos debe ser muy estrecha la una, vivaces los otros.

Se hará entonces regresar en secreto a Jóvito Villalba para asumir su cargo en la dirección. Y aquí comienza el choque inevitable. Hay que decir que él se produce de entrada por razones políticas y no personales, y que Villalba parece perder la pelea más por no querer darla que porque traten de echarlo.

En primer lugar, hay la concepción misma del partido. Villalba no está hecho para la vida clandestina: él suele brillar a plena

luz del día, no en las catacumbas. Cuando regresa a Venezuela, en 1938, su primera acción tiene más de aquello que de ésto: se va al cementerio a pronunciar un discurso ante la tumba de Eutimio Rivas, el estudiante muerto un año antes por la policía. Es un acto de valor, pero por igual temerario y desaconsejable desde el punto de vista organizativo. No es que el secretario general del partido no pueda dar la cara en un momento dado, pero no en las condiciones de derrota y debilidad organizacional que conoce el PDN en aquel momento.

Esa mentalidad viene a constituir el primer elemento de choque o enfrentamiento con Betancourt. Villalba insiste en convocar una asamblea del partido; Betancourt se opone, argumentándole que hacer tal cosa con un partido clandestino sería suicida[5]. Pero esos son pequeños desacuerdos normales en toda agrupación humana, y *a fortiori* en un partido político. El rompimiento entre Betancourt y Villalba se daría sobre la base de una divergencia política.

Hay un relato de la circunstancia de ese rompimiento que, por su carácter único, merece ser citado *in extenso*. Se trata de un texto de Juan Bautista Fuenmayor. En sus memorias, precisa que ya se estaban perfilando en el interior del PDN dos corrientes...

> **«...la jovitista y la romulera. La primera más flexible, más inclinada a la unidad con el PCV, más conforme con la idea de un frente democrático, sin sectarismos e izquierdismos como los del 36. La segunda más rígida, agresiva hacia el PCV, con mayores ambiciones de alcanzar el poder en breve plazo [...] La dirección del Partido Comunista comprendió la importancia de esta escisión, y decidió brindar apoyo al jovitismo, con ánimo de auparlo a la jefatura suprema efectiva. Le hizo llegar a Villalba un informe de Juan Pirela [Juan Bautista Fuenmayor] sobre la situación política nacional y la interna del PDN en el que se hablaba de la existencia de dos corrientes y del apoyo al jovitismo. Dicho informe**

confiaba también la táctica a seguir frente al gobierno de López Contreras, escindido también en 'parnaquistas' [miembros del Partido Nacionalista] y 'panistas' [miembros del Partido Agrario Nacional].

Se aspiraba a que Villalba entendiese la trascendencia de esta táctica y lograra su adopción por el PDN. El líder de las huestes amarillas de hoy estuvo conforme con este punto de vista y puso manos a la obra intentando convencer a Betancourt de la justeza de esta línea, pero sin decirle que era la opinión de los comunistas. Reunidos ambos para la discusión exhaustiva, Betancourt se enteró, accidentalmente, de la existencia del informe del PCV que se encontraba en un bolsillo de Villalba. El hecho fue casual, pero la sorpresa e indignación de Betancourt por haberle ocultado tan trascendental documento en el que, en su opinión, se conspiraba contra él, fue enorme y atribuyó a Villalba una actitud desleal. Desde entonces las cosas fueron de mal en peor. Las relaciones se hicieron más tirantes, hasta que en abril de 1939 se produjo el rompimiento definitivo»[6].

Este texto sugiere varias reflexiones. En primer lugar, no se trata de una fuente directa, de primera mano. Fuenmayor no fue testigo presencial de los hechos, donde los dos interlocutores estaban a solas: se supone que obtuvo esa versión del propio Villalba. En segundo lugar, el rompimiento entre Betancourt y Villalba no se produjo por la oposición de dos ambiciones personales (en el caso nada ilícitas, por lo demás), sino por un desacuerdo político.

En tercer lugar, aunque en el texto es muy clara la simpatía del autor hacia Villalba, en verdad este líder sale allí muy mal parado, pues no sólo llevaba una «chuleta» para discutir con Betancourt, sino que ella había sido redactada por el secretario general de un partido rival. Tampoco hay que dramatizar el asunto, pues la supuesta acusación de deslealtad pierde mucho de su filo si se sitúa el hecho

en la fecha en que se produjo, cuando las cosas no estaban muy claras todavía, ni la diferenciación con el PCV era muy pronunciada: de hecho, como se verá, muchos militantes del PDN, sobre todo los más jóvenes, continuaban considerándose «comunistas».

A mediados de 1939 Villalba regresa a su exilio en Colombia y Betancourt se queda solo en la dirección del PDN. Aunque con su partida, Villalba se autoexcluyó de la organización, la ruptura no fue tan traumática como podía esperarse, y hasta finales del primer quinquenio de los años cuarenta, Jóvito Villalba sigue apareciendo como candidato independiente postulado por AD a diversos cargos legislativos. Es que Betancourt, una vez en sus manos el aparato del nuevo –aunque pequeñísimo– partido, no parece tener interés en ahondar la brecha, en agriar las relaciones con su amigo de adolescencia[7].

Le interesa más otro deslinde: con el partido comunista, cuya prédica todavía contamina a una parte de su militancia. Ese deslinde se va a dar en tres tiempos. El primer paso lo dan los propios comunistas, al montar tienda aparte: en agosto de 1937 tiene lugar en Maracay la Primera Conferencia Nacional que da nacimiento en los hechos (y no en las simples intenciones como en 1931) al Partido Comunista de Venezuela; y nombra su primer Comité Central[8]. Eso significa que el partido que Betancourt había concebido a principios de los años treinta como diferenciado de la Tercera Internacional, no se forma por una decisión suya, sino de los propios comunistas.

La segunda etapa arranca casi de inmediato, y el rompimiento entre Villalba y Betancourt forma parte de ella. Como se ha visto, los comunistas buscan introducir una cuña entre villalbistas y betancuristas; pero no lo plantean en esos términos, lo que al fin y al cabo podría ser aceptable, y en todo caso, no ser tomado como un insulto. Pero no: siguiendo el viejo hábito de la publicística comunista (que si hemos de creer al Padre Jean-Ives Calvez arranca de Marx

mismo) confunden una acusación política con un ataque personal, una acusación moral.

Comienzan así a hablar de «un sector romulista y un sector honesto»[9]; logrando con eso un efecto contrario al buscado: compactar alrededor de Betancourt a un grupo de militantes que no aceptarán ser tildados de deshonestos.

La tercera etapa se da una vez consumada la ruptura con Villalba, quien se va del partido en abril de 1939. Cinco meses más tarde se produce un acontecimiento que va a lanzar a los comunistas a su más profundo aislamiento desde los tiempos anteriores al Frente Popular: la firma del Pacto germano-soviético. En la izquierda caen las inhibiciones frente a los comunistas, y ya son muy pocos los que todavía se guardan sus críticas en el bolsillo, muy pocos quienes todavía conservan el deslumbramiento ante los herederos de Lenin.

En los tres años que van del paso a la clandestinidad a su salida de Venezuela, Betancourt dedica su tiempo y su indesmentida energía a dos tareas prioritarias: la organización del partido y la reflexión teórico-política, esto último sobre todo a través de su columna «Economía y finanzas» del diario *Ahora*.

En cuanto a lo primero, hay que decir que parte con buen pie, excelente: logra reunir a su alrededor un brillantísimo elenco de líderes. Cuando se reúna la primera Conferencia Nacional del PDN en octubre de 1939, elige un Comité Directivo Nacional que formarán, entre otros, Inocente Palacios, Alejandro Oropeza Castillo, Raúl Leoni, Luis Lander, J. A. Paz Galarraga, Gonzalo Barrios, Valmore Rodríguez, Ana Luisa Llovera, Leonardo Ruiz Pineda, Antonio Leidenz, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Luis Troconis Guerrero y Luis Augusto Dubuc[10].

La capacidad de éstos, en política y otras lides, será demostrada hasta la saciedad en el medio siglo siguiente. Además, el partido contaba entre sus dirigentes juveniles a un grupo más radical que pronto emigrará hacia el partido comunista: Pedro Ortega Díaz,

Eduardo Gallegos Mancera, Pompeyo Márquez, Rafael (a) *Chicho* Heredia, Guillermo Veloz Mancera[11].

La anterior relación no da una idea exacta de lo que fueron esos días, en el terreno de la definición teórica y la política interna del PDN. Betancourt va a batallar sin descanso para impedir la hemorragia de valiosas cifras militantes que claman por el partido único o en su defecto, emigrarían hacia el PC. Eduardo Gallegos Mancera contaba cómo Betancourt llegó a redactar varias veces seguidas el mismo documento, para complacer a esos jóvenes –entre quienes estaba él mismo– que, pena inútil, terminaron derivando hacia el partido comunista[12].

Una vez ganada la primera batalla por la constitución de un partido homogéneo tal y como lo viene planteando desde los tempranos años treinta, Betancourt va a dedicar su tiempo a dos tareas centrales, entre muchas otras que le impone la lucha cotidiana: la organización y la escritura de una columna sobre economía en el diario *Ahora*.

De lo primero dan fe dos textos sucesivos, uno que podría llamarse «teórico», el otro «práctico». El primero publicado seis meses antes de la primera Conferencia Nacional, el segundo cuatro meses después del primero, y que resulta interesante como exposición de resultados de aquel: no se está teorizando en el aire, sino trabajando sobre realidades concretas.

En el primer texto se lanza a la vez una consigna y una declaración de principios: «Organización es, pues, la palabra de orden del partido, la tarea central de este momento. Sin organización no hay partido, ni acción efectiva de los militantes».

De inmediato se pasa a precisar qué significa «organización»: se trata de trazar firmes líneas que unifiquen al partido en escala nacional; robustecer la vida interna de sus grupos, elevando el nivel teórico de los militantes; plantearse el estudio a fondo de los problemas nacionales y crear los cuadros dirigentes que deban

acometer la lucha por la transformación de la realidad social venezolana.

Se pasa luego a constatar cuán alejado se está todavía de esa aspiración. Para comenzar, todavía las seccionales del partido no están estructuradas en forma idéntica, el trabajo de base no es uniforme. Y por su parte, el CEN ha sido incapaz de desarrollar una acción eficiente en escala nacional, de modo tal que todas las seccionales sientan sobre sí la vigilancia de la dirección del partido y reciban de ésta la colaboración necesaria.

En consecuencia, se proponen dos acciones inmediatas: la creación de un Comité Regional del Distrito Federal, cosa que había sido propuesta por una Convención regional; y establecer planes quincenales de trabajo, en lugar de los semanales que llevaban al apresuramiento y dificultaban la preparación teórica de los dirigentes medios.

El CEN contribuirá al proceso de organización del partido, pero sobre la base de una información previa y real de lo que sucede en cada región: forma de organización actual, composición social del partido y más generalmente, de la región; situación política general; vida sindical y social[13].

La lectura del otro documento, fechado en agosto, da cuenta de que no se está teorizando sobre abstracciones, sino que el plan general está siendo aplicado y controlada esa aplicación. Hay por lo menos una seccional, la de Cabimas («Serranía») que ha cumplido a cabalidad las tareas que le impuso el CEN, en particular la información sobre la región[14].

El caso citado es más que único, emblemático, porque aquella ciudad se encuentra en el corazón de la Venezuela petrolera, y será en el futuro el bastión de la dirigencia sindical del partido, y la vanguardia por la conquista del movimiento obrero, «haciéndose los dientes» en la pelea contra los comunistas.

Pero sin duda, la tarea más importante en materia organizativa será en esta etapa la celebración de la Primera Conferencia

Nacional, celebrada en septiembre. Al referirse a ella, el CEN enfatiza que «Tendrá una trascendencia histórica. En la vida del Partido, el 14 de febrero de 1937 –fecha en que nuestra organización lanzó desde la clandestinidad su primer manifiesto a la nación– será equiparado a otro día inolvidable: el 27 de septiembre de 1939. La primera de ambas fechas señala el nacimiento del Partido; la segunda, el de la estructuración del Partido, sobre bases teóricas, tácticas y programáticas sólidas»[15]. Y no es poco el trabajo realizado por esa Conferencia: se discute un informe del CEN de 30 páginas que, pese a ser calificado por el CEN mismo como apresurado, se pasea por la historia del partido, hace una revisión crítica y autocrítica de los errores cometidos por las organizaciones populares, así como un balance de la situación nacional e internacional[16].

Se discutió la tesis política del partido, estableciendo ya con claridad su definición como partido policlasista, antiimperialista, antifeudal y democrático. También el programa y los estatutos del partido, y, por último, se eligió la dirección del partido, encabezada por «Carlos Roca»: Rómulo Betancourt.

La columna de *Ahora*

Al mismo tiempo que dedica ese tiempo a la organización del partido (lo cual incluye cartas a sus compañeros, reuniones, viajes y la redacción de documentos públicos, boletines internos, etc.), Betancourt se lanza a una tarea que, dada su formación autodidacta en la materia, debe costarle un doble esfuerzo: la publicación de un artículo diario en la sección «Economía y Finanzas» de *Ahora*. Son 678 artículos de longitud variable que aparecerán entre el 9 de marzo de 1937 y el 19 de octubre de 1939[17].

No son los textos de un especialista, y tratan por lo demás de huir de la jerga de los economistas. Pero tampoco son escritos *pane*

lucrando: no es el comentario volandero de un periodista sino que los preside el rigor de un paradigma teórico y la voluntad de asentar sus afirmaciones en datos precisos y citas autorizadas.

Para alguien que ha estudiado a fondo este aspecto de la actividad de Betancourt, éste «no cultiva la economía por afición de desocupado, sino como una herramienta auxiliar, necesaria para concebir, diseñar y poner en práctica un proyecto político a la altura de las exigencias de los tiempos que vive»[18].

Ese mismo autor agrupa sus zonas de interés en cuatro grandes rubros: 1) nacionalismo republicano. Aspectos teóricos y deslindes ideológicos; 2) El diagnóstico de Venezuela; 3) El programa nacionalista y sus instrumentos; 4) Izquierda democrática nacionalista. De aquella masa de documentos va emergiendo el *corpus* de una teoría política y una praxis que abarca los más variados aspectos de la vida nacional, pero que se pueden sintetizar en lo escrito por el propio Betancourt en una primera selección de esos artículos publicada como libro en Chile en 1940:

> **Crear una economía nuestra, vitalizando la producción agrícola y ganadera mediante la reforma agraria, el crédito barato, las seguridades de mercado y la dirección técnica del Estado; impulsar la industrialización del país; romper progresivamente las ligazones que nos atan y subordinan, como Nación y como Estado, a la alta finanza internacional; y rescatar de la miseria, la explotación y el abandono a las clases trabajadoras del país[19].**

Hay algo que no deja de llamar la atención: pese a que Arturo Sosa llame a ese programa «nacionalista», y a que el partido se llame Democrático *Nacional*, se evita emplear esa calificación. Es que el nacionalismo ha sido desacreditado por los fascismos europeos. Así, al fundarse Acción Democrática dos años más tarde, lo de «nacional» será borrado del nombre del partido.

Sobre el trabajo de Betancourt en *Ahora,* se impone aquí una digresión, interesante por dar una idea del clima político y el talante de López Contreras, alejado del «ordeno y mando» del despotismo militar gomecista. Al discutir sobre la creación del Banco Central de Emisión, se produjo un interesante intercambio *à trois* entre el presidente de un banco privado, Enrique Pérez Dupuy, el presidente de la república en sus editoriales no firmados del diario *Crítica* y el secretario general de un partido clandestino, Rómulo Betancourt; y más sorprendente aún, las coincidencias en las ideas de los dos últimos[20].

Todo ese trabajo lo lleva a cabo Betancourt sometiéndose a una rigurosa disciplina no solamente de trabajo, sino también de aplicación de lo que en la jerga del momento se llama «métodos conspirativos». Entre otras cosas, no moverse sino cuando todas las condiciones de seguridad estén dadas; reunirse en su «concha» solamente entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana; no permanecer más de un mes en cada escondrijo; a veces, viajar no sólo por cuestiones de trabajo, sino para evadir la persecución. Como es normal, en la calle y en la base del partido crece su leyenda: nada impresiona más al venezolano que el hombre que sabe arriesgarse, «tirar la parada», burlar a la policía. A esa leyenda no es tampoco ajena la prensa sensacionalista: Betancourt ha sido visto aquí, allá, acullá. Colmo de los colmos, se cae a trompadas con un policía el cual logra arrancarle una oreja de un mordizco: pura imaginación del periodista[21].

Como se ha dicho, en octubre se reúne la primera conferencia nacional del PDN que por una parte ratifica la condición dirigente de Betancourt y por la otra decide que éste se entregue a la policía, para eliminar un elemento de roce con el gobierno, y sobre todo, para permitir que, una vez cumplido el año de su expulsión, pueda regresar de manera legal al país para participar en la campaña electoral. Pero cuando «Carlos Roca» redactaba su carta de entrega,

fue apresado por la policía y expulsado del país. Betancourt mismo relatará el suceso en los siguientes términos:

> **Dijeron *Ahora* y *Fantoches*, en los días en que se me apresó, que me fue ocupada por las autoridades de investigación un borrador de carta dirigida al Presidente de la República. I agregaron ambos periódicos que en aquella explicaba al Jefe del Estado las razones por las cuales estaba dispuesto a cesar en la vida clandestina que hacía para entregarme a las autoridades de la República. La información es absolutamente cierta[22].**

Antes de embarcarse en el *Orazio* solicita una entrevista con el Presidente de la República para aclararle su posición política y su deslinde con los comunistas, pero éste se niega a recibirlo[23].

Notas

1 «De Rómulo a hermanitos», San José, 3 de mayo de 1932. *Libro Rojo*, p. 156.

2 *Petróleo*, 29 de abril de 1936, p. 1.

3 Rómulo Betancourt, «Discurso pronunciado en el mitin por la unificación de las izquierdas», publicado por *Ahora* el 10 de septiembre de 1936, *El debate político en 1936.* CPPV-S XX, Nº 15, pp. 299-300.

4 «El partido único de las izquierdas es ya una realidad». *ORVE*, 20 de septiembre de 1936, *Ibidem*, p. 325-326.

5 Mercedes Fermín, comunicación personal.

6 Juan Bautista Fuenmayor, *Veinte años de política 1826-1948*. Madrid, Ed. Mediterráneo, 1968, p. 224.

7 Es así como el Boletín Nacional Nº 35 del PDN, al precisar que Villalba («Cariaco») ya no forma parte de la organización, recomienda al partido «Se adopte con Cariaco una actitud cordial, aun cuando dejara de militar en nuestras filas de manera permanente, ya que la Dirección del Parti-

do cree que ese compañero mantiene su posición consecuentemente democrática, leal a su tradición de luchador». *Papeles clandestinos del Partido Democrático Nacional (1937-1941)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, p. 236. Por su parte, Rómulo Betancourt le escribe al colombiano Gerardo Molina en noviembre de 1940: «Una noticia que te doy con agrado y sabiendo que te lo producirá a ti es la de que Jóvito está trabajando 'mano a mano' con nosostros [...] ahora está siendo tan fogueado como cualquiera de los pedenistas activos. Es de una gran importancia para el movimiento popular venezolano el que vuelvan a coincidir, en táctica y acción conjunta, Jóvito y nosotros». Citado por Arturo Sosa A., *Rómulo Betancourt y el partido...* pp. 309-310 n.

8 Cf. mi *Entre Gómez y Stalin*. Caracas, CDCH, 1989, p. 144.

9 «Historial de las relaciones del PDN con el PCV», marzo de 1940. *Papeles clandestinos...*, p. 110.

10 Fuenmayor. *Veinte años...*, p. 200.

11 *Ibidem*, p. 21.

12 Eduardo Gallegos Mancera, comunicación personal.

13 PDN, «Boletín Nacional», mayo de 1939. *Papeles clandestinos...*, pp. 175-177.

14 «Alcance al Boletín Nacional Nº 33», 28 de agosto de 1938. *Ibidem*, p. 211-213.

15 PDN, «Boletín Nacional Nº 35», octubre de 1939. *Ibidem*, p. 232.

16 *Ibidem*, 234-235.

17 Estos artículos fueron compilados y publicados como *La segunda independencia de Venezuela*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, Tres vols., por Arturo Sosa Abascal, quien los hizo preceder de una extensa y muy profunda introducción.

18 *Ibidem*, T. I, p. 324.

19 Rómulo Betancourt, *Problemas venezolanos*. Santiago de Chile, Talleres Gráficos «San Vicente», 1940, p. 4.

20 Arturo Sosa A., *Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo...*, pp. 459-460.

21 Rómulo Betancourt, *Venezuela; política y petróleo*, p. 739 n. En cuanto al impacto que la leyenda tiene entre los militantes de base, basta leer el

testimonio del entonces joven militante Rigoberto Henríquez Vera: «El compañero 'Roca' llegó al local sin previo aviso. Saludó, tomó asiento, prendió la pipa y comenzó a hablar [...] esa noche en que por primera vez estreché la mano de Rómulo Betancourt, salí con el convencimiento íntimo de haber vivido uno de mis mejores momentos, decisivo y fecundo, estimulante y lleno de responsabilidades futuras [...] Había sido maravilloso conocer a 'Roca', escucharle y sentir su calor humano. Privilegio poco común en aquellas circunstancias en que vivía el país». Rigoberto Henríquez Vera. Citado por Arturo Sosa A., *Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo (1937-1941)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, pp. 137-138.

22 «Betancourt a 'Estimados amigos' (Carta pública)». Diciembre de 1939. *Archivo de Rómulo Betancourt,* Tomo VI, años 1938-1941, Primera parte, documento 25. En adelante, este archivo será citado como *ARB*.

23 Eleazar López Contreras, *El triunfo de la verdad.* México, Ed. Genio Latino, 1949, p. 359-360.

X. EN BUSCA DE LA LEGALIDAD

Desde antes de abordar el barco *Orazio* que lo llevará a un año de exilio chileno, Betancourt lleva clavado entre ceja y ceja un propósito que ocupará lo más claro de sus días, en los meses que van de principios de 1940 a septiembre de 1941: conquistar la legalidad para él mismo y para su partido. Todo lo demás pasa a un segundo plano. Aunque su indesmentida energía se manifieste en otros aspectos, eso será lo central. Para eso se ha dejado atrapar con tanta mansedumbre por la policía, por eso ha intentado ponerse en contacto directo con López Contreras. Y a eso no es extraña la orientación que le da a su partido frente al gobierno: no la de una oposición cerril y sistemática, sino de apoyo y crítica, una política que fue calificada de «convivencia»[1].

La «convivencia»

Eso lo demostrará al apenas pisar tierra chilena. El partido socialista de aquel país, que lo reconoce como uno de los suyos, lo recibe casi con honores de Jefe de Estado. Son los tiempos del Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, y las milicias socialistas lo reciben a todo dar de los tambores y trompetas de su fanfarria para-militar[2]. Se está recibiendo a un hombre que viene de la clandestinidad, de la persecución y de la cárcel, a una víctima del despotismo neogomecista. Pero quienes esperan que caiga de sus labios una arenga

incendiaria y una denuncia feroz del régimen de López Contreras, se quedarán con su hambre. Porque Betancourt es claro: él es un hombre de oposición al gobierno venezolano; ha sido, en efecto, perseguido y exiliado, sus compañeros, su partido, lanzados a la clandestinidad, pero sin embargo, precisa, el gobierno venezolano no es un despotismo, no es una tiranía[3].

Esa actitud será la suya durante todo el tiempo que dure su exilio. No se trata sólo de moderación en el lenguaje, sino también de búsqueda permanente de un contacto no con el gobierno como una entidad abstracta, sino con el Presidente López Contreras mismo.

Aquello de «convivencia» podría hacer creer que Betancourt esté proponiendo «vivir y dejar vivir», esto es, que la oposición y el gobierno marchen cada uno por su lado, sin molestarse demasiado. En verdad, la cosa va más lejos: como entre el año cuarenta y los primeros seis meses del 41 debe decidirse el problema de la sucesión presidencial, Betancourt plantea la posibilidad de un candidato independiente que pueda ser apoyado por el gobierno y la oposición: lo mismo que planteará a Medina Angarita cinco años más tarde, en vísperas del 18 de octubre.

Lo plantea a dos corresponsales suyos que podrían servir de puente con López Contreras: al doctor Mario Briceño Iragorry[4] y al general José Rafael Gabaldón, con quien es más específico: «se» estaría dispuesto a retirar la eventual candidatura independiente «si se llega a un acuerdo de que ni Pietri, ni Pacanins, ni Medina, ni Mejía, ni ningún otro doctorzuelo en ciernes va a ser el candidato oficial»[5].

Es más, en enero de 1941 propone a sus «compas» (*sic*) ir más lejos: «Nuestro empeño debe orientarse hacia el apoyo, en la calle y con valentía responsable, de aquel entre los candidatos *viables* que nos garantice legalidad para el movimiento democrático, respiro para el Partido»[6]. El subrayado por parte del propio Betancourt parece indicar que aún dentro del oficialismo hay candidatos «inviables», acaso por la oposición militar y tachirense.

Al final, ese comportamiento dará sus frutos cuando regrese a Venezuela. Pero antes de entrar en detalles sobre el particular, conviene dar algunas precisiones sobre las actividades de Betancourt en Chile, pues lo anteriormente dicho podría dar la impresión que, principalísima, aquella preocupación por su legalidad fuese la única.

Aquellas actividades van desde lo relativo a la situación personal de un exiliado, hasta el establecimiento de contactos internacionales para dar a conocer su movimiento sobre todo en América Latina; y la organización de grupos pedenistas en el extranjero; y por supuesto, sus «cartas desde lejos» al partido, en las cuales trata de evitar con sumo cuidado que se pudiera decir que aquel fuese incapaz de andar si él no lo lleva de la mano. Esta actitud no es (o no lo es sólo) producto de la buena intención de Betancourt, sino también y acaso sobre todo de la voluntad de sus compañeros de un partido donde él puede ser *primus inter pares*, pero no todavía el líder indiscutido que será más tarde, en la legalidad. Pero eso no significa de ninguna manera que Betancourt se desinterese o aleje de los asuntos internos del partido. Por el contrario, en su archivo reposa una buena cantidad de comunicaciones enviadas al CEN del PDN, con opiniones e instrucciones muy precisas; y las respuestas de diversos dirigentes, en particular de «Arsenio» (Raúl Leoni), Secretario General encargado. Lo que hace pensar que la comunicación entre el jefe exiliado y el CEN de su partido era mucho más fluida de lo que la impaciencia de Betancourt, expresada en algunas de sus cartas, podría hacer creer. Por otra parte, hay otros compañeros suyos que lo mantienen informado de cuanto sucede en el país y en el partido. Son así muy numerosas las cartas de Mercedes Fermín desde Caracas y Alejandro Oropeza Castillo desde Barranquilla.

En toda la correspondencia de Betancourt en esos meses hay por lo menos tres aspectos que merecen destacarse. En una de ellas da instrucciones muy detalladas sobre lo que debe ser la prensa

del partido. Hay, en una de esas cartas, un consejo que puede sorprender a quienes están acostumbrados a verlo como un hombre pugnaz, polémico, de esos que nunca dan ni piden cuartel: «contar hasta cien antes de escribir un artículo bilioso, que irrita al contendor momentáneamente más fuerte, distancia de nosotros al hombre medio moderado y 'llueve sobre mojado' en un pueblo para el cual perdió ya toda novedad el panfletismo político»[7].

En otras cartas insiste en lo que en esos meses llegará a ser casi obsesivo: la necesidad de deslindarse más aún de los comunistas. Entre sus compañeros de dirección, hay muchos que temen que se les tilde de «anticomunistas». Betancourt, que en los meses anteriores parecía compartir tal temor, aquí lo ha perdido, llegando al extremo de advertir contra algún posible «fraternalismo» con los comunistas encarcelados en una redada[8]. En esta actitud suya está presente la situación de aislamiento de los comunistas a raíz del pacto germano-soviético y el cambio en su política hacia un sectarismo tipo «tercer período» antes de 1935.

El tercer aspecto es el de la relación con los EEUU. Por un lado, aconseja tomar de manera crítica y no bobalicona la política de Franklin Delano Roosevelt («buena vecindad»), sobre la base de que si América Latina necesita de los EEUU, la recíproca también es verdadera. Pero sobre todo, insiste en la necesidad de presentar, ante la próxima guerra, un frente unido latinoamericano[9].

También critica la forma muy sectaria en la que la dirección del partido condiciona su apoyo a cualquier candidatura presidencial y sugiere que la consigna del PDN sea: «Sufragio libre y presidente democrático en el 41. Contra el continuismo y la imposición»[10]. Además, expresa su desacuerdo con que «Vivas» (Inocente Palacios) sea secretario general del partido e impulsa la candidatura de «Arsenio» (Raúl Leoni)[11].

Hay dos cosas más, en ese mismo orden de ideas, que merecen párrafo aparte porque no están del todo claras en su corresponden-

cia y por lo tanto, lo que se diga al respecto contendrá su buena parte de conjetura.

La primera es algo que la experiencia de las reuniones con los militares previas al 18 de octubre de 1945 confirmará: que Betancourt tiene un grupo de personas adictas suyas, a los que suele consultar y dirigir por encima de la dirección formal del PDN. En este caso, se trata de Valmore Rodríguez, Luis Augusto Dubuc y Antonio Léidenz, a quienes escribe una carta no oficial y a quienes sugiere: «Prefiero mantengamos discreción nuestro contacto. 'Convivientes' [se supone que se trate de una tendencia dentro de la dirección del PDN, opuesta a Betancourt] podrían utilizarlo torpedear sistemáticamente actitudes ustedes, calificándolos de 'roquismo' [partidarios de Carlos Roca, o sea, del propio Betancourt]»[12].

La otra cuestión está más oculta todavía, pues Betancourt no se atreve a mencionarlo en su correspondencia, sabedor de que ella podría ser interceptada: ¿Qué eventual candidatura del gobierno le simpatiza más a Betancourt, o le provoca menos resquemores? Algunas alusiones muy veladas hacen pensar que se inclina por Diógenes Escalante (quien será de nuevo su pre-candidato en 1945), en quien López Contreras mismo había pensado antes de que se le opusiese el clan tachirense y militarista[13].

Pane lucrando

La situación de Betancourt en Chile no es, por supuesto, la misma de su primer exilio en Costa Rica. Como se ha visto, quien llega a Chile es un dirigente conocido en todo el continente, incluso fuera de las élites políticas[14]. Pero eso no quiere decir que por ello la vida le vaya a ser mucho más fácil. Se ha llevado a su mujer y a su pequeña hija, pues no ha querido dejarlas solas por mucho que estuvieran en su propio país; donde pudiesen contar con el (muy problemático e inseguro) apoyo de sus compañeros de partido y con el (tampoco

demasiado seguro) de una familia que, como la suya, no nada en la prosperidad y en el fondo sigue creyendo –y temiendo– que su famoso pariente sea «comunista».

Dos son las preocupaciones de todo el que emigra a una tierra extranjera como él, con una mano atrás y otra adelante: techo y un trabajo que le asegure al menos una modesta subsistencia. Lo primero tiene que poseer ciertas comodidades, pues ya no es el estudiante anónimo que pueda dormir donde lo agarre el sueño, sino un hombre que amén de tener una pequeña familia, necesita de un espacio de cierta amplitud. La necesita para acomodar su biblioteca; y de un ambiente tranquilo donde dedicarse a escribir ese libro sobre las relaciones entre el petróleo y la política que sólo terminará y publicará en su tercer exilio, en 1956.

En conseguir lo primero sí lo ayudará su prestigio, y la solidaridad que eso provoca entre sus camaradas del partido socialista. En efecto, encontrará una casa con un alquiler no demasiado oneroso y más importante aún, cuyo dueño, conociendo su situación, no se mostrará demasiado riguroso en reclamar la puntualidad en sus pagos[15].

No es cosa tampoco de plantearse buscar un trabajo en Chile: no sólo eso resulta bastante dificultoso para un extranjero, sino que Betancourt es reacio a aceptar un puesto en la administración pública, si se le ofreciese: no se le oculta el uso que pueden hacer de eso sus enemigos políticos allá en su país. De todas formas, eso no dejó de hacerse, y en Caracas se corrió la versión de que Betancourt se había «enchufado» en la plantilla oficial del Frente Popular[16]. Pura fantasía.

Debe entonces contar con el financiamiento que pueda obtener en su país. En ese momento, ya el bolívar es una moneda relativamente «dura», en comparación con otras de América Latina, pero no ha alcanzado los niveles a que llegará, por ejemplo, en los años cincuenta, los de 3,35 por dólar.

No hay más de tres posibilidades: sus compañeros de partido, su familia y algunos amigos solidarios, y lo que pueda obtener con los productos de su maquinilla de escribir que es casi el único «lujo» que se ha llevado al embarcar para Chile.

El partido: se puede decir entre bromas y veras que Rómulo Betancourt es un «revolucionario profesional» pero con un empleador en quiebra. Las muy magras entradas del partido se van en financiar sus actividades normales, en ayudar a sus muy escasos cuadros clandestinos que no pueden trabajar en la calle, y hasta para auxiliar a algún compañero enfermo y pobre de solemnidad[17]. Por lo demás, no es muy fácil comprar dólares para enviar al extranjero. Ésta será por cierto una de las excusas más habituales para excusarse por no suministrar ayuda desde Venezuela.

De la familia y de los amigos muy íntimos puede decirse algo parecido. La primera no está en una situación muy boyante que se diga, y en puridad de verdad, ella había puesto desde muy temprano sus esperanzas en que el estudioso muchacho, una vez recibido de abogado, viniese a apuntalar las paredes de una casa cuyo derrumbe a duras penas lograba evitar el viejo Luis Betancourt. En cuanto a sus amigos más íntimos y solidarios, nunca esa ayuda es sistemática, aparte de que Betancourt detesta pasar por un petardista.

Por último, el recurso a su pluma (o como se ha dicho, a su maquinilla). En un principio se pensó que continuara con su colaboración en el diario *Ahora*, pero eso se descartó en primer lugar porque resultaba poco práctico: la distancia hacía imposible que esa columna pudiese conservar uno de sus mayores atractivos, el de la actualidad, ese ídolo del periodismo. Por otra parte, algunos llegaron a considerar que era conveniente que Betancourt conservase en su exilio, y con vistas a su pronto regreso y legalización, lo que todavía no era muy habitual llamar *low profile.*

En tales condiciones, piensa entonces en el otro producto de su pluma: los libros. O mejor dicho, el libro. Porque apenas llegado

a Chile, hace editar una selección de sus artículos sobre economía con el título de *Problemas venezolanos*[18].

Se supone que, por el tema y el autor, sea en Venezuela donde más vaya a venderse. Pero una cosa piensa el burro y otra quien lo enjalma. Los dineros que Betancourt espera obtener con sus derechos de autor son en general cosa más teórica que práctica. Su correspondencia se llena entonces de cifras y reproches sobre libros enviados y no cancelados, sobre derechos cobrados y no recibidos[19].

La situación llega a hacerse crítica, al punto de que debe interrumpir su copiosa correspondencia, o llenarla de quejas de que esa situación le impida un trabajo tan eficaz como él lo quisiera. Pero tiene una ventaja, aparte de su prestigio intelectual y político, que hace más llevadero este exilio que su primero en Costa Rica: tiene plazo fijo, y en un año podrá regresar a Venezuela. Así, entre préstamos de amigos (el general Gabaldón lo auxiliará desde su dorado exilio diplomático argentino), cobrando aquí y allá uno que otro artículo, uno que otro pequeño trabajo intelectual, estirando en fin los centavos al extremo límite, «irá tirando» hasta el momento de su regreso. Por mucho que eso le robe tiempo a su trabajo político, no lo descuida, apenas acaso cambie su forma.

Esta vez, se va a dedicar a la búsqueda de contactos, a anudar lazos con los que, en el extranjero pero de manera especial en América Latina, tengan con él una cierta afinidad ideológica y política. Debe por cierto, andarse con mucho tiento. No puede presentarse como lo que es, o sea como Secretario General del PDN, porque sus compañeros en Caracas no ven eso con muy buenos ojos, sin que se logre saber a ciencia cierta por qué[20].

La verdad es que esa percepción como tal líder máximo del partido venezolano es menos buscada por Betancourt que una propuesta espontánea de quienes lo reciben y se reúnen con él. Cuando el Partido Socialista lo acoge en público en la forma en que lo hace, no es de creer que Betancourt hubiese tenido el tiempo ni las

posibilidades de comunicación para hacerse organizar él mismo tal recibimiento, como las «aclamaciones» tan habituales en su país de origen. Cuando habla ante un auditorio delirante en la Convención del Partido Socialista en el Teatro Caupolicán de Santiago, se puede decir lo mismo.

Como sea, gracias a esa actividad suya, el pequeño partido que dejó batallando en Venezuela, se codea con sus hermanos mayores del continente, quienes lo reciben de igual a igual. Es así como se le encarga la organización de una reunión internacional (más preciso, latinoamericana) de partidos de su misma tendencia[21]. Esos contactos le serán utilísimos en el futuro. Y ellos no se confinan a Chile. Desde Argentina, Uruguay, Colombia, Costa Rica y hasta México se solicita su colaboración e incluso su presencia.

Es así como su regreso a Venezuela no lo hará en línea recta, sino que se detendrá un mes en Uruguay, a dar conferencias, establecer contactos, organizar los pequeños grupos de estudiantes venezolanos asentados allí. Esto último lo había hecho también en Chile. Ésta es una parte necesariamente pequeña de su actividad; pero para él no deja de ser importante, pues piensa en «la remonta», el material humano para el relevo generacional en el partido y en el país. No se limita a fundar un grupo y dejarlo luego a la buena de Dios, sino que los está auxiliando todo el tiempo con sus consejos y su ayuda[22].

Betancourt no deja de pensar en lo que ha dejado en Venezuela, en el partido todavía tan joven. Trata de comunicarse con sus dirigentes, y en algunos casos, los orienta, busca hacerlos cambiar ciertas actitudes, se preocupa por su formación profesional y política. Puede resultar curioso, pero en Venezuela hasta los comunistas comienzan a sentir su ausencia, pues la relación con sus compañeros se hace cada vez más difícil y como suele suceder con los ausentes y con los muertos, se les atribuyen pensamientos y actitudes que son más deseos que realidades[23]. Pero con independencia de

los aspectos doctrinales ya bastante clarificados, para Betancourt la «separación de cuerpos» con los comunistas es vital para lo que, como se ha dicho al principio, es el centro de sus preocupaciones del momento: obtener la legalidad para él y para su partido.

Desde muy temprano, comienza a tocar todas las puertas que, sin abdicar de sus principios, le permitan su regreso una vez concluido el año de exilio y en las mejores condiciones posibles. A comenzar por la puerta de Miraflores: apenas sale su libro *Problemas venezolanos*, tiene el cuidado de enviarle, dedicado, un ejemplar al Presidente López Contreras, y ve un buen augurio en el hecho de que el general le haya acusado recibo[24].

Pero no se va a detener allí su táctica de acercamiento. Busca que se movilicen parientes para discutir con el gobierno las condiciones de su regreso, si bien su padre considera poco prudente hacerlo él mismo[25]. Finalmente, el 18 de mayo de 1940, Betancourt escribe directamente al general López Contreras pidiendo la visa para regresar legalmente a Venezuela[26]. Incluso, hay correspondencia con gente muy cercana al jefe del Estado, donde no sólo se le trata con simpatía, sino que se le llega a aconsejar que aproveche su exilio para hacerse una imagen de estadista, no del aventurero que se cae a tiros con la policía y huye por los techos en gallos y medianoche, imagen que su situación clandestina, la leyenda de sus parciales y la propaganda de sus adversarios han contribuido a crear. Da la impresión así de que no sólo sus amigos, sino también algunos de sus adversarios comienzan a verlo como una opción de relevo, como esa «remonta» a que se aludía más arriba[27].

En Venezuela, las cosas van tornándose cada vez más interesantes, pues el final del período constitucional hace que se plantee con mayor agudeza el tema clásico venezolano: el de la sucesión. ¿Cumplirá López Contreras con su promesa de no reelegirse? ¿Lo hará sin desdecirse pero sin abandonar el poder como lo proponen algunos de sus seguidores al echar atrás aquella decisión tomada en

1936 de reducir el período presidencial de siete a cinco años? Y una vez descartada por el gobierno esa opción surge «la madre de todas las preguntas»: ¿quién será el escogido? ¿Será un civil no-andino, como esperan algunos ingenuos? Los amigos del general López no se lo permitirán: el candidato deberá ser militar y tachirense. Será entonces el coronel Isaías Medina Angarita, Ministro de Guerra y Marina.

La candidatura de Gallegos

Una vez decidido esto, las cartas están echadas, pero no se trata de un juego de azar, pues esas cartas se juegan boca arriba: al Presidente de la República lo elige el Congreso pleno, y éste, producto ya de una elección de segundo grado, está bajo el dominio absoluto de los partidarios del gobierno. Aún así, el PDN, que por razones comprensibles no ha podido participar en la campaña, ha formado en todas partes donde ha podido «Comités pro-elecciones libres», pero aún no se decide por un nombre para oponerlo a Medina, así sea como un símbolo[28].

El partido se encuentra así todavía deshojando la margarita, y parece ya listo a decidirse por un médico bastante anodino en política. Esto es, a repetir la quijotada de Rafael Arévalo González en 1913 cuando lanzó la candidatura del dr. Félix Montes para oponerlo al general Gómez, y que le costó sus buenos años «engrillado» en La Rotunda.

Cuando, acompañado de Ricardo Montilla, Betancourt venía desde La Guaira a Caracas, se enteró del asunto, y acto seguido decidió oponerse:

> **El candidato debe ser Gallegos. Se auto-exiló en 1930 para no ser Senador escogido a dedo por Gómez. Fue ministro democrático en el actual régimen de López Contreras. Todos los venezolanos**

lo conocen, porque han leído a *Doña Bárbara*. El doctor [Francisco] Izquierdo puede ser persona honesta y democrática. Pero saben de su existencia apenas sus familiares y los enfermos de su clientela[29].

Dicho y hecho. La dirección del PDN no resistió ni un momento a la propuesta del hijo pródigo. Gallegos fue entonces lanzado como candidato en un acto simbólico por partida doble. Porque Gallegos sabía que no podía ganar las elecciones, y porque arrancó su campaña en San Fernando de Apure, llano adentro, teatro de sus más famosas novelas. Esto no dejó de causar cierto impacto, y fue imitado por el gobierno, que hizo lanzar la candidatura del coronel Isaías Medina Angarita desde San Carlos, otra polvorienta ciudad llanera. El venezolano de entonces todavía se reconocía en el llanero, más que en el citadino caraqueño: aquel llano que había sido escenario de las guerras de independencia, y que ahora era el símbolo de la miseria popular, de la ruina de la provincia venezolana.

Era el primer paso del PDN hacia la legalidad, por intermedio de los ya mencionados Comités Pro Elecciones Libres. Con aquel cuidado siempre, Betancourt llevará al PDN por una parte y a Gallegos por la otra a seguir dos líneas paralelas: una, la de evitar los extremismos de una oposición sistemática; dos, la de dejar bien clara en la conciencia de sus electores que esa decisión de salir a la calle no se agotaba en el acto electoral sino que era la primera etapa en la formación de un partido de izquierda, democrático y legal, diferente y en ocasiones oponente feroz de los comunistas.

En lo primero, Gallegos, quien había sido en 1936 Ministro de Instrucción Pública de López Contreras, llevó esa política al extremo límite, a riesgo de irritar a la base del PDN, más radical en la oposición a un gobierno que lo perseguía y lo obligaba a permanecer sumido en la clandestinidad. Es así como, al presentar en Maracaibo

la candidatura de Gallegos, el dr. Jesús Enrique Lossada lo hizo en los siguientes términos:

> **Se empeñan algunos en presentar la candidatura de Gallegos como la de un opositor al régimen de López Contreras. Eso es falso. Si Gallegos ocupara la curul presidencial, haría un gobierno democrático, concorde con los lineamientos del programa del Presidente López. Y en vez de oposición o de solución de continuidad entre los dos regímenes, habría dos procesos contiguos [*sic*] de administración pública inspirados por los mismos principios cardinales[30].**

Esto en lo que concierne a la política de «convivencia» frente al gobierno de López Contreras: la candidatura de Gallegos proclamaba a los cuatro vientos que no era el suyo un propósito de ruptura sino de continuidad.

En cuanto al otro aspecto, el compromiso de Gallegos con el PDN iba mucho más allá de ser un simple mascarón de proa como «candidato simbólico». Él estaba consciente, y se sentía solidario, en que eso no era sino el primer paso para la constitución de un partido legal, y así lo dijo, con todas sus letras en la presentación pública de AD en el Nuevo Circo el 13 de septiembre de 1941: «Hace unos seis meses [...] dijimos que aquella campaña de candidatura presidencial que para entonces se desarrollaba en torno a mi persona [...] de nada valdría [...] si no venía a desembocar en la formación de un partido político [...] Hoy me corresponde declarar que, por nuestra parte, el propósito está realizado en Acción Democrática que con esta reunión inicia sus actividades al abierto de la discusión pública»[31].

Las cosas están claras, pues: después del protagonismo de Gallegos, vendrá el de Betancourt. Éste se ha servido de aquel como escalera para conquistar su propia legalidad; Gallegos no lo ignoraba: estaba de acuerdo con esa táctica de un partido que, en adelante y

hasta su muerte, será el suyo, y que lo llevará a su corta presidencia de 1948. Se entra así en la recta final del proceso que llevará a lo que Betancourt concibió desde 1931 y que ha perseguido con agónica tenacidad en los dos años anteriores: poner en la calle un partido con fisonomía propia, dirigencia estable y reconocida y, sobre todo, con la famosa «vocación de poder» que lo llevará a la aventura del 18 de octubre.

Hay varios obstáculos a saltar todavía: uno de ellos es el de que si se quiere un partido legal, hay que acatar las leyes existentes. Y en esa materia, el Inciso Sexto del Artículo 32 de la Constitución es clarísimo: no puede ser legalizado un partido que quiera hacer propaganda de las doctrinas comunista y anarquista.

El nuevo partido deberá demostrar sus buenas intenciones o su buena conducta en la materia. Nunca desdeñoso del ripio clásico, Betancourt hablará de pasar bajo las «horcas caudinas» de un interrogatorio que, en la Gobernación de Caracas, obligaba a responder qué pensaba el partido sobre la propiedad privada y si buscaba o no estimular la lucha de clases. Aquí hay que separar dos planos en la argumentación de los futuros «adecos», de Betancourt. Uno es el de la simple añagaza que trata de confundir al enemigo, para evadir las consecuencias del Inciso Sexto; y el de la sinceridad política, esto es, el de la declaración de una voluntad claramente reformista.

Eso sale a la luz al confrontar dos respuestas. Cuando se les pregunta si creen que la vida social es el campo de la lucha de clases, la respuesta es evasiva: se da un largo rodeo para no responder de manera directa a la pregunta; no se niega la existencia de la lucha de clases, pero se basan al contestar en algún artículo de la Ley del Trabajo vigente que lo reconoce implícitamente, y al final se invoca el Derecho con todas sus mayúsculas como el gran elemento regulador de los conflictos sociales.

Pero cuando la pregunta es si se cree que debe llegarse al establecimiento de una sociedad sin clases, la respuesta es clara y cate-

górica: «no debe llegarse a una sociedad sin clases»[32]. No se está tratando de burlar al adversario: se está expresando una convicción profunda, que ratifica lo dicho pocos párrafos antes, a saber que no deba abolirse la propiedad privada ni siquiera, como sostienen los marxistas, sobre los medios de producción[33]. Betancourt abandona así, con claridad y énfasis, el terreno de la utopía. Queda atrás el revolucionario. Entra en escena el reformador.

En tales condiciones, el examen fue pasado con éxito: aquellos muchachos demostraron sus buenas intenciones, tratando de no transigir demasiado en el terreno de los principios. Ahora quedaban dos pruebas más: el nombre del partido y su liderazgo público. Es muy posible que haya sido Rómulo Gallegos, gran creador de nombres y personajes (Doña Bárbara, Mujiquita, Mister Danger) quien haya propuesto el de «Acción Democrática» en una reunión que tuvo lugar en su casa en mayo de 1941. La historia es ésta: durante su exilio español, cuenta Isaac Pardo, se reunía alrededor de Gallegos un grupo de venezolanos que simpatizaban con el partido «Acción Republicana», y pensaron en dar ese mismo nombre a una organización para actuar entonces en el exilio y luego en Venezuela. Pero alguien objetó que como en Venezuela no existían monarquía ni tendencias monárquicas, lo de «republicano» no significaría nada. Se sugirió entonces que se llamase «Acción Democrática»[34]. Ese partido nunca vio la luz y nada tenía que ver con el que luego se llamaría de esa manera, pero Gallegos pudo haber retenido el nombre y lo propuso en 1941.

Este nombre tenía una ventaja suplementaria: evitaba lo de «partido» al identificar la nueva agrupación. En Venezuela (y más en aquel entonces) hay una tendencia casi supersticiosa a evitar esa designación en una organización política. Los únicos que no lo hacían eran los comunistas, razón de más para no imitarlos. Detrás de todo esto estaba la demonización que el gomecismo había hecho del partido, sinónimo de guerra, y escudándose detrás de la frase del

Libertador en su lecho de muerte, siempre citada fuera de contexto («si mi muerte contribuye a que cesen los partidos [...] yo bajaré tranquilo al sepulcro»).

Quedaba un asunto por resolver: la dirigencia pública del partido. Había en él nombres todavía demasiado sulfurosos, en particular el del propio Betancourt: sus jactancias «comunistas» publicadas en el *Libro Rojo* todavía estaban a cada rato en la pluma de sus adversarios. Se decidió entonces que, al firmar el acta constitutiva del partido, no figurase su nombre, ni el de Leoni, Valmore Rodríguez, Gonzalo Barrios y algunos otros demasiado identificados con la organización clandestina. Una vez más se empleó el prestigioso mascarón de proa: Rómulo Gallegos; y como si eso fuera poco, lo flanqueaba como vicepresidente el poeta Andrés Eloy Blanco: los dos escritores más famosos y respetados de Venezuela.

El partido podía arrancar: el 13 de septiembre de 1941 hacía su presentación en el Nuevo Circo de Caracas. La masa que vino a aplaudirlos no se tragó el caramelo de los prestigiosos escritores como jefes del partido: las ovaciones y los aplausos más torrentosos fueron para Rómulo Betancourt quien, como un «técnico» y un segundón, estaba programado para hablar «sólo» de los problemas económicos del país.

Había nacido Acción Democrática, dijo Betancourt, como «un partido para hacer historia»[35]. Ahora vendría la ardua tarea de implantarlo en todo el territorio nacional.

Notas

1 En febrero de 1940, el CEN del PDN precisaba que la consigna de «convivencia» había sido lanzada por la prensa (legal) democrática y que el PDN la acogió «tratando de rectificar, en forma responsable, los errores cometidos por el movimiento democrático durante los años 1936-1937», los cuales habían llevado a practicar «una oposición en bloque», lo que

trajo como resultado que las fuerzas democráticas contribuyeran, con infantil sectarismo, a la soldadura del gobierno en un sentido reaccionario. «CEN. Boletín Nacional Nº 38, *Papeles clandestinos del Partido Democrático Nacional 1937-1938).* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1995, pp. 292-293.

2 Es también lo que manifiesta el caluroso mensaje que le envía Marmaduke Grove, el legendario jefe de la «República Socialista de Chile» que duró 12 días en 1932, y que en 1940 era el máximo dirigente del partido: «Partido Socialista Chileno saluda fraternalmente pisar tierra chilena y acójelo [*sic*] uno de los nuestros». *Archivo de Rómulo Betancourt,* s/f, Tomo VI, Parte I, años 1938-1941, Doc. 12. En adelante, este archivo será citado como *ARB,* indicando tomo y número de documento.

3 Rómulo Betancourt, «Discurso pronunciado en la inauguración del IV Congreso del Partido Socialista de Chile». *Antología política,* vol. 2, p. 428. En ese mismo discurso, traza el siguiente retrato de Eleazar López Contreras: «tiene rastros de semejanza con vuestro Balmaceda. Porque personalmente es proclive a los métodos liberales de gobierno, no es afecto a la crueldad y se interesa por el progreso del país. Pero como vuestro presidente romántico, tiene desconfianza de las fuerzas populares»...

4 *Ibidem,* p. 436. Asimismo, en una carta enviada al CEN en mayo de 1940, propone: «...aprovechen [Diógenes] Escalante ayude regreso mío». *Ibid.,* p. 440.

5 *Ibid.,* p. 481.

6 *Ibid.,* p. 493.

7 «Algunas observaciones sobre la situación política y la actuación del partido», s/l, s/f, sin firma (aunque por el contenido es, evidentemente, de Betancourt) e incompleta. Tomo VI, Parte II, Doc. 152, *ARB.*

8 *Ibidem,* Doc. 112.

9 *Ibidem,* Doc. 145.

10 *Antología...,* vol. 2, p. 454.

11 *Ibidem,* p. 441.

12 *Ibidem,* p. 442.

13 López Contreras relata en un folleto suyo que ante la posibilidad de que su candidato fuese un civil y que no fuese tachirense, ese sector, encabe-

zado por Victorino Márquez Bustillos, estaba haciéndose de armas para desatar un pronunciamiento militar. *Proceso político-social 1928-1936.* Caracas, Ed. Ancora, 1955.

14 Al editar un discurso suyo, el Partido Socialista de Chile lo llama «Una personalidad americana» y dice que «Betancourt es una realidad americana y un ponderado político». *ARB*, T. VI, Parte I, Doc. 18-A.

15 «Pepper a Betancourt», *ARB*, T. VI, parte I, Doc. 126.

16 Arturo Sosa Abascal, *Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, p. 167.

17 *Ibidem*, p. 145n.

18 Santiago de Chile, Talleres Gráficos «San Vicente», 1940.

19 Sosa, *op. cit.*, pp. 154-155.

20 Hay una aclaratoria del «Grupo Santiago» de enero de 1939 (Hay un evidente error en la fecha, pues en esa época Betancourt estaba todavía en Caracas). *ARB*, T. VI, Parte I, Doc. 3. Hay también una nota manuscrita con el mismo objeto el 02/, *Ibidem*, Doc. 63. E igualmente «Betancourt al CEN», 29/01/40. *Ibid.*, Doc. 47, así como la rectificación a la crítica hecha por el CEN del PDN, «Aclaratoria», *Ibid.*, Doc. 12-A.

21 Sosa, *op. cit.*, p. 164.

22 *Idem.*

23 *Ibidem*, p. 162.

24 *Ibid.*, p. 165.

25 *Idem*, n.

26 *ARB*, T. VI, Parte II, Doc. 131. López, por su parte, le responde el 30 de mayo de 1940, diciéndole que ha remitido su comunicación al Ministerio de Relaciones Interiores. *Ibidem*, Doc. 140. Finalmente, Tulio Chiossone le comunica que se le ha otorgado la visa. 4/12/40, *Ibidem*, Complemento A, Doc. 452.

27 Es lo que dice abiertamente una carta que le envía Tulio Chiossone, Secretario General de la Presidencia de López Contreras. Citada por Sosa, *op. cit.*, p. 167.

28 Eligio Anzola Anzola, entrevista el 20 de enero de 1966, a las 4 p.m., en presencia del Lic. Florencio Sánchez y de su propio hijo Iván Anzola Millán.

29 Rómulo Betancourt, *Fragmentos de sus memorias*. Caracas, Centauro, 1992, p. 50.

30 *Programa político y discursos del candidato popular Rómulo Gallegos. Ecos de una campaña*. Caracas, Editorial Élite, 1941, p. 82.

31 Betancourt, *Fragmentos...*, p. 53.

32 «Respuesta de Acción Democrática a las observaciones sobre los estatutos del partido hechas por la Gobernación del Distrito Federal y respuesta al cuestionario político que le remitió esa después». *Gobierno y época del Presidente Medina*. CPPV-S-XX, Nº 39, pp. 227-229.

33 *Ibidem*, pp. 224-225.

34 Entrevista con Isaac J. Pardo en José López Rueda, *Rómulo Gallegos y España*. Caracas, Monte Ávila Editores, C.A., 1986, p. 140.

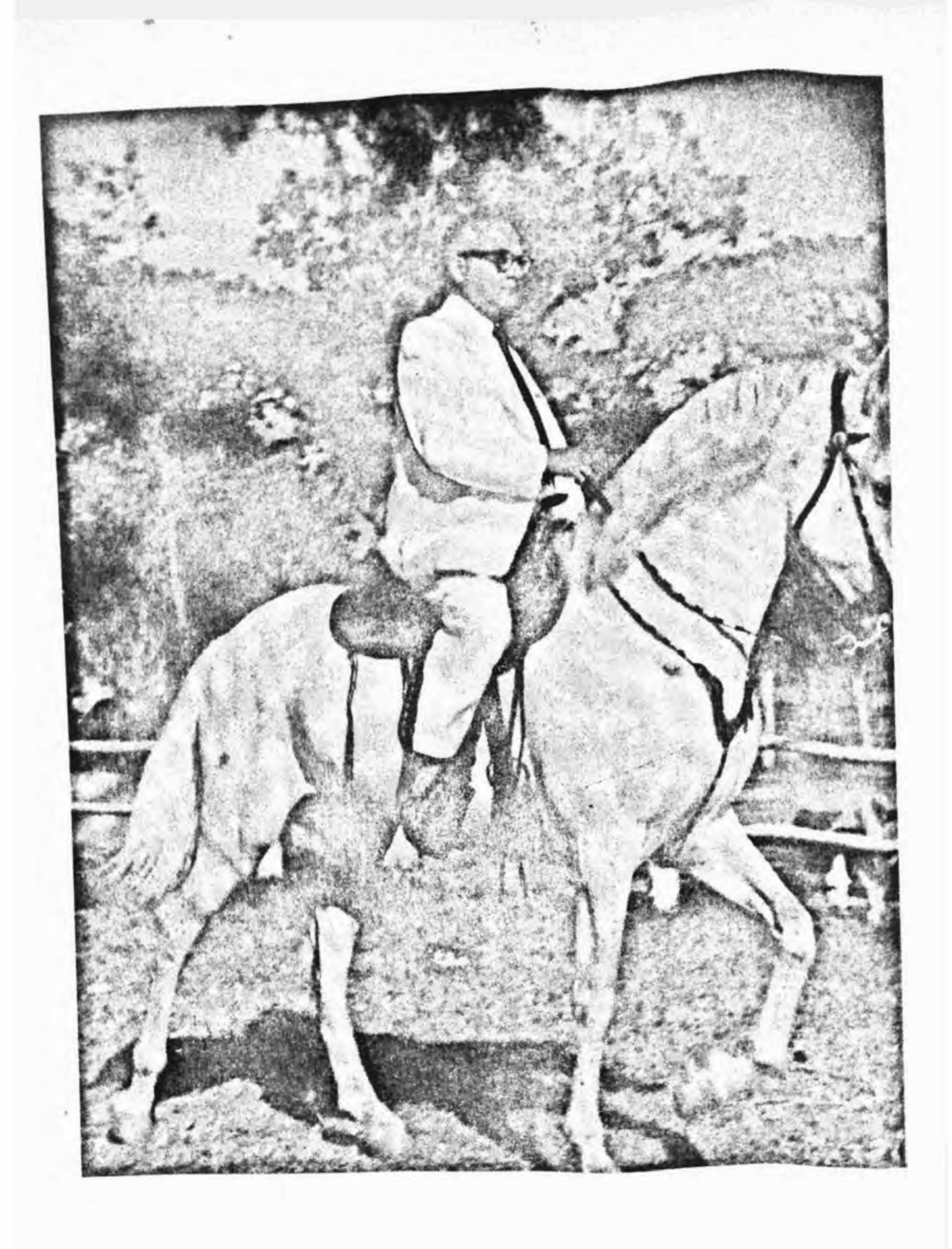
35 «Acción Democrática y los problemas económicos de la nación». Discurso en el Nuevo Circo de Caracas, el 13 de septiembre de 1941. *Antología...*, vol. 2, pp. 580-588.

PARTE III

EL REFORMADOR: EL HOMBRE DE PODER

La política es el arte de lo posible.

BISMARCK



Caracas, 1959: «En mi doble condición de Presidente Constitucional de la República y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas».

Fotografía tomada del Libro *Multimagen de Rómulo*, Editorial Orbeca, Caracas, 1978.

XI. LA CREACIÓN DEL «ADECO»

La palabra «adeco» es una contracción de «adecomunista», y fue inventada por la oposición de derechas al régimen surgido a raíz del 18 de octubre. De modo que no es muy correcto utilizarlo para designar a los miembros de «Acción Democrática» antes de aquella fecha. Pero si, apartando su origen polémico (la designación fue luego asumida por aquellos a quienes iba dirigida como insulto) se refiere a una manera de actuar en política y casi a una manera de ser, se puede decir que los años que van de 1941 a 1945 los empleó Rómulo Betancourt en moldear ese tipo de militante cuyo compromiso, lo llegó a decir tal cual alguna vez, era para toda la vida («adeco es adeco hasta que se muere»). Por eso, si aquí se intenta analizar ante todo lo relacionado con la organización del partido, ese primer lugar no es sólo enumerativo sino jerárquico.

Porque a estas alturas se puede decir que de las consignas ideadas por Betancourt en esos cuatro febriles años, ninguna resultó al final tan importante como la de que no se quedase «ni un distrito ni un municipio» sin su organización de partido[1].

Lo importante no fue lanzar la consigna, sino emplear su tesonera energía, veinticuatro horas diarias, a ponerla por obra. Betancourt recordaba mucho más tarde que en las largas noches del exilio, uno de sus grandes sueños había sido recorrer toda Venezuela para conocer sus más recónditos lugares, dondequiera que hubiese un núcleo poblado, por pequeño y disperso que fuese.

Los cimientos del partido

A bordo de un poco recomendable Chevrolet del año 38, se lanzó a realizar ese peregrinaje, por lo general acompañado de alguno de sus compañeros más confiables, entre ellos Luis Beltrán Prieto Figueroa[2]. Allí donde el auto no podía llegar, empleaba otros medios de locomoción, o se iba a pie. En cada centro poblado, buscaba y casi siempre encontraba el apoyo de algunas de sus personas más influyentes, menos por su poder político o económico que por su influencia social: el médico, el abogado, el maestro, el boticario. Aunque siempre se preocupó por extender su influencia hacia la clase obrera, tratando de controlar sindicatos, se intuye que aquí sus logros debían ser muy menores en un país donde la clase obrera no era muy numerosa. En cambio, aquella élite provinciana podía irradiar su influencia sobre el campesinado.

No era cosa de soplar y hacer botellas. El mensaje de Betancourt, lo confiesa él mismo, no era recibido sin reticencias. Había una desconfianza, largamente estimulada por el gomecismo, en «los políticos». Por otra parte, se pensaba que una organización tenía siempre dos alternativas: o «cogía el monte» transformándose en partido armado; o buscaba un acomodo con el gobierno, «enchufarse» en la administración. Se necesitarían años para cambiar esa mentalidad[3].

Pero tampoco puede decirse que no se obtuviesen resultados. La semilla sembrada en aquel maravilloso 1936 rendía sus frutos. Al año de haberse fundado, el partido se jactaba de tener seccionales en al menos doce de los estados de la Unión y por supuesto, en Caracas[4]. No se trataba solamente de inscritos, militantes de base. La plana dirigente del partido, tanto la nacional como la regional, contaba con algunas destacadas personalidades. En el terreno siempre elusivo de los intelectuales y artistas, no sólo se podía jactar el partido de tener a los dos escritores entonces más prestigiosos tanto dentro como fuera de Venezuela, Rómulo Gallegos y

Andrés Eloy Blanco, sino también un músico como Vicente Emilio Sojo y, en su primer año, también a Leoncio Martínez, el legendario humorista «Leo», muerto en 1942[5]. Entre los maestros, ningún dirigente podía jactarse de una irradiación teórica y práctica como Luis Beltrán Prieto Figueroa; ni la de un especialista en materia petrolera como Juan Pablo Pérez Alfonzo (aunque éste, sea dicho en honor a la verdad, alcanzará su fama sólo después de que AD lo lleve al gobierno). Entre todos ellos, sin embargo, sobresale por su capacidad organizativa y propagandística, política en una palabra, Rómulo Betancourt.

Cierto, su influencia la obtiene el partido cuando la gente se termina por convencer de que no era el mascarón de proa de un partido comunista; y tal vez sobre todo cuando, por sus planteamientos recordados a cada rato, se da cuenta de que se trata de una organización reformista y pacífica, no revolucionaria y armada.

Más aún, la influencia que logrará tener en esos años el partido se deberá mucho más a su política prudentemente opositora, que a planteamientos teóricos muy profundos, a definiciones muy precisas en ese terreno. La claridad en este ámbito no parece ser la regla, y es así como, llevadas esas cosas al extremo, el partido se ve obligado a expulsar de sus filas a algún dirigente provincial suyo que llegó a proponer que Acción Democrática adoptase como suya... ¡la ideología fascista de Mussolini y de Hitler![6].

Por otra parte, Betancourt se ocupa sin descanso de consolidar su liderazgo en el seno del partido; de poner a sus más fieles seguidores en los puestos de comando, apartando de la dirección, y en algunos casos del partido, a algunos dirigentes indisciplinados o que se estuviesen alejando de la línea política que él había impuesto. Dos casos resultan emblemáticos: el de Inocente Palacios y el de Cirilo Brea.

Palacios era uno de los miembros más destacados de la generación del 28, y uno de los fundadores de Acción Democrática. Pero

no sólo eso: durante el exilio de Betancourt en Chile, se le llegó a ver como el candidato natural a sucederle en la secretaría general del partido clandestino. Como se ha visto antes, Betancourt se le opuso, dando su respaldo a su *alter ego* «Arsenio», o sea Raúl Leoni.

Las relaciones entre Palacios y el grupo más «duro» del betancurismo se agriaron a raíz de la guerra ruso-finlandesa, cuando Luis Beltrán Prieto Figueroa y Alejandro Oropeza Castillo adoptaron una actitud anti-soviética y amenazaron con irse del partido si no se sancionaba a Palacios, que había adoptado una posición contraria a las suyas. En ese momento quienes fueron pasados al Tribunal Disciplinario y sancionados fueron Prieto y Oropeza, pero el enfrentamiento continuó, con Valmore Rodríguez apoyando a los dos compañeros objeto de la medida disciplinaria[7].

Luego del regreso de Betancourt, Palacios fue acentuando su cercanía a las tesis comunistas, en particular su apoyo al gobierno de Medina Angarita y su rechazo del Inciso Sexto del Artículo 32 de la constitución vigente. No se crea sin embargo que el alejamiento de Palacios y de su mujer Josefina Juliac, también connotada dirigente de AD, haya sido algo brusco y traumático: durante varios años y hasta septiembre de 1944, los Palacios son reconocidos y exaltados en las publicaciones del partido como dirigentes y voceros autorizados de la organización[8].

Al final, Palacios decide evitarse la humillación de ser expulsado de AD (como lo auguraban las discusiones de la Segunda Convención Nacional) y envió una carta separándose del partido. Al comunicar esa discusión a la militancia, Luis Troconis Guerrero, a nombre de la convención, reconoce que las diferencias políticas con Palacios «vienen desde atrás»; sin embargo, no quiso dejar pasar la oportunidad de enlodar la reputación de su ex-compañero: su renuncia, dijo, estaría ligada al otorgamiento de contratos gubernamentales para alguna compañía de Palacios[9].

En cuanto a Cirilo Brea, desde los primeros años cuarenta era considerado uno de los líderes obreros más destacados y prestigiosos del partido, hasta que decidió dar su apoyo al PDV en el Concejo Municipal y mezcló sus votos con los de la alianza gubernamental. Con él también se empleó el expediente de la descalificación personal usado contra Palacios: su caso fue considerado así como el de una típica «venalidad»[10]. Sobre esto se pueden decir tres cosas: la primera es que la acusación no estaba acompañada de ninguna prueba concreta, ni siquiera un señalamiento preciso (si bien otra vez sin pruebas) como en el caso de Palacios. En segundo lugar, la acusación perdía mucho de su filo al haber sido empleada en el caso anterior: parecía más el *tic* de un procedimiento político muy sectario que una verdad comprobada y comprobable. Tercero, que AD consideraba a Brea un condenable renegado porque había votado por el gobierno y contra la oposición. Pero resulta que esa misma AD había logrado completar sus once votos (con los que empató los once del PDV) con algunos concejales que se habían pasado de la oposición al gobierno. Aun si siempre se sospecha que cuando un gobierno obtiene la victoria en una maniobra parecida es por haber empleado los recursos del poder, todo parece resumirse en este caso a la eterna historia: si alguien se pasa de nuestras filas al partido contrario, es un vil renegado; pero si hace el viaje inverso, es un converso, un hombre que ha visto la luz.

En vísperas del 18 de octubre, Betancourt se jactaba de que su partido había logrado agrupar a cien mil militantes en todo el país[11]. Como siempre, no es recomendable creer en esas cifras, pues toda organización tiende a inflarlas para legitimarse. Pero aún si se aceptan, había que ver qué quiere decir exactamente «militante» en la jerga del partido.

Pero por el momento, y apartando toda discusión sobre el asunto, parece fuera de duda que, en ese lapso, el partido de Betancourt había obtenido dos resultados nada despreciables. El primero era

su implantación en todo el país. El partido había dejado de ser una organización «caraqueña» y tenía voceros autorizados, y estructuras partidistas, al menos en todas las ciudades de provincia, cualquiera que fuese su tamaño.

El otro resultado es que en su incesante recorrer por todo el país, Rómulo Betancourt había repetido, pero muy ampliada, la hazaña de Antonio Leocadio Guzmán un siglo antes: era el único líder político (y no gobernante, ni militar) que una buena cantidad, si no la mayoría, de los venezolanos había visto en persona, había conocido en contactos de tú a tú. En una palabra, que había dejado de ser un líder «caraqueño»; y ya comenzaba también a ser adorado o detestado con pasión.

La oposición abierta

Pero por supuesto, por mucho que aquella consigna enviada al interior del partido viniese a resultar, en términos de su significación histórica, la más importante, no es ni podía ser la única: ningún partido puede pretender desarrollarse teniendo como única actividad mirarse el ombligo. Hay una acción política permanente que se puede sintetizar en una palabra: oposición.

Pero una vez escrita, es necesario matizarla y precisarla. El partido, en primer lugar, quiere y acaso también necesita, diferenciarse de lo que hasta entonces, ha significado en Venezuela hacer oposición, integrar un partido de oposición.

No es el caso de hacer una crítica implacable, y sobre todo sistemática, a todas y cada una de las acciones del gobierno; es decir, la conversión del partido en lo que López Contreras llamaba «una nueva causa sectaria» que necesariamente tenía que desembocar en la guerra civil.

Es así como al abrir operaciones, y también al hacer el balance de un año de su vida, el partido, por boca de Betancourt, recono-

ce que ha logrado desarrollar su actividad gracias al clima que el gobierno ha creado, a su disposición para permitir el ejercicio de las libertades políticas[12]. Esto tiene cierta lógica: era la continuación y ampliación de la actitud observada hacia el gobierno de López Contreras. Era además el reconocimiento de un hecho: negarlo hubiera sido negar la realidad, a riesgo del partido de ser desechado por la opinión como mentiroso.

Como es lógico también, esa actitud va a ir cambiando a medida que el partido se consolide, y se acerque el final del período de Medina, y sobre todo a partir del momento en que comiencen las reuniones conspirativas de Betancourt y su grupo de fieles con el mayor Marcos Pérez Jiménez y los suyos.

Pero en la primera etapa, el partido se muestra empeñado en dejar claro que está dispuesto a separar lo que es una cuestión de Estado y lo que es de simple gobierno. Es así como, en su condición ya de jefe reconocido de AD (por encima de la condición simbólica de Rómulo Gallegos y Andrés Eloy Blanco), va a participar en un mitin que se organiza a principios de 1943. Se lo convocó para apoyar el anuncio hecho por el Presidente Medina de una nueva política petrolera que implicase una más justa participación del país en las riquezas generadas por un petróleo sobre cuya explotación descansaba la alianza antifascista para mover sus máquinas de guerra. La manifestación había sido convocada buscando dar la impresión de una férrea unidad nacional, y en ella hablaron desde Lorenzo Fernández (considerado entonces por sus adversarios como de extrema derecha y hasta físicamente una especie de sosías de Rafael Caldera) hasta los comunistas. Excluirse de ella habría sido un error y Betancourt no lo cometió[13].

Había otra zona de coincidencias con el gobierno y era la política internacional. El partido se puso de parte de la coalición antifascista; y otro tanto había hecho el gobierno. No dejaba sin embargo de lanzar sus pullas a quienes consideraba el «socio menor» del

gobierno, los comunistas (sin por eso criticar a la Unión Soviética). Les reprochaba su insinceridad al cambiar tan rápido de política (de la neutralidad al partidarismo) en lo relativo a la guerra europea, siguiendo los *zig-zags* de la política exterior soviética «como la cola al perro, como la sombra al cuerpo». Una frase de Betancourt escuchada en algún mitin del partido, sintetizaba entonces muy bien esa doble faz en su apreciación del comunismo: «Los comunistas de Venezuela (que en nada se parecen a los gloriosos guerrilleros de Stalingrado...)».

Hay lo que puede considerarse una zona intermedia entre el apoyo y la crítica de una política gubernamental. Se trata, otra vez, de la política petrolera. Betancourt y su partido la consideran correcta, pero sostienen la necesidad y la posibilidad de ir más lejos. Posibilidad, porque no era necesario romper con la legalidad para hacerlo: es lo que se llamó «la lucha por la aplicación del artículo 21»[14].

Como consecuencia entre otras cosas de la guerra mundial, Venezuela se encontraba, ya en 1942, en una situación de contracción de ingresos y desequilibrio fiscal. Es entonces cuando, en su Mensaje anual al Congreso, el Ejecutivo anuncia en junio de 1942 su intención de contratar un empréstito por 68 millones de bolívares.

Pareja medida siempre resulta muy impopular. AD no podía dejar pasar la oportunidad, aunque no se puede decir que fueran consideraciones de ese tipo las únicas que influyeron en la posición que adoptó el partido en ese momento. El planteamiento, en síntesis, era el aumento de la tributación a las compañías concesionarias del petróleo. En efecto, el artículo 21 de la Ley de Arancel de Aduanas permitía el establecimiento de un impuesto hasta del diez por ciento de las exportaciones de minerales. Aplicando ese simple artículo, alegaban Betancourt y los suyos (entre otros los parlamentarios Andrés Eloy Blanco, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Luis Lander, Jesús Ortega Bejarano y Pedro Bernardo Pérez Salinas) se podía enjugar el déficit presupuestario sin recurrir al empréstito[15].

Que no era un simple interés político lo que movía esa campaña de AD, lo demuestra el hecho de que, en un parlamento dominado por el oficialismo, la idea encontró algunas voces independientes para respaldarla. Incluso periódicos insospechables de adversar al gobierno, o de simpatizar con Acción Democrática, se manifestaron también en favor de ese planteamiento. Consideraban «su aplicación perfectamente legal y ajustada en todas sus partes al pensamiento patriótico que lo estampara en su texto». Al poner el acento en su legalidad, *El Heraldo* se refería a algunas opiniones que tachaban ese artículo de inconstitucional[16]. Pero el Ejecutivo no se sintió tentado a seguir esos planteamientos que le hacía la oposición. Y a partir de ese momento, Acción Democrática comienza a tomar distancias con el gobierno en materia de petróleos, considerándolo demasiado tímido en la aplicación de una política justa.

De hecho, considerando un error el «ingenuo entusiasmo» con que su partido había acogido el anuncio de una nueva política petrolera, Betancourt comenzó a hablar de «escamoteo», porque la discusión con las compañías petroleras se hacía en secreto, a espaldas de la opinión pública.

La argumentación de Betancourt muestra muy bien por dónde iban los tiros. Decía –o, por lo menos, eso pretendía años más tarde– que al conversar en esas condiciones, el régimen se mostraba en situación de debilidad frente a las compañías petroleras. El grueso de ese argumento era que las compañías no podían menos de percatarse de la debilidad de un gobierno que no era producto del voto popular directo, sino una imposición de un Gran Elector ratificada luego por un poder legislativo producto del ventajismo oficial y de una complicada elección de dos grados[17].

Esto hacía derivar la argumentación hacia lo que había sido el caballito de batalla del partido desde sus inicios: el origen del gobierno lo deslegitimaba. No era producto de una consulta popular y ni tan siquiera de la opinión de un partido, sino de la voluntad

de López Contreras de imponer su sucesor. Y no había sido electo en comicios populares sino por un Congreso que, él mismo, carecía de esa legitimidad que da el voto popular. Por lo tanto, poco importaban las buenas intenciones del presidente Medina: su poder, ese tradicional coloso de la historia venezolana, tenía pies de barro en el siglo de la democracia.

En ese mismo orden de ideas, AD lanzará una campaña por la incompatibilidad de las funciones ejecutivas y legislativas. La ley permitía que los ministros del gobierno se separasen por un tiempo de sus cargos para ocupar curules en el Parlamento. O sea, que se podía ser a la vez ministro y parlamentario, lo que era una anomalía en un gobierno presidencialista. Esa situación más propia de regímenes totalitarios que democráticos fue atacada con acritud por Acción Democrática, que lograba con ello dos objetivos. Por una parte, dejar clara la absoluta dependencia del Legislativo frente al Ejecutivo, es decir, la no existencia en Venezuela de un Estado liberal con su separación de poderes; y en segundo lugar, esto abría otra zona de coincidencias con alguien que todavía conservaba mucho de su viejo prestigio y con quien AD no estaba interesada en romper: Jóvito Villalba[18].

Por supuesto que al gobierno, teniendo un asesor tan agudo como Arturo Uslar Pietri, no se le escapaba que la oposición no carecía por completo de razones. Y había el peligro de que mientras el presidente se encerraba en Palacio con sus buenas intenciones democráticas, la calle le perteneciese a la oposición, o sea a Acción Democrática.

Por otra parte, el régimen continuaba dependiendo del aparataje político que lo había llevado al poder. Dicho en otras palabras, del general Eleazar López Contreras, cuya gente influía sobre, si no controlaba, el Congreso y que ya comenzaba a mostrarse molesto por el viraje hacia la izquierda de Medina Angarita. Es entonces cuando se le ocurre la idea de fundar un movimiento para apoyar

su política, un poco a la manera, entonces bastante prestigiosa, de México y su Partido de la Revolución Mexicana. Por lo que hoy se llamaría «un error comunicacional» comenzó a referirse a la organización como partido de los «Partidarios de la Política del Gobierno», por sus siglas «PPG».

Era una confesión ingenua del carácter presupuestógeno del partido. Ante los sarcasmos de la oposición, se le dará un nombre más moderno. Se llamará «Partido Democrático Venezolano», el PDV. El cambio de nombre no es sólo por eludir las burlas del adversario. El gobierno –y su cerebro más lúcido, Uslar– tiene presente la experiencia de las Cívicas Bolivarianas, como se llamaba el partido de López Contreras. La intención de los organizadores del PDV no es reunir con premura un grupo de notables para las próximas elecciones, sino un partido para gobernar todo el quinquenio y proyectarse –continuarse– más allá. La proposición de organizar el PDV tiene además dos ventajas suplementarias. Montar tienda aparte (y más moderna) fuera de las Cívicas Bolivarianas, no es sólo es una necesidad del Gran Viraje hacia la izquierda.

También, y eso es lo más importante, se trata de sacarle la alfombra de abajo a la oposición. En primer lugar, robándole el nombre de su partido: ¿no eran acaso las siglas del PDV un calco apenas retocado del venerado y nonato PDN del 36, del PDN clandestino de Rómulo Betancourt, de aquel también nonato Partido Demócrata Venezolano que, en 1937 y bajo la presidencia del general José Rafael Gabaldón intentara servir de respiradero legal a la oposición clandestina?

Además, Uslar está lanzando al campo de batalla su arma personal más poderosa: su prestigio literario, tal y cual lo intenta hacer en la calle Acción Democrática con Rómulo Gallegos y Andrés Eloy Blanco. Pocas veces, si alguna, un partido político venezolano logrará reunir semejante conjunto de inteligencias para responder a la convocatoria de Uslar Pietri. Pero no se trata sólo de esa «flor

en el ojal» que para los partidos políticos son siempre los *uomini di cultura*. Uslar Pietri ha logrado con su partido dos cosas mucho más sustantivas. Una es lo que López Contreras ya había intentado en su Programa de Febrero: arrancarle las banderas programáticas a la oposición.

La otra es que, si el éxito de López había sido más bien mediocre, es porque la flor y nata de la prestigiosa «Generación del 28» había permanecido en la oposición o cuando menos viendo los toros desde la barrera. Con el PDV, Uslar repite en los años cuarenta del siglo veinte lo que Lander y Guzmán habían hecho en los años cuarenta del XIX: aquí se había producido la división histórica del liberalismo (entre conservadores y liberales); con el PDV se producirá la división histórica de la democracia encarnada en la Generación del 28. *Inter alias*, desde entonces, también los dos líderes de aquel movimiento, Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt escogerán sin retorno trincheras opuestas.

LA PELEA CON LOS COMUNISTAS Y *EL PAÍS*

Como si eso fuera poco, el nuevo partido va a contar con el apoyo no sólo político sino hasta con la experiencia organizativa y propagandística de los comunistas. Éstos manifiestan frente al gobierno y a su partido una adhesión tan fervorosa, que la oposición no tarda en tacharlos de incondicionales[19]. Los comunistas llegan hasta a «prestar» al PDV algunos de sus militantes, sobre todo de los más jóvenes y por lo tanto desconocidos, y a participar en los mítines del partido de gobierno. Pero no se quedan allí: sus más conspicuos dirigentes, hablan y escriben sobre la conveniencia de los partidos organizados desde el gobierno, siempre teniendo a mano el ejemplo mexicano[20].

La alianza de los comunistas con el gobierno de Medina enfrenta al partido de Betancourt una fuerza que pretende disputarle la calle;

pero a la vez le facilita la tarea: ahora no está obligado a golpear a la vez a la izquierda y a la derecha, porque ambos blancos se han fundido en uno solo. Ahora no teme ser acusado de anticomunista –pecado mortal en esos días de la alianza antifascista– porque le es muy fácil responder que no se les ataca por comunistas sino por aliados del gobierno. Casi hasta sería posible decir que no se les ataca por comunistas sino por no serlo. Pero Betancourt no lo hace: ya ha perdido interés en disputarle a los comunistas su condición de tales. Ya no es lo suyo trotskismo contra estalinismo, sino que busca afanoso otra definición que lo tenga como frontera: si el país debe conocer un enfrentamiento, que no sea de izquierdas y derechas, muchos menos comunistas y anticomunistas, sino adecos y antiadecos.

De todas maneras, el partido tiene enfrente dos retos: ganarle a los comunistas el control del movimiento obrero y como diría el propio Betancourt, «ganar la batalla de la opinión» sacando a la calle un órgano de expresión propia.

Lo primero se resolverá de un modo nada ejemplar. El escenario será una convención de trabajadores donde los comunistas cuentan con una holgada mayoría: ciento treinta sindicatos contra cuarentiuno de Acción Democrática.

Cuando ya están a punto de finalizar las deliberaciones, Ramón Quijada propone una directiva paritaria: mitad de los comunistas y mitad de los sindicatos que ellos (o sea AD) controlan. Un delegado de los trabajadores comunistas, Juvenal Marcano, del Sindicato de Vendedores Ambulantes, riposta indignado: no es posible que se plantee eso, cuando los comunistas tienen mayoría en el congreso.

Había caído en la trampa: al día siguiente, Ramón Quijada se presenta en la prensa, siendo recibido con palmas por el diario más abiertamente reaccionario de Caracas, *La Esfera* («la bicha aquella», como la llamaban los humoristas de izquierda), con esa ingenua confesión de parte. Era una abierta incitación a aplicar el Inciso Sexto del artículo 32 de la Constitución[21].

¿Se trataba de una provocación? Los comunistas, desde entonces, no han dejado de afirmarlo y vistos los hechos simples, pareciera serlo. Pero la discusión real es si se trató de una acción deliberada y planificada en detalle por la mente maquiavélica de Rómulo Betancourt, o fue el simple aprovechamiento de un error adversario.

Sobre lo primero se puede estar discutiendo hasta el final de los tiempos, pues de haber sido planificado, no existen –ni en verdad es fácil que haya– pruebas para confirmarlo, ni tampoco testimonios directos del asunto pese a las divisiones que conocerá AD en el futuro, divisiones donde por regla general se sacan a la calle todos los trapos sucios de la historia de la organización.

Lo segundo no necesita demostración, tanto es evidente. Porque, provocación o no, el resultado fue el mismo. Por una parte se buscaba, y se logró, poner en una situación incómoda al gobierno: si no tomaba una acción contra quienes de tal manera se situaban fuera de la legalidad, entonces no se podía considerar un régimen respetuoso de la Constitución. Si lo hacía, se estaba haciendo un *hara-kiri* porque estaría descabezando a una parte del movimiento obrero que le era adicto casi sin reticencias.

Para el gobierno, era imposible hacerse el desentendido: ya su manifiesta alianza con los comunistas le causaba bastantes incomodidades. No se mencionó el Inciso Sexto, pero se aplicó el articulado de la Ley del Trabajo que prohibía la politización de los sindicatos: las casi cien organizaciones controladas por los comunistas fueron disueltas[22].

Y aquí no se sabe de qué asombrarse más: si del maquiavelismo real o supuesto de los «adecos»; de la miopía política (o el conservatismo esencial) del gobierno; o de la pasividad de los propios comunistas ante la acción de un gobierno al que apoyaban como lo hacían, y que sin embargo les daba ese golpe mortal en pleno corazón[23].

Mortal: ya nunca más los comunistas volverán a tener semejante control sobre el movimiento obrero. Y si bien es verdad que en el avasallamiento del mismo por AD jugó un papel de primera importancia su llegada al poder después del 18 de octubre de 1945, es aquí donde se puede marcar el comienzo de la decadencia de la influencia comunista en el sindicalismo venezolano.

Como consecuencia de este suceso, en la prensa del momento se produjo una polémica que alcanzó gran audiencia, entre Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva. Este último sostuvo la tesis de la premeditación, convencido decía, por los hechos de que, por lo menos un sector influyente de Acción Democrática, se había trazado ese plan divisionista. Que, como había informado el diario *Ahora*, el grupo de sindicatos controlados por AD, dirigidos por Calixto Eduardo Noda y Ramón Quijada, tenía la intención previa a los sucesos relatados, de montar una CTV paralela, tal y como lo había hecho en la Federación de Estudiantes y en el magisterio[24].

Betancourt no se iba a quedar con esas, y responde airado desde las columnas de su propio diario, *El País*. Lo que parece indignarle más es que se acuse a sus compañeros sindicalistas de «delatores». Esto de la «delación», dice, ha terminado por ser un irritante estribillo en boca de los comunistas venezolanos. En sus órganos de prensa, en la tribuna política o sindical, en el corrillo, en todas partes, han venido pregonando su filiación política. Persistiendo en el país esa repudiable restricción antidemocrática que es el Inciso VI de la Constitución, tal jaquetonería resultaba provocadora imprudencia. Pero en cuanto alguien a quien se agredía o calumniaba por hombres de ese partido los llamaba con su nombre, con el nombre que confesa y francamente se daban, soltaban el grito acusador: «sayaguero, delator». Esta vez, prosigue Betancourt, se ha repetido la historia. Juvenal Marcano habló públicamente en un Teatro pleno de delegados y de barra. La versión de sus palabras fue seguramente tomada, sin faltarle una coma,

por los representantes de la policía que estaban allí. Sin embargo, resultan «delatores» los que objetivamente, y con el noble propósito de defender sus organizaciones del topo a todo, abandonaron el local donde en forma tan irresponsable se estaba actuando. Eso es, nada más ni nada menos, lo que sucedió en el Teatro Nacional, concluía Betancourt.

Como sucede en todas las polémicas políticas, hay una parte de la verdad, la más importante y sustancial, que se oculta. Para Betancourt, los propósitos de sus compañeros eran «nobles». Para los comunistas, que hablaban en este caso por boca de Miguel Otero Silva, los sindicatos influidos por su corriente actuaban movidos por un espíritu unitario que contrastaba con el divisionista que era el de Acción Democrática. Pero lo que ambos ocultaban es que existía una coincidencia profunda en la concepción de lo que debía ser una organización sindical. Ninguno de ellos se estaba peleando por un movimiento obrero autónomo, pues ambos compartían la tesis leninista del sindicato como «correa de transmisión» de la política del partido. Lo que variaba era el partido. Cierto, Betancourt no dejaba de darse cuenta de esto. En sus artículos pretende que nunca ha intentado limitar la independencia del sindicato frente al partido. Pero la larga experiencia posterior lo demostrará, eso no pasaba de ser una cláusula de estilo.

La polémica, como es costumbre, también derivó hacia los ataques personales, con Miguel Otero Silva recordando la militancia de Betancourt en el PC de Costa Rica («sarampión juvenil», explicó Betancourt) y Betancourt aludiendo a la fortuna personal de los Otero. El ataque inicial de Otero a Betancourt, apenas alusivo («un pasado político lleno de inconsecuencias»), podía considerarse todavía una crítica política. Pero Betancourt responde con un ataque personal. Aquí repite el expediente empleado contra Palacios después usado también contra Cirilo Brea. Cualquiera con suficiente independencia de criterio podía haber replicado que Betancourt

estaba empleando en este caso una táctica típicamente estalinista. A saber, el aniquilamiento moral (antes del físico) de los procesados de Moscú, los insultos contra Trotsky, ese espía alemán, esa «víbora lúbrica». El único problema es que el blanco de esos ataques, un comunista, tenía las manos atadas: ¿cómo acusar a otro de estalinista cuando su partido se jactaba entonces tan fieramente de serlo?

Pero para Betancourt, había algo más importante, dentro de la tarea que se ha impuesto en estos años, que la polémica misma: el hecho de haber podido escribir su respuesta desde las columnas de su propio periódico. En verdad, él no había esperado tanto tiempo para poner a andar su órgano de expresión: desde el diez de enero de 1942 había comenzado a aparecer el semanario *Acción Democrática,* dirigido por Juan Oropesa, Valmore Rodríguez y Luis Troconis Guerrero; y que un año más tarde anunciaba una edición aniversaria extraordinaria de 25 mil ejemplares[25]. La fórmula y hasta el formato revelaban el deseo de un diario: más que una hebdomadaria revista teórica de análisis, tiene casi la estructura de un diario (no comercial, por supuesto) que apareciese cada semana. Pero en 1944, el sueño que acariciaba Betancourt desde principios de los años treinta, por fin se ha concretado. En una vieja rotativa que había pertenecido al muy gomecista *Nuevo Diario*, comenzó a andar, el 11 de enero de 1944, *El País*, el diario de Rómulo Betancourt[26].

Esto último no es una cláusula de estilo, ni una innecesaria aclaratoria, ni una acusación polémica de caudillismo o personalismo. Nada de eso: desde el primer día, en la primera página, los siete días de la semana, aparecerá el editorial calzado con la firma autógrafa de Rómulo Betancourt, esto último un despliegue técnico hasta entonces desconocido en Venezuela y que contrastaba con su relativa pobreza, si se le compara con el esplendor de los dos diarios modernos que habían aparecido el año anterior: *El Nacional* y *Últimas Noticias*. En el segundo año de su publicación, la frecuencia de esos

editoriales se modificó: no era diaria, y no tenía un día fijo. A veces se publicaba un día sí y otro no, y a veces una semana seguida. En el mes de junio de 1945, por ejemplo, dejó de salir casi 15 días seguidos, y en agosto del mismo año desapareció por una semana. ¿Vacaciones? Eso sería conocer poco al incansable Betancourt. La razón de esas ausencias la dan los titulares del mismo diario cuando reseña sus viajes por el interior del país asistiendo a actos del partido: o sea, cuando sustituía la palabra escrita por la palabra hablada. También cuando el viaje a Washington en compañía de Raúl Leoni para entrevistarse con Diógenes Escalante. Su último artículo apareció el 3 de octubre de 1945. Nunca más volverá a escribir en *El País*.

Pero no se crea por eso que desamparaba a su diario al que, como buen leninista, concebía no sólo como un agitador, sino también como un organizador colectivo. En sus inicios, el periódico estuvo no en manos de periodistas profesionales, sino de hombres de partido bien conocidos por tales: Valmore Rodríguez quien abandonará su dirección el 22 de octubre de 1945 para ocupar, luego de un paso por el de Comunicaciones, el más político de todos los ministerios, el del Interior. Lo sustituirá Luis Troconis Guerrero quien ejercerá la dirección hasta el 20 de julio de 1946, siendo sustituido esta vez por un periodista profesional pero miembro del partido, Luis Esteban Rey. Éste devolverá esa dirección a Troconis Guerrero a principios de 1947, cargo que ejercerá hasta el 24 de noviembre de 1948. Pocos días después de esta fecha, el diario, que ya sufría los rigores de la censura, fue clausurado por la Junta Militar.

Organizar el partido, implantarlo en todo el país, crear su propio periódico: esas tres tareas las ha cumplido a cabalidad Betancourt en esos años que van de 1941 a 1945. Pero en junio de ese año, un mayor regordete con cara de tenedor de libros le propone entrar en la historia por la puerta grande, la del poder.

Notas

1 Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*, p. 135.

2 «Para organizar el Partido nos dimos a recorrer a Venezuela. En todas partes el fervor popular nos acompañaba siempre [...] Rómulo Betancourt [iba] al volante de un desmantelado automóvil dos para cuatro»... Luis Beltrán Prieto Figueroa, «Betancourt, el conductor». *El General Betancourt y otros escritos*. Caracas, Ediciones Centauro, 1970, p. 48.

3 Betancourt, *Antología...*, vol. 3, p. 233.

4 Alberto Carnevali, «Un capítulo nuevo en la historia de Venezuela». *Acción Democrática*, 3/10/42, p. 3.

5 En la primera página de su edición del 10/10/42, *Acción Democrática* reproduce la ficha de inscripción de «Leo».

6 Betancourt, *Gobierno y época del Presidente Isaías Medina Angarita*, CCPPV-S. XX, Nº 41, p. 46. Se trata de un tal J. M. Romero de Pasquali, quien años más tarde llegó a ser un fanático defensor de la dictadura de Pérez Jiménez.

7 Alfredo Peña, *Conversaciones con Luis Beltrán Prieto Figueroa*. Caracas, Ed. Ateneo de Caracas, 1978, p. 30.

8 Es así como el 5 de septiembre de 1942, al reproducir una conferencia suya, el órgano del partido lo llama «...nuestro querido compañero Inocente Palacios», y más adelante agrega: «Acción Democrática, en cuyas filas –como es bien sabido– tiene rango de dirigente nacional el compañero Palacios». *Acción Democrática*, p. 1. Se insiste en esa condición cada vez que se le nombra en las páginas de ese semanario, al punto de que tal insistencia pueda despertar suspicacia. Y aunque en septiembre de 1943 se anuncie su renuncia a la Secretaría Nacional de Cultura y Propaganda, eso no aparenta tener una significación política especial, pues también lo hace Valmore Rodríguez por razones de salud. *Ibidem*, 18 de septiembre de 1943, p. 3. En 1944, todavía está dando conferencias sobre la cuestión agraria en la casa nacional del partido. *Ibidem*, 29 de enero de 1944, p. 1; y dos meses después escribe en el mismo semanario sobre la actitud de los trabajadores en la posguerra, «Expuestos dentro del criterio de quien milita en un partido, Acción Democrática, que reclama la militancia de los trabajadores en sus filas». *Ibidem*, 21 de marzo de 1944,

p. 5. En cuanto a su esposa, Josefina Juliac, no hay sino que recordar que en 1943, en el famoso mitin de apoyo a la política petrolera de Medina, fue ella quien habló a nombre de las mujeres de Acción Democrática». *Ibidem,* 23 de enero de 1943, p. 1.

9 «Acerca del retiro del Dr. Inocente Palacios de nuestras filas». *Ibidem,* 2 de septiembre de 1944, p. 3.

10 «En concepto de la dirección del Partido Acción Democrática, el caso de Cirilo Brea es un típico caso de venalidad», dice el comunicado firmado por Domingo Alberto Rangel como secretario general del partdio en el Distrito Federal. «Desertó de nuestras filas para intentar la justificación de su bochornosa conducta». *Ibidem,* 20 de enero de 1945, pp. 1-2.

11 Discurso del 17 de octubre de 1945 en el Nuevo Circo de Caracas. *Antología...,* vol. 3, p. 604.

12 «Rómulo Betancourt habla sobre el primer año del partido Acción Democrática». *Ibidem,* p. 232.

13 «Discurso de Betancourt en la concentración popular del 17 de enero [de 1943]». *Antología...,* vol. 3, pp. 352-355. No se crea que el apoyo de Betancourt a Medina en esa ocasión se redujo a ese discurso: algunas semanas antes, en la plaza de Catia, una manifestación de AD saludaba con pancartas y consignas el regreso de Medina del Zulia, donde había proclamado por primera vez su nueva política petrolera. *Acción Democrática,* 21 de noviembre de 1942, p. 1.

14 Betancourt, *Venezuela: política...,* pp. 142-145.

15 *Ibidem,* p. 141.

16 *Ibid.,* p. 142.

17 *Ibid.,* p. 147.

18 *Antología...,* vol. 3, pp. 479-480.

19 Los comunistas no rechazan el insulto, sino que lo asumen fieramente: Somos incondicionales del pueblo», titulan su respuesta. *Aquí está...!,* 18/2/42, p. 3.

20 La comparación la hace el líder Juan Bautista Fuenmayor en un mitin en el cine «Mundial» de Valencia el 28 de junio de 1942. *Ibid.,* 29/6/42, p. 3.

21 La forma como titularon los periódicos la noticia da alguna idea de la objetividad o abierta simpatía, según el caso. Mientras que *El Uni-*

versal titula así: «Una grave escisión se presentó anoche en la primera convención de trabajadores del país. 41 delegaciones, con un total de 130 delegados, se retiró de la convención en señal de protesta». 24 de marzo de 1944, p. 1. *La Esfera* lo hizo así: «Movimiento escisionista en la Convención de Trabajadores. Cuarenta y un sindicatos y ciento treinta delegados se retiran de la asamblea. Su actitud se debe a que no fueron aceptadas las bases propuestas por el representante Ramón Quijada para la incorporación de los organismos de trabajadores que se proyecta fundar. Los comunistas cuentan con el apoyo de treinta y cuatro sindicatos fantasmas en el seno de la convención', dice el mencionado dirigente». 5 de marzo de 1944, p. 12.

22 En verdad, se dictaron dos decretos diferentes: uno de la Gobernación del Distrito Federal disolviendo el Congreso de Trabajadores por haber sido allí «considerada y aprobada una proposición de carácter político [...] incurriendo así de hecho en actividades contrarias a preceptos expresos de la Ley para Garantizar el Orden Público y el Ejercicio de los Derechos Individuales», *La Esfera*, 25 de marzo de 1944, p. 1. El otro decreto disolviendo casi un centenar de organizaciones (las acusadas de «comunistas» por Quijada) provino del Ministerio del Trabajo. *Idem.*

23 Lo más lejos que se llegó en la crítica a la decisión gubernamental fue en esta leve declaración: «Hay que impedir que la reacción, partiendo de la ventaja alcanzada, consolide sus posiciones y logre asfixiar al movimiento democrático y apresar en sus tentáculos al Gobierno del Presidente Medina. Es necesario seguir brindándole al actual gobierno nuestro apoyo leal y decidido para que el primer magistrado de la nación logre, no sólo resistir a la presión de las fuerzas reaccionarias, sino continuar y ampliar su política favorable a los supremos intereses del pueblo venezolano». «Los dirigentes de las federaciones disueltas fijan posiciones ante el decreto ejecutivo». *El Nacional*, 27 de marzo de 1944.

24 Manuel Caballero (Comp.), *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela.* Caracas, Contraloría General de la República, 1999, pp. 321-354. En el caso de la Federación de Estudiantes de Venezuela, que Otero Silva cita, el asunto se desarrolló a la inversa: fueron los comunistas y sus aliados del PDV quienes, liderizados por Alirio Ugarte Pelayo, se retiraron del Consejo Supremo de la organización. Sus adversarios de AD, esta vez en mayoría (19 de las 32 delegaciones) se quedaron, deliberaron y

nombraron a sus directivos. *Acción Democrática*, 12 de febrero de 1944, pp. 3-4.

25 *Ibidem*, 5 de septiembre de 1942, p. 1.

26 Cierto, el diario no solamente no se presenta como tal, sino que ni siquiera reconoce ser órgano de AD: se trata, dicen, de un periódico de intereses generales, editado por una empresa comercial. De hecho, al acto de inauguración asistieron los ministros de Educación, Hacienda, Trabajo y Comunicaciones y el Gobernador del Distrito Federal. Por otra parte hicieron uso de la palabra, además de Andrés Eloy Blanco y Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba y Miguel Otero Silva. *Ibidem*, 15 de enero de 1944, p. 3.

XII. ¿PRONUNCIAMIENTO...

El 18 de octubre de 1945 se inaugura lo que hoy algunos historiadores tienden a llamar el «trienio», tratando de evitar con eso llamarlo «Revolución» como sus partidarios, «pronunciamiento» o «golpe», como sus enemigos. En verdad, se trata de un falso dilema, pues con ambas caracterizaciones se está aludiendo a dos realidades diferentes. Porque una cosa es el suceso del 18 de octubre, y otra el proceso, el trienio, que arrancó en esa fecha.

La conjura que estalla el 18 de octubre de 1945 no fue una revolución, sino un pronunciamiento militar clásico. Lo actuado a partir de ese momento sí merece ser llamado «revolución». Para afirmar ambas cosas es necesario no sólo despojar ambos términos de su carga polémica; de los residuos de simpatía o antipatía que, hasta en los análisis más fríos u objetivos siempre acompañan su expresión, sino también reducirlos al ámbito venezolano.

Para ello, acogeremos en éste y el próximo capítulos el método de análisis propuesto por el autor norteamericano Chalmers Johnson[1] y que ya empleamos alguna vez para caracterizar el 19 de diciembre de 1908. En América Latina, él tiende a hacer una distinción entre «golpe» y «revolución». El primero implica a una administración, a veces a un régimen, pero nunca a la comunidad política. El segundo es lo contrario, y puede cubrir todo el ámbito social.

Un cuartelazo clásico

Désele la vuelta que se le quiera dar, lo que se produjo el 18 de octubre fue un pronunciamiento o «golpe» militar más o menos clásico. En esto están de acuerdo los tres principales actores del drama. Isaías Medina Angarita, en sus memorias *Cuatro años de democracia*, le atribuye no sin razón a los conjurados razones menos políticas que profesionales: «Por lo que posteriormente ellos mismos han declarado, sus propósitos no parecían ser políticos. Los que los movían eran problemas internos de la institución armada, inmoderadas ansias de bienestar personal y una insensata prisa por subir»[2].

Por su parte, Rómulo Betancourt en *Venezuela: política y petróleo*, lo dice letra por letra: «El gobierno *de facto* nació de un golpe de Estado típico y no de una bravía insurgencia popular»[3]. Y algo muy parecido declaró, poco después del golpe, en una entrevista periodística, el todavía Mayor Marcos Pérez Jiménez. Cuando una periodista le propuso sintetizarle «los motivos principales de esta Revolución», respondió: «¡El descontento del Ejército! [...] El Ejército no tenía ascendientes dentro de la Patria cuando en todas partes ocupa un plano de mayor relieve. Nuestro patriotismo estaba cada vez más decaído»[4].

Todas las anteriores son, sin embargo, apreciaciones *a posteriori* del suceso, por mucho que sean tan coincidentes. En cambio, es mucho más clara y explícita al respecto el acta constitutiva de la Junta Revolucionaria de Gobierno, el 19 de octubre de 1945. En ella, después de nombrar a los mandos militares y civiles que firmarán el acta, dice que los primeros están allí «en representación del Comité Militar que *ejecutó* la revolución» mientras que los segundos vienen «en representación del partido Acción Democrática que *cooperó* en la revolución»[5].

No cabe mucha duda, pues, de quién «ejecutó» el pronunciamiento, y por lo tanto, de quién podía aspirar a tener mayor pun-

tuación en el liderago del proceso. En cuanto a la «cooperación» de los civiles, el desempeño de Acción Democrática el 18 de octubre de 1945 no fue pobre ni escaso: fue nulo. Por razones conspirativas muy comprensibles, el secreto del complot quedó, en el campo civil, circunscrito en lo esencial a cuatro personas. Es decir que mientras en AD sólo conocían de las reuniones en casa de Edmundo Fernández (aparte del propio Betancourt) Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa, no sería demasiado exagerado decir que en las Fuerzas Armadas estaban enterados de la conspiración hasta los cabos. En este sentido, la conjura de octubre fue mucho más «democrática» entre los militares que entre los civiles; y que entre dos disciplinas verticales, la militar y la civil de tipo leninista, ésta última funcionó con mucha más eficacia y con mayor apego a los métodos conspirativos.

Como sabemos, ésta es, o puede volverse, una apreciación harto polémica. Por ello es bueno examinar lo más a fondo posible todos los aspectos del asunto. Veamos primeramente el ámbito militar. Hay aquí un episodio relativamente oscuro: la conjura jefaturada por el Sargento Primero Alexis Perdomo Camejo, debelada el 12 de noviembre de 1944. Puede sonar extraño que se hable de ese episodio como de algo «oscuro», puesto que no solamente la conspiración fue debelada, sino que a sus jefes se les sometió a un Consejo de Guerra y a la lectura de cargos asistieron dos conocidísimos periodistas: Oscar Yanes y Ramón J. Velásquez. Lo «oscuro» reside en la interpretación del suceso por Rómulo Betancourt.

En efecto, en una entrevista concedida en 1975 al director de la revista *Resumen*, Jorge Olavarría, y recogida después en libro, Betancourt afirma que tuvo conocimiento de la «sargentada» (como se la llamó despectivamente entonces); que se entrevistó con Perdomo Camejo y lo disuadió de la idea de un magnicidio.

El texto de Betancourt merece ser citado textualmente, por sus múltiples implicaciones:

Fue por aquellos días cuando el ingeniero Víctor Camejo Oberto me propuso una entrevista con su primo el sargento primero Alexis Camejo Perdomo [*sic*]. Se realizó. En ella escuchamos de sus labios el plan que preparaba [*sic*] él y otros clases del Ejército. Lo escuché, más horrorizado que asombrado. Él y otros conjurados iban a llevar amunicionadas sus armas de reglamento a un acto en que estarían presentes el Presidente Medina, sus ministros, los presidentes de los Poderes Públicos, el cuerpo diplomático. A una señal convenida, iban a disparar sobre el Presidente. Argumenté con vehemencia en contra de ese insensato proyecto. Camejo Perdomo admitió mis razonamientos. Prometió que nada iba a hacerse. (Víctor Camejo me garantizó la palabra dada por su pariente)[6].

Que se sepa, ésta fue la primera vez que Betancourt aludía a la conjura de Alexis Perdomo Camejo, y a su presunta participación en ella, así fuese para disuadir a su jefe de ponerla por acto. En su libro *Venezuela: política y petróleo*, nada dice al respecto. Esto es importante destacarlo por dos razones. La primera, aquel texto fue publicado en 1975, tres años antes de la cuarta edición del *opus magnum* de Betancourt, y la segunda razón es que fue editada en libro en 1979, un año después de aquel. Pero no es sólo eso, sino que el texto mismo está plagado de imprecisiones. Lo comienza con la frase «Por aquellos días». Ahora bien, la única fecha a que alude en el párrafo inmediatamente anterior es el seis de mayo de 1945. La conjura de Perdomo Camejo fue debelada, como se ha visto, el 12 de noviembre de 1944, lo cual quiere decir que esa entrevista tenía que haberse realizado antes. «Aquellos días» nos remite así, cuando menos, a octubre de 1944, ¡casi trescientos días antes! Por otra parte, en *Venezuela: política y petróleo*, Betancourt escribe:

La primera noticia del para nosotros insospechado descontento que las prácticas del régimen habían creado en la oficialidad

joven del Ejército, nos llegó en forma sorpresiva, desconcertante. Un día de junio de 1945, se presentó en mi casa el doctor Edmundo Fernández. [...] disparó la inesperada noticia, sin preámbulo: un grupo de oficiales del Ejército deseaba entrevistarse conmigo [...] será el propio Fernández quien diga en palabras suyas cuál fue esa reacción [mía]: «Rómulo se extrañó de momento ante el deseo manifestado por los militares, pues no tenía ningún contacto con las Fuerzas Armadas»[7].

Comparemos ahora los dos textos de Betancourt. Él cita (y aprueba) a Fernández al decir que la noticia dada por éste fue sorpresiva, pues «no tenía ningún contacto con las Fuerzas Armadas». Esa sorpresa la recibió, según sus propias palabras, «un día de junio» de 1945. La primera reunión de los civiles con los militares juramentados tuvo lugar el seis de junio. La «sorpresa» la dio entonces Fernández muy poco antes de esta última entrevista. O sea, unos ocho meses después de que, según el otro testimonio suyo, no sólo tuvo noticia de la conjura de Perdomo Camejo, sino que logró convencerlo de que desistiera de sus propósitos; cosa que de poco sirvió, porque la indiscreción de uno de los conspiradores permitió abortar el plan[8].

La contradicción entre ambos textos es flagrante; al punto de que uno invalida por necesidad al otro. No hay escapatoria posible: o la reunión con Perdomo Camejo es cierta, y entonces no hubo ninguna «sorpresa» ante el anuncio de Edmundo Fernández; o lo de la sorpresa es cierto, y entonces la reunión de Perdomo con Betancourt es una invención de este último. Pero eso no es todo. Alexis Perdomo Camejo desmiente con el mayor énfasis que haya tenido reunión alguna con Betancourt.

Cuando, años más tarde, tuvo conocimiento de esa entrevista publicada en *Resumen*, escribió a Betancourt una carta. Según dice, no quiso darla a la publicidad en aquel entonces[9].

El desmentido es muy formal:

> En una reciente entrevista que tuve con el productor Napoleón Bravo, me impuse del contenido de unas declaraciones suyas publicadas en la revista *Resumen* de esta capital de fecha 26 de octubre de 1975 [...] He quedado sorprendido cuando Ud. se refiere a una supuesta entrevista mía con su persona, que en realidad no existió.
> Recuerde Sr. Betancourt, que fue por órgano de mi primo, Ing. Víctor Camejo Oberto que hice llegar a su conocimiento el Plan que se preparaba, sin referirme a matazones ni cosas parecidas. [...] Si Ud. se permitiera revisar con suficiente detenimiento los apuntes pretéritos de sus voluminosos archivos, con toda seguridad evidenciaría la confusión que sufrió cuando dictaba tan absurdas declaraciones[10].

Aún si se revelase falsa la aseveración de Betancourt, aún si fuese inventada su entrevista con Alexis Perdomo Camejo, seguiría siendo insostenible que la noticia de Edmundo Fernández le resultase sorpresiva. Porque ésta le fue «disparada» en junio; pero la «sargentada» abortó en noviembre, y su juicio había sido no sólo público, sino sensacional. Por lo demás, según el mismo indiciado, se le había querido obligar a declarar que estaban implicadas o comprometidas algunas personalidades políticas de la oposición, entre ellos el propio Betancourt, cosa que Perdomo negó de manera categórica.

Por su lado, Luis Beltrán Prieto declaró treinta años después: «Quiso implicarse a AD en esta conjura diciendo que estaba de acuerdo con ellos, dada la circunstancia de que Perdomo Camejo era familiar de dirigentes adecos»[11]. En efecto, el diario oficioso si no oficial de su partido, *El País*, informaba, cuando ya la conjura estaba andando, que el defensor Julio Horacio Rosales, hijo, pidió al tribunal de la causa que hiciese comparecer a declarar a los civiles «cuyos nombres se mencionan en el sumario: Rodolfo

Quintero, Carlos Augusto León, Juan Bautista Fuenmayor, Ernesto Silva Tellería, Andrés Eloy Blanco, Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos»[12].

Hay algo que agrega Perdomo en su testimonio: cuando habló con su primo Víctor Camejo Oberto (unas diez veces), éste le terminó comunicando que Betancourt no estaba interesado en el asunto «porque había movimientos entre los oficiales» y que él estaba al tanto[13].

De modo que según eso tampoco para Betancourt podía haber sido «una sorpresa» lo de Fernández. Esto viene a agregar un elemento más a un asunto ya bastante oscuro: es cierto que podría tratarse de una confusión de fechas o de sucesos, que siempre es posible en un hombre de la edad que hoy tiene Perdomo Camejo. Pero eso es poco probable; porque no es de creer que, preso en noviembre, pudiese haber tenido contactos con su primo una vez en la cárcel. Pero de ser cierto lo que él dice, quiere decir que los contactos de los conspiradores con Betancourt se sitúan mucho antes de aquel «principios de junio» señalado por éste[14].

Por ser nuestra intención histórica y no política o polémica, no nos interesa tanto demostrar que Betancourt mintió o dijo la verdad en el asunto, como examinar, en el contexto de la época, las aseveraciones hechas por los actores y testigos directos del suceso. En el trabajo histórico, como en la política y en la vida diaria, siempre conviene cotejar en todo hombre palabras y hechos. No se trata de «cazarlos en la mentira» como se suele hacer en la pelea política cotidiana; sino ver qué han querido decir las palabras en su contexto, tanto epocal como escriturario.

Por lo tanto, tampoco recibimos sin crítica el testimonio de Perdomo Camejo. Por una parte no se puede ignorar que ha pasado un buen medio siglo de aquellos sucesos, lo cual siempre es un lapso suficiente para difuminar los contornos, para facilitar a la memoria las usuales trampas que ella nos tiende a cada rato.

Si esto es válido para Betancourt, un hombre acostumbrado al trabajo histórico y con una preocupación casi maniática por guardar y ordenar en sus archivos papeles y diversas formas de memoria, tanto más para un hombre como el sargento Perdomo Camejo, con menos experiencia de esos asuntos. Por otra parte, al escribirle aquella carta a Betancourt, Perdomo Camejo, como es muy normal, está menos interesado en desmentir lo de la reunión que la afirmación según la cual él hubiese planeado un magnicidio o, para decirlo con sus propias palabras, «matazones». De hecho, si él se hubiese limitado a desmentir sin más la aseveración de Betancourt, la suya hubiese tenido mucha más fuerza. Pero su argumentación la debilita un poco, y a un lector demasiado quisquilloso podría parecerle que lo fundamental en ella es dar un mentís a las intenciones que le atribuye Betancourt antes que a lo en realidad importante porque invalidaría lo otro, a saber que la reunión sólo existió en la imaginación del jefe de AD.

Sólo hay una consideración que hace posible explicar la declaración de Betancourt por una simple confusión de fechas, de hechos y de personajes, producto de su edad, de su agitada vida, de las secuelas del atentado y de su salud decadente y no a una intención deliberada de mentir: su propia biografía. Desde muy joven, Betancourt se acostumbró a situar palabras y actos en una perspectiva política y con un interés político preciso. Pero ¿qué interés podía tener Betancourt en inventar eso treinta años después? Eso no le quitaba ni tampoco le ponía mucho al hecho de su participación en la conjura del 18 de octubre. Por el contrario: sus adversarios podrían achacarle que hubiese ocultado un magnicidio[15]. Del otro lado, hay un elemento que hace verosímil el testimonio de Perdomo, en comparación con el de Betancourt. Para éste último, lo de aquel sargento es apenas un episodio, ciertamente secundario, frente a los que se presentarán de inmediato, y en general, en una vida política prolongada y llena de ese tipo de sucesos. En cambio, para Perdomo

Camejo ese es un acontecimiento único, y es de pensar que por lo tanto, puede recordarlo con mayor nitidez[16].

Con toda su importancia para demostrar la necesidad de evaluar críticamente aún los testimonios en apariencia más confiables por ser de primera mano, todo lo anterior no pasaría de ser una digresión en el contexto de lo que ahora estamos estudiando, a saber la idea expresada antes según la cual los militares se comportaron de manera más «democrática» que los civiles en la conjura. Pero tiene una incidencia muy grande en el argumento. Según el propio Perdomo, cuando es descubierto ya había logrado juramentar a unos 120 suboficiales y clases, y estaba pronto a alcanzar los doscientos, a partir de los cuales se echaría a andar el movimiento. Como sea, serán investigados unos 52 de esos juramentados, aunque nada se les pudo probar. Pertenecían a todas las armas y estaban distribuidos «por todo el país».

De la misma manera, en la propia conjura del 18 de octubre, según el testimonio de uno de sus enlaces civiles, se había juramentado una cifra de ciento cincuenta oficiales[17], y se esperaba, para fines de noviembre, cuando se proyectaba lanzar el golpe, alcanzar los trescientos[18].

Siendo el total de la oficialidad en ese entonces de 950 oficiales en todas las armas, se puede concluir que la conspiración se estaba extendiendo como una mancha de aceite, y era tal la marea de oficiales juramentados que recibía en la trastienda de la librería «Magisterio» el conjurado civil Luis Beltrán Prieto Figueroa, que lo impulsó a presionar a Betancourt para «saltar la talanquera».

Partido civil, disciplina militar

En el lado civil ¿cuán lejos llegaba el secreto? Aquí vamos a emplear la misma metodología que en el caso anterior, o sea, en primer lugar, comparar los testimonios del propio Betancourt

en diferentes momentos de su vida, y de su interpretación de los hechos. Pero esto tiene implicaciones que van más allá de un simple ejercicio historiográfico.

Para Betancourt (como él mismo lo dijo con orgullo) lo central era el partido; y la Presidencia de la República algo relativamente secundario. No deberíamos mostrarnos tan seguros de eso, ni tomar a Betancourt tan al pie de la letra.

Un partido se forma para la toma del poder y su conservación. Por eso, ya es casi un lugar común decir que la prueba suprema de la viabilidad de un partido o de un hombre político reside en su buen desempeño en la hazaña del acceso al poder. Y, también, en su habilidad o fuerza para conservarlo. Cualquiera que sean sus méritos e incluso su importancia histórica, ni el Mahatma Gandhi, ni Víctor Raúl Haya de la Torre, ni Jóvito Villalba, aprobaron esa asignatura; y fracasaron como líderes políticos (lo cual no quiere decir siempre líderes históricos).

Ahora bien, en el caso de Betancourt, era esa su intención al fundar su partido. En los años cuarenta, solía cubrir de sarcasmos a los comunistas, reprochándoles que en su partido (o «sus» partidos, porque estaban habitualmente divididos) no tuviesen esa «vocación de poder» que él atribuía al suyo. Pero en los hechos, tuvo mucho menos confianza en esa vocación de su partido que la proclamada con tanta jactancia. Es así como, en 1945, no llegó al poder en hombros de su partido, ni mucho menos, como él mismo lo hubiese deseado acaso, de «una bravía insurgencia popular», sino, como él también lo dijo, de un pronunciamiento militar.

De modo que el matrimonio entre Acción Democrática y el poder podía considerarse como no consumado. Esa es una de las causales aceptadas por la *Sacra Rotta,* allá en Roma, para anular un matrimonio católico. Y, para seguir con el símil, la impotencia de Acción Democrática resultó tan manifiesta el 24 de noviembre de 1948, que a Su Santidad el «camarada máuser» no le costó nada disol-

ver ese matrimonio. Se puede objetar que, para la toma del poder, aquello sí le sirvió a AD en 1958. Puede que sí, pero Betancourt estaba escaldado, y demostró no tener demasiada confianza en su criatura política. Como fuese, el hecho de que esa confianza no le sobraba, se nota en su laboriosa tarea destinada a apuntalar la fortaleza de un partido que no las tenía todas consigo al verse de nuevo alzado al poder. Esa desconfianza tuvo un nombre: el Pacto de Punto Fijo.

Vengamos ahora al análisis de todos aquellos principios al enfrentar la realidad de los hechos; al enfrentar, por así decirlo, la historia; al enfrentar en términos concretos el problema del poder, el 18 de octubre de 1945. En *Venezuela: política y petróleo*, Betancourt escribe:

> **La noticia [dada por Edmundo Fernández] no era para guardarla. Ni era concebible la reserva, dentro del concepto de trabajo por equipo y de absoluta lealtad mutua que ha normado siempre la conducta de los dirigentes de Acción Democrática. Una hora después de esta entrevista mía con Fernández ya estábamos reunidos los miembros del comando del Partido, deliberando acerca de la inesperada nueva[19].**

¿Quiénes formaban el «comando del partido»? Según el organigrama tradicional de AD, debería ser el Comité Ejecutivo Nacional, cuyas siglas, CEN, llegaron a ser muy famosas en la historia venezolana. Pero en la tradición del partido leninista (al menos después de la muerte de Lenin) había un órgano más ágil, menos numeroso, que se encargaba de la política diaria, y de dar respuesta inmediata a los problemas más urgentes. Era el Buró Político, el no menos famoso BP del CC del PC, como lo denominaban los comunistas con su gusto por la sigla semi-esotérica. ¿Era el «comando del Partido» de AD esa especie de Buró Político? ¿Lo formaban los cuatro dirigentes que se entrevistaron con los militares?

El 13 de octubre de 1945, según una carta enviada por AD a los otros partidos proponiéndole acordarse sobre una candidatura nacional, el CEN estaba integrado por Rómulo Gallegos, Presidente; Juan Pablo Pérez Alfonzo, primer vicepresidente; Gonzalo Barrios, segundo vice-presidente; Rómulo Betancourt, secretario general; Cecilia Núñez Sucre, secretaria de finanzas; Raúl Leoni, secretario de prensa; Luis Beltrán Prieto Figueroa, secretario de actas y correspondencia; Vicente Gamboa Marcano, secretario agrario y del trabajo; Luis Lander, secretario general del CES del Distrito Federal. Nótese entre otras cosas que, en lo formal, tanto Leoni como Prieto y el mismo Barrios tenían una importancia bastante secundaria en el CEN.

Resulta evidente, aún si no se recurre a testimonios directos, que Betancourt tomó entonces la decisión de conservar el secreto entre los cuatro jefes de AD que fueron admitidos en la conspiración: Luis Beltrán Prieto, Gonzalo Barrios, Raúl Leoni y él mismo. También, que ellos eran los integrantes de ese «Comando del partido», diferente del CEN, a que alude Betancourt en el texto de 1956 reproducido en 1978. Luis Beltrán Prieto, por su parte, habla de «cuatro civiles, quienes integrábamos la más alta dirección política de AD: Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y yo»[20].

Un poco más adelante en aquel texto citado, Betancourt escribe que «La Dirección del partido, ante mi deseo de concurrir a ese primer encuentro acompañado de otro miembro de nuestro comando, designó a Raúl Leoni»[21]. Betancourt no aclara si esa «dirección» era el CEN[22], o el «comando» de que habla líneas antes: la ambigüedad puede ser involuntaria o deliberada, poco importa, pero no es menos real. Y algún significado debe tener, pues en el texto sobre el 18 de octubre para la revista *Resumen,* habla solamente de «la dirección del Partido»[23], eliminando así la ambigüedad (o acaso profundizándola, que de ambos lados puede verse el asunto). Betancourt agrega allí mismo que «Habíamos convenido Leoni, Prieto, Barrios

y yo que si la sublevación era debelada, declararíamos que habíamos actuado a espaldas y sin conocimiento de los otros dirigentes del partido»[24].

Este texto admite otra lectura, y desde el extremo opuesto: ¿No significa también que, como la conjura triunfó, ellos mismos decidieron implicar en ella a una mayor cantidad de esos «dirigentes del partido» que no nombra, a esa «dirección del partido» tan ambiguamente designada? ¿Qué autoridad tenían para guardarle tal secreto al CEN? Por supuesto que la tenían, en particular Betancourt, y ella siempre le fue reconocida en el partido que había fundado. Esa autoridad no siempre está en los estatutos ni en las decisiones tomadas en los congresos de la organización: los partidos no son instituciones abstractas, sino organismos vivos. En cuya dirección y en cuyo funcionamiento juegan una serie de factores que en el análisis político e histórico se suelen explicar recurriendo a fórmulas no siempre muy racionales o científicas, desde el muy erudito concepto de *autorictas* hasta el hoy tan llevado y traído *carisma*, de origen religioso. Pero para tomar una decisión tan seria, una de dos: o actuaron en todo momento a espaldas del partido, o tenían una dirección («un comando») diferente a la instancia institucional que había sido electa en la convención del partido.

En cualquiera de los casos, la decisión fue menos democrática que elitesca, menos acorde con las protestas de democratismo de los años cuarenta que con la idea expresada en los años treinta, según la cual los partidos van adonde los lleven sus dirigentes.

Hay un elemento más, que juega en favor de la idea de que «el comando del partido» era una cosa diferente del Comité Ejecutivo Nacional: ni quien desde 1941 era el Presidente del Partido, Rómulo Gallegos, ni quien acababa de ser electo su Vicepresidente, Juan Pablo Pérez Alfonzo, parecen haber estado informados de la conspiración. Pero también parecen haber estado en el mismo caso dirigentes tan importantes como Alberto Carnevali (futuro jefe de AD

en la clandestinidad) «y tantos otros»[25]. En la entrevista a *Resumen*, Betancourt sostiene que «Fuera de la dirección de AD, y de algunos dirigentes regionales, nadie conocía dentro del Partido nuestra conexión con los conspiradores»[26]. No dice quiénes eran esos «dirigentes regionales», pero no es fácil creer que fuesen muchos si ya se ha visto que alguien tan importante como Carnevali aparentemente nada sabía; y tampoco parecía estar enterado Luis Lander[27]. Este último, además de ser, en su condición de secretario general del partido en Caracas, el más importante de esos «jefes regionales» y además miembro del CEN, se supone que estaba más a mano para hacerlo partícipe del secreto. Leonardo Ruiz Pineda y Eligio Anzola aparecen firmando el acta constitutiva de la Junta Revolucionaria junto con Luis Troconis Guerrero, quien en ese mismo día sustituirá a Valmore Rodríguez como director de *El País*[28]. Los dos futuros jefes de AD en la clandestinidad fueron informados de la conjura entre el trece y el 17 de octubre de 1945. El último de los nombrados tiene la impresión de que nadie más lo sabía, aparte de los cuatro que se habían reunido con los militares desde junio de 1945[29]. Aquí conviene introducir un elemento de tiempo para clarificar el asunto. Vistas las cosas desde nuestra perspectiva, resulta evidente que Anzola y Ruiz Pineda fueron informados de la conspiración poquísimas horas antes de su estallido. *Pero eso no lo sabían los dirigentes de AD comprometidos en ella*: como se sabe, si eso se produjo el dieciocho fue porque la conjura había sido debelada prematuramente y su jefe, el Mayor Marcos Pérez Jiménez, había sido arrestado[30].

Aquí se presenta una situación muy interesante para la crítica interna de los testimonios, y que sirve de apoyo a lo que más arriba se decía sobre la diferencia de óptica del historiador y del adversario político. Al historiador no le interesa demostrar que aquellos cuyo testimonio se analiza están mintiendo o diciendo la verdad, porque no se le escapa que hay casos como éste, en que ambas cosas no tienen por qué ser contradictorias. La semana del trece (fecha

en que se había propuesto el mitin del Nuevo Circo) y el diecisiete (cuando efectivamente se dio, la víspera del pronunciamiento) es crucial, y da la razón a todo el mundo: se amplió el número de los civiles enterados de la conjura; y eso fue a última hora. Pero al hacerlo, Betancourt y su «comando» no sabían que las cosas se precipitarían con tanta rapidez, y creían estarlo haciendo a uno o acaso dos meses del estallido.

Tampoco parece haber sabido nada Valmore Rodríguez, entonces director de *El País*, quien había sido desde los años treinta uno de los más importantes dirigentes del movimiento, y uno de los pocos, si no el único, que discutía con Betancourt en pie de igualdad, cosa que éste le aceptaba como algo muy natural. En todo caso, era un hombre muchísimo más «político», muchísimo más *apparatchik* y también más avezado en afanes conspirativos que Rómulo Gallegos.

Esto puede haber sido fortuito: cuando se produce la primera reunión en la casa de Fernández, Rodríguez estaba en Europa, invitado junto con otros periodistas por el gobierno inglés. Regresa el mismo día en que, en el mismo avión, se van Betancourt y Leoni a hablar con Escalante en Washington. De este viaje, Rómulo Betancourt regresa a Caracas el 1 de agosto[31]. De modo que cuando Betancourt y Leoni tienen oportunidad de hablar con Rodríguez del asunto, ya la conjura estaba avanzada y no era prudente informar a nadie más y menos llevarlo a esas reuniones.

Un sólo testimonio pretende que Rómulo Gallegos sí estaba informado de la conjura. En 1946, Gonzalo Barrios declaró que «En el curso de una de nuestras reuniones se me ocurrió proponer que Gallegos hiciera un viaje a México, con el fin de que no se encontrase presente al estallar el movimiento y fuese como una gran reserva puesta a salvo para la defensa del nombre de nuestro Partido». Según él mismo, Gallegos se sintió ofendido ante la proposición, y Barrios pone estas palabras en sus labios: «Yo he tenido todas las

reservas que ustedes conocen y ahora quiero que sepan que estoy decidido a asumir todas las responsabilidades y a sufrir todas las consecuencias»[32]. Pero Luis Beltrán Prieto dice otra cosa: Gallegos «era una figura simbólica. No intervenía en la dirección diaria del Partido. Los dirigentes reales éramos nosotros: Betancourt, Leoni, Gonzalo y yo»[33].

Por su parte, Eligio Anzola Anzola cree que Gallegos no fue informado de la conspiración sino, si acaso, a última hora, cuando se le propuso enviarlo a México[34]. La declaración de Gonzalo Barrios merece ser leída desde dos ángulos. Uno, diseccionando el texto mismo; dos, situándolo en su contexto, o sea, en el momento en que ella fue dada.

En primer lugar dice que esa proposición se le ocurrió «En el curso de una de nuestras reuniones», pero no dice si Gallegos estaba presente en esa reunión. Sobre todo, no dice a quiénes se refiere ese «nuestras»; y esto es importante por la ambigüedad ya señalada en las referencias de Betancourt entre «el comando» y «la dirección» del partido. Cierto, de inmediato dice que, ante su proposición, Gallegos se ofendió y la rechazó. Pero no le pone fecha a esa declaración de Gallegos. Y ella no tiene la misma significación si se produjo al comienzo o al final del proceso conspirativo: también muchos de los militares que participaron, y algunos muy activamente, en el movimiento, fueron informados a última hora, en algunos casos cuando ya tronaba el «camarada máuser».

Hay algo más: ¿se hizo esa proposición sólo a Gallegos? Da la casualidad que en el momento del golpe, Andrés Eloy Blanco estaba en México, y su sorpresa fue tan grande que dio una declaración a la prensa adversándolo como un movimiento «lopecista». ¿Aceptó él lo que Gallegos había rechazado? ¿Estaba Gallegos tan ignorante como él del asunto?

Como se ha dicho antes, conviene examinar también la declaración de Barrios en su momento: en aquel entonces, su grupo tenía

el mayor interés en demostrar que el partido en su conjunto –en el nivel de su dirección, por supuesto– estaba enterado de lo que se fraguaba. Y eso no por un deseo un tanto infantil de maquillar la verdad, sino por una cuestión de supervivencia. En efecto, resultaba suicida revelar que mientras aquella conspiración había sido tan «democrática» en los cuarteles, y que la juventud militar había sido multánime en la conjura y en el triunfo, los cuatro civiles que se reunían en el «estratégico bar» de la casa de Edmundo Fernández, no representaban sino a ellos mismos: ya corrían bastantes peligros para dejarse ver de tal manera aislados y minoritarios.

La sola figura de Rómulo Gallegos tenía más peso que el resto de los miembros del CEN y aún de cualquier congreso del partido, con la sola excepción de Betancourt, y por supuesto, un peso muy grande en el país, no sólo por sus méritos literarios, sino como el portaestandarte de la oposición con su candidatura «simbólica» de 1941. Presentarlo como enterado de la conspiración antes de su estallido era darle a la participación de los cuatro dirigentes de AD en la conjura un aval y una legitimidad «partidista» más allá de la simple explicación maquiaveliana según la cual el criterio de la bondad de un acto político reside en su éxito. Pero aparte de eso, aún si se acepta como cierta la versión de Barrios, ella no invalida nuestra demostración: que fuesen no cuatro sino cinco los dirigentes de AD en el secreto, la diferencia es irrelevante.

Pese a todo lo antes dicho, Betancourt no olvida que el suyo es un partido de masas, por vocación o en los hechos. No puede romper el secreto conspirativo, pero tiene que dar alguna seña a sus tropas para que se apresten al combate. Betancourt decide dar, antes del golpe militar, un golpe publicitario.

Convoca entonces a un mitin en el Nuevo Circo de Caracas, el 17 de octubre de 1945, o sea, pocas horas antes del estallido de la insurrección (aunque esto él no lo supiese: el golpe estalló sólo por casualidad al día siguiente). Su discurso de esa noche es una de las

piezas más interesantes de su vasto repertorio discursivo. Se combinan allí la audacia y la prudencia dosificadas con mucha destreza. Buscaba sobre todo presentar en público sus propios batallones, acaso con la intención de impresionar a los militares de la conjura.

Es curioso, pero la suya no fue una arenga incendiaria, como podía esperarse en unas «vísperas insurreccionales» y como él mismo lo sugirió más tarde[35]. No: leyendo ese texto (y es bien sabido cuán poco da, la mayoría de las veces, al pasar a la escritura, lo que en la palabra quedó tan bien ensartado), sorprende ver menos a un hombre ensoberbecido por el peligro que afronta, que a un hombre analítico que ya anda buscando el tono del estadista. Pero además, es el tono de quien sabe que el inmediato futuro le puede traer la victoria pero de igual manera una derrota que lo hundiría tan bajo como alto había pretendido encumbrarse: ese discurso podía haber sido el alegato del ciudadano Rómulo Betancourt ante el tribunal militar, acusado de intento de rebelión contra el gobierno constitucional.

Así, hay en esas palabras el cuestionamiento de la legitimidad del régimen y sobre todo, de su sucesión. Pero al mismo tiempo, un largo, detallado recuento de los esfuerzos de Acción Democrática por dar a esa situación una salida de entendimiento pacífico. Cada frase es un terrible latigazo sobre las espaldas de un gobierno ilegítimo, pero en mitad del mismo, retiene el rebenque, pretende tender la mano al adversario, muestra el terrón de azúcar.

Sobre todo, el discurso está lleno de magníficas alusiones. Dice que combatirá a ese régimen «hasta la hora de verlo desaparecer, barrido definitivamente, del escenario político de Venezuela»[36]. Pero «ese régimen» no es necesariamente el gobierno de Isaías Medina Angarita, porque acaba de decir que lo ha combatido desde 1936 y entonces engloba en una generalidad a dos gobiernos cuyos representantes están en ese preciso momento oponiéndose frente a los electores (que, vale aclararlo, no eran los votantes populares

sino los congresantes). Dice más adelante que su partido pondría dos condiciones para participar en un gobierno «no revolucionario», lo cual anunciaba la posibilidad de que hubiese un gobierno revolucionario, un día antes de que eso se produjese. Habla de que la situación política del país es muy grave, pero eso lo dicen siempre los políticos en la oposición. Y esa situación es grave no porque Acción Democrática haya decidido escoger la vía de la insurrección militar, sino porque el país encuentra enfrentados a dos generales: Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita. Y dice que hay que buscarle una salida pacífica a la crisis, pero una crisis en cuya balanza AD representa el fiel civil e incruento, porque los generales siempre deciden sus contiendas en el campo de batalla.

Y por último, cuando anuncia con toda claridad el golpe, lo hace volteando una acusación adversaria: la de que AD quiere dar un golpe de estado pacífico al proponer un gobierno provisional con candidato nacional. Betancourt responde con una calculada soberbia y un no menos calculado legalismo: «Nosotros aceptamos que queremos dar un golpe de estado pacífico, es decir, que queremos encontrarle una salida evolutiva a la compleja situación política del país: pero esta aspiración evolutiva se frustrará si quienes gobiernan continúan en su actitud de insólito desdén a la opinión».

Luego de citar esta frase, ¿cómo se puede pretender que no fuera ese un discurso incendiario, «tumba-gobierno»? Pero es que a renglón seguido Betancourt se empeña en demostrar que esa salida se puede llevar a cabo dentro del marco de la constitución vigente. Y hay algo mucho más sutil en todo esto. El taquígrafo recoge las expresiones del orador como los aplausos y las interrupciones del público. Es entonces muy decidor de la forma como Betancourt iba llevando su discurso y provocando las reacciones del auditorio, que cuando afirma desafiante: «Nosotros aceptamos que queremos dar un golpe de estado pacífico», ningún aluvión de aplausos ahogue la voz del orador entre las palabras «golpe de estado» y «pacífico».

Con todo, se puede insistir en que, en materia de consulta y participación, los conjurados militares extendieron el secreto de la conjura hasta el extremo límite, y que en ella participó la determinante mayoría de los mandos medios de las fuerzas armadas. En cambio, en Acción Democrática funcionó a cabalidad la estructura piramidal del leninismo. Y funcionó muy bien: la conjura fue descubierta a través de los militares, no de los civiles.

No se nos escapa, sin embargo, la diferencia en el término «participación» aplicado a una colectividad civil y a otra militar. En esta última, hay aceptación y juramentación, pero escasa discusión, cuando se trata de relación entre oficiales de diferente jerarquía; en el partido político, por muy férrea que sea la disciplina leninista, la discusión es la norma, y ella corre el fácil riesgo de saltar la cerca, ganar la calle. Sin descartar la existencia de los aspirantes a Kamenev y Zinoviev, denunciadores públicos del complot de Octubre de 1917.

Notas

1 Chalmers Johnson, citado por Warren Dean, «Latin American golpes and economics fluctuations 1823-1966». *Social Science Quarterly*, June 1970, p. 70.

2 Isaías Medina Angarita, *Cuatro años de democracia*. Caracas, Pensamiento Vivo C.A. Editores, 1963, p. 163.

3 P. 198.

4 Ana Mercedes Pérez. *La verdad inédita*, Buenos Aires, Editorial Colombo, 1953, pp. 44-45. Por su parte, el Teniente Carlos Morales fue mucho más específico en las razones de ese «decaimiento» del patriotismo: «El descontento vino a culminar entre la oficialidad subalterna cuando se efectuó el ascenso a generales en el mes de julio de 1943 que, con algunas salvedades fue un honor inmerecido a jefes incapaces, mandones y déspotas». *Ibidem*, p. 35.

5 Libro de actas de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Nº 1, 19/10/45, *Archivo Histórico de Miraflores* (AHM). Cf. También la *Gaceta oficial de los EEUU de Venezuela* Nº 21841, 23 de octubre de 1945, p. 1. Los subrayados son nuestros.

6 Rómulo Betancourt, *El 18 de octubre de 1945*. Barcelona, Seix-Barral, 1979, p. 304.

7 P. 188. En el mismo libro, p. 189, Betancourt escribe que la primera reunión tuvo lugar «el seis de julio», cosa que repite en la tercera edición de 1978. Pero es evidentemente un error: el seis de julio de 1945, Betancourt y Leoni viajaban hacia los EEUU. *El País*, 6 de julio de 1945, p. 1.

8 Según el propio Perdomo Camejo, el sargento segundo Antero Lugo Ramos, quien había estado ligado al Partido Comunista, le confió el asunto a Juan Bautista Fuenmayor, quien de inmediato denunció el complot al propio Medina Angarita. Alexis Perdomo Camejo, Entrevista el 27 de septiembre de 1995 a las 3,20 pm.

9 La correspondencia le fue recibida en «Pacairigua» por una persona de la servidumbre cuando él la hizo entregar por su chofer. Según él mismo dice, lo disuadió de hacerla publicar su amigo Rodolfo José Cárdenas, quien le hizo ver los peligros que eso le haría correr. *Loc. cit.*

10 La carta está fechada el día 11 de noviembre de 1980, y el autor nos entregó una copia en la entrevista citada.

11 Citado por Nora Bustamante, *Isaías Medina Angarita, Aspectos históricos de su gobierno*. Caracas, Fondo Editorial Lola de Fuenmayor, 1985, pp. 506-507.

12 «Nuevas revelaciones en el proceso de los militares», *El País*, 20 de julio de 1945, p. 5.

13 Perdomo sostiene que Camejo Oberto le mencionó expresamente a Horacio López Conde, quien viajaba constantemente entre Maracay y Caracas en gestiones conspirativas. *Loc. cit.*

14 Hay una información interesante, dentro del mismo orden de ideas, pero que hoy es prácticamente inverificable: el coronel Martín Carrillo Méndez afirma que esos contactos remontan a 1937, cuando «organizamos un movimiento en Caracas. El teniente Luis Felipe Prato era el contacto con los civiles Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto,

Zúñiga Cisneros, Luis Barrios Cruz». Citado por Nora Bustamante, *Op. cit.*, p. 510.

15 Es lo que hace Nora Bustamante al comentar esa declaración: «De acuerdo a sus propias palabras Betancourt fue 'leal' con su partido, pero no lo fue con su país, porque a sabiendas de que se iba a cometer un atentado que lo 'horrorizaba', él y su partido callaron, esperando a ver qué sucedía»... *Op. cit.*, pp. 508-509.

16 Aparte de eso, hay un testimonio que en cierta manera, refuerza la aseveración de Perdomo Camejo: Eligio Anzola Anzola, en la entrevista que se citará más adelante, no parece creer que Betancourt estuviese informado de la «sargentada» antes de que ésta fuese debelada.

17 J. A. Giacopini Zárraga, comunicación personal. Por su parte, en 1992 se publicó una lista de 148 oficiales comprometidos en el movimiento. *1945-1947. Del golpe militar a la Constituyente.* Caracas, Centauro, 1992, pp. VII-IX.

18 Entre los oficiales juramentados había 8 Mayores, 38 Capitanes, 78 Tenientes, 36 Subtenientes, 8 Tenientes de Fragata, 16 Alféreces de Navío. *Idem.* Pero en esa lista hay olvidos tan importantes como Mario Vargas y Carlos Morales. Otra fuente los incorpora, junto a catorce oficiales más, lo que hace un total de 164 juramentados para el 18 de octubre. Cf. Edito José Ramírez, *El 18 de octubre y la problemática venezolana actual 1945-1979.* Caracas, Avilarte, S.A., 1981, p. 59 y siguientes.

19 P. 188.

20 Alfredo Peña, *Conversaciones con Luis Beltrán Prieto.* Caracas, Ed. Ateneo de Caracas, 1978, p. 44.

21 Pp. 188-189.

22 Betancourt, *El 18 de octubre...*, p. 140.

23 *Op. cit.*, p. 306. En este mismo texto, Betancourt precisa que fue a proposición suya que se designó a Raúl Leoni para acompañarlo a la primera reunión.

24 *Ibidem*, p. 316. Por su parte, Giacopini Zárraga reporta el testimonio de un testigo presencial, el profesor Florencio Chacón, uno de los civiles que se habían incorporado al movimiento y que había logrado ingresar a la Escuela Militar. Al constatar algunas vacilaciones entre los jefes sublevados, el derrumbe de su moral, fue a hablar con Betancourt en

su escondite «y le dijo: —La revolución está fracasada. Entonces, Betancourt metió un papel en la máquina de escribir y redactó una decisión del CEN de su partido en la que decretaban su expulsión por haberse hecho responsable, sin la consulta correspondiente, de la implicación en un golpe militar, con las graves consecuencias morales y de todo orden que eso podía significar para la organización». Gerónimo Pérez Rescanière, «Giacopini Zárraga cuenta lo que nadie ha dicho sobre el 18 de octubre». Suplemento cultural de *Últimas Noticias*. Caracas, 29 de octubre de 1955, p. 11.

25 *Op. cit.*, pp. 48-49.

26 *Op. cit.*, p. 316.

27 Según uno de sus hijos, Luis Lander Larralde, la tradición familiar rezaba que «el Beppo» (era un mote familiar) Lander sí conocía de la conspiración. Por lo demás, la noche antes del 18 (o sea cuando se desarrollaba el mitin del Nuevo Circo), Betancourt se presentó a la casa de Lander para dejar allí a su mujer Carmen y su hijita Virginia. (Comunicación personal de Luis Lander hijo). Como en los casos anteriores, el factor tiempo debe ser tomado en cuenta: Betancourt hacía partícipe a Lander del secreto a una última hora que él mismo no sospechaba que lo fuese.

28 «Acta constitutiva de la Junta» citada antes, *G.O.* Nº 21.841.

29 Eligio Anzola Anzola cuenta que el trece de octubre estaba en Caracas, llamado por Betancourt para participar en el mitin del Nuevo Circo, que originalmente debía tener lugar en esa fecha, pero hubo de ser suspendido a causa de un torrencial aguacero. Se decidió posponerlo para dos días más tarde, y así aparece anunciado en *El País* de esos días. Pero el Nuevo Circo estaba ya comprometido para el mitin de presentación pública del Partido Comunista, que había accedido a la legalidad luego de la reforma constitucional y la eliminación del Inciso Sexto del artículo 32 de la Constitución que prohibía la propaganda comunista y anarquista.

Es entonces, entre el trece y el 17 de octubre que tiene lugar una reunión de Anzola Anzola y Ruiz Pineda con Betancourt, Leoni, Barrios y Prieto, quienes les comunican, *por primera vez*, lo que estaba en marcha, en los siguientes términos: «Los militares están dispuestos a dar el golpe con AD, sin AD y hasta contra AD». Anzola y Ruiz Pineda, luego de algunas

vacilaciones, se mostraron partidarios de entrar en la conjura. Eligio Anzola Anzola, entrevista el 20 de enero de 1996, a las 4 p.m.

30 «Después del mitin del 17, Betancourt me sugirió que no me devolviese de inmediato a Barquisimeto, entre otras cosas por ser ya muy tarde, y me dijo que lo viera al día siguiente. En efecto, entre nueve y diez de la mañana salimos ambos de la esquina de La Torre, donde yo me había alojado, y nos dirigimos al Hotel Guimerá, donde íbamos a buscar a alguien que me había acompañado en el viaje. Estando en este último hotel, adonde había ordenado que se me llamase si recibía alguna comunicación, se recibió una llamada para Rómulo. Era la madre de Delgado Chalbaud. Mientras hablaba, vi a Betancourt conmoverse: la conjura había sido descubierta. De allí nos dirigimos a hablar con Leoni y Barrios, en el bufete del primero, y luego se llevó a Betancourt a un escondite seguro». Eligio Anzola A., *Loc. cit.*

31 *El País*, 2 de agosto de 1945, p. 1.

32 Ana Mercedes Pérez, *op. cit.*, p. 81.

33 *Loc. cit.*

34 *Loc. cit.* Aquí juega también el factor tiempo señalado antes. Es muy posible que Gallegos haya sido informado al mismo tiempo que Anzola y Ruiz Pineda, y que se le haya presentado la alternativa de irse a México. Quienes lo informaron también lo hicieron a última hora, pero, en el momento de hacerlo, ellos mismos no lo sabían.

35 «...al salir del mitin oí a un hombre del pueblo decir, con ese lento diapasón de sílabas arrastradas que utiliza nuestra gente cuando quiere ser sentenciosa: 'esto se compuso. Me está oliendo a pólvora». *Venezuela: política...*, p. 197.

36 *Leninismo, revolución y reforma*. México, FCE, 1997, p. 213.

XIII. ...O REVOLUCIÓN?

El nacimiento de una palabra

La alusión al primer octubre revolucionario del siglo XX[1] no ha venido aquí por la coincidencia de fechas entre el movimiento ruso y el venezolano, ni porque su principal dirigente civil, Betancourt, haya sido un leninista confeso en los años treinta e inconfeso después del año cuarenta, sino porque la rusa es mención casi obligatoria cuando se habla de revoluciones. Junto con la francesa, ella impone, más que propone, el modelo de una revolución. Como lo asienta el historiador Eugen Weber, «La interpretación provee el récipe de las expectativas; algunas veces, también de la acción. La historia nace así de la historia[2].

En efecto, las palabras «bastilla» y «soviet» han entrado sin traducción en todos los idiomas del mundo, y sólo después de haber fracasado al tratar de repetir sucesos y procesos, la revolución china propuso la guerra campesina de guerrillas y dio otro modelo al octubre chino.

Aparte de eso, la palabra «revolución» tiene siempre connotaciones positivas: se tiende a pensar que una revolución se hace para avanzar, y cuando ella hace lo contrario, se prefiere hablar de «contrarrevolución», como sucedió con el proceso nazi en Alemania.

El origen de esa apreciación reside también en los modelos francés y ruso: se ve el primero como la cuna del mundo moderno con la caída del absolutismo; y el segundo, quieras que no, como

el ascenso de la clase obrera, menos al poder en Rusia que a su protagonismo en el mundo contemporáneo. Hay quienes pretenden, por lo general con actitud despectiva, que este amor por la revolución es una característica latinoamericana: un diplomático norteamericano, declaró en junio de 1915, con gran escándalo de los aludidos, que las revoluciones eran «la principal industria» latinoamericana[3].

También se tiene tendencia a pensar que el prestigio de la palabra «revolución» sea cosa del vocabulario político: tanto Hitler como Stalin pretendieron que las suyas eran «revoluciones» y de hecho lo fueron. Pero como lo asienta no sin sorna Weber en el mismo ensayo, el más conservador y reaccionario fabricante de automóviles siempre pretenderá que su novísimo modelo es «revolucionario».

Esos dos elementos sirven de telón de fondo a la polémica sobre el carácter del 18 de octubre de 1945. Negarse a hablar de revolución es reducirlo a la condición de un clásico pronunciamiento iberoamericano. Tal vez los más rabiosos negadores de aquella condición fueron los comunistas, no sólo por tener presente el modelo ruso, ni porque ese movimiento estuviese dirigido por un feroz rival suyo, sino porque la coincidencia de fechas y la autocalificación revolucionaria proponía para el movimiento un nombre, «Revolución de Octubre», que no podía sino sonarles sacrílego.

De modo pues que, para hablar del carácter, revolucionario o no, del proceso actuado el 18 de octubre, conviene precisar si se están acogiendo aquellos modelos. Pero, también, si hacerlo tiene alguna utilidad como elemento de análisis en la América Latina del siglo XX y sobre todo en la Venezuela de aquel momento. Eso en primer lugar.

En segundo lugar, conviene buscar un punto de comparación menos en aquellos celebérrimos modelos, que en la propia historia de Venezuela. El 18 de octubre de 1945 tiene así un significado y acaso unas características muy parecidas a la «revolución» que el

27 de abril de 1870 llevó a Antonio Guzmán Blanco y a sus liberales amarillos al poder.

En uno como en otro caso, nuestra idea es que se trató en aquel octubre, o mejor, en aquel trienio, de una revolución «a la venezolana». Y esto, a su vez, necesita una precisión, una explicación suplementaria. Al decir eso, no se está en manera alguna oponiendo ese concepto a quién sabe qué revolución «extranjera». Dicho en otros términos, no hay la intención de entrar en la polémica política tal y como se planteó en su momento, entre Betancourt y los comunistas. Por otra parte, tampoco se está remitiendo ese vocablo, «revolución», a las tradiciones decimonónicas, a aquellos levantamientos endémicos que consumieron un siglo de historia venezolana.

Lo que se quiere entender aquí por revolución «a la venezolana» es, en primer lugar, un movimiento que en su estallido tiene como blanco no una administración o un régimen, sino la sociedad entera. Y en segundo lugar, un movimiento que en su desarrollo compromete también en alguna medida a la sociedad entera, para apoyarla, para adversarla, para ambas cosas a la vez y sobre todo, para sufrir sus consecuencias a lo largo del tiempo, sean o se perciban como buenas o como malas. En este sentido, se trata aquí de evadir ciertos juicios de valor no históricos, sin que ello signifique adoptar una posición neutra o «imparcial».

El movimiento que arranca el 18 de octubre de 1945 pudo haber tenido como blanco una administración o un régimen, pero sus consecuencias sacudieron la entera sociedad venezolana, en aquel momento y hasta hoy. A partir de aquel momento, Venezuela es otra. Si muchas otras cosas no permitieran afirmarlo, bastaría una sola: hace más de medio siglo del suceso, ya han muerto los principales actores del drama (Betancourt, Pérez Jiménez y Medina Angarita) y las primeras figuras de entonces (Leoni, Prieto, Barrios, López Contreras, Mario Vargas) y sin embargo, la polémica sobre el asunto todavía es muy vivaz.

Al punto de que hoy es posible repetir algo dicho en un ensayo sobre el tema hace unos veinte años[4]: que el 18 de octubre no es una fecha, sino una incitación al desencadenamiento de las pasiones. Eso podría no ser más que un capricho historiográfico, pero es raro que tales «caprichos» se den sin ninguna base.

Lo importante es que la discusión, cuando la hay, siempre trasciende los límites del campo especializado, y se convierte en una discusión política actual, y hasta se podría decir, actuante. El origen de tal actitud está en que allí se pusieron en acción dos factores que continúan gravitando sobre la vida política y, más allá de ella, sobre la sociedad venezolana en su conjunto: el ejército y el partido político. «Se pusieron en acción» no quiere decir que no existiesen antes, sino que a partir de allí se convierten en referencias ineludibles dentro del proceso político.

Entre 1958 y 1993, además, aseguraron la estabilidad del sistema gracias a un equilibrio institucional entre ambos. Ahora bien, eso no tiene incidencia sólo sobre ellos mismos, y ni siquiera sobre las sucesivas administraciones o sobre el régimen político, sino sobre la sociedad como un todo. Eso es muy perceptible en lo referente al partido político. En los últimos años, han arreciado las críticas a su carácter «pervasivo» (para decirlo como los ingleses), al hecho de encontrarse instalado en todas y cada una de las células del tejido social; de que, desde el presidente de la república hasta la directiva de los clubes infantiles de béisbol, se elija por colores políticos.

Hay quienes piensan que eso se debe a una ley electoral que los favorece, al rechazar la uninominalidad e imponer la elección por listas cerradas. Pero es poco probable que un fenómeno social y no sólo político pueda ser provocado por una simple ley: eso es volver a la ingenua confusión entre país legal y país real. La explicación tal vez resida en otra parte: al aparecer en la escena venezolana, los partidos políticos contemporáneos estaban actuando en terreno virgen.

En efecto, en las sociedades de más larga historia política, los partidos no suelen encontrarse solos en el escenario social. Aparte de que enfrentan a organismos que adversan el principio mismo de su existencia, en nombre de una «unidad» ideológica o nacional (esto es, de origen cristiano[5] o rousseauniano[6]); entre gente que se enfrenta a aquella idea de unidad (y peor aún, de unanimidad), también el partido político encuentra rivales que le disputan el favor de la sociedad.

Así, a más de las tradicionales como la Iglesia, el partido político ha debido compartir el terreno con organizaciones que le son coetáneas, como por ejemplo los sindicatos obreros, que en muchas partes fueron fundadas o dominadas en sus comienzos por anarquistas que no sólo rechazaban o se oponían a la existencia del Estado, sino a la idea misma de política: aborrecían la actividad política, proclamaban la abstención y por supuesto, rechazaban de plano los partidos.

Cuando en 1936, aparezcan los primeros partidos políticos en Venezuela, la Iglesia todavía lame las heridas que le había infligido el liberalismo guzmancista a partir de 1870. Los sindicatos, por su parte, no rivalizan con el partido: no sólo nacen al mismo tiempo, sino que éstos son por lo general los fundadores de aquellos; y les asignan el mismo papel propuesto por Lenin: el de «correas de transmisión» de la política del partido.

En cuanto a los empresarios, basta con señalar la fecha de fundación de Fedecámaras: 1944. Y son de tal manera tributarios del partido político, que en su fundación no dejó de estar presente la influencia de dos antiguos leninistas: Carlos Fleury Coello, un ex-militante del partido comunista norteamericano que «concibió» Fedecámaras[7]; y Rómulo Betancourt, quien de una forma u otra manifestó su interés si no su simpatía por la formación del organismo empresarial.

La calle entra en escena

Pero todo eso, que viene desde 1936, se acelerará a partir del 18 de octubre de 1945. Lo revolucionario no es la fundación de los partidos, sino su adopción por el conjunto de la sociedad venezolana. Dicho de otra manera, la aparición y el desarrollo de un fenómeno típico del siglo XX, no sólo en el Estado, sino en la sociedad: los partidos políticos de masas.

Acabamos de escribir una palabra que sirve para caracterizar todo ese proceso que el 18 de octubre acelera: *masas.* Más tarde se intentará analizar lo que eso significará desde el punto de vista político, también para darle ese carácter revolucionario al 18 de octubre. Por ahora se puede señalar que si bien el ingreso de ese término, de su realidad y de sus implicaciones en la sociedad venezolana viene, para decirlo así, de brazos de la política, o a través de la política, no se queda allí: se puede decir que el 18 de octubre señala el ingreso de Venezuela a la sociedad de masas. No quiere decir esto que para un proceso tan complejo, baste un suceso; pero éste jugó el papel de catalizador y de acelerador. La brecha que había comenzado a abrirse en 1936 hizo finalmente ceder el dique que contenía la marejada popular y el río se salió de madre. Con todas sus consecuencias positivas y negativas, pero es un hecho: se puede decir que desde entonces ha sido imposible hacer retornar el genio a su botella. En ese sentido entonces, el 18 de octubre puede catalogarse como el momento desencadenante de un proceso revolucionario, porque no interesó ni implicó, ni tuvo influencia sobre una administración, un régimen ni siquiera sobre el Estado, sino sobre la sociedad entera. En aquel momento y hasta nuestros días.

La brecha a través de la cual se coló esa marea popular fue el voto universal. Sobre esto se pueden decir tres cosas. La primera es que no se trató de una simple reforma electoral, y es en esto que supera por cualquier lado que se le mire a la promulgada por Medina Angarita. Porque no se trata de la letra de una ley, sino de lo que

ella puso en marcha. Nunca antes en la historia de Venezuela, se había logrado generar tanto entusiasmo, tanta mística, tanto deseo de participar. En síntesis, nunca antes una reforma había producido una dinamización de la vida venezolana como el otorgamiento del sufragio universal. Es cierto que sirvió sobre todo para inflar las cifras electorales de «Acción Democrática», pero eso era inevitable: era lógico que quienes estrenaban ese mecanismo de la democracia, premiasen a quienes atribuían la concesión de esa novedad. Por lo demás, el tiempo ha demostrado que esa situación de partido único no sería permanente, mucho menos eterna.

Hasta los derrotados el 18 de octubre terminaron aceptando las reglas del juego: Arturo Uslar Pietri se lanzó en 1963, con bastante si no total éxito, a bregar ese voto universal. Además, cubrió con su autoridad la legitimidad de un resultado que le fue adverso: su partido entró al gobierno con la llamada «Ancha Base» del Presidente Leoni.

La segunda cosa a decir es que en un análisis histórico, no tiene mayor sentido ponerse a comparar esta reforma con la de Medina Angarita. Eso es sustituir lo que fue por lo que pudo ser. No se tome esto como cinismo, ni como «maquiavelismo» en su acepción corriente de diablismo. Por una parte, eso es caer en la vieja discusión planteada por Domingo Antonio Olavarría a fines del siglo XIX y por Nicomedes Zuloaga a principios del XX: si los «conservadores» eran, en la palabra y en los hechos, más liberales que sus adversarios «liberales». En puridad de verdad, si éstos merecen llamarse así es porque fueron ellos quienes «liberalizaron» (séanos permitido el neologismo) a Venezuela, hicieron del liberalismo una ideología nacional y no sólo de las élites dirigentes. Por otra parte, hay una comparación posible: la reforma de Medina no generó igual entusiasmo.

En tercer lugar, para mostrar el carácter revolucionario del proceso desencadenado por el otorgamiento del voto universal, es

necesario decir que él señaló el más profundo elemento de ruptura con el *ancien régime*. Aquí se puede repetir, sin necesidad de rehacerlo, lo escrito hace muchos años: si la política electoral se convirtió en el más irremediable elemento de ruptura es porque allí era donde existía mayor resistencia al cambio. La entrada del pueblo llano, entremezclado incluso con el populacho a la política, marcó una buena diferencia de la Revolución Francesa con la inglesa y la norteamericana.

«A la política» quiere decir a la presión de su número y también a veces de sus modos violentos en la toma de decisiones que comprometen la sociedad y su historia, no apenas como carne de cañón en enfrentamientos entre oligarquías nacionales o entre profetas o semi-profetas religiosos. Ni tampoco como las hordas ciegas de las *jacqueries*. Al decir esto, no estamos emitiendo un juicio de valor: tampoco decimos si por su parte, la influencia de los *sans culottes* fue buena o mala, sino que ella señala un hecho y caracteriza una revolución; y le da por lo demás su condición modélica.

Este mismo elemento de la participación popular nos servirá de punto de comparación con el único modelo de revolución «a la venezolana» que tengamos a mano: el 27 de abril de 1870. Es posible señalar al menos tres áreas de coincidencia con el movimiento que se produce 75 años más tarde. La primera es la ubicación o por lo menos el señalamiento de un problema central a resolver para que la sociedad llegue a sufrir ese cambio sustantivo que caracteriza a toda revolución. En segundo lugar, que ese problema se haya hecho «nacional», se haya hecho ideología, que si bien se cumple con la bandera de un partido, sea en verdad la voluntad de la nación entera. Y finalmente, impulsar su solución hasta las últimas consecuencias, hacer de tal manera que se vuelva irreversible.

En el caso de Guzmán Blanco en el siglo XIX, se trataba de la creación de un Estado moderno, liberal y laico, que pudiese servir a la vez de molde y de fuerza motriz de la nación en el proceso de su

formación como tal. Ese era el problema fundamental de Venezuela cuando el futuro Ilustre Americano entra a Caracas a la cabeza de sus ejércitos. Venezuela está desintegrada o si se prefiere, nunca se ha logrado integrar: a los tradicionales obstáculos naturales, se une la destrucción de cuarenta años de guerra y su terrible huella en las conciencias. El problema central era entonces la «liberalización» de Venezuela.

En octubre de 1945, ese Estado ya había sido fundado por el gomecismo, pero el país no lo siente como suyo; o tan sólo como un padre terrible o generoso, pero nunca como un conjunto de instituciones de verdad nacionales y no sólo gubernativas. El problema que se plantea es el de la democratización del poder. Eso había tomado en 1936 la forma de exigencia de elecciones generales. Había llevado a la formación de partidos y de otras organizaciones de acción social, y sobre todo, a la insistencia en la universalidad de la consulta popular periódica. El acento se ponía menos en lo de directo que en lo universal del voto.

En el segundo caso, hay que partir de la demostración de la falsedad de un lugar común demasiado repetido por la historiografía, en especial la positivista: que los liberales venezolanos carecían de programa, que sólo se movían por ambiciones, menos políticas que personales. Tenían a mano, para evitarse el trabajo de una argumentación bien sustentada, la confesión de parte contenida en la irresponsable *boutade* de Antonio Leocadio: «si nuestros adversarios hubieran dicho federalismo, nosotros habríamos dicho centralismo».

Eso no pasaba de ser una frase. Si algún programa político había sido elaborado con mayor detenimiento era el del partido liberal, desde los enjundiosos artículos teóricos de Tomás Lander y del propio Guzmán en *El Venezolano*, pasando por el Programa de Saint Thomas con que se abrió la Guerra Federal, hasta, antes de la Revolución de Abril, las páginas polémicas de Guzmán Blanco con el seudónimo de *Alfa*.

Igual cosa puede decirse del programa de la democracia. Cuando Betancourt y sus tres compañeros (más un civil independiente) se instalan con dos militares en Miraflores, comienzan a aplicar un programa que no es el de Acción Democrática. O mejor dicho, no es sólo de su partido, sino que, se puede decir, es el de Venezuela entera, tal y como viene siendo escrito y reescrito desde 1936, desde la oposición con mayor claridad y coherencia, pero también desde el gobierno con el Programa de Febrero.

Por último, la conversión de la suya en ideología nacional. Hasta el final del siglo (para ser más exactos, hasta 1903), todo el que quiera hacer política y el que quiera hacer historia en Venezuela, deberá cubrirse con la inmensa bandera del Partido Liberal de 1840. Liberal será Monagas, liberal será Falcón, liberal serán Guzmán Blanco, Alcántara, Crespo, Andueza, Rojas Paúl, Andrade, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, liberal «nacionalista» se llamará el «Mocho» Hernández, liberal será la polícroma e inclusiva Revolución Libertadora.

Pero eso podría ser más bien adjetivo: con o sin el Partido Liberal, todos ellos hubieran terminado siendo liberales en lo ideológico. Lo fundamental en este caso es por qué insistían en llamarse de esa manera. Lo hacían simplemente porque sabían o intuían que hacia allá llevaban las tendencias profundas del pueblo venezolano. Que el pueblo venezolano era casi por unanimidad liberal; y eso gracias sobre todo a la propaganda y la acción de aquel partido que había arrancado con *El Venezolano* en 1840, y que había llegado al poder con la Revolución de Abril en 1870.

Eso no quiere decir que «liberalismo» y «partido liberal» sean una sola cosa; ni mucho menos que no sea liberal quien no confiese su adhesión al Gran Partido Liberal Amarillo. Pero es un hecho que, durante mucho tiempo y para la mayoría de los venezolanos, esa confusión era la regla. Cuando, al final del siglo, se asista a la descomposición del liberalismo amarillo, esto debe tomarse en su

sentido cromático: ese amarillo se ha descompuesto en los más diversos colores, pero todos liberales. Aquí, la comparación de la Revolución de Abril con la Revolución de Octubre suele ser casi automática: algunos de sus más inteligentes adversarios tienden a ver en Acción Democrática el descendiente directo y legítimo (si bien no reconocido) del Gran Partido Liberal Amarillo. Pero no se trata de una cuestión de sangre (heredada o derramada) sino de número.

Por qué demócratas

Es cierto que la mayoría de sus adversarios civiles (y, de los dientes para afuera en buena parte, también militares) han sido y son tan demócratas como los accióndemocratistas; pero la confusión entre accióndemocratistas y demócratas a secas ha sido también la norma durante muchos años en Venezuela. Por esa razón merecen los demócratas de Betancourt su calificativo: ellos «democratizaron» a Venezuela como los liberales guzmancistas «liberalizaron» a Venezuela.

Hay otro elemento nada desdeñable. Entre 1973 y 1989, Acción Democrática y Copei se repartieron casi el noventa por ciento de los electores venezolanos: nunca, en la historia de Venezuela, se había llegado tan cerca de la unanimidad. Ahora bien, lo que acerca y hermana ambos partidos, por encima de sus diferencias tácticas, es la fuente común de una fecha: ambos aceptaron el hecho del 18 de octubre, ambos son partidos «octubristas».

Que el pueblo venezolano aceptó y usó como arma durante casi medio siglo el instrumento fundamental de esa democracia otorgado en octubre, el voto, lo demostraron la derrota del gobierno en las elecciones de 1952, y la «abstención militante» izquierdista en 1963.

Al liberar de su carga pasional y polémica a los términos «golpe de estado» y «revolución» y sobre todo a su comparación, se puede

concluir en que hacer ésta última plantea un falso dilema; y lo hace por razones políticas, pero que no resisten el lente del análisis histórico. En su organización, el movimiento que estalló el 18 de octubre fue un pronunciamiento militar de lo más clásico: juntas, juramentos más o menos masónicos, secreto, obediencia o cuando menos respeto de la jerarquía de los jefes y subalternos conjurados.

Igual podría haber conducido a otra cosa que al trienio; igual podía haberse dado (algo así estaba previsto) el 24 de noviembre, pero no del 48 sino del 45. Destacar la relación entre el 18 de octubre de 1945 y el 24 de noviembre de 1948, es también enfrentar la versión betancurista del primer suceso; es afirmar que no se trata de dos hechos separados, mucho menos opuestos, sino dos puntas de un mismo proceso.

Porque el 18 de octubre fue un golpe militar no unánime (hubo resistencia armada) con apoyo civil, el 24 de noviembre fue la misma cosa, esta vez sin apoyo civil y, por lo menos en el momento mismo, con unanimidad militar: no hay que olvidar que hasta Mario Vargas fue obligado por la disciplina a firmar el acta de formación del nuevo gobierno. Ahora bien, ese golpe militar tuvo un componente civil y por allí, en su origen mismo dio a luz una curiosa paradoja: los militares, duchos siempre en masonerías y juramentaciones, resultaron menos conspiradores que los civiles.

Esto tiene un correlato. La organización leninista copia de muy cerca la verticalidad de la estructura militar: de hecho, hasta en su vocabulario («vanguardia», «reclutamiento», «disciplina», «Estado Mayor») lo hace. Acción Democrática es un partido que en ese momento sobre todo, tiene muy a flor de tierra sus raíces leninistas. En todo caso, demostrará que la disciplina funcionaba mucho mejor que en las fuerzas armadas. El secreto no pudo mantenerse aquí, y al final, la conjura fue descubierta porque el griterío llegó hasta los oídos del alto mando militar y a Miraflores. En cambio, los civiles demostraron ser mejores conspiradores.

No es fácil cuestionar el carácter revolucionario de lo actuado a partir el 18 de octubre. Cuando sale del trienio, Venezuela es otra: los cambios han sido profundos y, como se demostrará a partir de 1958, en su mayoría irreversibles. Esos cambios tienen un común denominador y hasta se podría decir, que es un solo cambio que engloba a todo el resto. Se trata del ingreso de las masas a la actividad política, y por allí mismo el ingreso de Venezuela a la sociedad de masas. Y la mayoría de AD, como luego de la democracia, es la mayor en toda la historia del país, en términos relativos como absolutos.

Hacer una valoración moral e incluso, desde cierto punto de vista, político, del 18 de octubre, sale del marco de lo que nos hemos propuesto en estas cuartillas: decir que aquello fue mala o buena cosa para el país siempre remite a una discusión interminable. La cual no hace sino reproducir la no menos eterna entre los partidarios de la conservación y los partidarios del cambio. Para que no se tome esto como una aprobación indirecta de aquel suceso y aquel proceso, digamos que, en este caso, ambas fuerzas se han situado según el momento en uno y otro lado: queremos decir que los conservadores de hoy han sido los reformadores de ayer y viceversa.

Pero hay sin embargo una valoración posible, y que no desborda el campo del historiador. Es plantearse el asunto en los mismos términos en que, con un latinajo muy clásico, lo hacen quienes investigan un crimen: *cui prodest*?: ¿a quién beneficia el hecho? Puede parecer curioso, pero aquí se puede decir que los perjudicados fueron en primer lugar los principales actores del hecho: la institución armada y el partido político.

Para las fuerzas armadas, eso no fue fácil discernirlo en el primer momento, por la gloria del vencedor. Entre el 18 de octubre de 1945 y el 24 de noviembre de 1948, tuvo lugar un proceso de prestigiamiento, si no de idolización popular estimulada por AD, de los líderes militares de la primera conjura. Como sucede que en aquel momento, AD era la «mayoría más grande» en toda la historia de

Venezuela, casi el 80 por ciento del electorado, también era multánime ese prestigio que un elogio tan repetido creaba alrededor de los militares victoriosos. Así, Pérez Jiménez, Vargas, Delgado, se convirtieron en héroes populares.

No es mucha la gente que, transcurrido el tiempo, considere que haya sido beneficioso para el país el 24 de noviembre, aunque, como es lógico, haya gente (cada vez en menor cantidad) que defienda el 18 de octubre. Pero lo que no se subraya con suficiente insistencia es que, haciendo abstracción de los males reales o supuestos que pudo haber traído al país, la participación en ambas conjuras terminó siendo harto perjudicial para las fuerzas armadas.

Apartemos toda otra consideración, para decir que lo fue el haberse convertido, después de sus dos intervenciones victoriosas en octubre del 45 y en noviembre del 48, en un partido político. Que al serlo armado, sólo tiene dos opciones, siempre: o ser el instrumento de la guerra civil, o sea de la guerra entre partidos irreconciliables, sangrienta e inexpiable; o ser el instrumento de la tiranía.

En ambos casos (y el 24 de noviembre resultó que sería lo segundo), se retrocedía en la historia hasta los tiempos anteriores a 1936. Y en ambos casos, también, las fuerzas armadas se ganaban el repudio popular, presente en la manifestación del 14 de febrero de 1936, y en las jornadas populares del 21, 22 y 23 de enero de 1958. Eso suele ocultarse o hacerse menos evidente en los primeros días de un golpe triunfante: la ausencia de libertad de prensa y el dinamismo de todo régimen *de facto* dan una falsa idea de la situación.

Los golpes militares se suelen dar usando los más diversos pretextos. En verdad, se dan para instaurar un gobierno militar; al cual la dinámica política hace derivar a corto o largo plazo, pero más lo primero que lo segundo, en una dictadura militar. Si no, y esto no se puede excluir en ningún caso, en la guerra civil.

En el caso del partido político, igual cosa. También aquí el espectacular resultado en lo inmediato ocultó el perjuicio en el

largo plazo. Acción Democrática se infló con las torrenciales cifras de sus electores. Pero engordó sin fortalecerse. No solamente el 24 de noviembre reveló la flaccidez, la nula fortaleza de sus músculos, sino que su actitud no difería de la criticada siempre a los venezolanos en su conjunto, y que ese partido decía haber nacido para combatir: el esperarlo todo y en este caso el poder, de arriba y por una voluntad heterónoma. El partido no se hizo los dientes en la pelea cotidiana y en el asalto del poder: este sabroso bocado llegó a su boca ya masticado. Para decirlo rematando con la frase del propio Betancourt, «Lo que tenía de negativo tal circunstancia no necesita ser subrayado»[8].

Aparte de aquella irrupción de las masas a través del voto, ¿hay otros elementos para afirmar que lo actuado después del 18 de octubre de 1945 tenga carácter revolucionario? Hay tres ámbitos donde se produjo ese tipo de cambios:

El primero es el de la propiedad: allí se diferencia el revolucionario del simple reformador. Con el castigo a los reos de peculado y la confiscación de sus bienes, se estaba entrando en el ámbito de la revolución. Eso puede ser cierto, pero no por eso era inédito: Gómez había hecho confiscar los bienes de Castro después de 1908, y López Contreras los de Gómez después de 1935.

El segundo ámbito es el de la educación: a partir de 1945, ella se masifica, en un grado jamás alcanzado en la historia de Venezuela[9].

Y el tercero es el del poder mismo: por primera vez en la historia venezolana, los gobernantes revolucionarios «provisionales» no intentan prolongar su poder, sino que con un decreto se lo prohíben, en lo que Betancourt llamó «un hara-kiri» político[10].

Notas

1 La revolución china que llevó al poder a Mao Tsetung (Mao Zedong, según la nueva transliteración oficial) y a su partido comunista, culmi-

nó el Primero de Octubre de 1949 con la proclamación de la República Popular China; en América Latina, la revolución guatemalteca de 1944, muy parecida a la venezolana, se produjo también en octubre.

2 Eugen Weber, *My France. Politics. Culture. Myths.* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1991, p. 299.

3 Se trata de Preston Mac Goodwin. Cf. mi *Gómez, el tirano liberal.* Caracas, Monte Ávila, 1993, p. 173.

4 Incluido posteriormente en mi *Las Venezuelas del siglo veinte.* Caracas, Grijalbo, 1988.

5 En el pensamiento reaccionario (o sea, el que reacciona contra la Revolución Francesa, en particular Joseph de Maistre) están presentes dos ideas: la Caída y la pérdida de la Unidad esencial.

6 El partido contradice la idea de la indivisibilidad de la «voluntad general» cara a Rousseau.

7 El periodista Vaughan Salas, en una entrevista publicada en 1975, revela que Fedecámaras fue «fruto de la inspiración de un hombre, Carlos Fleury Coello» quien al exilarse en EEUU después de 1928, se incorporó al PC de los EEUU y llegó a ser una gran figura sindical. Luego de romper con el PC al final de los años treinta, regresó a Venezuela y se dedicó a la construcción de edificios... «A Carlos se le ocurre una cosa lógica dentro de la teoría marxista. Así como estaba organizado el proletariado hay que organizar la burguesía venezolana». Citado por Antonio Gil Yepes, *El reto de las élites.* Madrid, Tecnos, 1978, pp. 32-33.

8 *Venezuela: política...*, p. 198.

9 *Ibidem*, pp. 408-426.

10 *Ibidem*, p. 209.

XIV. LA TRAVESÍA DEL DESIERTO*

En diciembre de 1947, la «Revolución de Octubre», luego de haber votado una nueva constitución, busca legitimarse a través de elecciones. En ellas triunfa, con un ochenta por ciento de los votos, Acción Democrática y en febrero de 1948 su candidato, el escritor Rómulo Gallegos, jura como Presidente Constitucional «con todo el lujo de una coronación», como escribió algún corresponsal extranjero. Lo más granado de la intelectualidad continental (Norte y Suramérica) se reunió en Caracas para celebrarlo: el comunista cubano Juan Marinello se codeaba con el norteamericano Waldo Frank. La lista no se detenía allí, por supuesto: el colombiano Germán Arciniegas, los cubanos Fernando Ortiz y Raúl Roa, el chileno Salvador Allende, el norteamericano Archibald Mac Leish estaban entre los más conocidos invitados. En el Nuevo Circo de Caracas, el escritor Juan Liscano organizó un espectacular festival folclórico que intentaba mostrar a propios y extraños la riqueza de la cultura popular venezolana.

Todo el mundo pensaba que, con la legitimidad que le otorgaba el voto popular, con el prestigio intelectual del autor de *Doña Bárbara* y con el aval de la inteligencia continental, la tranquilidad del país

* Debo agradecer a mis amigos Simón Alberto Consalvi y Manuel Alfredo Rodríguez, actores de este período, por la atenta lectura que hicieron de éste y el siguiente capítulo.

estaba asegurada. A un Rómulo pugnaz y detestado por sus enemigos, sucedía otro Rómulo conciliador y respetado por sus adversarios. El suyo sería, dijo, el gobierno de la concordia nacional.

Por su parte, Rómulo Betancourt convocaba, para celebrar el traspaso del poder, un mitin donde habló con la voz fatigada de quien de todas formas se siente satisfecho con la labor cumplida.

La depresión post-parto

Sólo se le escuchó una frase percutante en un discurso cansón: «coloqué la banda tricolor [...] a quien no sólo había sido mi profesor de Filosofía en el Liceo Caracas, sino también mi maestro de dignidad ciudadana»[1]. En los mismos días, anunciaba que se dedicaría a las labores de dirección del partido y a escribir algún libro que proyectaba desde hacía tiempo.

Sin embargo, no se separó por entero de la labor pública, queremos decir gubernativa. En abril de 1948 se reunía en Bogotá la Novena Conferencia Panamericana. Betancourt fue enviado a representar a Venezuela, flanqueado por ese José Rafael Pocaterra que tanto había admirado en su juventud. Fue entonces testigo del más infausto suceso que hubiese conocido América Latina en muchos años: el asesinato del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán y el estallido de una insurrección popular (el «bogotazo»).

Erupción que abrió la puerta a una guerra civil que hoy, más de medio siglo más tarde, todavía arde en Colombia. Antes del suceso, Betancourt había tenido la oportunidad de exponer algunas de sus ideas por mucho tiempo acariciadas: el establecimiento de un «cordón sanitario» alrededor de las dictaduras del continente americano, liberado además de los remanentes coloniales; lo cual no sólo podía tomarse como una referencia directa a Inglaterra, Francia y Holanda, sino también como una alusión nada velada a la situación de Puerto Rico, colonia de los EEUU[2].

Una vez estallado el conflicto, su actitud, como en general la de todas las delegaciones extranjeras, fue muy discreta. Aparte de un enérgico discurso planteando que la Conferencia no debía interrumpirse ni cambiar de sede[3], se limitó a protegerse amparándose en una muy relativa, y frágil inmunidad diplomática y a ayudar a algunos compatriotas atrapados en el aluvión[4]. Pero la opinión conservadora colombiana lo detestaba tanto como la venezolana, y comenzó a correr la voz de que Betancourt (junto con «dos rusos») había sido el instigador de la hecatombe.

Eso no habría pasado de ser una de las calumnias habituales en las peleas políticas latinoamericanas, si no hubiese sido por la estupidez de algunos partidarios suyos en la provincia venezolana que, enardecidos por el lenguaje radical de la «revolución de octubre» veían allí a su líder proyectado en un ámbito continental. «Rómulo Betancourt en las calles con los estudiantes de la revolución colombiana», tituló una edición extraordinaria de *El popular* de Barquisimeto que precisaba en la información que el gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez había sido derrocado y que «Por las calles de la capital colombiana marchan los estudiantes liberales encontrándose entre ellos nuestro Gran Líder Nacional, Rómulo Betancourt»[5]. Por supuesto que sus enemigos en Venezuela no iban a dejar pasar esa ocasión, y convirtieron la noticia en motivo de serias discusiones, de bromas y hasta de un debate parlamentario. Ésta y otras razones, hasta hoy desconocidas (se habló de un ataque de bilharzia, vieja endemia de Barlovento) provocaron en Betancourt una profunda depresión, que por primera vez se hacía patente en un hombre a quien todo el mundo creía cubierto de una coraza inmune a los peores ataques.

Viendo las cosas desde afuera, y remitiéndose sólo a los papeles públicos de Betancourt en la época, se podría pensar que se trataba de una manifestación política de la depresión post-parto. Después de tres años de actuar desde el centro del poder, de haber conmovi-

do a Venezuela como pocas veces en su historia republicana, pasar a una relativa reserva, a un segundo plano puede provocar un bajón en el ánimo más curtido[6].

Pero no se trata de una cuestión sólo personal. Pese a haberse separado del poder, Betancourt continuaba siendo objeto de los más despiadados ataques, dirigidos sobre todo a socavar la confianza del estamento militar en el régimen. ¿Podía en efecto confiarse en un gobierno que dirigía entre bambalinas un peligroso agitador comunista cuya perversidad había quedado demostrada en Bogotá?

El espectro de las oposiciones a Betancourt era bastante amplio, y no se agotaba en los irreductibles de la extrema derecha que seguían pintándolo con los mismos colores de 1936. Había una oposición civil y más aún civilista, que se prohibía ese lenguaje: mal podía hacerlo un Jóvito Villalba que, de una forma u otra, había sufrido los mismos ataques en aquella fecha. En cuanto a Rafael Caldera, su oposición no llegaba a la conspiración, como lo demostrará a raíz del 24 de noviembre, amén de que había aceptado el hecho de la «revolución de octubre», cosa que no hacía la URD de Jóvito Villalba.

Pero el problema es que esas oposiciones, y la ultrarreaccionaria, estaban amalgamadas; y el sectarismo de los adecos, que prefería golpear por igual a unos y a otros, tampoco hacía muy fácil la diferenciación, ni mucho menos un pacto para acabar con el canibalismo político como el que se firmará diez años más tarde. A crear un clima de consenso, de «concordia» como lo llamó Rómulo Gallegos, no ayudaba mucho la soberbia, la jaquetonería de AD y del propio Betancourt, quien llegó a amenazar, en caso de que se intentase derrocar el gobierno constitucional, con hacer «que no se dé un solo martillazo sobre un yunque, que no se mueva una sola polea, que no camine por las carreteras un solo camión, que no salga una gota de petróleo del subsuelo del país»[7], palabras que se habría de tragar el 24 de noviembre de 1948.

Eso no es todo. A partir del momento en que Rómulo Gallegos asume el poder, y sobre todo cuando comienzan algunos sables a rastrillar sobre el suelo de los cuarteles, se produce un distanciamiento entre Betancourt y Gallegos. Hay algunos testimonios muy cercanos según los cuales, en los días anteriores al 24 de noviembre, eso había llegado al extremo de que el Presidente de la República y el jefe del partido de gobierno no se cruzaban palabra[8]. Esto será confirmado en 1956 por el propio Betancourt en una carta escrita después de muchas dudas y enviada a su viejo amigo Ricardo Montilla. Refiriéndose a sus relaciones con Gallegos inmediatamente antes del cuartelazo, Betancourt precisa:

> **Esas relaciones estuvieron teñidas de una desconfianza de Gallegos hacia mí tan infundada como deprimente, para él que la sentía como para mí que la apreciaba en forma de hechos reiterados y visibles. Y no me cabe la menor duda de que alguna parte del éxito de la militarada se debe a la brecha que los enemigos de la democracia y de la decencia pública y de las libertades civiles lograron introducir entre Gallegos y yo.**
> **[...] fuiste tú mismo [...] quien me llevaste a casa la petición de Gallegos de que yo me fuera de Venezuela. La insólita petición se basaba en el pueril argumento de que los opositores al gobierno decían que era yo quien, desde mi casa, controlaba la marcha de la Administración Pública.**
> **[...] Frente a la exigencia de Gallegos adopté una actitud absurda, políticamente, pero explicable por el fondo de hombre sentimental que hay en mí, oculto tras una máscara de dureza, y hasta de rudeza. Me afectó tanto espiritualmente que se me exilara después de haber contribuido yo tanto a la exaltación de Acción Democrática y de su candidato a la rectoría del gobierno constitucional, que caí en una actitud derrotista. En vez de dar la pelea y plantear el problema a la dirección del Partido y quedarme en**

> Venezuela, me fui casi como huido. Ni siquiera por La Guaira quise salir, para evitar despedidas. Imaginé que todos los compañeros estaban enterados, los que estaban en el Gabinete y los de la dirección del Partido, de por cuál causa yo salía; y como no los vi reaccionar, eso me produjo la mayor decepción. La llamada 'Carta de Cartagena', que jamás debí escribir y la cual considero uno de mis mayores desaciertos de hombre público, es producto de ese estado de ánimo[9].

Por supuesto que eso era desmentido en la prensa por ambos líderes con un énfasis que no hacía más que confirmar los rumores.

Es por eso que, como hará en 1964 al terminar su mandato, Betancourt decide alejarse del país. Su decisión de irse a los EEUU, al sanatorio de Saranac Lake, NY, no estaba comandada por el deseo de recuperar su salud y de visitar a su amigo Mario Vargas, sino que, como se ve, no estuvo ausente en esa decisión una cierta presión oficial o, cuando menos, oficiosa. En todo caso, Betancourt parece haberlo tomado como una especie de exilio dorado destinado a compensar el de Marcos Pérez Jiménez. Pero cuando Pérez Jiménez regrese a Venezuela, no deja de quejarse de que se le mantenga alejado, en una actitud claramente discriminatoria[10].

AD estaba, de todos modos, ensoberbecida por su aplastante cauda electoral; y la oposición se sentía impotente ante ello. Como en 1908 con Gómez, su esperanza no se cifraba en alguien de fuera del gobierno, sino de dentro: los militares, en una palabra. Entre los cuales había particularmente uno muy dispuesto a oír complacido esos cantos de sirena. Nada menos que el jefe militar de la conspiración del 18 de octubre, Marcos Pérez Jiménez, quien desde 1945 venía rumiando sus frustraciones, por haber sido excluido de la Junta Revolucionaria de Gobierno, y luego, ya bajo el gobierno de Gallegos, por haber sido alejado en una especie de exilio dorado en Argentina.

La caída de Gallegos

Las cosas comienzan a precipitarse hacia el final del año, ayudadas por una situación económica que comenzaba a dificultarse. Había varias conspiraciones en marcha. Por un lado, lo que Alberto Carnevali llamó «el mar de tenientillos impacientes»[11]. Por el otro, el del propio Pérez Jiménez que, regresado al país, inicialmente había actuado como «apagafuegos» tratando de convencer a sus subalternos de esperar a que se presentase una situación más propicia.

Esa situación se daría en el momento en que se lograse lo que era su aspiración mayor, por la que trabajaba sin descanso: la unidad de comando, la unanimidad del ejército, a fin de que el que surgiese del derrocamiento de Gallegos se pudiese presentar como «el gobierno de las Fuerzas Armadas». Pero para lograr ese objetivo, era necesario salvar al menos dos obstáculos: el primero, la presencia de algunos oficiales leales, a la cabeza de los cuales estaba Mario Ricardo Vargas, uno de los conspiradores de octubre y miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno. El otro era el Ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud.

La pésima salud de Mario Vargas contribuyó a acelerar las cosas: debió irse a los Estados Unidos, buscando en Saranac Lake mejores aires para sus pulmones corroídos por la tuberculosis[12]. En esas condiciones, era más fácil aislar a Delgado Chalbaud, un hombre cuya formación civil (era ingeniero, asimilado por López Contreras al Ejército) y cuya cultura francesa, amén de un carácter vacilante, parecían hacerlo poco proclive a encarnar el clásico «gorila» latinoamericano[13].

Delgado Chalbaud venció sus propias dudas y de ser el emisario de Gallegos ante las Fuerzas Armadas, pasó a convertirse en el portavoz de los golpistas. Fue en todo caso quien comunicó al Presidente las condiciones inscritas en el pliego de los militares: gabinete que incluyese seis militares y seis civiles y extrañamiento de Betancourt del territorio nacional.

Gallegos se indignó ante la sola posibilidad de que se le pudiesen plantear condiciones para gobernar, por parte de unas Fuerzas Armadas que, según la Constitución, debían ser obedientes y no-deliberantes[14]. El escritor era un hombre de principios muy rígidos, no un político que supiera maniobrar, emplear la mano zurda, el garrote y el terrón de azúcar. En el momento supremo, y pese a que su distanciamiento de Betancourt había llegado a los extremos relatados más arriba, se negó rotundamente a la imposición. Su actitud le haría merecer un magnífico bronce, pero contribuiría a hacerle perder el poder. Ante lo grave de la situación, Mario Vargas se olvidó de sus pulmones y regresó a toda prisa a Venezuela.

Betancourt intentó alguna negociación de última hora para enderezar la complicada situación. Se hizo venir a José Giacopini Zárraga desde su gobernación en el Territorio Amazonas para que gestionase una reunión con los militares: Betancourt estaba convencido de que si los atraía a la mesa de negociaciones lograría convencerlos o cuando menos ponerlos a dudar sobre las posibilidades de un golpe: confiaba en su celebrada capacidad dialéctica; y en que los militares, tal como había sucedido en octubre de 1945, se dejarían envolver por su veteranía política. Es así como en la madrugada del 22 de noviembre, en la casa de Alfredo Machado Gómez, primo de Delgado Chalbaud, tuvo lugar esa reunión: por los militares asistieron Carlos Delgado Chalbaud, Luis Felipe Llovera Páez y Rafael Alfonzo Ravard; por los civiles Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios y el mediador Giacopini Zárraga. Betancourt pidió tiempo para tratar de solucionar la crisis y atender de una forma u otra a las demandas del sector castrense. Según él mismo, allí se había llegado a un acuerdo[15].

Pero ya era demasiado tarde: la unidad de comando se había restablecido. Y tanto, que el propio Vargas se vio obligado a firmar el documento del Estado Mayor que anunciaba el derrocamiento de Gallegos y establecía una Junta Militar de Gobierno[16]. La experien-

cia de una democracia radical, de un gobierno civil impuesto por los militares, había durado apenas tres años. Unas declaraciones de Gallegos al llegar a La Habana como exiliado, y la propaganda comunista que ya había entrado en la Guerra Fría, sirvieron para responsabilizar a la embajada de los EEUU de ser la instigadora si no la organizadora del golpe[17].

Por su parte, el propio Rómulo Betancourt insistió en atribuirlo a la instigación o cuando menos a la inspiración de los militares peruanos y argentinos. Gallegos fue desmentido de inmediato por los dirigentes de su partido, a comenzar por el propio Betancourt y por uno de los más radicales, Domingo Alberto Rangel[18].

En verdad, ninguna de las dos versiones resiste la menor crítica. El estudio de los documentos publicados mucho después, indica que en el caso norteamericano, hubo una contradicción evidente entre el estamento militar norteamericano y la dirigencia civil, los primeros acogiendo con simpatía el golpe, los segundos con desconfianza[19].

En cuanto a la instigación de Perón y Odría, las cosas eran mucho más simples. No sólo bastaba con su ejemplo, sino que los conspiradores no tenían por qué ir a buscar inspiración tan lejos: tenían la suya propia el 18 de octubre de 1945.

El tercer exilio

Luce evidente que Betancourt no creyó que el gobierno de Gallegos podía ser derrocado, o en todo caso tan rápido. Al refugiarse en la Embajada de Colombia luego de varios días de angustiosa huida, dejó una carta a sus compañeros del CEN donde se transparentaba esa impreparación. Al revés de lo que se pudo decir cuando en 1937 pasó a la clandestinidad, esta vez anduvo del timbo al tambo, tocando puertas con las cuales gente aterrorizada le daba en las narices. Pedía a sus compañeros del CEN que le «ordenasen» asilarse, aun-

que él mismo debía saber que a ese CEN, si no estaba en la cárcel, le resultaba demasiado dificultoso reunirse. Él no podía ignorar que en ese momento, esconderse le sería mucho más complicado, pues esta vez lo conocía el país entero. Por lo tanto, que habría debido prever esa situación, y actuar en consecuencia. Pero no: ni siquiera tenía, como en 1937, un fiel chofer que lo llevase de un lado a otro. Finalmente, confesar su deprimido estado anímico en una carta que podía caer en manos de sus enemigos, revelaba también un cierto atolondramiento.

Esa carta es, pues, como él mismo lo dijo de la «Carta de Cartagena», uno de los más tristes documentos de su vida pública, y sus enemigos, tanto en el gobierno como en la izquierda, no dejaron de emplearlo contra él, dejando correr la sospecha de cobardía física. En lugar de actuar como el Rómulo Betancourt de 1937-39, lo había hecho como el Haya de la Torre de pocos meses antes. No era imposible que el gobierno actuase también como el peruano, dejándolo largos años encerrado en la Embajada colombiana. Pero prefirió emplear para su desprestigio la carta que había sido interceptada.

Entre otras cosas, Betancourt mostraba allí una faceta poco ejemplar de sus relaciones con el partido que había creado y que había buscado alejar de toda tentación caudillista, aún cuando fuese él mismo ese caudillo. Al igual que lo había hecho en 1945, actuó inconsultamente. En aquel momento, cuando creyó que el levantamiento fracasaba, comenzó a escribir él mismo la resolución que lo «expulsaba» del partido. Esta vez, ordenaba al partido que le «ordenase» asilarse, y éste, poco después, asentía sumisamente, haciendo el ridículo en una situación y un momento terribles[20].

Eso no era todo. Junto a la primera, el gobierno interceptó e hizo publicar una segunda carta cuya autoría atribuyó también a Betancourt, donde pronosticaba, si bien no proponía, la disolución del ejército y su sustitución por milicias populares armadas[21]. Betancourt negó con mucho énfasis que hubiese redactado esa segunda

carta. En verdad, el autor de la misma fue Domingo Alberto Rangel, refugiado en la misma sede diplomática[22].

Las preocupaciones de Betancourt eran otras: desmentir lo más pronto a Gallegos, para no enemistarse con el gobierno y la opinión pública norteamericanos. Pidió entrevistarse con el embajador de los EEUU, Walter J. Donelly, cosa que le fue concedida[23]. La entrevista tuvo lugar, a solas (*Betancourt and I were the only ones present*, dijo después Donelly) a las tres de la tarde del 15 de diciembre de 1948. Donelly consiguió a Betancourt «cansado, deprimido y decepcionado» aunque «muy lejos de ser un individo derrotado». Sus dos preocupaciones fundamentales eran en primer lugar que la Junta de Gobierno le negase el salvoconducto y llegó hasta indicarle a Donelly «que agradecería [su] intervención ante el Ministerio», cosa sobre la cual el Embajador guardó silencio. La otra cosa era precisar que la posición de Gallegos no era la suya: «Betancourt dijo que estaba sorprendido y desilusionado por las declaraciones hechas por el Presidente Gallegos en La Habana. Dijo 'Gallegos es un hombre honesto y sincero pero frecuentemente desinformado y en este momento lo está. El Partido AD está satisfecho porque las compañías petroleras americanas en Venezuela no estuvieron involucradas en el golpe [...] esto trataré de explicárselo a Gallegos cuando lo vea'». Al final, Betancourt insistió en la inspiración de Perón y Odría en el golpe, y sobre todo en tratar de convencer al diplomático de que los EEUU tendrían con la Junta Militar «las mismas dificultades que están teniendo con Perón [...] Dijo que él siempre supo que Argentina tenía una mano en el golpe y que Perú fue el modelo para los militares de aquí»[24].

Contra lo que era dable esperar, Betancourt no se refugió en Colombia. Luego de varios días de espera en Jamaica, y un «toque técnico» de unos tres días en Cuba, se fue a los EEUU, y después de pasar allí un año y medio, se trasladó otra vez a Cuba, donde en 1948 había sido electo a la presidencia Carlos Prío Socarrás, cuyo

Partido Revolucionario Auténtico veía tan cercano ideológica y políticamente al suyo.

Apenas pisó territorio norteamericano, Betancourt se preocupó por corregir a Gallegos, negando toda injerencia de Washington en el golpe, y precisando su posición en la Guerra Fría a favor de Occidente. El propio Gallegos había hecho otro tanto, luego de que en un gesto inusual, el Presidente Harry S. Truman le enviara una carta explicando que su gobierno no había participado en manera alguna en su derrocamiento[25].

La escogencia de Cuba como refugio tenía para Betancourt varias ventajas. No existía como en Colombia una situación de preguerra civil donde los atentados, después del asesinato de Gaitán, estaban a la orden del día; ni tampoco una enemistad tan profunda como la que parecían manifestarle los conservadores colombianos.

Y aunque Colombia haya sido durante mucho tiempo lugar de asilo de los opositores venezolanos, Bogotá estaba demasiado lejos de Caracas. En cambio, con el régimen cubano Betancourt había tenido excelentes relaciones desde los tiempos de la lucha común contra el tirano Trujillo en la vecina República Dominicana. El venezolano podía resultar un huésped incómodo si no hostil para el gobierno conservador de Colombia, no así para el de Cuba. Por último, la comunicación de Venezuela con Cuba era mucho más fácil que con Colombia. Los vuelos Bogotá-Caracas no eran diarios, y por tierra todo se hacía más lento.

En el caso de Cuba, si no era aconsejable una comunicación directa y permanente con Cuba, sí la había con los EEUU, y de allí era cosa de un salto para los correos. Como sea, esa comunicación entre Betancourt y el CEN clandestino será más fluida y constante durante los años de su exilio cubano. En eso le será utilísima su vieja amistad con Raúl Roa[26].

Pero no es sólo por aquellas razones que Betancourt va a escoger Cuba como su refugio a partir de mediados de 1950. Se puede

decir que lo hace por las mismas que le hicieron escoger primero a los EEUU como tierra de asilo: Betancourt se ha propuesto conquistar la opinión americana (del Norte como del Sur) para combatir la dictadura militar y propiciar su retorno al poder. Es por eso que entre su salida de Venezuela y su llegada a Cuba, va a dedicar lo más claro de su tiempo y su legendario tesón a organizar una conferencia de las fuerzas democráticas americanas, que terminó llamándose Pro-Democracia y Libertad.

La convocatoria será bastante exitosa, por la calidad y representatividad de sus asistentes,[27] y en particular por el apoyo que recibirá de la dirigencia sindical norteamericana personalizada en Serafino Romualdi, con quien Betancourt mantendrá una cálida y copiosa correspondencia[28]. Hay además dos nombres muy importantes para Betancourt en aquel entonces, casi se podría decir sus dos brazos en la lucha por conquistar la opinión norteamericana y la cubana; Frances Grant, fundadora de un grupo de presión llamado, acaso no por casualidad, *Americans for Democratic Action* (Norteamericanos por una acción democrática); el otro nombre es el de Juan Bosch, futuro presidente de la República Dominicana derrocado por un golpe militar apenas a cinco meses de haberse encargado del poder.

En este lapso del exilio de Betancourt es útil examinar tres problemas que están ligados de manera indisoluble. Uno es el de la manera de plantearse su regreso al poder; dos, la insistencia machacona en separarse de los comunistas («aislar y segregar», dirá mucho más tarde) que lo lleva a un franco anticomunismo; tres, el financiamiento de un exilio que si en lo personal nada tendrá de dorado, hará necesario el acopio de grandes cantidades de dinero para la compra de armas que requiera una oposición en guerra.

En cuanto a lo primero, Betancourt, como se ha dicho antes, privilegia el retorno de AD al poder siguiendo la huella del 18 de octubre: será un levantamiento donde participarán los cuarteles y el

partido. Sólo que esta vez, el peso de este último ha de ser mayor; y para que eso sea así, debe ser el partido quien lance la insurrección o, cuando menos, tenga un peso decisivo en su desarrollo[29]. La acción, varias veces decidida y varias veces pospuesta, fracasará de una vez por todas en octubre de 1951, sin haber llegado a estallar.

En lo relativo al Ejército, Betancourt no se muestra demasiado selectivo en la escogencia de aliados: uno de los hombres con quien conspira en 1951 es el Mayor Tomás (llamado «Mono»)Mendoza, uno de los más desaforados «tenientillos impacientes» del 24 de noviembre de 1948[30].

En cuanto a la posición frente a los comunistas, para Betancourt eso toma en esos años los caracteres de una obsesión. Como se ha visto antes, su primer cuidado al salir al exilio fue irse a Washington a dar unas declaraciones buscando dejar claras sus diferencias con los comunistas y por quién toma partido en el enfrentamiento de la recién nacida Guerra Fría.

Entre otras cosas, quiere demostrar que entre los comunistas y los militares gobernantes, existe una colusión si no una alianza explícita. Esta obsesión llega a extremos delirantes en uno de sus más jóvenes adláteres, Domingo Alberto Rangel, quien inventará un increíble complot conjunto de los comunistas y la Junta Militar para golpear a Acción Democrática[31]. Entre otras cosas, Betancourt está interesado en amalgamar a los comunistas «rojos» (Machado, Faría y Pompeyo Márquez), en abierta oposición al régimen, y los comunistas «negros» (Quintero y Miquilena), estos últimos más proclives a adoptar una política de *wait and see* frente al gobierno. Esto provocará una serie de roces entre Betancourt y la dirección clandestina de AD, comandada entonces por Leonardo Ruiz Pineda y Octavio Lepage[32], e incluso con un dirigente sindical insospechable de pro-comunismo, Augusto Malavé Villalba[33].

La actitud de Betancourt podría atribuirse a una profundización de su vieja pelea con los comunistas desde 1941. Y no ha faltado

quien vea allí la psicología típica del renegado, del sacerdote que ahorca los hábitos y se convierte en un frenético anticlerical comecuras como aquel «padrecito Combes» que terminó exclaustrando a las monjas de clausura en la Francia de principios del siglo XX.

Pero en Betancourt influyen esta vez consideraciones de otro tipo, podríamos decir más pragmáticas, menos doctrinales. Ya es un hombre de poder, ya ha probado sus mieles y tiene muy clara su intención de volver allí. Cualquier sospecha de alianza o coincidencia con los comunistas le puede cerrar tres vías nada desdeñables para esa nueva aproximación al poder. Uno, Betancourt está convencido de que ningún gobierno se sostendría en Venezuela si no cuenta con la anuencia de los Estados Unidos[34]. Y en ese país, la paranoia anticomunista ya comienza a desarrollarse hasta alcanzar en los años cincuenta niveles paroxísticos con la llegada de los republicanos al poder después de veinte años de hegemonía demócrata y el desencadenamiento de la caza de brujas del senador Mac Carthy.

Dos, si cunde la propaganda gubernamental que busca demostrar la ideología «comunista» de la dirigencia de Acción Democrática, logrará compactar detrás suyo a la oficialidad de las Fuerzas Armadas que, si bien puede tener diferencias en cuanto a la evaluación de la política del gobierno y de los partidos de oposición, es anticomunista de una manera cerrada y monolítica: no se olvide que la mayoría aplastante de esa oficialidad proviene del Táchira, un estado profundamente religioso, y por lo tanto enemigo del comunismo ateo. Para Betancourt, ir más allá de acuerdos prácticos y limitados con los comunistas «sería suicido. Cortarse no la yugular, sino todas las arterias, con una gilet. Produciría de inmediato la aglutinación de todos los William's friends en torno a quien fuera, menos a nosotros»[35]. Y en una carta suya (firmada «Pedro Rafael») a «Ruiz» (¿César Gil Gómez?), lo precisa más aún:

> **Si el movimiento obrero venezolano gira dentro de la órbita rusa (y si no hay un sacudimiento oportuno y violento, eso sucederá objetivamente) debemos dedicarnos a sembrar cocos, en espera de que cuando éstos cuajen en frutos nuestros nietos se acerquen al poder. Eso que está sucediendo allá [en Venezuela] quebranta todo nuestro trabajo interno e internacional. El clan William jamás ha querido saber nada de los rábanos [comunistas] y los odia con odio elemental, irreflexivo, biológico[36].**

Tres, hay un interés que no por caso puede llamarse así: tanto para la realización de la Conferencia Pro-democracia y Libertad como para la adquisición de armas, Betancourt necesita dinero, mucho dinero. Y su principal fuente de financiamiento será Cuba, cuyo presidente Carlos Prío Socarrás (como por lo demás todo el *establishement* político de la isla) es un rabioso anticomunista y proyanqui[37].

Aquí hay dos elementos más a considerar: ¿provenían esos fondos exclusivamente de Cuba? ¿Y cuál era la justificación política si no moral para pedirlos y concederlos? Aparece entonces, de nuevo, una alianza de la cual se habló mucho en el trienio: la Legión del Caribe.

Por supuesto que nunca se habla de ella en esos términos, y es muy posible que ese título se lo haya endilgado la propaganda adversaria, pero de que existió, hay pocas dudas. En la correspondencia de Betancourt en esos años, hay alusiones muy claras a los aportes de diverso monto que hacían para su intento de derrocar a la Junta Militar, además del de Cuba, los gobiernos de Figueres en Costa Rica y de Juan José Arévalo en Guatemala[38].

En 1952, Betancourt y Leonardo Ruiz Pineda, este último en su condición de secretario general clandestino, harán público un documento que contenía uno de sus más gruesos errores políticos. Proponen la abstención en las elecciones de 1952, sin tener lista

una organización que pudiese hacer desembocar la situación en una salida insurreccional. El electorado desoyó ese llamado, y dio el triunfo a URD, que había pasado a la oposición abierta, secundada por los comunistas[39]. Pero aquí la sorpresa de la oposición fue tan grande como la del gobierno, lo que le permitió a éste dar un nuevo golpe para desconocer el resultado de las elecciones y entronizar la dictadura abierta y personal de Marcos Pérez Jiménez.

El error de Betancourt y su partido era tanto más incomprensible cuanto que, luego del fracaso de una huelga petrolera en mayo de 1950, y del asesinato del Presidente de la Junta Militar, Carlos Delgado Chalbaud, AD había flexibilizado su táctica y había comenzado a acercarse a URD y a Copei que se habían ido deslizando hacia la oposición abierta, presionados por sus líderes más jóvenes.

Eso había llevado a acciones conjuntas en la Universidad Central, donde nunca dejó de estar presente un aliado que le resultaba extremadamente incómodo a Betancourt: el Partido Comunista.

Betancourt ya no estaba en Cuba, porque el 10 de marzo de 1952 se había producido un hecho que lo pondrá en extrema dificultad: Fulgencio Batista derrueca al gobierno de Prío Socarrás. Betancourt se refugia en una embajada: «¡Manía viciosa!» es la acusación de los comunistas cubanos, aludiendo a su asilo en Caracas. Pero a Betancourt no le faltaban razones para esperar lo peor: había sido objeto de un atentado en La Habana[40]. Esos intentos se repitieron o cuando menos le fueron anunciados a Betancourt por autoridades de México, de Costa Rica y de Puerto Rico[41].

¿Adónde ir? Desde el triunfo de su insurrección y la guerra civil subsiguiente en 1948, gobernaba en Costa Rica José Figueres, quien entre otras cosas había disuelto el ejército. Figueres profesaba a Betancourt una admiración rayana en la idolatría. Aún sabiéndose rodeado de gobernantes militares a quienes no les simpatizaba demasiado el líder venezolano, Figueres le dio asilo: regresaba aquél a la querencia de su juventud, la tierra de su esposa y la cuna de su

hija. Pero allí está mucho más limitada su acción que en Cuba: la comunicación con Venezuela era mucho más difícil y además, la policía destruyó su organización. Aunque al parecer ese aislamiento no era total al menos hasta 1952: Betancourt se comunicaba con su partido en Venezuela por medio de una radio clandestina que operaba en la hacienda de José Figueres[42]. En 1952, la Seguridad Nacional había abatido en la calle a Leonardo Ruiz Pineda, Secretario General del partido clandestino.

Notas

1 *Archivo de Rómulo Betancourt.* Tomo VII, Anexo C, 1948, Doc. 1.

2 En lo relativo a Puerto Rico, Betancourt introduce un matiz: «se espera, como culminación en el proceso, ya tan avanzado, de la independencia de Puerto Rico, que a la próxima conferencia interamericana puedan concurrir sus representantes como personeros de un estado soberano». *Ibidem,* Anexo A, Doc. 18. Como se sabe, el proceso a que aludía Betancourt no culminó con la independencia de Puerto Rico, sino con una fórmula media: El Estado Libre Asociado.

3 «Betancourt a Eduardo Santos y Alberto Lleras Camargo». *Ibidem,* Anexo C, Doc. 50.

4 Entre otras cosas, al regresar a Venezuela, Betancourt se trajo en su avión y prácticamente en sus piernas a la pequeña hija del dirigente comunista Gustavo Machado (Arlette Machado, comunicación personal).

5 Como es lógico suponer, de ese ejemplar no es fácil encontrar hoy una copia, entre otras cosas porque, se decía, el propio gobierno regional hizo recoger la edición. Pero el diario *El Gráfico,* órgano de la oposición demócrata-cristiana, publicó en su primera página un fotostato del mismo el 14 de abril de 1948, *Gobierno y Época del Presidente Gallegos,* CCCP S-XX, Nº 88, pp. 283 y 285 respectivamente. Lo de «estupidez» fue la calificación que dio al día siguiente en un editorial de su p. 4 el diario *El País,* órgano oficioso de AD. *Ibidem,* p 289.

6 Ésta es la opinión del propio Betancourt, quien en su carta a los ex-presidentes colombianos Santos y Lleras Camargo, dice que «si bien los

médicos atribuyen esos estados orgánicos y anímicos al cansancio que me han dejado veinte años de lucha, sin un paréntesis de tregua [...] creo que fue Chamfort quien habló de la propensión a la misantropía que se apodera de los hombres públicos cuando han tramontado los cuarenta años [...] el trágico destino del hombre público [...] parece ser [...] la pérdida irremediable de la alegría interior». *ARB, Loc. cit.* (Recorte de *El país*, 31 de julio de 1948).

7 *Gobierno y época del Presidente Gallegos.* CPPV-SXX, Vol. 88, pp. 319-333.

8 «...el Maestro cuando ocupaba la Presidencia de la República no se entendía con Rómulo Betancourt por la única razón de que había un grupo que estaba interesado en distanciarlos y en efecto los distanciaron, hasta el punto de que cuando dan el golpe de Estado el 24 de noviembre, Gallegos y Betancourt no se hablan, ni se entienden». Eligio Anzola Anzola en *El Universal,* 10 de septiembre de 1984. Citado por Mercedes Senior, *El Rómulo Betancourt que yo conocí.* Caracas, Ed. Panapo, 1986, pp. 81-82. Por su parte, Carlos Andrés Pérez declaró que a Betancourt se le había hecho salir de Venezuela a petición de Gallegos; que se fue disgustado y escribió indignado una carta desde Barranquilla. Betancourt sólo regresará a Venezuela después de que regrese también Pérez Jiménez, pero Rómulo Gallegos ni se dio por enterado ni lo mandó a llamar. Entrevista con Mirela Quero de Trinca el 5/11/96. Esta autora me suministró un manuscrito suyo sobre el asilo de Betancourt, aún inédito. Quiero agradecerle no sólo ese préstamo, sino las valiosas indicaciones y los documentos que me facilitó generosamente cuando estaba escribiendo este capítulo.

9 «Betancourt a Ricardo Montilla». *ARB,* T. XXXI, Doc. 136. Este documento aparece incompleto.

10 «La permanencia de Rómulo en Nueva York, aunque no era de su agrado, la acataba como si proviniera de una orden». Senior, *op. cit.,* p. 137.

11 Alberto Carnevali, «Itinerario de una traición». *El golpe contra el Presidente Gallegos.* Caracas, Centauro, 1982, p. 197.

12 En el Archivo de Rómulo Betancourt reposa un grueso legajo con informes médicos que dan fe del desastroso estado de los pulmones de Vargas, y de su larga agonía. T. VII, Anexo B, pp. 184-226.

13 «Delgado no tenía la formación militar completa, no lo consideraban un militar pleno, porque era proveniente de la Escuela de Ingenieros de

Versalles, en Francia. Se le respetaba como un hombre culto. Yo defendí a Delgado. En una reunión de oficiales dije: 'Delgado es el hombre con las credenciales suficientes para ser Presidente de la Junta, tiene el grado de cultura suficiente y experiencia en el manejo de la cosa pública'...». Marcos Pérez Jiménez, entrevista con José Emilio Castellanos, segunda parte, *Tal Cual*, 18 de octubre de 2001, p. 26.

14 José Giacopini Zárraga, «Gallegos fue inflexible con los militares», Declaraciones a *Quinto día*, Caracas, 23 al 30 de noviembre de 2001, p. 14.

15 «Betancourt a Pérez Tenreiro», *ARB*, T. VII, Doc. 154.

16 El acta de constitución de la Junta Militar de Gobierno aparece firmada,(amén de los Ttes. Coroneles Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, integrantes de la junta) por Mario Vargas como Inspector General de las Fuerzas Armadas; José León Rangel como Director General de Servicios; Wolfgang Larrazábal como Comandante General de las Fuerzas Navales; Oscar Tamayo Suárez como Comandante de las Fuerzas Armadas de Cooperación, Félix Román Moreno como Comandante de las Fuerzas Aéreas; y el civil Miguel Moreno, Secretario de la Junta y hermano del anterior. Gaceta Oficial Nº 22.778, noviembre de 1948. *El golpe contra el Presidente...*, pp. 51-52.

17 «El Presidente depuesto identifica al coronel Adams como el Agregado Militar de una potencia extranjera que estuvo en los cuarteles durante los sucesos». *El Nacional*, 12 de diciembre de 1948, p. 1.

18 «Ni la Embajada Americana ni las Compañías Petroleras tuvieron parte directa en el golpe». Domingo Alberto Rangel, citado por Nora Bustamante, *Isaías Medina Angarita.* Caracas, Ed. Lola de Fuenmayor, 1985, p. 586.

19 Cf. *El golpe contra el Presidente...*, pp. 211-249; así como nuestro ensayo «El derrocamiento de Gallegos» en *Las Venezuelas del siglo veinte*, Caracas, Grijalbo, 1988, pp. 137-147.

20 «Fotostatos y y copias textuales de documentos hallados en locales de AD fueron dados a conocer ayer por la Dirección Política del MRI a los periodistas». El Nacional, 23 de diciembre de 1948, p.22.

21 *Idem.*

22 Una vez refugiado en Colombia, «Carlos Robles» (seudónimo de Domingo Alberto Rangel) reconoce esa autoría y la justifica, atribuyendo a la

responsabilidad de que ella haya caído en manos de la policía a César Morales Carrero, quien debía haber destruido la carta y no lo hizo. 16/3/49, *ARB*, T. VII, Doc. 82.

23 «Gómez Ruiz a Pocaterra»: Caracas, 18 de diciembre de 1948. «Comunícole señor Rómulo Betancourt manifestó deseos entrevistarse en Embajada Colombia con Embajador americano(coma)quien por medio de un funcionario de la Embajada de los Estados Unidos pidió autorización a la Cancillería para efectuar tal entrevista(punto). Este despacho respondió que no tenía objeciones que hacer en torno esa entrevista y se le manifestó al mismo tiempo extrañeza por aceptar hablar con Betancourt no obstante haber eludido todo contacto oficioso directo con el suscrito. Gomez Ruiz [Ministro de Relaciones Exteriores]». *ARB*, T. VII, Doc. 38 (p. 97).

24 Walter J. Donelly. Memorándum de conversación Nº 947, 15/12/48, *FUNRES*, Mirela Quero de Trinca, *Loc. cit.*

25 *El golpe contra el Presidente...*, pp. 341-347.

26 Puedo dar de esto un testimonio personal: en algún momento me fue entregado un sobre que contenía una carta de Ruiz Pineda; yo debía meterlo en otro con la dirección de Ada Kouri (la esposa de Raúl Roa) en La Habana, y depositarlo en una estafeta en Los Caobos.

27 Entre los asistentes se encontraban algunos representantes del llamado «liberalismo» norteamericano, entre ellos el propio Serafino Romualdi; por Chile aistieron Eduardo Frei y Salvador Allende; los delegados venezolanos, entre los cuales figuraba el joven Carlos Andrés Pérez, eran todos «adecos». Curiosamente, uno de los más renuentes a asistir, sometido a una ardua labor de convencimiento por su primo Alberto López Gallegos, era el ex-Presidente Rómulo Gallegos; lo cual parecía indicar que sus relaciones con Betancourt continuaban siendo tensas. *ARB*, 12-14/5/50, T. X, Doc. 292.

28 A partir de enero de 1951 se han podido ubicar unas 14 cartas cruzadas entre Betancourt y Romualdi. *ARB*, Tt. XII, XIII y XIV.

29 Entre enero y octubre de 1951, hay una permanente correspondencia, sobre todo entre el CEN de AD en el interior y Betancourt, relativa a los preparativos de la insurrección, compra de armas, presencia eventual de Betancourt en Venezuela. *ARB*, Tt. XII (Doc. 73) a XIV (Doc. 208).

30 De «Alfredo» (Leonardo Ruiz Pineda) un mensaje redactado originalmente en código el 11/8/51: «Mendoza y yo hemos conversado sobre objetivos fundamentales». *ARB*, T. XIII, Doc. 387. Y en correspondencia del 11-12 de septiembre de 1951, dice: «Ocupamos última sociedad con Mayor Mendoza. Anoche planteamos forma gobierno. Aspiran a la igualdad con nosotros en el gobierno. Dirección se negará. Habíamos dicho que la Junta de Gobierno tendría cinco miembros: 2 nuestros, 2 independientes y uno de ellos». *ARB*, T. XIV, Doc. 27.

31 «...algunos cc., confiando en la eficacia de acciones de este tipo o alucinados por la necesidad de intervenir contra el gobierno, están prestando su concurso a los preparativos. Adelantan, al lado de los comunistas, la construcción de bombas molotov y colaboran con ellos en el acondicionamiento de emisoras clandestinas que contribuirían, mediante avisos deliberadamente falsos, a profundizar la confusión [...] Desde lejos se ve, si eso es cierto y tiene visos de serlo, que el proyecto de los camaradas no es sino un subterfugio oportunista para acentuar más la persecución sobre nosotros. Como ellos tienen prensa legal y actúan a la luz, producidas las acciones, mediante un comunicado condenatorio desviarán la ira de los militares hacia nosotros». «Robles (Domingo Alberto Rangel) a Hipólito Meneses (Octavio Lepage)», Manzanilla (Colombia), 22 de marzo de 1949, *ARB*, T. IX, Anexo A, Doc. 2.

32 «...una guerra a cuchillo de parte nuestra contra esos grupos es ese 'Harakiri' de que otras veces han hablado. Delimitarnos de los comunistas es más que suficiente para delimitar campos y establecer distingos [...] un ataque violento a modo de descarga nutrida sobre los comunistas nos abrirá un frente que ya comienza a perfilarse [...] Ni veleidades hacia los camaradas ni ablandamiento hacia el medinismo [...] Pero me preocupa que nos dejemos arrebatar aliados en potencia o fuerzas neutralizadas». De Alfredo (Leonardo Ruiz Pineda) a Alvarez (Betancourt), 26/9/49, *ARB*, T. VIII, Doc. 192.

33 «Betancourt a Malavé Villalba», 10 de agosto de 1949, *ARB*, T. VIII, Doc. 37.

34 «Si este análisis tan concreto nos lleva a la conclusión de que ninguna ventaja nacional va a derivarse de la 'unidad' con los comunistas en el terreno sindical, en cambio las desventajas en el terreno internacional son innumerables [...] habrá que definirse, y muy categóricamente. Si

no se hace ¿qué perspectivas de apoyo internacional para el movimiento obrero y político de Venezuela, en su lucha contra la dictadura, podríamos tener?». Betancourt a Malavé Villalba, *Loc. cit.*

35 «William's friends» era la frase en clave para aludir a los militares (posiblemente «William» era Mario Vargas). «Betancourt a Centro», 1/11/49, *ARB*, T. IX, Doc. 6.

36 *ARB*, T. IX, Doc. 29.

37 «Y si no, fíjate, por ej., en el Congreso de que te hablo. Su apoyador principal tendría que ser CPS [Carlos Prío Socarrás]. Y junto con él los gobernantes y partidos de orientación democrática pero también de conocida militancia anti-com [unista]. Ahora bien, ¿formar codo a codo con esa gente en la organización y desarrollo del Congreso será o no interpretado como uno de esos 'atques a los cs. que nos prohíben desde allá [Venezuela] en nombre y para eficacia del menestrón?». Betancourt a Ruiz, 4/12/49, *ARB*, T. IX, Doc. 97.

38 Cf. el prólogo de Margarita López Maya al T. V de la *Antología Política* de Betancourt (en proceso de impresión).

39 Rómulo Betancourt, Presidente (en el exilio) y Leonardo Ruiz Pineda, Secretario General (en la clandestinidad). «Acción Democrática ante la farsa electoral». Caracas, septiembre de 1952, *Libro Negro 1952*. Caracas, José Agustín Catalá Editor, 1974, pp. 58-69. Betancourt y AD pretendieron después que habían dado órdenes a última hora a sus militantes de cambiar su política de abstención por el voto para los partidos de oposición, pero eso no lo creyó nadie: el partido, desorganizado y golpeado por la represión, carecía de una estructura capaz de encuadrar a sus militantes tan férreamente que le permitiese a su dirección dar un viraje tan espectacular en tan pocas horas.

40 En un informe presentado por Erundino Vilela Peña, Jefe de la Policía Secreta Nacional de Cuba en noviembre de 1951, se dan los nombres de los implicados en el frustrado asesinato: Joe Wilson, ejecutor directo del atentado Joe Cachatore y Enrique Pietro. Los actores materiales lograron escapar y se dirigieron a Tampa, donde el último de los nombrados residía. *ARB*, T. XIV, Anexo C, Doc. 1.

41 En Costa Rica, el atentado se planeó ejecutarlo en marzo de 1954. «Francisco Castro Orozco, del Ministerio de Seguridad Pública a Betan-

court el 29/3/54. *ARB*, T. XXIII, Doc. 300. «El 18 de junio [de 1955] recibí una llamada urgente del sub-Director de Seguridad Federal, el Licenciado Gilberto Suárez Torres [...] llegó a informarme de que esa noche iban a atentar contra mi vida». Betancourt a Serafino Romualdi, San Juan de Puerto Rico, 8 de julio de 1955. *ARB*, T. XXII, Doc. 112.

42 Virginia Betancourt Valverde, comunicación personal. Pero no se olvide que Betancourt debe abandonar el territorio costarricense en 1954.

XV. ENTRARÉ EN CANAÁN

No hay dudas de que con el tiempo regresaremos al poder. Pueden ser uno, dos o diez años, pero no olvide mis palabras. Regresaremos al poder, no por la fuerza ni por el apoyo de los cuarteles sino por petición popular[1].

POR FIN, ESE LIBRO

A partir de 1953, cuando ya el régimen se haya «legitimado» a través de una Constituyente nada legítima, la policía había obtenido algunas resaltantes victorias apresando y en ocasiones matando o dejando morir en la cárcel algunos de sus más conspicuos dirigentes: Eligio Anzola Anzola en el primer caso, Alberto Carnevali, Luis Hurtado Higuera, en el segundo. Por otra parte, dos de los más fieles seguidores de Betancourt, Valmore Rodríguez y Luis Troconis Guerrero, murieron muy temprano en el exilio.

Por supuesto, ni qué decir que, con la liquidación de su dirección política, el llamado «aparato especial» de AD (es decir la milicia armada que había intentado constituir después de 1948) también había sido liquidado. La dictadura parecía instalarse en forma vitalicia, y Betancourt destinado a tascar el freno sin muchas posibilidades de influir en el interior de Venezuela. Pero a su relativa impotencia si no inmovilidad van a contribuir otros factores,

amén del ya mencionado golpe de Batista en Cuba. En los Estados Unidos ha terminado la larga dominación del Partido Demócrata, y después de la X Conferencia Interamericana de Caracas en 1953, la administración republicana comienza a ver con muy buenos ojos a la dictadura de Pérez Jiménez.

Betancourt va a dedicar entonces la mayor parte de su tiempo a culminar un proyecto que acariciaba desde su exilio en Chile a principios de los años cuarenta: la edición de su *opus magnum*, que con el título de *Venezuela: política y petróleo* publicará en México en 1956 el Fondo de Cultura Económica.

Se trata, sobre todo, de un libro de historia: Betancourt ha regresado aquí también a sus querencias de juventud. Pero, pese a su título, no es –o no es sólo– un texto de historia económica. Sus capítulos iniciales hacen un recorrido por los regímenes de Castro y Gómez, López y Medina, poniendo es cierto el acento en la relación de todos ellos con el petróleo, pero sin descuidar sus desarrollos políticos. En particular, presenta allí su versión de la conjura del 18 de octubre, y una cierta autocrítica al reconocer, como se vio en capítulos anteriores, que no se trató de «una bravía insurgencia popular» sino de un golpe militar clásico.

A partir de ese momento, el libro se vuelve una defensa de su acción de gobierno, lo más detallada posible. Y también la batalla finalmente perdida por conservar el poder. Los capítulos finales se refieren a la acción del gobierno militar que sustituyó a Gallegos.

Como es lógico pensarlo, es un texto polémico, por el carácter del personaje que escribe, y de los hechos mismos que dividieron profundamente la sociedad venezolana. Pero no es un panfleto, una simple colección de adjetivos. Cada una de sus afirmaciones busca ser asentada sobre el dato preciso, la fuente confiable.

Costa Rica es un país apacible, que un lugar común calificó durante mucho tiempo de «la Suiza de América», disputándose el lugar con Uruguay. Pero para Betancourt no está exenta de peligros.

Como se ha dicho, está en el poder en Washington una administración republicana conservadora a más no poder, algunos de cuyos cuadros medios, y tal vez superiores, todavía no estaban muy convencidos de que Rómulo Betancout hubiese dejado de ser el peligroso agitador comunista de los años treinta.

ANTICOMUNISMO Y SUPERVIVENCIA

Y eso, pese a todos los esfuerzos de Betancourt por hacerles comprender lo contrario, llegando a los extremos que relata un despacho dirigido el 8 de julio de 1954 al Departamento de Estado por el primer secretario de la embajada de los EEUU en Costa Rica, Allen Stewart, donde se resumen tres conversaciones sostenidas con Betancourt los días 28 de junio, 5 y 7 de julio. En la primera de ellas, el diplomático le preguntó qué pensaba del derrocamiento de Arbenz en Guatemala «y él expresó su satisfacción, modificando su declaración al decir que si un régimen militar o un tipo reaccionario de gobierno se instalara, las condiciones no serían mejor que antes». Por otra parte, aclaró que el pronunciamiento de los miembros de AD en México a favor de Guatemala no tuvo su aprobación, y que 10 o 12 de los miembros responsables de esa declaración enfrentaban la expulsión del partido.

Para terminar, Betancourt le anuncia a Stewart su intención de ir pocos días después a solicitar su visa para los EEUU. Debe presentar, dice el diplomático, una declaración jurada sobre sus actividades anticomunistas desde 1936[2]. Para Betancourt, insistir en sus pronunciamientos anticomunistas y antisoviéticos ya no es sólo un problema de interés político y por llamarlo así, financiero, sino de simple supervivencia: necesita, a todo evento, obtener la visa de residente en los EEUU, cosa que no es nada seguro, como se lo demuestra un incidente del cual fue protagonista en una puerta de ingreso a los EEUU.

Está aquí atravesando un paso estrecho entre Caribdis y Scila: si no hace un claro e inambiguo retrato de sus actividades anticomunistas, no podrá obtener esa visa: la ley Mac Carran así lo impone a todo el que quiera residenciarse en territorio norteamericano (incluyendo Puerto Rico); pero a la vez, un hombre con su sentido de la historia sabe que pasar bajo esas «horcas caudinas» (para emplear una expresión muy de su gusto) le será reprochado en el futuro, manchando su biografía que siempre ha cuidado con tanto esmero.

Un dirigente político tan avezado encontrará entonces una vía para salirse por la tangente: entrega a las autoridades norteamericanas de inmigración el papel que ellos solicitan, pero no una autobiografía redactada *ad hoc*, sino que reproduce el texto de su polémica con Miguel Otero Silva en 1944, donde explica cómo y cuándo se alejó del comunismo[3].

Al fin, Betancourt puede abandonar el país centroamericano, para ir a refugiarse en la casa de otro de sus grandes amigos, en el Puerto Rico de Muñoz Marín[4]. De allí salta a New York, donde lo sorprenderá la caída de la dictadura. Dictadura que a partir del 2 de diciembre de 1952, se ha quitado la careta y ha entronizado, ya sin trabas ni tapujos, la dominación personal de Marcos Pérez Jiménez quien pronto alcanzará también el grado de general.

Son años sombríos para Betancourt y los suyos: su partido ha sido descabezado y desarticulado, y ni pensar en enviar desde fuera líderes para reorganizarlo. La dictadura parece no tener fin, y menos después de que, en diciembre de 1956, la guerra del Sinaí haya renovado el interés de los empresarios petroleros en Venezuela, y que gracias al otorgamiento de nuevas concesiones, le haya entrado un sustancial chorro de dólares al fisco.

«En Venezuela nadie está pensando en política, sino en hacer dinero», declaraba satisfecho a alguna revista extranjera Pedro Estrada, el jefe de la policía política. Esa parecía una verdad grande como un templo. La dictadura daba así inicio a un ambicioso plan

de obras públicas, entre las cuales destacaban, casi emblemáticos, la autopista Caracas-La Guaira, una de las mayores obras de la ingeniería mundial, el complejo habitacional «Dos de diciembre» (hoy «23 de enero») y el Hotel Humboldt en la cumbre del Ávila.

En la cúspide de su dominación, la dictadura no sospecha que ha comenzado su canto del cisne. Y mucho menos después de que en noviembre de 1957 organice un plebiscito para «reelegir» al general Pérez Jiménez, elección que, como era de esperarse, ganó con apenas una audaz manifestación de protesta de los estudiantes de la Universidad Central.

Antes de que el gobierno se decidiera a convocar el plebiscito, la menguada oposición comenzó a hacerse ilusiones sobre la posibilidad de lanzar un candidato unificado para oponerlo al gobierno. «Hablen con Caldera»,[5] fue la recomendación de Betancourt. Todo eso quedó en nada, y el triunfo de Pérez Jiménez, como todo el mundo lo esperaba, fue arrollador. El país se preparaba así para una larguísima dictadura, acaso una reedición de los 27 años de Gómez, con el agravante de que Pérez Jiménez había accedido al poder mucho más joven que aquél.

Pero la procesión andaba por dentro. A finales de año comienza a publicar sus manifiestos una «misteriosa»[6] Junta Patriótica. Al año siguiente se sabrá que la forman los cuatro partidos «históricos»: AD, COPEI, URD y el Partido Comunista. Y que entrarán en conversaciones con sectores militares después de que, el Primero de Enero de 1958, un pronunciamiento demuestre que la «unidad monolítica» de las Fuerzas Armadas es una mentira apenas del régimen.

La integración de la Junta Patriótica demuestra al menos una cosa: que la política de Betancourt buscando aislar a los comunistas ha fracasado. Pero lo peor no es eso, sino que los jóvenes que en la clandestinidad buscan rehacer la organización del partido, se han contaminado de marxismo-leninismo.

Tampoco podía él sospechar que aquel amargo momento de su biografía personal y de la historia de su partido sería el preludio de su mayor gloria, la que lo haría entrar en la historia como el político más influyente del siglo veinte venezolano.

Se dice que el derrumbe del zarismo en febrero de 1917 le cayó a los revolucionarios rusos «como una divina sorpresa». Otro tanto se puede decir del 23 de enero de 1958. Rafael Caldera sintetizó lo que todos ellos sentían al caer la dictadura: «Parece un sueño»[7].

El regreso

Algunas semanas después de la caída de la dictadura, Rómulo Betancourt regresa a Venezuela. Sabe que debe andarse con pies de plomo, para que nadie lo vaya a ver como la mosca en la sopa unitaria. En aquel momento, todo eran abrazos y reconciliaciones. Así, Betancourt lamenta que la muerte le haya impedido unirse en un abrazo también con el general Isaías Medina Angarita[8]; y hasta se abstiene de lanzar algún dardo a sus detestados rivales comunistas.

Pero eso no basta y la desconfianza que produce Betancourt viene envuelta en una lucha contra el sectarismo que llega a los extremos de seguir la corriente evitando hasta la sola mención de la palabra *partido* como no fuese en plural, y bajo la sombrilla de la Junta Patriótica. Es por eso que al ser Betancourt el primero que en su arenga al retornar a Venezuela se dirige a sus «compañeras y compañeros de partido», el primero en exaltar a sus mártires, en ir al cementerio a inclinarse ante sus tumbas; aquello pudo sonar, sobre todo en oídos militares, como algo muy cercano a una provocación: ¿No ven Uds. que el hombre, como los emigrados borbónicos de la Restauración, no ha olvidado nada ni aprendido nada?

Betancourt sabía que detrás de la cruz unitaria podía esconderse el diablo antipartidos. Porque no se trataba de una simple percepción sino de una campaña soterrada que merecía una respuesta.

Hay, por eso, en las primeras semanas de 1958, una buena cantidad de artículos y discursos destinados a defender la existencia del partido político como la viga maestra del tinglado político. Dentro de esa defensa, ocupa un sitio especial la inquietud por refutar la intención escondida tras la repetición del truismo según el cual en Venezuela la mayoría es independiente de partidos, y la militancia de éstos una minoría.

Los partidos a los cuales están dirigidos en primer lugar esos dardos son AD y el Partido Comunista. Éste por su *vocación* de partido único, aquel por su *situación* de tal entre 1945 y 1948: en esos años, cuando un elector hablaba «del partido», había un ochenta por ciento de posibilidades de que se estuviese refiriendo a Acción Democrática. En esa organización, antes que en cualquier otra, piensan quienes se quejan de los males del sectarismo y de la «partidización» de la sociedad, del canibalismo político.

Con toda la carga pasional que la palabra «comunismo» lleva consigo, con todo el peso de la todavía muy viva Guerra Fría, en 1958 el Partido Comunista mete mucho menos miedo que AD. Por eso, cuando el 7 de septiembre de 1958 una conjura (que sucedió a un mes de distancia a otra del Ministro de la Defensa general Jesús María Castro León) amenace al régimen provisional de Wolfgang Larrazábal, la multitud concentrada frente al Palacio Blanco pide que le hablen sus líderes. Lo hacen Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Gustavo Machado y el rector de la Universidad Central. Pero no Betancourt (en su nombre hablará Gonzalo Barrios), quien sí lo había hecho en El Silencio cuando la conspiración debelada de Castro León. Ni el más enconado de sus enemigos podría acusar de haberse acobardado a quien dará –ha dado ya– tantas muestras de arrojo personal. Pero la presencia en aquel balcón de Rómulo Betancourt no hubiese significado un peligro para él, sino para la estabilidad de un régimen que se buscada sustentar: un peligro para la democracia, como se decía en aquellos momentos.

Es que entonces se busca la paz, la tranquilidad civil, la ausencia de polémicas. Y el de Betancourt, como se ha dicho en otra parte del 18 de octubre, no es un nombre sino una incitación al desencadenamiento de las pasiones. Comprende entonces que debe buscar un *low profile*. No escribe en la prensa, y en lugar de permanecer en la capital, se dedica a una tarea que le es familiar. Recorrerá el interior de Venezuela, dando charlas de economía en la sede de las organizaciones empresariales, lo que le permite darse un aura de respetabilidad burguesa, quitarse de encima esa imagen de desmelenado revolucionario que sus enemigos siguen buscando crearle, sobre todo en el seno de las Fuerzas Armadas. Y por otra parte, se dedicará a la reconstrucción de su partido.

Esto último se dará en dos tiempos. Lo primero es arrancar la dirección de las manos de los jóvenes radicales que cada vez se tiñen más de rojo. Convoca a una conferencia donde logra aislarlos sin que rueden cabezas ni la sangre llegue al río. Betancourt no tiene empacho en reconocer los méritos de los jóvenes izquierdistas que han dirigido su partido en los últimos meses. Su discurso está lleno de flores para ellos:

> **...hoy como nunca existe una férrea unidad interna en Acción Democrática (aplausos prolongados) y una profunda compenetración anímica e ideológica entre su dirección y su militancia (ovación). Las hermosas y conmovedoras palabras del compañero Sáez Mérida, actual Secretario General del Partido, a quien vine a conocer personalmente en la escalerilla del avión cuando regresaba del exilio, están revelando cómo se ha realiado el ensamblaje entre las viejas generaciones de AD y los pinos nuevos, formados en la lucha de la resistencia (prolongados aplausos)[9].**

Lo otro es el restablecimiento de contactos personales con los cuadros y militantes del partido Venezuela adentro. A la vez,

se opone firme pero no públicamente a la idea, motorizada en primer lugar por los comunistas, de lanzar un candidato único e independiente a las elecciones para la Presidencia de la República (en líneas generales, se estaba haciendo un retrato hablado de Wolfgang Larrazábal). «Único sólo Dios» es una frase que entonces se puso en labios de Betancourt, pero que lleva el sello inconfundible de su estilo.

Si estaba en contra de un candidato único, ¿quién podía ser el favorito del partido? Desde entonces, se vio todo eso como una maniobra maquiavélica de Betancourt para imponer su propia candidatura. Puede ser verdad o forma parte de la mitología antibetancurista: sobre eso se podría estar discutiendo hasta la consumación de los siglos, como sucede siempre que se intenta un proceso de intenciones. Hoy esa resulta una discusión puramente académica, porque el resultado fue el mismo: Rómulo Betancourt fue candidato de su partido a las elecciones, pese a que los jóvenes batallaron inútilmente para imponer un candidato independiente proponiendo algunos nombres que le resultaban simpáticos al partido: Rafael Pizani, Carlos Morales. Pena perdida: la base del partido quería ir a la campaña con su líder indiscutido.

PUNTO FIJO

Pero Betancourt estaba de acuerdo con lo que todo el mundo decía: que un régimen sectario y monocolor en las circunstancias de 1958 llevaría rápidamente a un nuevo 24 de noviembre. Propone entonces, y su proposición es aceptada, uno de los pactos más inteligentes, importantes y duraderos de toda su carrera política y de toda la historia de Venezuela: el Pacto de Punto Fijo[10].

Una foto tomada en New York al día siguiente de la caída de la dictadura, donde Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba y Rafael Caldera brindaban por el suceso, llevó a creer que ese Pacto se había

discutido y prácticamente firmado allí. Es lógico pensar que al reunirse esos tres personajes, y para celebrar tal acontecimiento, no iban a hablar de cocina, de moda o deportes. Allí pueden haberse cruzado algunas ideas que varios meses más tarde fueran estampadas en el Pacto. Pero en verdad, el hecho de que se haya firmado en octubre de 1958 tiene un significado particular: porque hacía poco, recordemos, se había producido una nueva intentona golpista, y ya se había enterrado la ilusión de un candidato único a la Presidencia de la República.

Lo primero indicaba dos cosas: por una parte, que los peligros que habían hecho naufragar el régimen de Gallegos en 1948 se encontraban presentes y actuantes. En otras palabras, que si bien se había apoyado el derrocamiento de Pérez Jiménez, en las Fuerzas Armadas no había unanimidad en cuanto a lo que debía sucederle. Y que la prédica anti-partidos de la dictadura había echado raíces en la institución armada. Por otra parte, que existía en la calle una voluntad casi suicida de defender la democracia recién conquistada; lo cual quería decir que los planteamientos comunes que venían haciendo esos partidos, por encima de sus diferencias circunstanciales, tenían, como no se dejó de decir en la retórica de la época, «calor de pueblo». En cuanto a lo segundo, al perfilarse ya la posibilidad de una campaña electoral con tres candidatos, y de partidos que se habían opuesto tan fieramente diez años antes, hacía planear sobre el escenario político la sombra del viejo sectarismo, del canibalismo político, de la «guerra sucia».

En esas condiciones, el Pacto de Punto Fijo debe analizarse desde la perspectiva del corto, mediano y largo plazo. En cuanto a lo primero, se trataba de presentar un frente único, y lo más inconmovible posible, contra el golpismo. En aquel momento nadie se atrevía a plantearlo en esos términos, pero se trataba de presentar un frente único civil frente a la amenaza militar. Para verlo en positivo, se proponía el sometimiento del poder militar al poder civil. Esta

fue una finalidad inmediata cumplida a cabalidad, y si bien lo era a corto plazo, ha sido el más duradero: esa será la realidad durante los próximos cuarenta años.

El segundo objetivo, el de mediano plazo, estaba destinado a impedir que se reavivara el viejo sectarismo suicida una vez conocido el resultado de las elecciones, y a impedir la «guerra sucia» durante la campaña. También, a prevenir la aplicación del *spoils system*, o sea el copamiento de toda la administración pública por la militancia del partido vencedor. Porque de acuerdo al pacto, no habría un vencedor, sino tres: el Presidente Electo se comprometía a formar un gobierno de unidad nacional, lo cual se tradujo en una coalición con sus dos co-firmantes.

Esto último duró bien poco. En 1960, con motivo de la ruptura con Cuba y su condena por la OEA, la URD de Jóvito Villalba se retiró de la coalición, aunque continuaba apoyando la institucionalidad y firmó la Constitución de 1961. En adelante, y hasta el final del gobierno de Betancourt, la alianza se redujo a los dos partidos «octubristas», AD y Copei. La coalición fue conocida popularmente como la «guanábana» (verde por fuera y blanca por dentro), lo que aludía por una parte a los colores electorales de ambos partidos, pero encerraba también su punta crítica hacia Copei, que según los adversarios del régimen, aparecía cubriendo con su presencia lo que en realidad era un gobierno de AD.

La parte más importante, y la que conservará su vigencia por más tiempo, aparte de la ya señalada del primado del poder civil sobre el militar, contiene lo que había venido proponiéndose desde 1936, convirtiendo en problemas de Estado, y no solamente de gobierno, la decisión de convertir a Venezuela en un país moderno con instituciones fuertes, elecciones libres, desarrollo económico basado en una fuerte intervención estatal y ese «estado social armónico» que se venía proclamando desde 1928, con el acento puesto en la educación, la salud pública y la seguridad social.

Esto no está precisado en esa forma en el Pacto, sino que allí mismo se dice que será objeto de un protocolo aparte. Pero desde ya, el Pacto establece un límite para la disidencia: los partidos signatarios se comprometen a excluir de sus programas puntos contrarios a los comunes del programa mínimo y en todo caso, a que la discusión pública de los puntos no comunes se mantenga dentro de los límites de la tolerancia y del mutuo respeto. Es lícito suponer que al redactar esta cláusula, se tuviese en mente el punto de mayor fricción durante el trienio: la educación.

El pacto fue firmado en ese orden, por Jóvito Villalba, Ignacio Luis Arcaya y Manuel López Rivas, en representación de Unión Republicana Democrática; Rafael Caldera, Pedro del Corral y Lorenzo Fernández, por el Partido Socialcristiano Copei; Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Gonzalo Barrios por Acción Democrática.

Hay dos cosas más a destacar en cuanto a ese pacto. El primero es la exclusión del Partido Comunista, que sin embargo formaba parte y muy importante de la Junta Patriótica que tanto había contribuido al derrocamiento de la dictadura. Y no parece que se le pudiese incluir entre las organizaciones llamadas, al final del documento, a adherirse o a manifestar su acuerdo con el mismo.

El otro aspecto es que se trata de uno de los pocos pactos que en la historia de Venezuela haya sido respetado a cabalidad por sus firmantes, incluso cuando URD se retiró de la coalición en 1960. En todo caso, lo fue con bastante escrupulosidad durante la campaña electoral, y en los dos primeros años del nuevo gobierno. Hay que precisar que, en el documento, se decía que el hecho de lanzar cada partido su propio candidato no contrariaba la tónica unitaria del pacto, y que los votos que obtuviese cada partido o candidato por separado, se sumarían para ser considerados el apoyo electoral del gobierno de unidad nacional. En verdad, esa cláusula se limitaba a hacer de necesidad virtud: ya cada uno de los partidos firmantes se había decidido a lanzar su propio candidato.

Ellos fueron Rómulo Betancourt por AD; Rafael Caldera por Copei; y Wolfgang Larrazábal por URD, con el apoyo externo del Partido Comunista. En el primer caso, Betancourt había actuado con suma discreción, evitando que se le pudiese acusar de haber impuesto su candidatura. Pero, una vez que Gallegos, desde enero de 1958 dijo que no quería repetir en la candidatura y en la Presidencia; y una vez descartada también la opción de un candidato extrapartido, no quedaba otro nombre que el de quien era *in pectore* y a veces a plena voz, el candidato de las bases del partido. Igual cosa sucedía en Copei, con el aditamento de que ese partido nunca había coqueteado, ni entonces ni después, con una candidatura que no fuese la suya propia y por supuesto, la del indiscutible e indiscutido Rafael Caldera: «Copei es la solución», había sido su consigna en 1952; otro tanto parecía serlo ahora. Finalmente, en lugar de lanzar la candidatura de su líder Jóvito Villalba, URD optó por hacerlo con el Contraalmirante Wolfgang Larrazábal, Presidente de la Junta de Gobierno y el ídolo de las barriadas caraqueñas. Muchos vieron, no sin razón, en esta escogencia una táctica para inflar la cauda electoral del partido; táctica por lo demás que resultó muy exitosa, si bien no para el candidato.

Con la disidencia militar aplastada en principio el 7 de septiembre, con los partidos ya reorganizados y recuperados de los golpes de la dictadura, la campaña electoral podía arrancar. Wolfgang Larrazábal la comenzó con un gesto inédito en la historia venezolana: renunció a la Presidencia de la Junta de Gobierno para lanzarse a la justa comicial en igualdad de condiciones con sus adversarios.

En general, y pese a que le apoyaba el Partido Comunista, el más doctrinario de todos los partidos, la campaña de este candidato apostó sobre todo a su personalidad o mejor dicho, al fanatismo de los sectores populares caraqueños, enamoriscados de «Guolfan», el simpático y buen mozo contraalmirante.

Es cierto que los líderes y candidatos de los partidos de «Punto Fijo» cumplieron al pie de la letra su compromiso de no agredirse

personalmente; pero eso no quiere decir que, abajo, ese compromiso fuese cumplido a cabalidad. Si por una parte se hacía correr el rumor de que, en caso de ganar, los militares no dejarían que Betancourt se encargase; los partidarios de Betancourt ripostaban difundiendo entre los campesinos una foto donde Larrazábal y Pérez Jiménez aparecían abrazados como grandes amigos (como era lógico entre un jerarca militar y su comandante en jefe).

Caldera, por su parte, ponía el acento sobre la «confianza» lo cual podía interpretarse a la vez como un guiño a los inversionistas y una alusión velada tanto a los adecos cuya retórica revolucionaria los había llevado al abismo y a Larrazábal que contaba con el nada confiable apoyo de los comunistas.

La campaña de Betancourt respondió a eso apelando al antiguo reflejo machista: «Contra el miedo, vota blanco». En general, los analistas independientes daban casi por descontado el triunfo de Larrazábal, pero en verdad se dejaban llevar por una impresión «caraqueña» del asunto (todavía no existía la moda de los sondeos). Betancourt no se dejó desanimar, porque sabía dónde estaba su base de poder: en la provincia, sobre todo entre los campesinos que le agradecían haberles dado el voto y haberlos también gratificado con generosos créditos durante el trienio de octubre.

De todas formas, para quienes veían las cosas desde su mirador caraqueño, el resultado final cayó como una bomba: mientras Larrazábal arrollaba en Caracas, el triunfo de Betancourt en provincia fue igual de abrumador. Le sacó trescientos mil votos de ventaja a su más cercano contendor, y obtuvo, en cifras relativas y absolutas, la más alta votación que candidato alguno hubiese obtenido en toda la historia de Venezuela[11]. Los barrios caraqueños se echaron a la calle para manifestar su rabia y su decepción y se intentó asaltar y quemar algunos locales de Acción Democrática. En un gesto también de inhabitual gallardía, Larrazábal llamó a sus partidarios a reconocer el triunfo de Betancourt.

Pese al asueto navideño, las semanas transcurridas entre las elecciones y la transmisión de mando no fueron nada tranquilas. Para colmo de males, el primero de enero de 1959 triunfa en Cuba la revolución y 23 días más tarde Fidel Castro es recibido en triunfo en Caracas. Los adversarios de Betancourt aprovechan para manifestar su aborrecimiento del presidente electo; y la retórica antimilitarista de Castro y de los suyos no hace mucho para apaciguar los ánimos. Betancourt comenzará a gobernar entonces en medio de perspectivas nada auspiciosas. Pero la travesía del desierto ha terminado, aún si lo que le espera en Canaán no son precisamente ríos de leche y miel.

Notas

1 Rómulo Betancourt, Conversación secreta con el embajador norteamericano Walter J. Donelly en la Embajada de Colombia, el 15/12/48, *loc. cit.*

2 «Allen Stewart to Secretary of State». USA National Archives and Public Administration, 731.00 /7-54. Citado por Alfredo Angulo Rivas en su disertación doctoral inédita «Gobierno y Fuerzas Armadas (Crónica política de una época 1948-1958), 1999.

3 «Memorándum para Mr. Terence Stocken». *ARB*, T. XXII, Doc. 276. El texto íntegro de la polémica en Manuel Caballero (Compilador), *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela.* Caracas, Contraloría General de la República, 1999, pp. 321-354.

4 «Salí de Costa Rica, por propia decisión y en contra del deseo del Presidente Figueres. Era mucha la presión que ejercían los dictadores del Caribe, por mi presencia allí». Betancourt a Thomas Mann, 11/10/54, *ARB*, T. XXV, Doc. 12.

5 Entrevista con Rafael Caldera el 22 de junio de 1995. Betancourt no se limitó a esa recomendación sino que escribió al propio Caldera. «Carta de Rómulo Betancourt a Rafael Caldera». *ARB*, T. XXXI, Doc. 164. Esa carta nunca llegó a Caldera, al parecer por error del emisario.

6 La expresión es del Ministro del Interior, Laureano Vallenilla, el hijo del ideólogo de Gómez Guillermo García Ponce y Francisco Camacho Barrios, *Diario de la Resistencia y de la Dictadura.* Caracas, Centauro 1982, p. 297.

7 Cf. mi *Las Venezuelas del siglo veinte*, Caracas, Grijalbo, 1988, p. 163.

8 *El Nacional*, 10/02/1958, p. 12.

9 *AD*, órgano central del partido Acción Democrática, mayo de 1958, Nº 1, s/n (p. 5). A partir del momento en que, más tarde, AD decide lanzar la candidatura de Betancourt, el partido se muestra unificado y los jóvenes izquierdistas participan con entusiasmo en la campaña electoral.

10 El texto completo del Pacto en *Documentos que hicieron historia.* Caracas, Presidencia de la República, 1960, T. II, pp. 443-449.

11 Roberto Chang Mota, *Sistemas y cifras de las elecciones venezolanas desde 1958.* Caracas, Consejo Supremo Electoral, 1983, p. 109.

XVI. ENTRE LA ESPADA Y EL PAREDÓN

A lo largo de 1959, Betancourt deberá hacer un despliegue de habilidad política como acaso nunca antes: el maquiaveliano, el hombre de poder, se muestra aquí en todo su esplendor. No hacerlo sería suicida, porque está rodeado de enemigos. Él, como ningún otro líder, encarna al partido político, *es* la política: cosa que una propaganda pertinaz ha demonizado *ad nauseam* durante los diez años de la dictadura.

Al tomar posesión como Presidente Constitucional de Venezuela el 13 de febrero de 1959 no precisa de dotes adivinatorias para saber que si su poder era muy frágil en octubre de 1945, en esta oportunidad acaso no lo es menos.

La derecha en los cuarteles

En el campo militar, se lo demostrarán las conspiraciones que deberá debelar hasta que, en 1962, los cuarteles se aquieten gracias al temor de un alzamiento comunista. Es a esto que deberá atender en primer lugar: como suele repetirlo, Betancourt está consciente de que durante los diez años de gobierno militar la propaganda del régimen se ha centrado en su contra, y de la supuesta voluntad de su partido de suprimir el ejército profesional y sustituirlo por milicias populares. Si bien los «arsenales» mostrados en 1948 (algún

revólver, una granada, unas pocas escopetas) no daban mucha carne, en el supuesto de que fuese cierta su existencia, para alimentar esa leyenda, siempre había la posibilidad de recurrir a los ejemplos dados por los «partidos hermanos» de AD en Costa Rica (supresión del ejército) y en Bolivia (creación de milicias populares).

Como lo testimoniara un altísimo oficial de la Armada, Betancourt debió hacer frente a no menos de veinte conspiraciones, la mayoría de las cuales fueron simples abrebocas («pasapalos»), y dos «banquetes»: las insurrecciones de Carúpano y Puerto Cabello[1]. Tal vez no sea muy certero calificar así a las otras intentonas: una de las primeras será la más peligrosa, porque el régimen no está todavía consolidado, en el terreno civil y mucho menos en el militar.

La invasión del general Jesús María Castro León por el Táchira en abril de 1960 debía coincidir con un alzamiento militar, y el Ejército estaba en efecto dividido. Eso se combinaba con una crisis política cuyas consecuencias eran imprevisibles: la división de Acción Democrática que daría origen al MIR. Años después de haber finalizado su mandato, Betancourt confiaba a un grupo del recién formado MAS, que ese había sido el momento más peligroso para su gobierno[2]. Tanto lo era que abandonó su lenguaje y su actitud moderados de Presidente Constitucional para regresar a los modos discursivos del trienio octubrista: amenazó a los conspiradores con apelar a ese pueblo que en 1958, con las manos desnudas, se había lanzado al asalto de un cuartel insurrecto.

La sublevación fue debelada, y le permitió a Betancourt desorganizar una red conspirativa que se había puesto en evidencia. No sería la única. Por lo demás, tampoco ella se quedó tranquila con el fracaso de Castro León. Ésta fue la primera de las sublevaciones de la derecha militar. Esto último no está muy lejos del pleonasmo: se puede decir que todos los levantamientos militares contra Betancourt provendrán de allí, sin exceptuar la de Puerto Cabello e incluso la más izquierdista de todas, la de Carúpano. Por eso, al examinar los

levantamientos que Betancourt debió enfrentar, no es demasiado arbitrario clasificarlos en dos grupos: los militares, en mayoría de derechas, y los civiles, en mayoría de izquierdas.

El pronunciamiento de Castro León será el primero, casi se podría decir de confeso derechismo: no hay que olvidar que siendo Ministro de la Defensa en 1958, había armado una conspiración para derrocar a Wolfgang Larrazábal, o en todo caso, para hacerle torcer el rumbo de su política dándole un sesgo militarista y represivo, contra los partidos políticos. El alzamiento no sólo fue debelado con rapidez, sino que se inició una persecución del propio Castro León por todo el Estado Táchira, hasta que un campesino, quien más tarde se confesó miembro de Copei, lo detuvo y lo entregó a las autoridades.

La segunda de esas sublevaciones, también derechista y sobre todo anticomunista, se produjo en Barcelona (de allí su remoquete de «barcelonazo»). En esa conspiración, además del elemento militar, estuvieron comprometidos algunos militantes de base de URD, feroces enemigos de AD que no lograban asimilar que su propio partido le fuese aliado. De ellos partió la conseja de «fusilamientos» a los rendidos, lo cual parece haber sido una leyenda[3].

En orden cronológico, el tercero de esos movimientos, no llegó a ser propiamente tal: es lo que se llamó «el guairazo». En él sí hubo participación de unos dos a tres centenares de miembros de la Juventud Comunista. Los jóvenes liceístas se presentaron en los alrededores de un cuartel en La Guaira, donde les habían anunciado un alzamiento, a reclamar armas para avanzar sobre Caracas. De haberlas obtenido, aquello hubiera sido una inútil masacre, pues es fácil adivinar que aquellos muchachos no tenían experiencia alguna en su manejo[4].

Más que por la importancia misma de ese movimiento, que, como se ha dicho, no llegó a cuajar, lo hizo muy famoso una frase de Betancourt. Al comentar el suceso, advirtió que quienes intenta-

ran entrar a la fuerza en un cuartel, no serían recibidos con *confetti*, sino con plomo, y que en tal caso, los soldados estaban listos para «disparar primero y averiguar después».

Se impone aquí un análisis más detallado de esa frase, acaso la más citada contra Betancourt, para hacerlo aparecer como un «bebedor de sangre» o algo por el estilo. Él mismo se dio cuenta del error cometido al pronunciarla, no sólo suprimiéndola de la versión escrita del discurso, sino negándola mucho tiempo después. La frase no sólo fue pronunciada, sino que en las circunstancias en que lo hizo, ella pierde mucho de su ferocidad[5]. En primer lugar, fue dicha *después de que el hecho se había producido,* y los muchachos no habían sido recibidos con plomo, ni se les había disparado antes de averiguar quiénes eran. Era sobre todo una advertencia para que, habiendo salido tan bien librados una primera vez, no se les ocurriese repetir la hazaña. También es cierto que esa frase puede interpretarse como un velado reproche a los oficiales de la base que, lo demostrarán los hechos posteriores, andaban en conspiraciones y casi habían recibido a los jóvenes comunistas con *confetti* si no con flores.

Pero el hecho permanece: esa frase fue pronunciada y es imposible no considerarla como uno de sus más gruesos errores políticos. En primer lugar, en un país con las tradiciones represivas de Venezuela, ella podía ser tomada como un cheque en blanco para una policía a la cual eso no le hacía falta. Por otra parte, un hombre de la sagacidad de Betancourt no podía ignorar que eso era un regalo a sus peores enemigos, quienes lo recibieron como tal, aislando la frase de su contexto y empleándola con sistemáticos persistencia y éxito. Hay un elemento más, que no es la primera vez que sucede: la repetición insistente de la frase por sus enemigos de la izquierda, podía hacer, como en efecto, que sus propios partidarios civiles y militares la tomasen al pie de la letra, con las consecuencias previsibles.

Después viene la insurrección de la base naval de Carúpano el 4 de mayo. Aquí es donde fue más perceptible la influencia comunista en los oficiales alzados; pero tampoco es cosa de exagerarla: no sólo había entre ellos mucha confusión ideológica, sino sobre todo una gran impaciencia por alzarse; lo que les hizo prestar oídos a algunos dirigentes comunistas y del recién formado MIR quienes los incitaron a sublevarse para ser «la chispa que incendiara la pradera»[6].

Se ha llegado a calcular que en todo y por todo, se produjeron unas dieciséis bajas. Allí fueron apresados Eloy Torres y José Vicente Abreu, dirigentes comunistas, mientras que Simón Sáez Mérida logró escapar. Pocas horas después, en presencia nuestra, relató a un grupo de reporteros, sin advertirles que no debían divulgarlas, las circunstancias de su fuga.

En el siguiente levantamiento, el llamado «porteñazo», hubo también una cierta participación comunista, sobre todo civil. Pero aunque el PC reivindicó luego esa acción como suya, Manuel Quijada, dirigente civil del movimiento, lo cree abusivo. Él considera, por el contrario, que se trató de un golpe heterogéneo, pero donde la derecha tenía la fuerza determinante, incluso en el directorio que se formó para dirigir la insurrección y dado el caso, gobernar[7]. La sublevación fue sangrienta: se peleó durante varias horas y se calcula que hubo entre tres y cuatrocientos muertos. Betancourt se mostró inflexible en su exigencia de rendición incondicional. Pero además, extrajo de aquella victoria de sus armas un beneficio político suplementario: pudo acusar a unos comunistas que no sólo no lo negaban, sino que se jactaban de ello, de haber promovido el golpe. Todo lo cual le permitió compactar detrás de su gobierno a la mayoría de unas fuerzas armadas aterrorizadas ante la posibilidad del triunfo de un alzamiento comunista.

En 1962, se unen así pues diversos sectores militares, algunos de verdad influidos por la doctrina comunista, otros que habían participado en las conspiraciones «reaccionarias» de 1958 y 1960, finalmente algunos de los habituales pescadores en río revuelto.

Sus propios protagonistas han visto esto como un error garrafal de la izquierda, sobre todo la segunda de esas insurrecciones, cuando ya había sido debelada la primera y convenía guardar la pólvora seca. Pero tal vez a la izquierda no le quedaba otro camino: la situación no dejaba de tener muchísimos puntos de coincidencia con la conspiración del 18 de octubre de 1945, y la izquierda calcó su actitud sobre la de Betancourt en aquel entonces. Es decir, argumentar que si no participaba en la aventura, ella se produciría de todas formas: y como había entre los oficiales insurrectos una cantidad no determinada pero real de oficiales marxistas, lo mejor era lanzarse con ellos, para reproducir una nueva «revolución de octubre» pero esta vez leninista de verdad. Y, como suele suceder en estos procesos, una vez que comienzan a sonar las descargas de fusilería, el ala extremista del movimiento suele arrastrar a la moderada hacia las aventuras más descabelladas. En todo caso, no es ocioso repetir que la participación comunista en ambas insurrecciones se revelará como una bendición para la política de Betancourt. Más adelante veremos cómo lo será en el terreno civil, como elemento para resolver la crisis política. Pero en el militar, le servirá para proceder a la «depuración» que los más radicales le pedían desde 1959, pero, ironías de la historia, en su contra. Y por otra parte, el grueso de las fuerzas armadas terminó apoyando a Betancourt: la alternativa, podía argüir el Presidente, era el comunismo en el poder. Sea como sea, en 1962 se cierra, por los próximos treinta años, un ciclo de intranquilidad militar que había comenzado en 1945: el Presidente vencedor parecía haber devuelto al corral el toro que él mismo había soltado en 1945.

El atentado

Betancourt siempre despertaba reacciones viscerales entre sus adversarios políticos, y ello se notaba sobre todo en su enfrentamiento con la extrema izquierda: se disputaban el mismo terreno,

peleaban en el mismo escenario social y político. Sin embargo, no provendrá de la izquierda la mayor explosión de odio en su contra, sino de la derecha. Y muy particularmente, de alguien a quien no es un simple juego de palabras llamar «tiranosaurio»: el dictador Trujillo de la República Dominicana.

En la mañana del 24 de junio de 1960, cuando se dirigía a presidir un desfile militar, una poderosa bomba estalla al paso de su automóvil. El Presidente, quien había previsto que eso ocurriría alguna vez[8], se sobrepone a sus horribles quemaduras con un coraje físico admirable, ordena que se le conduzca al Hospital Universitario para las primeras curas y acto seguido, que se le traslade al Palacio de Miraflores, adonde llegó a las 9.45 de la noche del mismo día, y a las 12.20 recibió a los periodistas[9]. Desde allí, pocas horas después del atentado, se dirige por radio a la nación: el timonel, dice, ha de estar al gobernalle de su nave[10]. El propio Betancourt relató su experiencia en los siguientes términos:

> **En la avenida de Los Próceres, a las 8 y 20 am, estalló una poderosa explosión que lanzó el automóvil nuestro fuera de la vía y lo convirtió en una masa de hierro y fuego [...] por entre la cortina de fuego que nos rodeaba y nos lamía, alcanzamos escapar con vida el Ministro de la Defensa, su esposa y yo, los tres con quemaduras generalizadas de primero y segundo grados [...]**
> **Desde el hospital [...] adonde me habían hecho curas de urgencia y después de haberle descubierto a la vida una dimensión nueva, animal sano como siempre había sido, la del dolor físico, me hice trasladar a Miraflores [...] en una camilla, ambas manos como guindajos de carne quemada; la cara deforme; escasa la visión; oyendo poco [...]**
> **Le había pedido a mis médicos [...] que buscaran la forma de contrarrestarme los efectos de la morfina y otros sedantes. Necesitaba llegar alerta, lúcido a Miraflores [...] Esa misma mañana**

[...] hice el esfuerzo laborioso de grabar un mensaje al país, para ser radiado. El labio superior tenía una herida y al modular las palabras sentía un dolor agudo. El mensaje pudo salir al aire, sin embargo[11].

El repudio nacional al atentado le dará un respiro: se organiza una cacería humana de grandes proporciones para capturar a los autores del frustrado magnicidio. En ella no participan sólo los cuerpos de seguridad del Estado, sino que se organiza una verdadera batida popular.

Con esta explosión de odio demencial en su contra, Betancourt logró yugular la conspiración derechista. No quiso quedarse en esa batalla triunfal: para ganar la guerra era necesario cegar la fuente del terrorismo y la conspiración. Es así como logra que la OEA condene por unanimidad al dictador Trujillo[12]. Pocos meses más tarde, un atentado (en el cual la mano de la CIA no tratará siquiera de esconderse) finalizará la vida del dictador dominicano[13]. Pero los afanes de Betancourt apenas comienzan con esta primera victoria sobre la conspiración militar: la tregua será cortísima porque el país se debate en medio de una crisis tanto política como económica; esta última sirviendo de combustible a la primera. Será por el lado izquierdo que renacerá la conjura cuartelaria, la cual se podía pensar liquidada con el magnicidio frustrado de 1960. Pero ella seguía su curso, alimentada por la crisis política.

En el campo civil, el peligro mayor al gobierno de Betancourt vendrá igualmente por el lado izquierdo, si no por su poder real, porque le limitaba las posibilidades de canalizar el entusiasmo juvenil hacia el desarrollo de una política reformista.

Mientras el bajo pueblo caraqueño continuaba rumiando su despecho por la derrota electoral de su ídolo, Wolfgang Larrazábal, los estudiantes se encendían al calor de la revolución cubana, y el sector radical de Acción Democrática monta tienda aparte en abril

de 1960: pocos meses después estará llamando a la insurrección contra el gobierno[14].

Como se ha visto antes, los jóvenes que llegaron a controlar la dirección clandestina del partido, así como la organización juvenil, se habían contaminado de tal forma del marxismo leninista, que por momentos (y con la sola excepción de la campaña electoral, cuando se sometieron a la mayoría y apoyaron a Betancourt) su lenguaje se hacía indistinguible del de los militantes comunistas. En principio, a causa de su joven edad, no poseían un líder con peso suficiente para oponerlo a la «vieja guardia» del partido. Pero se les unió Domingo Alberto Rangel, que en los años cuarenta había sido el admirado «benjamín» del partido, orador de una fluidez tan torrencial como su pluma, con un estilo calcado del Betancourt joven. Le seguía en orden de importancia Simón Sáez Mérida y luego, Gumersindo Rodríguez y el poeta Rafael José Muñoz, así como varios líderes universitarios entre los cuales sobresalían Américo Martín y Moisés Moleiro.

La existencia del ala izquierda de AD es anterior al triunfo de la Revolución Cubana, pero esto le imprimió un dinamismo particular y sobre todo, la hizo pasar con gran velocidad de la idea de una lucha pacífica y la conquista de la mayoría al interior del partido, a una disidencia abierta y la escogencia acelerada del camino insurreccional.

La chispa que provocó el estallido fue un punto de política extranjera, pero no la situación cubana, al menos en apariencia, sino los duros ataques que desde la izquierda del partido, comenzaron a hacerse a la dirección del APRA peruano, que se enfrentaba a una disidencia parecida. Era bastante evidente que se trataba de un «tiro por mampuesto» a la dirección del «partido hermano» venezolano. Ésta decide precipitar los acontecimientos pasando al Tribunal Disciplinario a Domingo Alberto Rangel y varios dirigentes universitarios, entre ellos Américo Martín[15].

La izquierda lo toma como un ataque frontal contra toda ella, y planta tienda aparte, en una organización que primero se llamó «Acción Democrática de Izquierda» y más tarde, luego de su primer congreso, Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Causó cierta sorpresa que se les uniera un dirigente al que no se le conocían esas tendencias, Jorge Dáger. Logró el apoyo de la casi totalidad de los militantes estudiantiles y de algunos dirigentes sindicales. El nuevo partido se echó a la calle con un mitin en la ciudad de Maracaibo, rematando luego la faena con otro muy concurrido en el Nuevo Circo de Caracas.

Casi en los mismos días de esta división de AD, como se ha visto, se producía la sublevación derechista de Castro León. Los dirigentes del nuevo partido no podían apoyarla, y se manifestaron en su contra, aunque exagerando sus alcances y pidiendo por allí mismo la «depuración» del ejército, elemento muy irritante para Betancourt.

La izquierda toma las armas

Desde el mismo momento de la división, y mucho más después de haberse convertido en el MIR, los jóvenes líderes se comprometieron en una apasionada defensa de la Revolución Cubana, y viajaban con frecuencia a la isla. Vivieron muy de cerca, pues, el proceso de radicalización del fidelismo. Sobre todo después del suceso de Playa Girón, cuando los jefes cubanos perdieron toda ilusión respecto a la solidaridad de los restantes gobiernos de América Latina y se declararon marxistas leninistas, los disidentes de AD comenzaron a recibir consejos, entrenamiento y fondos cubanos para lanzarse a la lucha armada[16]. Pero las cosas no estaban todavía a punto: aunque existían ya algunos pequeños grupos dispuestos a seguir el ejemplo de «los doce» del *Granma*, todavía el gobierno de Betancourt no había enfrentado cuestionamientos serios desde

la izquierda, conservaba mucho de su popularidad y un partido muy poderoso. Faltaban tres elementos: un enfrentamiento serio y violento en la calle, una nueva división de AD y sobre todo, la posición del Partido Comunista, al cual el nuevo MIR se había ligado de cerca. Esto último se precisó a mediados de 1961, cuando en el III Congreso del Partido triunfó la tendencia insurreccional y se declaró elípticamente que la vía venezolana hacia la revolución «no podía ser pacífica».

Los comunistas presentaron su nueva política como una respuesta a la política represiva de Betancourt, a sus provocaciones. Esto desde la aprobación del Pacto de Punto Fijo, aquello desde el 4 de agosto de 1959. Ese día, una manifestación de desempleados (que la oposición presentó luego como «pacífica») fue disuelta con saldo sangriento[17]. Los muertos que toda insurrección necesita para encender las pasiones y lanzarse al fuego, estaban servidos. Pero aun si eso no se hubiese producido, la política insurreccional estaba ya decidida: la idea de la extrema izquierda de buscar el poder por medio de la lucha armada era una tendencia continental, y los venezolanos, que tenían detrás suyo la victoria en los combates de calle para derrocar la dictadura de Pérez Jiménez, no querían llegar de últimos al banquete revolucionario.

Tres razones al menos tuvo la izquierda, y en particular los comunistas, para correr el albur de la lucha armada. La primera es esa señalada en el párrafo anterior: la «culpa» que sintieron al ver a los barbudos combatientes de la Sierra Maestra entrar en triunfo a La Habana, y un mes después, ser recibidos como héroes en Caracas: «nosotros también hubiésemos podido» era el sentimiento generalizado entre quienes acababan de ser aplastados en las urnas electorales a un año apenas de aquellas victoriosas jornadas del 21, 22 y 23 de enero de 1958.

La segunda razón, también psicológica más que política, era el temor de los comunistas de repetir el error de sus camaradas cuba-

nos, que sólo a última hora se subieron al carro del vencedor, siendo más tarde absorbidos por el movimiento fidelista, con la anuencia complacida de la Unión Soviética, a la cual le había caído del cielo el regalo de un aliado en las mismas narices de los Estados Unidos. Era el temor de verse desbordados por los grupos de aventureros que habían comenzado a alzarse en armas para forzarle la mano al partido, buscando repetir paso por paso la trayectoria de Fidel Castro y su puñado de combatientes de la Sierra Maestra. Peor aún, entre los más entusiastas por tomar la vía revolucionaria armada estaban los militantes del recién formado MIR. El temor a ser «satelizados» jugó un papel de importancia en la decisión mayoritaria del III Congreso del PC en 1961.

La tercera razón, como se ha visto, es la presión militar. Los oficiales, generalmente de pensamiento nada izquierdista, por decir lo menos, estaban dispuestos a alzarse contra el gobierno de Betancourt, hallasen o no apoyo civil. Así, cuando los partidos de izquierda deciden crear las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), en típica actitud confusionista, ponen a su cabeza al coronel Juan de Dios Moncada Vidal, que hasta entonces era conocido más bien como hombre de derechas. No es de creer que los dirigentes comunistas se fuesen a tragar la gruesa culebra de que habían «captado» para su doctrina a esos soldados impacientes. Pero estaban jugando a la descomposición del ejército, y a los labios de algunos de ellos venía a cada rato la máxima maoísta según la cual una chispa puede encender una pradera. La desviación militarista jugó así su papel en varios aspectos: no sólo en dejarse arrastrar por los militares alzados, sino también en buscar poner el aparato armado por encima del partido.

Y como suele suceder en estos casos, ya se ha dicho, lo que Lewis Carroll hubiese llamado «los sombrereros locos» (son los «cabezas calientes» de Betancourt), el ala más radical, y a veces la más aventurera, logra imponer sus ideas o mejor, sus acciones, sobre los moderados.

El año 1962 mostraba además un contexto donde cualquier aventura podía esperar el triunfo. La coalición que Betancourt logró armar en octubre de 1958 se demostrará asaz frágil, con una URD que desde los primeros momentos comienza a bizquear hacia las oposiciones. Y para colmo de males, en Acción Democrática se cocinaba otra división, efectiva cuando en los últimos días de 1961, se separe la fracción que controlaba el CEN (llamada irónicamente por Betancourt «grupo ARS») y la cual, alegando esa fuente de legitimidad, conservará por un tiempo el nombre y los símbolos del partido[18].

La coalición gobernante pierde así en marzo de 1962 el control de la Cámara de Diputados, que pasa a ser presidida primero por un «arsista», Manuel Vicente Ledezma, y luego por un urredista, el ex-Canciller Ignacio Luis Arcaya. Pero eso no es lo más peligroso, sino el estallido, en mayo y en junio, de los ya comentados alzamientos militares.

Mientras la prensa de extrema izquierda se desata contra un Betancourt que la castiga con reiteradas suspensiones y censura sus páginas, comienzan a actuar en algunas zonas de provincia los primeros grupos guerrilleros; y en Caracas, las «Unidades Tácticas de Comando» trataban de impresionar si no aterrorizar a la población con acciones espectaculares: fue en Venezuela donde se inauguró la modalidad del secuestro de aviones, muy empleada en aquellos años[19].

En tales condiciones, el suyo fue acaso el primer gobierno constitucional en mandar con las garantías suspendidas por un período tan prolongado. Eso le permitirá no sólo apresar a una gran cantidad de líderes izquierdistas, sino también reprimir con energía las asonadas militares y los brotes guerrilleros.

Betancourt se empeñará entonces en hacer saber que su enemigo de la izquierda es mucho más peligroso que el de la derecha (la cual sin embargo había buscado liquidarlo físicamente). Así se

nota en su lenguaje: mientras, repitiendo una frase de Adenauer, decía que a los terroristas de derecha bastaba golpearlos «duro y en la nuca»; en cambio cuando los jóvenes izquierdistas hacían de trotacuarteles, no vaciló en pronunciar la peor de sus célebres frases ya comentada más arriba.

La diferencia en el lenguaje apuntaba hacia otro objetivo: apoyando la sensible tecla del anticomunismo, el presidente se dirigía sobre todo a las Fuerzas Armadas, que terminó compactando detrás suyo. Los «extremistas», por lo demás, le facilitaron la tarea, llevando a cabo acciones descabelladas como el asalto a un trencito atestado de niños, con saldo de muertos entre los civiles y los guardias nacionales, hacia finales del año 63[20].

Éste será el pretexto soñado por Betancourt para tomar una de sus más criticadas decisiones: el allanamiento de la inmunidad parlamentaria de los congresantes del Partido Comunista y el MIR para someterlos a juicio militar. Fueron a la cárcel el casi septuagenario Gustavo Machado, el líder obrero Jesús Faría (que había pasado ocho años prisionero durante Pérez Jiménez) de quienes, sin embargo, era bien conocida la oposición a la aventura armada; e igualmente Simón Sáez Mérida, el último Secretario General de AD en la clandestinidad.

La derrota sufrida por la izquierda en 1962 en el terreno militar no la llevó a reflexionar sobre su actitud suicida. Por el contrario, decidieron iniciar una guerra de guerrillas en un país donde a partir de 1961 se había acelerado la despoblación del campo. Fue un gasto inútil de vidas y de dinero, y una amarga derrota. La lucha guerrillera ha dado origen a una prolífica literatura testimonial, y casi nada más.

En diciembre de 1963, Betancourt logra vencer a todas las oposiciones que en el campo civil se le enfrentaban sin tregua: al derrotar la abstención, los electores dan la espalda a la extrema izquierda insurrecta.

Notas

1 Vicealmirante Ricardo Sosa Ríos. Agustín Blanco Muñoz. *La conspiración cívico-militar*, Caracas, UCV-Faces, 1981, p. 80.

2 Teodoro Petkoff, comunicación personal.

3 Capitán Tesalio Morillo, jefe confeso del «barcelonazo» y fervoroso anticomunista, al referirse a los «fusilamientos» supuestamente ordenados por Carlos Canache Mata, es categórico: «Eso es completamente falso. Eso es mentira. Canache Mata estaba completamente asustado. Y estaba preso al igual que el gobernador. Mira, militarmente allí Canache Mata no tenía posibilidad de nada, simplemente porque los soldados sólo obedecen a sus superiores que son oficiales. De manera que Canache Mata, por muy secretario de gobierno que fuera, no podía meterse a dar órdenes. Estaba tirado en el suelo». Blanco Muñoz, *op. cit.*, p. 323.

4 La confusión reinante entre los dirigentes civiles y militares de estos movimientos, y en particular del llamado «guairazo» donde participaban esos jóvenes comunistas, la retrata muy bien Manuel Quijada en su entrevista con Blanco Muñoz: «Recordemos que para ese momento Moralito [Víctor Hugo Morales] ya ha desistido de alzarse y se hallaba dentro de otro movimiento que era una cosa más grande. Fue entonces cuando bajaron aquellos autobuses con los estudiantes. Se les había mandado a decir que no bajaran porque los estaban esperando y efectivamente así pasó. Yo se lo dije a Eduardo Machado pero él creyó que yo no sabía que ellos tenían otro compromiso aparte. Y así hubo toda una confusión». *Op. cit.*, p. 18

Por su parte, Teodoro Petkoff relata que «De pronto nosotros, con el aparato militar, la comisión armada resolvimos alzar los tenientes por encima del Comandante y hacerlo preso. Fue entonces cuando dijimos: vamos a bajar aquel poco de muchachos, vamos a bajarlos todos al litoral [...] Bajamos nosotros, Caraquita [José Antonio Urbina], [Pedro] Duno, creo que Gastón [Carvallo] y yo. Incluso a las seis de la tarde había subido uno de los tenientes para decir que todo estaba listo y el Comandante de acuerdo [...] como alrededor de las once de la noche se me ocurre a mí, por cosas mías, llamar a Moralito [...] me dijo: 'pero qué locura es ésta, chico [...] cómo pretenden ustedes alzar esto contra mí, si ahí

está todo el mundo avisado [...] a los muchachos los van a cazar como ratas. Ya dieron la orden y salieron a cazarlos' [...] Yo lo oí, me devolví y dije: 'vamos a desmontar todo esto, pues'. Pero por supuesto, cuando llegamos allá la policía se había llevado a los 300 muchachos». Blanco Muñoz, *La lucha armada: hablan cinco jefes*. Caracas, Faces, 1980, pp. 207-208.

5 La frase suprimida fue pronunciada comentando el suceso de La Guaira, después de la frase «...no son métodos democráticos enviar trescientos estudiantes a asaltar una unidad militar en la Guaira»... Rómulo Betancourt, *Tres años de gobierno democrático*, 1959-1962, Caracas, Imprenta Nacional, 1962, p. 215. Hemos consultado además a varias personas muy cercanas en amistad y en pensamiento y acción políticos a Betancourt, y nos han confirmado haber escuchado esa frase: Simón Alberto Consalvi, ex-canciller y ex-presidente de la Fundación Rómulo Betancourt; Luis José Oropeza, también presidente de la misma Fundación. Finalmente, Ramón J. Velásquez, quien como es sabido, fue su Secretario General de la Presidencia y muchos años después, él mismo Presidente de la República.

6 Guillermo García Ponce en Blanco Muñoz, *La lucha armada...*, p. 361.

7 «...te puedo afirmar que Puerto Cabello no es un movimiento autónomo. Lo que después se llamó 'el porteñazo' está en el cuadro de una conspiración donde hay una mayoría de derecha». Manuel Quijada en Blanco Muñoz, *La conspiración...*, p. 26.

8 Años después, un periodista calculaba que, con ese, Betancourt había sufrido 17 atentados contra su vida. Enrique Rondón Nieto, «Betancourt se salvó de chiripa». *Últimas Noticias*, 23 de junio de 2002, p. 22.

9 *El Universal*, 24 de junio de 1960, p. 1.

10 «Nunca he ignorado los riesgos que comporta una actitud tan decidida e indeclinable como la mía, de contribuir a que en nuestro país se estabilice la democracia representativa [...] Lo que ha sucedido no me arredrará». *Idem*.

11 Rómulo Betancourt, *El atentado de Los Próceres*. Caracas, Centauro, 1992, pp. 55-56.

12 «América condenó a Trujillo. 19 cancilleres dieron su voto afirmativo». *El Nacional*, 21 de agosto de 1960, p. 1.

13 Los últimos momentos de Trujilllo han sido descritos magistralmente por Mario Vargas llosa en su novela *La fiesta del chivo.*

14 *Las tres divisiones de AD.* Caracas, Centauro, 1987, pp. 17-149.

15 *Ibidem*, pp. 31-32.

16 «Muchos millones de dólares vinieron a Venezuela. No puedo decir cuántos, ni puedo dar detalles, porque eso sería incurrir en delaciones. Lo único que sí te puedo decir es que yo una noche dormía sobre 150 mil dólares. No les digo de qué país socialista vinieron». Domingo Alberto Rangel en Blanco Muñoz, *La izquierda revolucionaria insurge.* Caracas, FACES-UCV, 1981, p. 80. «En esa gira por el mundo, buscando la solidaridad internacional, nosotros llegamos a obtener trece millones de bolívares, que en aquella época no era la basura que es hoy». Simón Sáez Mérida, *Ibidem*, p. 150. «En uno de sus primeros viajes a Cuba después de la formación del MIR, Simón Sáez Mérida trajo una maleta llena de dólares (unos 750 mil); nosotros le propusimos fundar con eso un periódico. Pero Simón nos respondió que eso era para comprar armas». Gumersido Rodríguez, comunicación personal.

17 Los manifestantes eran antiguos obreros del Plan de Emergencia creado por Larrazábal en 1958 para paliar el problema del desempleo, y que era en realidad un subsidio de paro disimulado. Económicamente era un derroche inútil, y Betancourt decidió abolir ese plan, dentro de sus planes de austeridad fiscal para salir de la crisis. Cf. Celso Fortoul Padrón en Blanco Muñoz, *La izquierda revolucionaria...*, pp. 187-189.

18 Las tres divisiones de AD, pp. 153-210.

19 Una versión novelada del hecho en *País Portátil* de Adriano González León.

20 «Muertos cinco guardias nacionales y 3 heridos. Banda armada asaltó el tren de Caracas a El Encanto que conducía 400 personas. Entre los pasajeros fueron alcanzados por las balas dos señoras y dos adultos». *El Nacional*, 30/09/63, p. 1.

XVII. LAS MANOS QUEMADAS

Si algo distingue a Rómulo Betancourt de la mayoría de los políticos latinoamericanos es que el poder no era para él la culminación de una carrera, sino el comienzo de otra. Esto no es sólo producto de su propia voluntad, sino también de la muy empecinada de sus enemigos.

El solo hecho de haber culminado su período es su mayor triunfo, porque ese era el centro de las preocupaciones en 1958. En medio de una lucha incesante por sobrevivir, Betancourt se esfuerza por aplicar el programa de la alianza de Punto Fijo, pero más allá de eso, por poner a andar su proyecto de sociedad soñado desde Barranquilla.

Un matrimonio de amor

En el Pacto de Punto Fijo se acordó que debía formarse un gabinete de coalición: cada partido tendría dos miembros en la coalición. Pero a los ojos de URD uno de los ministros independientes, Andrés Aguilar Madwsley, era una ficha oculta de Copei, y que por lo tanto (y al parecer por insistencia de Luis Miquilena[1]), URD debía tener tres ministros. Esto obligaba a tratar igual a los tres partidos.

Pero eso llevaba a reformular todo el gabinete, incluyendo acaso un ministerio más, con todos los gastos que eso implicaba en un

momento en que se le estaba pidiendo austeridad al gobierno y al país. Betancourt cortó el nudo gordiano dejando su propio partido con sólo dos ministerios, en clara desventaja frente a sus dos aliados[2]. Pero eso no fue todo: el nuevo presidente no sólo trabajó de manera muy estrecha con los ministros de la coalición, sino que se mantenía en contacto permanente con los jefes de sus partidos, llegando incluso a invitarlos a alguna reunión del gabinete[3]. De igual manera se distribuyó la burocracia hacia los estratos inferiores del Estado, en todos los ministerios y gobernaciones de Estado.

La relación de Betancourt con sus partidos aliados fue bastante armoniosa hasta 1960, cuando URD pasó a la oposición por discrepar de la política del presidente hacia Cuba. Con Copei no hubo problemas, y luego del retiro de URD, el *ménage à trois* se convirtió en un matrimonio de amor y de conveniencia.

En cambio los mayores problemas los tuvo el presidente con su propio partido. En 1960, ya se ha visto, se produjo la expulsión del ala izquierda de AD. Betancourt estimuló esa división, siendo el primero en calificar a sus integrantes de «cabezas calientes». Sabía que habían sido muy influidos por el marxismo leninista y que por tal, terminarían siendo absorbidos por el Partido Comunista, o convirtiéndose en su rival: su intuición se reveló certera[4].

La segunda división de AD se produjo a finales de 1961, y pese a que aquí la situación parecía más complicada (pues el grupo disidente capitaneado por Raúl Ramos Giménez tenía una aparente mayoría en el Comité Ejecutivo Nacional de la organización), la actitud de Betancourt fue más prudente y, al menos en público, dejó el tratamiento del asunto en manos de sus fieles de la «Vieja Guardia» (Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto Figueroa), a quienes, nueva sorpresa, se había unido Jesús Ángel Paz Galarraga[5].

Este último había formado parte, en los años del trienio octubrista, junto con Ramos Giménez, de un grupo disidente al cual Betancourt había llamado por irrisión «grupo ARS», el nombre de

una agencia publicitaria cuyo lema era «Permítanos pensar por Usted». Como se dijo en el capítulo anterior, esta segunda división de AD le hizo perder al gobierno el control de la Cámara de Diputados, así como en 1963, el derecho de AD a usar el color blanco para sus símbolos electorales. Pero al final, el grupo fue derrotado por paliza en los elecciones de ese año.

Betancourt solía decir en sus discursos que su condición de Presidente de la República ni la compartía ni la delegaba. Pero fuera de allí, en el seno de su gabinete dejaba bastante libertad, incluso a veces demasiada para el gusto de los propios ministros[6]. Sólo en tres ámbitos intervenía de manera directa, personal: el militar, el petrolero y la política exterior[7].

Sobre el tema militar, se ha hablado antes de las conspiraciones que debió enfrentar, y en la tercera parte de este libro se lo hará más a fondo; igual que se hará con su política petrolera. El tema de la política exterior subirá al primer plano después de 1960, con la participación de la tiranía dominicana en el atentado contra Betancourt y la radicalización de la Revolución Cubana.

Pero aparte de eso, de entrada Betancourt deberá enfrentar una terrible realidad: va a comenzar gobernando un país presa de una desastrosa situación económica. Hay diversas razones para esa mala situación en 1959, y como suele suceder, la oposición culpa al gobierno y éste, como es también habitual en Venezuela, al «gobierno anterior». De hecho, una de sus causas es que, desde 1957, luego de la falsa prosperidad petrolera que habían provocado la guerra del Sinaí y el otorgamiento de nuevas concesiones petroleras, habían quedado exhaustas las arcas del Estado, donde para colmo de males, había terminado de voltear los bolsillos el gobierno provisional de Larrazábal, obstinado en pagar con mucha premura sus deudas.

Como sea, el gobierno debe empeñarse en una política de austeridad si quiere encontrar ayuda de afuera: por primera vez, los venezolanos se enteran de la existencia del Fondo Monetario Inter-

nacional cuando se decide hacer tragar a los trabajadores la amarga medicina de una rebaja general, en un 10 por ciento, de sueldos y salarios, combinada con un control de cambios y un aumento de la carga impositiva en un país donde los impuestos casi se desconocían[8].

Éste era un indudable acto de coraje político. Tan sólo un gobierno en el siglo XX se había atrevido a dar un paso similar: el de Juan Vicente Gómez en 1914. Pero el de Betancourt era un gobierno acosado por todas las oposiciones, y pese a ello, se lanzaba a tomar medidas que en cualquier parte y en todo momento son muy impopulares: eso podía ser considerado un verdadero suicidio político. José Antonio Mayobre se convirtió por esos años en uno de los ministros de Hacienda más detestados en la historia de ese despacho.

Pero Betancourt no se arredró, y prefirió afrontar ese riesgo antes que encontrarse con una caja vacía, lo cual no sólo le obligaría a emitir dinero inorgánico, sino que daría al traste con sus planes de reforma económica y social. La medida de reducción de sueldos y salarios fue acompañada de una devaluación de la moneda (pasó de 3,35 a 4,30 por dólar). La apuesta se reveló ganadora, aunque en economía sus resultados nunca suelen verse con suficiente rapidez.

Por más que debió sacar de su ministerio a Mayobre y sustituirlo por Tomás Enrique Carrillo Batalla (quien parecía tener mayor aceptación en la comunidad empresarial así como entre sus aliados del partido socialcristiano Copei), a mitad de su período Betancourt podía anunciar que se estaba saliendo del «túnel de la recesión»[9].

Por otra parte, siguiendo la tendencia preconizada por la CEPAL y muy extendida en la América latina de los años sesenta, Betancourt diseñó su política de desarrollo económico sobre el esquema de la sustitución de importaciones, con el Estado como ente impulsor y financista del proceso de industrialización. Desde 1958 se había creado la Oficina Central de Coordinación y Planificación, mejor conocida por su acrónimo, CORDIPLAN. Bajo el gobierno de Betancourt se elabora y aprueba el primer Plan de la Nación puesto

a andar por Manuel Pérez Guerrero, según el Presidente uno de sus mejores ministros.

A partir de entonces, y siempre dentro del esquema general de la política de sustitución de importaciones, el gobierno se dedica a proteger las industrias venezolanas. Para ello limitó las importaciones, concedió exoneraciones arancelarias, avales y créditos preferenciales y exenciones tributarias; reglamentó la utilización de insumos básicos.

Por lo demás, se inició un intenso trabajo de construcción de infraestructuras para desconcentrar la industria. La atención prioritaria fue dada al centro de Venezuela: la zona La Victoria-Maracay-Valencia cambió en sustancia su paisaje industrial, cuando las industrias extranjeras, en primer lugar la automotriz, establecieron plantas de ensamblaje en el país, volcando su producción hacia el mercado interno más que hacia el externo. Ese esquema dará resultados bastante exitosos hasta que el modelo comience a agotarse en la década siguiente[10].

La situación encontrada por Betancourt era, como se ha dicho más arriba, de recesión. El gasto público se contrajo, lo que tuvo como consecuencia la reducción y en ocasiones la ruina de la industria de la construcción. La cual siendo el mayor empleador, trajo las negativas consecuencias sociales que podían esperarse. Pero con esta nueva política industrialista, la manufactura creció con bastante rapidez. A la vez, el estímulo a la creación de un parque industrial atrajo la importación de bienes intermedios, equipo y maquinarias. Eso no redujo, como acaso se esperaba, la dependencia venezolana de los capitales extranjeros: las compañías transnacionales se sirvieron de esta política dentro del cuadro general de su propia integración de los mercados.

Pero Betancourt quería materializar un viejo sueño, ya expresado a finales de su primer mandato: que la región de Guayana se convirtiese en el polo de desarrollo industrial, «la Ruhr o la Volta

Redonda» de Venezuela. Con ese fin, en 1960 se creará la Corporación Venezolana de Guayana (CVG) para jugar el papel de centro motor de las industrias básicas del hierro y del acero. Andando el tiempo, Guayana se convertirá así en el polo de desarrollo industrial más importante fuera de la región norte-centro-occidental. En 1962 inició sus operaciones la Siderúrgica del Orinoco (SIDOR).

En 1964, año final del período de Betancourt y comienzo del otro, se comenzaron a crear, con Corpoandes, las corporaciones regionales de desarrollo. Por otra parte, el estímulo gubernamental se manifestó con fuerza en la agro-industria, y se aumentó el procesamiento de algodón, frutas, tabaco, oleaginosas y productos lácteos.

Los problemas económicos no eran encarados por Rómulo Betancourt con un criterio tecnocrático de especialista. El frío lenguaje de la economía debía tener, indisolublemente ligado a él, su derivación obligada en el terreno social. Esto lo hacían obligatorio por una parte las viejas promesas programáticas y por la otra la base electoral campesina del partido de gobierno, Acción Democrática. Es así como una de las primeras acciones de su gobierno, en marzo de 1960, fue la promulgación de la Ley de Reforma Agraria.

LA «SEGUNDA INDEPENDENCIA»

El espectáculo de la promulgación de la Ley tuvo como escenario el Campo de Carabobo, sitio de la batalla final de la independencia venezolana. El gobierno quería destacar así dos hechos. Uno, que esa reforma era la continuación de aquella batalla, una segunda victoria. Era, pues, la «segunda independencia» del país. Lo otro, señalado en su discurso por Betancourt, que esa reforma, menos que el producto de un pensamiento colectivista (el «comunismo» atribuido por sus adversarios de extrema derecha), era el cumplimiento de una voluntad del Libertador que nunca pudo poner en práctica pero que había expresado en algún olvidado «codicilo».

En términos concretos, esa reforma debía resolver la situación siguiente: de casi cuatrocientas mil unidades de explotación agrícola censadas, sólo unas cien mil estaban en manos de campesinos que cultivaban unidades productoras propias. Debía entonces repartirse tierra a unas 350.000 familias campesinas, a las cuales debía además dotarse de créditos, servicios, y recursos educativos y tecnológicos para la explotación de esa tierra.

Como suele suceder, sobre los resultados de esa reforma, a corto y a largo plazo, hay apreciaciones tanto positivas como negativas. Ellas están de tal manera inmersas en la polémica política que más de cuarenta años después, todavía se hace dificultoso un balance objetivo de una política de la cual no siempre, casi nunca, los resultados pueden percibirse en un plazo corto y ni siquiera mediano.

Se repartió una buena cantidad de tierras y diez años después de iniciada la reforma, se podía considerar cumplido uno de sus objetivos: la eliminación de las formas indirectas de tenencia y explotación de la tierra, o sea la de los latifundios en manos de propietarios ausentistas, que vivían del trabajo ajeno y de la renta que esas tierras producían, mientras que había una gran mayoría de campesinos sin las suyas propias.

En los primeros diez años de reforma agraria, el crecimiento de la producción agrícola fue considerado exitoso, con una tasa interanual progresiva e ininterrumpida que en los primeros cinco años de reforma agraria alcanzó la tasa en teoría extraordinaria de 7,50 por ciento.

Por el lado opuesto, a los 25 años de haberse iniciado la reforma agraria, todavía había más de cien mil campesinos sin tierra. Y además de eso, fue imposible detener el proceso migratorio interno, la despoblación del campo. Venezuela continuó también dependiendo de las importaciones en materia agrícola y alimentaria[11].

Desde su primer gobierno, Betancourt había preconizado el cerco de las dictaduras latinoamericanas con un «cordón profilác-

tico. Aquella vez, eso no había tenido éxito. En ésta, además, las condiciones políticas habían cambiado mucho. Así, el «cordón sanitario» fue transformado por los EEUU en el bloqueo únicamente del gobierno de Fidel Castro. Para Betancourt, el régimen cubano se convirtió, una vez yugulada la conspiración derechista, en un problema de política interna venezolana y no sólo de relaciones internacionales.

En el trienio de octubre, Betancourt había tenido que competir, en el terreno ideológico como en el diplomático, con un régimen gemelo, nacido el 17 de octubre de 1945 en Argentina y encabezado por el entonces coronel Juan Domingo Perón. Si bien el peronismo podía darle malas ideas a los militares venezolanos, y su populismo militarista como su nacionalismo demagógico ser enfrentados a la ideología y a la política de Acción Democrática, de todas formas, Perón estaba lejos y su histrionismo mussoliniano no causó demasiada impresión en Venezuela.

Pero el populismo radical de Cuba era otra cosa. En primer lugar, su líder era el *doctor* (no el general) Fidel Castro: provenía, como Betancourt mismo, de la universidad. Los estudiantes venezolanos, y en primer lugar los de su partido, se reconocían de inmediato en los triunfantes guerrilleros cubanos. Por otra parte, un mes después de entrar a La Habana, Fidel Castro entraba a Caracas, donde se le hizo un recibimiento apoteósico en las calles, en la universidad, en el parlamento. Aunque todavía no comenzaba su enfrentamiento con los EEUU, el cubano traía un mensaje acaso más incómodo, más peligroso: había derrotado a un ejército profesional y no ocultaba su orgullo, que con todas sus letras solía expresar más a menudo el *Ché* Guevara. En un país y en un momento en los cuales la fuerza armada tenía contra Betancourt tantos motivos reales o supuestos de desconfianza, eso era catastrófico.

Las cosas se complicaron más cuando Fidel Castro comenzó a repartir las tierras y luego, cuando se produjo una de las nacio-

nalizaciones más grandes de la historia, la de las empresas norteamericanas. El régimen de Cuba se transformó entonces en el ideal de los jóvenes latinoamericanos: era la concreción de las viejas aspiraciones y reivindicaciones anti-imperialistas. La dinámica política llevó a Fidel Castro a buscar la supervivencia de su pequeña isla aceptando la realidad de la guerra fría una vez convencido de que la neutralidad era un suicidio. Cambió entonces de campo, abandonando el que era por tradición el cubano, y se puso bajo la protección del paraguas atómico de la Unión Soviética. A medida que Castro iba perdiendo sus ilusiones acerca de la solidaridad de los gobiernos latinoamericanos en su enfrentamiento con los EEUU, fue aceptando primero, y estimulando y financiando después, los brotes insurreccionales en el resto del continente.

La creciente implicación del régimen fidelista en el campo soviético dentro del contexto de la guerra fría (y con la crisis de los misiles, casi caliente) y por otra parte, la decisión de la izquierda de lanzarse a la aventura armada, con el confeso apoyo y el financiamiento de Cuba, amalgamaron, hasta casi hacer imposible cualquier diferenciación, el problema de Cuba como una cuestión diplomática y como una cuestión de política interna venezolana.

En todo caso, Betancourt decidió ponerse desde muy temprano al lado de los EEUU, y en la conferencia de la OEA en Costa Rica en 1960, dio órdenes expresas a su canciller, Ignacio Luis Arcaya, de votar las sanciones contra Cuba y su aislamiento. Arcaya prefirió renunciar; lo cual trajo por consecuencia un problema suplementario: el fin de la coalición tripartita producto del Pacto de Punto Fijo.

Betancourt trató por todos los medios de dejar claro, en cuanto se podía, que su enfrentamiento con Castro era menos una opción ideológica que una respuesta a las agresiones del gobierno cubano. Es así como pese a los enfrentamientos (incluso armados) en el interior de Venezuela con los comunistas, no dejó de mantener relaciones si no muy cálidas, por lo menos formales y correctas con

la URSS y algunos de sus países satélites, si bien no con la República Popular China, donde se alineó siempre con los EEUU.

Algunos de sus enemigos de la izquierda lo han acusado de haber planeado la invasión de Venezuela por tropas norteamericanas para apoyarlo en caso de su derrocamiento por la fuerza de las armas. Pero hasta ahora, no se ha ido mucho más lejos de la simple afirmación sin pruebas contundentes[12].

En otros ámbitos de la diplomacia, la política de Betancourt buscó siempre dar la impresión de que los intereses venezolanos pasaban por encima de cualquier otra consideración. Es así como, manteniendo relaciones correctas y no desprovistas de cordialidad con el gobierno (entonces de tendencia socialdemócrata) de Israel, como era muy normal llevaba relaciones mucho más estrechas y operativas con los países árabes miembros de la OPEP.

Por otra parte, durante este período de gobierno se presentó la reclamación venezolana del territorio Esequibo. Esa parte de Guayana había sido atribuida a Inglaterra gracias a un laudo írrito por soborno de uno de los jueces, cosa descubierta al abrirse los archivos correspondientes. Pero la Guayana británica accedía entonces a la Independencia, y lo que era un reclamo justo pasaba a ser, en la opinión de los países del Tercer Mundo, la tentativa de cortarle a un pequeño país la mitad de su territorio por su vecino más poderoso. Aquellos países tendían a ponerse del lado de la reciente nación, y la diplomacia venezolana se encontró bastante aislada.

Y como si eso fuera poco, Betancourt seguía insistiendo en lo del «cordón sanitario» a las dictaduras de América. Impuso como norma de su política exterior que Venezuela no mantendría relaciones diplomáticas con gobiernos que no fuesen producto del voto popular: fue la así llamada «Doctrina Betancourt». Pero ella conoció un estruendoso fracaso. En vez de tender un «cordón sanitario» alrededor de las dictaduras, fue lo contrario lo que se produjo: su política en ese terreno terminó aislando bastante a Venezuela.

El desarrollo de la educación había sido una de las preocupaciones de Betancourt desde los primeros tiempos. Cuando regresa a Venezuela en 1958, una cifra, por él repetida en mitines y conferencias, mostraba en términos dramáticos la triste realidad de la educación venezolana: había en ese entonces seiscientos mil niños sin escuela. A partir de su gobierno, los recursos del Ministerio de Educación alcanzaron cifras sin precedentes.

La enseñanza se masifica, con todo lo bueno y todo lo malo que eso quiere decir. Se fundan tres mil escuelas primarias y doscientos liceos. Pero lo más importante de su obra en su segundo período de gobierno no se puede extraer de las cifras absolutas ni en términos del dinero invertido, ni tampoco en el de esa fundación y edificación de escuelas y liceos, sino en el hecho de que inauguró una tradición respetada por sus sucesores: el presupuesto de gastos para educación superó siempre al de las fuerzas armadas.

Se ha buscado oponer a eso el hecho también fácilmente comprobable de la baja calidad de la enseñanza. Por muy cierto que sea, es inadecuado hablar de «deterioro» de la educación. Esto puede significar que ella partió de lo alto, y que luego se vino abajo. Nada es menos verdadero. Basta comparar las cifras de analfabetismo antes de 1959 con las actuales, pero no sólo eso: nadie puede pretender que, con las excepciones de rigor, la enseñanza secundaria fuese entonces mejor que ahora, ni mucho menos la universidad.

En el terreno de la educación, Betancourt debía tener además un cuidado suplementario: que los jacobinos de su partido no fuesen a intentar la repetición del enfrentamiento que en 1946 había provocado la promulgación del decreto 321. Poner el acento sobre la tesis del Estado docente, y sobre todo hacer evidente que se quería discriminar entre los colegios privados religiosos y los públicos y laicos, era buscar una anacrónica e innecesaria pelea con la Iglesia Católica, y por allí mismo enajenarse el apoyo de su socio favorito en la coalición de gobierno, el partido social-cristiano Copei.

Betancourt evitó el enfrentamiento. En primer lugar, evadió lo que más temían sus adversarios tanto en la Iglesia como en educación: que el ministerio del ramo fuese a parar a manos del sector de antiguo más anticlerical de su partido, que con razón o sin ella, esa oposición veía encarnada en Luis Beltrán Prieto Figueroa. Allí se encuentra tal vez una de las raíces de su rompimiento en 1968. En todo caso, Betancourt lo expresó así: le criticaba a Prieto, dijo, su pelea personal con la Iglesia católica.

Pero fue la riqueza del Estado venezolano lo que, pese a la situación angustiosa que encontró en 1959, logró evitar el choque con la iglesia en materia docente: la educación pública se benefició de grandes inversiones estatales, y poco importaba si la privada se desarrollaba a su vez. De hecho, también comenzó a crecer la educación privada laica; la cual se reveló más tarde un pingüe negocio. Mientras que la educación privada religiosa siguió el curso evolutivo que la misma Roma siguió una vez muerto el Papa Pacelli, Pío XII, Betancourt buscó también hacer que los sectores más recalcitrantes del catolicismo limaran las aristas en su contra. Se empeñó así en cumplir una vieja reivindicación de la Iglesia: la derogación de la ley de Patronato Eclesiástico, una herencia colonial que ponía a la Iglesia bajo la dependencia del Estado; sustituyéndola por un Concordato con la Santa Sede que ésta premió concediendo por primera vez el capelo cardenalicio a un prelado venezolano.

Tal vez ningún otro gobierno hasta el suyo había hecho tanto por desarrollar la educación en el país. Pero Betancourt, quien en los años del trienio octubrista había contado con el apoyo mayoritario del estudiantado tanto liceísta como, en menor grado, universitario, se encontró esta vez con la oposición muy violenta de los estudiantes: en alguna ocasión, debió emplear el batallón «Bolívar» del Ejército, para controlar a los estudiantes de la Universidad Central. En las calles, sucedía otro tanto con los liceístas. No dejó de haber muertos y heridos en esas manifestaciones: «Hero-

des-Betancourt» lo estigmatizaba Pablo Neruda en uno de sus poemas-manifiestos.

La sucesión

Cuando finalizaba su mandato, Betancourt concedió una entrevista al escritor Miguel Otero Silva. Éste, como es normal, intentó sondearlo sobre su opinión acerca de la designación del candidato que su partido escogería para proponerlo al electorado como su sucesor. Siguiendo su actitud habitual, Betancourt se negó a responder, ni a «soltar prenda» alguna. Pero sí consintió esta vez en explicar por qué lo hacía. «Se trata», dijo, «de una actitud pedagógica»: quería con eso enseñar al pueblo la posibilidad de que hubiese un gobierno que no impusiese a su sucesor, ni siquiera en la forma elíptica de mostrar alguna simpatía por un nombre determinado[13].

En aquella declaración, la palabra clave es «pedagogía». Durante su mandato, Betancourt no se contentó con ejecutar un programa de gobierno, sino que se empeñó en hacer ver su confianza en que el suyo no era sino el primero de una sucesión indefinida de gobiernos constitucionales electos por voto popular. Por lo tanto, todo lo que él hiciese debería servir de ejemplo, de modelo, a esos futuros gobiernos.

En 1961, se promulgó la nueva Constitución la cual debió inaugurarse con una suspensión de sus garantías («pobre flor, que mal naciste», dijo entonces una mancheta de *El Nacional*). Betancourt no quedó satisfecho con su texto: todavía le parecía demasiado perfecta, demasiado alejada de la dura realidad venezolana.

Muchos le escucharon decir que ese era un texto bueno para un país como Suiza, no como Venezuela. Esa opinión no le impidió someterse a ella, aún cuando no se le dejase de reprochar, no siempre sin razón, que en el estado de emergencia en que transcurrió lo más claro de su mandato, la Constitución estaba de hecho suspen-

dida. Pero esa suspensión estaba contemplada en la letra de esa misma Constitución. Lo cual no quiere decir que Betancourt se haya apegado siempre, en toda circunstancia, a su letra o a su espíritu. Hay dos momentos al menos en que la oposición le criticó, no sin razones, que desbordase los límites, más que de la Constitución, de una democracia cabal: son sus continuos ataques, suspensiones y hasta censura a la prensa, en especial a la de izquierda[14]; y por otra parte, la prisión y sometimiento a juicio de los parlamentarios del MIR y del PCV, sin consideración a su inmunidad parlamentaria.

Betancourt tomó como pretexto para hacerlo el ya referido asalto por las FALN del tren de «El Encanto». Pero en realidad esa decisión había sido planteada casi un año antes a sus reticentes socios de Copei[15]. Por otra parte, la Guardia Nacional publicó un aviso a página entera incitando a entregar a los asaltantes «vivos o muertos», lo cual contradecía no sólo la Constitución de 1961, sino una tradición que provenía del Decreto de Garantías de Falcón en 1863, inscrito luego en la Constitución de 1864, y que convirtió a Venezuela en el primer país del mundo en abolir la pena de muerte.

Todo lo anterior estaba en la base de su proposición de gobierno. Se trataba de gobernar ateniéndose a normas constitucionales, pero a la vez debía demostrar que hacerlo no significaba un gobierno débil, mucho menos blandengue. Aquí también la apuesta de Betancourt se reveló ganadora: la constitución aprobada en 1961, con todos sus defectos no fue sólo norma para el gobierno de Betancourt, sino para todos los siguientes.

Aún procediendo a su reforma o a la escritura de una nueva, un hecho queda: esa constitución es la de más larga vida en toda la historia republicana de Venezuela. Pero, por supuesto, no es esa la única constitución que haya sido aplicada y en cierta forma respetada, en la historia de Venezuela. Pero todas llegaron a un punto en que no podían ser respetadas: cuando ellas colidían con la voluntad del gobernante de perpetuarse en el poder.

Betancourt remachaba en cada uno de sus discursos que no duraría «ni un minuto más ni un minuto menos» del lapso constitucional. Su originalidad no estuvo en decirlo, sino en cumplir su palabra. También declaró alguna vez que no tenía la intención de volver a postularse a la Presidencia, pero los periodistas olvidaron de inmediato una declaración en la cual, con el telón de fondo de toda la historia republicana de Venezuela, nadie quiso creer. Betancourt esperó sin soltar prenda, hasta 1972 para restregarles en la cara su falta de confianza o su mala memoria: allí proclamó en efecto su renuncia definitiva a toda aspiración presidencial[16]. Era la primera vez en la historia de Venezuela que eso sucedía, y hasta el presente la única.

Pero hay otro aspecto de su inquietud llamada por él mismo «pedagógica». Debía demostrar algo inhabitual en la historia de Venezuela: que hablar de gobierno honesto resultase una contradicción en los términos. Eso comenzó por casa. En primer lugar, cuando decretó la reducción de sueldos y salarios, el primero en sufrir cortes fue el suyo, así como de los ministros de su gabinete. Cuando debió, por razones de Estado, viajar fuera de Venezuela y quiso llevar a su esposa, tuvo un escrupuloso cuidado en costear su pasaje y sus gastos, a veces pagándolos por cuotas en una agencia de viajes privada.

Por supuesto, seguía la máxima maquiaveliana según la cual no basta que un gobernante sea bueno, sino que además debe parecerlo: eso fue conocido de una u otra forma; pues ningún sentido tenía que un gobernante fuese honesto, sino que el pueblo supiese que lo era hasta esos extremos.

El resultado es que, acusado de todos los crímenes posibles, como es normal en todo gobernante, y sobre todo uno tan polémico, jamás se le ha podido comprobar, y ni siquiera acusar en serio, de haber manejado los dineros públicos en provecho propio[17].

Aquí podría terminar la biografía política de Rómulo Betancourt, y él mismo afectaba que fuese así. Pero hay tres momentos

en que abandona su retiro para volver a la pelea: en 1968, cuando teme que su partido pueda caer en manos distintas a las suyas y de sus fieles; en 1972, cuando convocó la rueda de prensa ya mencionada para renunciar a ser de nuevo presidente; y desde 1974 hasta el final de su vida, cuando puso toda su energía y su autoridad para combatir la corrupción administrativa bajo el régimen de su compañero y antiguo delfín Carlos Andrés Pérez.

Notas

1 Información de Américo Martín.

2 El gabinete contenía así dos copeyanos y un independiente procopeyano: Lorenzo Fernández (Fomento); Luis Giménez Landínez (Agricultura) y Andrés Aguilar (Justicia); tres de URD: Ignacio Luis Arcaya (Relaciones Exteriores); Manuel López Rivas (Comunicaciones) y Luis Hernández Solís (Trabajo); y dos de AD: Luis Augusto Dubuc (Relaciones Interiores) y Juan Pablo Pérez Alfonzo (Minas e Hidrocarburos).

3 En la sesión extraordinaria del Consejo de Ministros del día 24 de junio de 1960 (el mismo día del atentado), presidido por Luis Augusto Dubuc, participaron Raúl Leoni, Jóvito Villaba, Rafael Caldera y Gonzalo Barrios en representación de los partidos de la coalición, aparte de José González Navarro como representante de la Confederación de Trabajadores de Venezuela. Libro de actas del Consejo de Ministros, 16, Acta Nº 64, *AHM.*

4 *Las tres divisiones de AD*. Caracas, Ed. Centauro, 1987, pp. 15-149.

5 *Ibidem*, pp. 151-210.

6 Un cercano colaborador suyo (llegó a ser su embajador en Washington) relata un hecho bastante típico de esa actitud: Arnoldo Gabaldón, Ministro de Sanidad y Asistencia Social, estuvo a punto de renunciar porque el Presidente no lo recibía para presentarle cuenta de su gestión. Al hablarle del caso, para el que había sido requerido como mediador, recibió la siguiente respuesta de Betancourt: «Yo nombré a Gabaldón porque es el mejor sanitarista de América Latina. Él tiene plena libertad

de acción: yo no tengo por qué ocuparme de los detalles». Enrique Tejera París, comunicación personal.

7 Ramón J. Velásquez, comunicación personal.

8 Las medidas económicas se tomaron el 8 de noviembre de 1960. «Betancourt, Rómulo, gobierno de». *Diccionario de Historia de Venezuela.* Caracas, Fundación Polar, 1997, T. I, pp. 432-435. En adelante en este capítulo, y salvo indicación contraria, todas las fechas relativas a acciones, leyes o decretos provendrán de esta misma fuente, generalmente confiable.

9 Ya el 25 de diciembre de 1963, el Presidente del Banco Central de Venezuela puede anunciar que la tasa de crecimiento se sitúa entre el 4 y el 5%.

10 Cf. Alejandro Gutiérrez y Humberto Fontana, «Ritmos de la tierra: de las maduras a las verdes». *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios,* Caracas, Fundación Polar, 2002, T. 2, pp. 497-501.

11 *Ibidem,* pp. 496-497. Cf. también Olivier Delahaye, *Políticas de tierras de Venezuela en el siglo XX.* Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 2001, pp. 91-107.

12 Cf. el libro de Simón Sáez Mérida, *La cara oculta de Rómulo Betancourt. El proyecto invasor de Venezuela por tropas norteamericanas.* Caracas, Fondo Editorial Almargen, 1997, *passim.* Un análisis de este libro en el comentario que precede a la bibliografía.

13 Miguel Otero Silva, *Escritos periodísticos.* Caracas, Los libros de *El Nacional,* 1998, pp. 99-112.

14 Eleazar Díaz Rangel, ex- Director de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, ex-presidente de la Federación Latinoamericana de Periodistas, ex-senador y desde 2001, director del diario *Últimas Noticias,* autor además de varios libros sobre el tema. Ha publicado en varias ocasiones una relación de esos ataques a la prensa de izquierda (también, ocasionalmente, de la derecha) durante el gobierno de Betancourt. Hela aquí:

1960, julio: decomisada edición del semanario *Izquierda;* Octubre: ocupación de los talleres de *El Independiente,* donde se imprimía el diario comunista *Tribuna Popular* y otros periódicos; Noviembre 28: suspensión indefinida de *Tribuna Popular*, *Izquierda* y otros

periódicos. 1961: Noviembre: 17 y 28, suspensiones del diario *Clarín*. Diciembre 14: suspendido de nuevo el diario *La Hora*. 1962, enero 22, suspendidos *Clarín* y *La Hora*. Mayo, asaltados los talleres y redacción de *Clarín* y *La Hora*; mayo 7, Clausurado definitivamente *Tribuna Popular*; mayo 25, suspendido *Clarín* por 15 días. Julio 5, decreto del MRI ordenando abstenerse de emitir informaciones relativas al orden público sin consultar previamente con los funcionarios designados al efecto por el citado despacho. 1963: suspendidos temporalmente, en momentos distintos, los diarios *El Imparcial* de Maracay, *El Tiempo* de Valera y *El Día* de Acarigua. Septiembre: acoso permanente a *Clarín* y clausurado el diario *El venezolano*.

Junto a esos hechos, se estableció un régimen de censura de los diarios comerciales, descrito así por José Moradell, jefe de redacción de *El Nacional*, ante una comisión parlamentaria: «Existe una situación de censura. El régimen de censura no excluye el material publicitario, el material de propaganda, abarca por igual ese tipo de material y el material de redacción». Eleazar Díaz Rangel, comunicación personal.

15 «Betancourt convocó a la dirección de Copei a su casa, no a Palacio [era una segunda residencia presidencial en El Junquito]. Parecía estar bastante mal de salud, y nos recibió en traje de andar por casa. Nos anunció que había decidido levantar la inmunidad parlamentaria y encarcelar a los parlamentarios del MIR y del PCV y a sus suplentes. Yo le repliqué que eso no podía ser, porque nuestro apoyo al gobierno estaba condicionado por el respeto a la legalidad. De todas maneras insistió, alegando que si no lo hacía, no podría controlar a los militares. '¡Pues déjeme hablarles!', le propuse. Me dijo: 'Rafael, tú sabes que eso no puedo hacerlo'. La reunión terminó abruptamente». Entrevista con el Presidente Rafael Caldera, en el Palacio de Miraflores, el 22 de junio de 1995. El texto de esta entrevista fue revisado por el propio Caldera.

16 Rómulo Betancourt, *Leninismo, revolución y reforma*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 295-298.

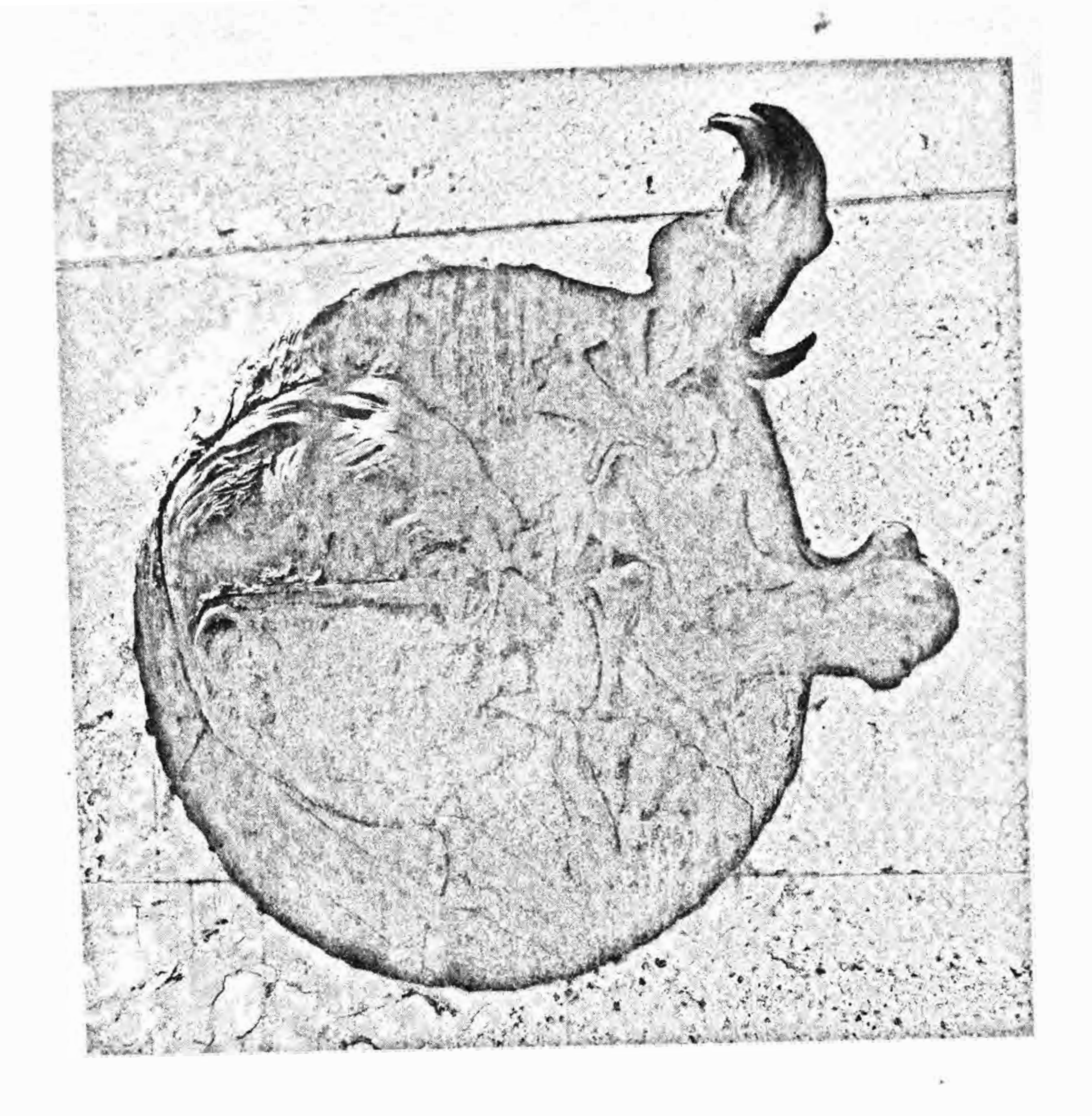
17 Este aspecto de la política betancuriana será desarrollado más ampliamente en la cuarta parte de este libro.

PARTE IV

EL CONSERVADOR: EL HOMBRE DE BRONCE

No es, pues, la salvación de un reino o
de una república tener un príncipe que
gobierne prudentemente mientras viva,
sino uno que lo organice todo de manera
que, aún después de muerto,
se mantenga.

Maquiavelo



Caracas, Parque del Este «Rómulo Betancourt».

Fotografía de Carlos Beltrán

XVIII. EL PARTIDO

Mi mayor orgullo no reside en haber sido dos veces Presidente de la República: esa silla la han ocupado unos cuantos personajes inútiles. En cambio, sí lo es haber creado un partido como Acción Democrática. Palabras más, palabras menos, esa fue una frase pronunciada por Rómulo Betancourt. Ella encerraba toda su filosofía del poder: distinguía con mucha claridad la diferencia entre *poder* que es dominio sobre la sociedad, y *gobierno* que es ejercicio de la administración pública, y prefería lo primero a lo segundo. Tener clara la diferencia entre una cosa y otra le ha permitido ser el político más influyente del siglo veinte venezolano. Para echar los cimientos de la sociedad que quería, Betancourt daba pues al partido político prioridad sobre cualquier otro basamento.

¿Cuáles son las características de ese partido? En diversos estudios, hemos hablado de Rómulo Betancourt como de un leninista: lo es tanto en su concepción del partido como en su proposición de transformar la sociedad de acuerdo con el esquema de una revolución democrática- burguesa, la misma propuesta por la Tercera Internacional Comunista desde su segundo congreso en 1920. Pero el suyo no será un calco del modelo ruso, como sin mucha imaginación intentaron hacer las secciones del Comintern.

No se refiere esto a que haya «adaptado» aquel esquema a las condiciones, la situación y hasta la oportunidad venezolanas, sino que se puede señalar el origen lejano de su idea de partido (consciente o no) en dos elementos, que no podían estar ausentes en la formación de cualquier hombre político con pretensiones de modernidad en la época en que comenzó su carrera política y en Venezuela. Esos dos elementos son el rechazo de la personalización del poder y el temor de la anarquía, de la guerra civil. El partido leninista será entonces el molde para fraguar un nuevo pensamiento, una nueva acción y hasta podríamos decir una nueva situación, tal y como para Pablo de Tarso, el Imperio Romano era el molde que mejor se adaptaba a sus pretensiones de universalidad (de «catolicidad»), para el cristianismo. Las afirmaciones anteriores no se refieren a un partido político ya estructurado, organizado y actuante, sino sobre todo al camino recorrido para llegar a él: a su historia. Esto puede verse desde cuatro ángulos diferentes o, si se prefiere, fases. En la primera está el origen de todo el resto: la necesidad de despersonalizar el poder, nacida en el combate contra una tiranía personalista; esa lucha estará presente en el Betancourt de los primeros años (imitando a los eruditos alemanes, y también a Umberto Eco, podría hablarse del «Ur-Betancourt»). En la segunda, se hace presente el viejo miedo venezolano de la anarquía. En la tercera, ya aparece con mayor claridad el cauce donde se integra, se completa y crece el pensamiento y la acción betancurianos: el partido leninista. Finalmente, se pueden adelantar algunas consideraciones sobre el agotamiento de ese modelo, sus causas y consecuencias.

La formación de ese partido está de tal manera ligado a la biografía personal de Rómulo Betancourt, que ha sido el tema central de todo este estudio. Se tratará en el presente capítulo de sintetizar ese proceso y precisar algunas ideas, buscando en la medida de lo posible no repetir demasiado cosas ya dichas a lo largo de las páginas precedentes.

De Ortega a Marx

Volvamos así, sin detenernos demasiado, a la cuestión desde sus orígenes, tan lejos como 1928. Cuando nos hemos ocupado del tema, hemos afirmado que en el siglo XX venezolano sólo ha existido una «generación» que merezca ese nombre, y es esa del 28: las demás son rutinarios e ineludibles productos biológicos. Y es así porque aquella tuvo no sólo conciencia de ser una generación, sino también la voluntad de serlo. Y no como producto, resultado o racionalización de sus actos, sino como proyecto (y hasta programa) previo a la acción.

Como se ha visto con detalle en la primera parte, los jóvenes que insurgen en 1928 no sólo contra la tiranía, sino con la voluntad de constituirse en un nuevo país, comienzan por llamarse a sí mismos «generación». Aunque lo hayan tomado de Ortega, esto tiene mucha menos importancia que el sentido dado entonces a la escogencia de ese nombre: el de despersonalizar su acción. Adoptarlo significó romper el círculo vicioso donde encerraba al país la oposición tradicional entre gomecistas y antigomecistas: para liberarse del tirano, era necesario un anti-tirano, el cual al llegar al poder se volvería tirano, para echar al cual se necesitaría un anti-tirano, el cual etc.

Una vez salido al exilio, Betancourt busca darle un cuerpo más sólido a su impulso colectivista. Y, como toda su generación, como el mundo entero en ese momento, encuentra la respuesta en el marxismo, y también en el leninismo.

No son exactamente la misma cosa, y por lo tanto, hay que estudiar separadamente cómo ambos llegan a su cerebro, a su pluma y a su acción. Primero, el Betancourt que descubre el marxismo cambia lo de «generación» por «clase». En enero de 1932, justo once meses después del Plan de Barranquilla, se define así:

> **Encuadra nuestro sector su posición política, fiel al método del materialismo histórico, dentro del campo de la lucha de clases, descubre en la raíz de todos nuestros problemas sociales sólo**

aspectos del conflicto universal entre las fuerzas que crean las riquezas y a sus productores en beneficio de minorías parasitarias, las capitalistas[1].

Pero dentro de ese orden de ideas, su concepción de «clase explotada» desborda la estrecha definición de los marxistas. Porque para él, la «clase trabajadora», no está integrada sólo por los obreros industriales modernos, sino por quienes él llama aquí «clase [en singular] explotada»:

...el camisa-de-mochila [...] el pata-en-el-suelo [...] las peonadas de los hatos, [...] los siervos de los latifundios cafetaleros [...] los obreros de las petroleras [...] los dependientes de las pulperías [...] los medianeros de los ingenios [...] el pequeño comerciante arruinado por la competencia capitalista, [...] el pequeño propietario absorbido por la gran sociedad [...] el maestro de escuela y demás intelectuales proletarizados, que a precios miserables venden su ciencia o sus cuartillas, [...] los soldados reclutados en leva forzosa, [...] el empleado público subalterno [...] toda la CLASE, en síntesis, integrada por nuestros hombres de músculo o de pensamiento...[2].

Eso lo ratifica al responder a las críticas comunistas al Plan de Barranquilla. Según Miguel Otero Silva, ese tal plan no es «de lucha de clases, sino de conciliación de clases...». Betancourt replica de inmediato:

...no te niego sino por el contrario te afirmo que aspiramos a la formación de un frente único provisional con los sectores explotados de la ciudad y del campo, semipropietarios, artesanos, pequeños industriales, detallistas arruinados, campesinos pobres, maestros de escuela, empleados de comercio a salarios

de hambre, etc., para oponerlo en las batallas iniciales al frente reaccionario, que resultará del entendido entre el capital financiero imperialista y el block burgués-caudillista nacional[3].

Para unos comunistas escamados del reciente ejemplo del «frente de clases» ofrecido por el Kuomintang (y que con tanta sangre se revolviera contra ellos) era demasiado pedir que pudiesen aceptarlo, y mucho menos que, apartando con vivos gestos toda paternidad «hayista», quienes lo pretendieran formar se considerasen a sí mismos «comunistas».

Pero Betancourt, así como sus amigos firmantes del Plan de Barranquilla se esperaban a esto, ya había salpicado tanto el Plan mismo como toda su correspondencia coetánea de réplicas a objeciones posibles o ya expresadas. En ellas el *leit-motiv* era la promesa de un «programa máximo» cuando las circunstancias lo permitiesen y la dirigencia esclarecida diese el timonazo para conducir ese partido, sin demasiados sobresaltos, al puerto ansiado del comunismo.

Lo que preocupará más a Betancourt es que, apenas se lance a explicar los alcances de aquel Plan, encuentre oposición de sus propios compañeros, en relación con este asunto de las clases sociales en la sociedad venezolana. A-raíz de la publicación de «Con quién estamos y contra quién estamos», Raúl Leoni le había replicado con su laconismo característico: «No hay una clase trabajadora, hay una clase obrera»[4]. Betancourt le replica que «esta afirmación tan terminante es muy discutible, bastaría, por ejemplo, recordar la palabra de orden marxista: 'La liberación de los trabajadores obra será de los trabajadores mismos', donde los propios creadores del socialismo revolucionario emplean la palabra que anatematiza el calvito»[5].

En una carta de la misma época dirigida a Valmore Rodríguez y destinada a responder a sus críticas sobre la «cuestión clases», Betancourt se defiende de la acusación según la cual su reticencia a

plantear el papel hegemónico del proletariado sea un saldo «aprista» de su propia ideología, y lo ve más bien como un saldo de la ideología común a los firmantes del Plan de Barranquilla. Y reafirma que en su concepto:

> **...un partido exclusivamente obrero –más concretamente, el PC– no podría actuar dentro del país sino por espacio de días, ya que a la reacción le bastaría con reembarcar a sus dos docenas escasas de líderes para ahogar por el momento toda su actividad efectiva, y sin que esa expulsión promoviera movimientos de importancia en el país...**[6]

Menos de cinco años más tarde, y sin que mediara ninguna «propaganda comunista» por parte de los militantes de la Tercera Internacional, el gobierno de López Contreras hará cumplir a la letra las predicciones de Betancourt expulsando del país varias decenas de los líderes populares.

En el momento en que Betancourt responde a Otero Silva, está ya muy avanzado el proceso de bolchevización de los partidos comunistas. La Internacional quiere imponer la mitología del dirigente «obrero» por encima de cualquier circunstancia. Es el tiempo de la orden dada, al Partido Comunista de China, de integrar una dirección proletaria no sólo por su línea política sino también por su composición de clase. Igual cosa se intenta hacer en esta zona del Caribe, lo que da fácil pie a Betancourt para burlarse de una «necedad tan necia», y echar en cara a los comunistas su insinceridad al aplicar en la fachada una política en el fondo imposible de poner en práctica.

No se crea que todas esas aseveraciones sean la expresión por Betancourt de un pensamiento ya firme, estable. Hacia fines de 1935, parece haber rectificado su antiguo error al respecto. Al mismo tiempo que abandona su idea de un grupo dirigente que

pueda reservarse para sí «la interpretación *sur place*, la interpretación esotérica, comunista» del momento exacto para pasar del plan mínimo al plan máximo, reconoce también que en los tiempos de ARDI, había en ellos imprecisión en cuanto a la clase que en la etapa democrático-burguesa de la revolución debe llevar el comando de la lucha. Imprecisión que tampoco estaba ausente en las filas del Partido Comunista de Venezuela como lo revelan, dice, las críticas que a este respecto hiciera el Buró del Caribe al planteamiento de la situación de las clases sociales en la etapa democrático burguesa de la revolución venezolana hecha por el primer número de *El Martillo*.

> **Hoy [remata] ya nosotros tenemos adoptada posición definitiva en el sentido de aceptar que para llevar la revolución hasta el fin, superando una a una las etapas intermedias hasta llegar al estadio socialista es necesario que la clase obrera tenga el «manubrio» entre sus manos potentes[7].**

Los hechos demostrarán que esas palabras se las llevará el viento. Los comunistas, por su parte, seguirán empecinados en el «papel hegemónico» del proletariado, pero la misma falta de luz sobre ese proceso de instrumentación los condenará al enanismo político y a su falta de peso específico en la política venezolana durante muchísimos años.

En síntesis, que desde muy temprano, Betancourt parte de una idea de «clase» que se aleja de la ortodoxia marxista y leninista. Insistirá en ella durante cuatro años. Muy en lo que siempre será su estilo, intenta matar dos pájaros de un tiro: el pretexto para escribir su panfleto teórico será una refutación de los conceptos emitidos en *Venezuela Futura*. Sus redactores pretendían hacer de la lucha contra el gomecismo una simple oposición regionalista: al desembarazarse de los andinos, todo estaría resuelto.

El problema no es ese, replica Betancourt en su folleto, sino que

> ...en Venezuela existe la tiranía –forma agudizada de la dictadura– de una clase, y no de un hombre o una región. En esa tiranía, el poder real es de la clase terrateniente, industrial, mercantil –capitalista, en una palabra–, ejercida, sobre las grandes masas productoras de la nación, con la colaboración de Gómez y su taifa de compinches y familiares[8].

Para un marxista ortodoxo, la fórmula luce confusa, con eso de incluir en una sola a tres clases distintas. Pero en lo de «taifa» ya está instalado por siempre jamás su inconfundible estilo. Al final de ellos da la impresión de abandonar esa táctica cuando ¡oh sorpresa!, los comunistas la hacen suya, al menos para todos los efectos prácticos, en el Frente Popular.

Dos años después de la muerte de Gómez, Betancourt terminará saliéndose con la suya: el PDN y después AD serán partidos «policlasistas». Pero en aquel primer momento, trata de encontrar un basamento teórico a su definición, manteniéndose y manteniéndola dentro de los cauces de la más estricta ortodoxia leninista. Habla de las «grandes masas», pero esa es una formulación demasiado general. Entonces salta hacia otra, aborrecida por los marxistas: pueblo. Y aquí Betancourt incurre en un curioso error, producto de una lectura apresurada. En una larga carta a Valmore Rodríguez, luego de hablarle de la necesidad de un periódico, lo llama a no preocuparse si por su empeño en ser comprendido por las grandes masas, esa especial circunstancia le obligue a emplear un lenguaje marxista no muy estricto.

Y añade a continuación el ejemplo: «Lenin, tan intransigente revolucionario, no tuvo escrúpulos en titular uno de sus folletos propagandísticos 'Quiénes son los amigos del pueblo', a pesar de que él mismo –como observa el calvito en una de sus cartas– fue siempre

enemigo jurado de expresiones como esa: 'pueblo', que no precisan el carácter clasista de la lucha anticapitalista»[9].

Éste es un bello gazapo de Betancourt, el cual demuestra que él, y acaso también Leoni, conocían el folleto citado sólo de oídas. Porque el título del panfleto de Lenin es *¿Quiénes son los «Amigos del Pueblo» y cómo luchan contra la socialdemocracia rusa?* Lo que él llamaba «Amigos del Pueblo» era un conocido partido ruso de ese nombre, los *narodniki* o populistas. El folleto no exaltaba ningún «amigo del pueblo» sino que lo escribía para condenar a quienes se daban tal título.

Tal vez sea excesivo detenerse en lo que podría no ser más que un desliz de pluma de quien estaba en pleno proceso de formación intelectual. Pero es que esa fórmula tan poco apreciada, «pueblo» será una de las favoritas de Betancourt en los años cuarenta, llegando a apellidar el suyo «Partido del Pueblo»[10].

Horror a la anarquía

Aunque no sea la única formulación que defina al marxista, la de clase sirve para precisar, en un aspecto crucial, la adhesión temprana de Betancourt al marxismo, así sea tan heterodoxo como se muestra en esos textos. Detrás vendrá su adhesión al leninismo.

Aunque ambas adhesiones sean coetáneas, como por lo demás nadie las concebía entonces de otra manera, conviene precisar que aquí interviene, tal vez no muy conscientemente al principio, más claro después de la muerte de Gómez, un terrible, un secular temor venezolano; la guerra civil, el desbordamiento del «bravo pueblo» una vez que se aflojase el corsé de la tiranía.

Desde 1903, Venezuela ha cancelado el sangriento ciclo de las guerras civiles. La «hidra de la guerra», como la llamaba la prosa ramplona de la época, parecía haberse saciado, ahíta de sangre. Pero en el subconsciente venezolano quedó para siempre grabado,

presto para salir a cada rato a la superficie consciente, el recuerdo del viejo terror de lo que Vallenilla Lanz llamaba «nuestras frecuentes matazones»[11] republicanas.

Betancourt no puede ser ajeno a esa inquietud. Su pensamiento al respecto no saldrá completamente armado de su cerebro, sino que pasará por el tamiz de algunos pecadillos veniales de leso anti-caudillismo. Como se ha visto en la primera parte, en los meses iniciales de su exilio, buscará el cobijo de las viejas banderas o mejor, de los viejos personalismos. Lo cual quiere decir también, de los pertinaces fracasos.

En general, todo fracaso está acompañado de una reflexión sobre sus causas y, podría esperarse, de una autocrítica. Betancourt va a ser testigo, por el contrario, de algo que lo terminará asqueando: no hay la menor intención autocrítica en los viejos caudillos venezolanos, sino una gran capacidad para el autobombo y la descalificación de sus pares, y sobre todo una desoladora impotencia para actuar y ni siquiera para pensar en Venezuela. Así pues, para Betancourt, el año 29 con las tres «revoluciones» que vence Gómez sin mayor esfuerzo, va a significar una lección acaso tan importante como la del año precedente. Es el agotamiento del viejo caudillismo, y peor que eso, el ridículo de sus acciones, el vacío de su discurso, la pequeñez de sus reyertas.

Pero hay sobre todo una lección que de una manera u otra tiene que impresionarlo, tanto ella es evidente: el pueblo venezolano puede detestar el régimen gomecista, pero antes y por sobre todo detesta la guerra civil. Junto con sus lecturas marxistas, al llegar a Costa Rica, lo dijo muchas veces, Betancourt dedicará su escaso tiempo libre a leerse la aburridísima y gigantesca *Historia contemporánea de Venezuela* de Francisco González Guinán[12]. Recorrer esas páginas es darse cuenta de por qué el pueblo venezolano prefiere la tiranía a la anarquía, el despotismo a la guerra. Y se acentúa la relevancia para la historia del país del movimiento del 28, del gru-

po de jóvenes que se rebeló en la calle y no en los campamentos. Eso entre otras cosas, lo llevará a él como a un grupo de sus jóvenes compañeros a pensar en un movimiento civil, que no dependa de la voluntad de un caudillo.

No es una agrupación pacífica y mucho menos pacifista: como se ha visto, en sus primeros años, Betancourt es solicitado por diversos revolucionarios y su posición es dubitativa y oscilante: llega a pensar en unirse a quienes él mismo llama «caracortadas». Pero será después de su regreso a Venezuela que encontrará en la práctica la demostración de que la anarquía no es por necesidad la contrapartida de la tiranía: el 14 de febrero de 1936.

Eso no es todo: la diferencia entre el triunfo de esta fecha y el fracaso de la huelga de junio, casi está gritando a los líderes populares que no se puede cabalgar sin fin sobre una emoción, que esa emoción debe prolongarse en una organización. Aquí se puede decir que Betancourt aprende la lección de la calle, y en dos sentidos.

Primero, ha tenido la demostración práctica de que el país no está dispuesto a regresar al viejo dilema de tiranía o guerra civil, que el pueblo detesta ambos extremos por igual. Segundo, que se puede ser a la vez pacífico y eficaz: los manifestantes del 14 de febrero no dispararon un solo tiro y sin embargo, en un día, lograron mucho más de lo que habían intentado alcanzar los caudillos en tres décadas de irrisorios fracasos. Pero de todas formas, aquello fue un momento, y una emoción. Nada decía que esa actitud pudiese durar, y que no la arrastraría una dinámica violenta, un pueblo que se saliese de su cauce para derivar en la anarquía.

Betancourt se plantea en y desde entonces una oposición simple: quien contenía al pueblo en la época de las guerras civiles era el tirano. Quien puede encauzarlo y sustituir aquél en nuestra época, es el partido político. No en vano Antonio Gramsci (que Betancourt, ni nadie conocía en la época) hablaba del partido político como «el Príncipe de los tiempos modernos». El partido político será la suma

de aquellas experiencias históricas: a la vez la encarnación misma de la despersonalización del poder; y el dique contra la anarquía. Sobre esa base, Betancourt encontrará el instrumento que mejor combine la voluntad de participación popular y la centralización necesaria para contener las pulsiones centrífugas tan vivaces en Venezuela. El mejor modelo posible, hasta ese momento el más exitoso y revolucionario, es el modelo leninista.

Será muy influido por él, pero lo hubiera sido mucho menos si no existiese en Venezuela aquella situación de un inacabable personalismo y el terror de la guerra civil. Es sobre un terreno regado por esos dos afluentes que Betancourt va a recibir la siembra del leninismo.

EL LENINISTA

Lo dice tal cual en la carta que escribe a sus «hermanitos» de Barranquilla en 1932: «Lo que sí no podemos nosotros pensar en ser es 'intelectuales sin partido'. Ni de vaina, hermanitos. Esa misma posición es demasiado asexuada para hombres como nosotros, ya *fatalmente, biológicamente* impulsados al campo de la política de masas»[13].

La idea del partido «de vanguardia», del grupo de conspiradores dedicados de manera más o menos profesional a la actividad de propaganda y organización revolucionarias surge desde muy temprano en Betancourt. No es, como otros aspectos de su actividad pública, fruto de una reflexión más o menos detenida o de una opción teórica, sino más bien una imposición de las circunstancias. La formas leninistas de organización se dan de manera casi espontánea en partidos obligados a vivir en la clandestinidad por un régimen represivo muy severo. En Venezuela, sólo había dos posibilidades para quienes intentaban enfrentarse a la tiranía de Juan Vicente Gómez: o la montonera decimonónica o la organización de tipo leninista.

Betancourt y los suyos, desde 1929 escamados de los «sindicatos de macheteros», no tenían otra alternativa que la del leninismo organizacional.

Desde el principio, la idea de la pequeña vanguardia de conspiradores esclarecidos seduce a Betancourt. Se combinan para hacerlo la tradición misma del país, la soberbia del intelectual y la tentación autoritaria que siempre subyace en todo conductor de hombres. Lo primero salta a la vista, y lo último reside en un ámbito donde no es fácil adentrarse con las herramientas de trabajo del historiador. Pero de lo segundo sí hay constancia en la correspondencia del prolífico y casi grafómano Betancourt en aquella carta ya hoy casi mítica enviada desde Las Juntas de Abangares en 1932:

> **Los partidos, por más doctrinarios que sean, por más de masas que sean, siempre van donde los llevan sus líderes. Por decir esto francamente le forman un escándalo a Lenin los pudorosos, no recuerdo si en 1903, en los días de la aparición del 'Proletario' y de su salida de la redacción de la vieja 'Iskra'. Replicando, con su dialéctica a trancazos, Lenin aclaró y definió perfectamente el papel de los líderes, de los jefes de partido, y esa definición no es otra que esa: los partidos van por donde marchen sus dirigentes. [...]**
> **Ese amorfo sector timorato de que me habla Valmore es carne de cañón, que nos servirá para hacer bulto y que no me importa que se quede rezagado. El lastre siempre se bota [14].**

Cierto, el PDN surge desde 1939 con la vocación de ser un partido de masas, rechazando –y en esto difiere abiertamente del leninismo– «todo ideario clasista». Pero la idea del partido como vanguardia subyace en quien, concibiendo su organización como un frente de clases bastante amplio, la ve sin embargo como la «soldadura» que puede sujetar «a una misma disciplina partidista [...]

las varias capas sociales interesadas fundamentalmente en una transformación democrática del país»[15].

Conviene detenerse un poco en esta idea. Ella es leninista, aunque nunca haya sido expresada en esa forma por el creador del partido bolchevique. Es lo que Isaac Deutscher llamó la tendencia al «sustituismo», es decir, a dar al partido una entidad tal que él podría llegar, dado el caso, a sustituir a la clase y a acometer las tareas que incumbían a aquella, pero que por razones circunstanciales no estaba en condiciones de llevar a cabo. Ello lleva derecho a otra idea, a otra actitud: en un momento dado, la organización lo es todo. Eso produjo en su momento una prolongada controversia en el seno de los revolucionarios que simpatizaban con la Revolución Rusa y con la Internacional Comunista: había, entre los anarquistas españoles y los «izquierdistas» alemanes y holandeses adherentes iniciales de la Tercera Internacional, la tendencia a oponer partido y revolución, a lo cual los leninistas replicaban yéndose al otro extremo. En el caso que nos ocupa, para Betancourt el partido tiende por momentos a ser lo más importante.

Es así como al regresar a Venezuela en 1936, escogerá un partido ya formado y que tiene la ventaja de una proclamada indefinición ideológica: ORVE, el cual tiene además la pretensión de ser, más que un partido doctrinario, «un movimiento que camina».

Es el armazón si no ideal, por lo menos conveniente para que en su interior trabaje la «vanguardia», para que le dé contenido y sobre todo le marque la huella a seguir. Pero eso puede ser simplemente el aprovechamiento de una situación y de un trabajo ya dados. Cuando Betancourt haya formado su partido propio y lo lance a la calle, le propondrá una tarea central, mucho más importante que la agitación política y la propaganda doctrinaria: que no quedase un solo distrito, un solo municipio venezolano sin su organización de partido[16]. Aquí está otra proposición de Lenin en *¿Qué hacer...?*: la necesidad y conveniencia de un partido implantado a escala

nacional[17]. Pero por otra parte, también podría ser, combinando en esto leninismo y bersteinianismo, una razón para su acercamiento a la socialdemocracia, al «revisionismo» reformista: ¿no fue acaso Berstein quien acuñó la famosa frase aborrecida por los marxistas ortodoxos «el fin no es nada, el movimiento es todo»?

El leninismo comienza a interesar a Betancourt en una fecha tan temprana como 1929; como se ha visto en la primera parte, adhiere por muy poco tiempo al partido de la emigración que más se parece a un partido leninista. Su relación será corta y tormentosa. Betancourt romperá al poco tiempo con los nonatos comunistas venezolanos de Curazao, pero no tiene mucho inconveniente en ingresar al partido de sus camaradas costarricenses.

Desde Costa Rica escribirá dos de sus textos más importantes de esa época (32-35), una carta a Mariano Picón Salas donde se declara demasiado realista «para importar el socialismo marxista con el mismo criterio servil y colonialista de los abuelos del año 10, cuando trasplantaban a América las constituciones jacobinas, sin previamente adaptarlas a nuestra realidad, distinta de la europea»[18].

En la otra carta, ya citada, dirigida a sus «hermanitos» de Barranquilla, se declara dispuesto, si la cohabitación con los leninistas se hace imposible, a constituir al margen de la III [Internacional Comunista], un partido revolucionario. Con todo, quizás lo más importante sea una lección aprendida entonces, y que Betancourt no olvidará jamás: el leninismo no es tanto un proyecto de transformación de la sociedad como una técnica para la conquista y la conservación del poder. Un maquiavelismo del siglo veinte.

Su polémica con los comunistas no es una brumosa discusión principista, poco probable entre maquiavelianos: entre la gente de la Tercera Internacional, la cual suele dar desarmantes virajes tácticos, y un hombre más dado a discutir realidades concretas que especulaciones abstractas. Betancourt, al revés de Haya de la Torre, tiene una cabeza más política que filosófica.

Se trata entonces mucho menos de una controversia teórica que de mantener compactado a su pequeño grupo «barranquillero». Por mucha y muy fructífera actividad que despliegue en el interior del Partido Comunista de Costa Rica, en ese país Betancourt será siempre un extranjero. El grupo ARDI, en cambio, es su inversión a futuro. Como se ha visto con detalle en la segunda parte, procura tenerlo en mano, a través de una correspondencia prolífica y sobre todo, de una polémica con los comunistas venezolanos destinada a impedir que éstos los atraigan con el brillo de la Revolución Rusa.

En la intimidad de ARDI, Rómulo Betancourt sigue siendo, ya se ha dicho, cabeza de ratón. Esta doble condición le será reprochada más tarde como doble cara, y contribuirá a complicarle a los estudiosos su biografía. En todo caso, nadar entre esas dos aguas no significa para él la práctica de una política sin principios. Su primera y tal vez única publicación de carácter teórico, *Con Quién Estamos y Contra Quién Estamos*, será el producto de sus lecturas y de su militancia leninistas, y de la necesidad de dar a su grupo un cuerpo de doctrina que vaya más allá del Plan escrito en Barranquilla. También se habituará Betancourt en Costa Rica a vivir en la clandestinidad, lo cual le será muy útil entre 1937 y 1940.

Cuando el 17 de diciembre de 1935 muere Juan Vicente Gómez, y Betancourt regresa a Venezuela, los próximos diez años van a convertir al frustrado estudiante de Derecho, en un dirigente político a tiempo completo (el «revolucionario profesional» de los leninistas), y en una figura nacional.

Después del 14 de febrero comienza a destacarse, a hacerle sombra a su rival y amigo Jóvito Villalba. Es, como éste, un apasionado tribuno popular. Aunque tiene frente a él la desventaja de una voz atiplada, chillona, la compensa con sus inolvidables latiguillos. Y además, con su envidiable memoria para las cifras, que le permiten hablar de economía en un país que desconoce esa disciplina. Sobre todo, le lleva cuarenta codos de ventaja a Villalba en dos aspectos

fundamentales para quienes quieren ser fundadores de partido: es un periodista de prosa también desconcertante; y tiene una inmensa capacidad de organización, puesta ya a prueba en Costa Rica.

Ella le va a permitir apoderarse de ORVE, esa organización fundada en Caracas por dos brillantes intelectuales, Mariano Picón Salas y Alberto Adriani, tan duchos en andarse por las bibliotecas como bisoños en hacerlo por las calles.

La «modestia» de que hace gala Betancourt al llegar a Venezuela, se combina con una paulatina moderación en su lenguaje y en su acción. Se aleja del revolucionarismo marxista y se encamina hacia el reformismo social-demócrata. Todavía será largo el trecho a recorrer, sobre todo porque entre una cosa y otra se interpone el leninismo, cuya definición de la sociedad («semi-colonial y semi-feudal») y de su revolución necesaria («democrático burguesa»); y cuyo esquema de organización, no abandonará con facilidad.

Por lo demás, las cosas están muy confusas todavía. Los comunistas han dado la vuelta desde el extremismo revolucionario a la moderación burguesa, y el mundo vive la era de los «frentes populares». Es la hora de la amalgama, no de la diferenciación. En las jóvenes organizaciones populares, conscientes de su debilidad, la presión unitaria es demasiado fuerte. Y por su parte, el gobierno ha comenzado a aprovecharse de esa indiferenciación, para acusar a todos los partidos opositores de «comunistas».

Como ya se ha visto, en 1937 atrapa 47 dirigentes «comunistas» (entre ellos a Jóvito Villalba) y los envía al exilio. Rómulo Betancourt no está entre ellos: se escapa de la policía y pasa a la clandestinidad. Queda así en sus manos la organización. Es una jaquetonería llamar, a aquel insignificante puñado de militantes bisoños y asustados, un «partido»: Rómulo se dará a la tarea de convertirlo en tal.

En 1939, ya en el exilio y gracias al Pacto Germano-Soviético, Betancourt se inspira en el ejemplo del Partido Socialista chileno para ahondar su propio deslinde con la Tercera Internacional.

En Santiago publica *Problemas Venezolanos*, una selección de sus crónicas económicas. El prólogo a este libro se puede considerar el primer texto propiamente «betancuriano», es decir, donde anuncia un partido deslastrado de marxismos y «frentepopularismos»; en él precisa su ubicación política en los siguientes términos:

> **Estoy y estaré siempre en la trinchera del pueblo. Lucho y lucharé siempre en las filas porveniristas de la izquierda. Empero, propugnando para Venezuela la solución de sus problemas nacionales impuesta por la estructura del país y por el clima histórico que vive. Estas soluciones son tan diferentes de las mediocres panaceas del liberalismo, inoperantes e históricamente agotadas, como de las fórmulas soviéticas[19].**

Betancourt se ha alejado, y en la práctica desembarazado, del marxismo, pero ni entonces ni nunca se desprenderá del leninismo.

Donde será el más adamantino leninista es en el terreno de la organización, y en el de la aproximación al poder. Entre ambos casos, se pueden señalar cinco campos donde seguirá paso a paso las enseñanzas del revolucionario ruso.

Uno, la concepción inicial del partido como élite, como vanguardia, si quiere llegar a comandar masas. El partido leninista se propone como la vanguardia de la clase obrera. Es decir, la vanguardia de una vanguardia. Sin pronunciarse sobre el fondo del asunto (Lenin mismo era un intelectual de origen *petit-bourgeois*), Betancourt siempre ha pensado, y escrito, que en Venezuela eso equivale a cero, porque donde no existe desarrollo industrial, no puede existir tampoco un proletariado industrial. En tales condiciones, el suyo no será entonces un partido de clase, sino de clases: el plural no sólo amplía el concepto de *clase trabajadora* para que quepa en ella el campesinado mayoritario y las clases medias urbanas, sino que incluye a la burguesía, y propone una alianza.

Dos, la formación de un partido nacional, y no solamente de la capital o de las ciudades más grandes. Y pone manos a la obra: en los próximos cuatro años recorrerá todo el país tejiendo con paciencia de araña su red organizativa. Eso le permitirá conocer palmo a palmo la geografía y las gentes de un país del cual hasta entonces había tenido, con todo y ser el suyo, una noción libresca. El resultado es que tal vez sea el primer líder político venezolano que, todavía en la oposición, una gran cantidad, si no la mayoría, de los venezolanos haya visto y tratado en persona.

Tres, la publicación de un periódico que sea a la vez «un agitador y un organizador colectivo». En 1944, Betancourt lanza a la calle el diario *El País*. No es una maravilla en cuanto a sus aspectos técnicos, pero es suyo. Desde su primera página, calzando un editorial con el cliché de su firma auténtica, Betancourt dispara a diario sus andanadas contra los adversarios de su partido.

Cuatro: Betancourt, como Lenin, tiene una idea militar de la organización. Por mucho que acepte la discusión, y rechace los modos del caudillo inapelable, en el fondo admira la eficacia del ejército. Es así como será intratable, hasta el último soplo, en un férreo principio del verticalismo leninista: el partido no acepta corrientes internas. Que no había olvidado sus lecturas juveniles, que había aprendido la lección del partido bolchevique, lo demostrará en 1968, cuando al ver el peligro de que su partido caiga en manos hostiles, le hace interrumpir su voluntario exilio y regresar a Venezuela, a combatir la disidencia prietista. Su *bête noire* será mucho menos el viejo maestro Luis Beltrán Prieto, su compañero en la aventura de octubre, que el nuevo secretario general del partido, Jesús Ángel Paz Galarraga. Así lo confiará en su retiro de Berna a un compañero de partido que ignoraba ya comprometido con la disidencia: Paz Galarraga se había ido apoderando de la organización en la misma forma como Stalin lo había hecho en el partido bolchevique. Pero él no tendría enfrente a un Trotsky que

se dejara vencer, sino alguien como él que sabría pelearle en el mismo terreno[20].

Cinco: La otra enseñanza leninista es la forma de aproximación al poder. En verdad, ella es maquiaveliana. Se trata de estar atento, siempre despierto, siempre dispuesto a atrapar la ocasión que la Fortuna presente. Y ella se le aparece a Betancourt un mes después de que la Segunda Guerra Mundial ha terminado, vistiendo ropa de soldado: un grupo de militares jóvenes lo invita a participar en una conspiración. El resto ya se sabe: el 18 de octubre es una de las fechas inolvidables y polémicas del sigo veinte venezolano.

Ese aferramiento al leninismo le dio a Betancourt sus frutos: le permitió llevar a su partido al gobierno y, más importante, convertirlo en un partido de masas, el más grande no sólo de Venezuela, sino de todos los partidos que integraban la reconstituida Internacional Socialista en los años setenta.

Partido único, socialdemocracia y derrumbe

En su primer gobierno, Betancourt va a conocer una experiencia que también vivirá el leninismo: transformarse en partido único. Cierto, hay sus diferencias: AD llega a ser ese partido único porque es votado por el ochenta por ciento del electorado; no por imposición desde arriba y mucho menos por las bayonetas del extranjero; ni tampoco porque haya prohibido la oposición. Pero también vivirá otra experiencia que conocerán, a finales de los años ochenta, los partidos leninistas de Europa Oriental: caer sin disparar un tiro. En este caso, la existencia de un partido único civil es casi una abierta invitación a que enfrente suyo se forme un partido militar.

A medida que avanza su desplazamiento desde la extrema izquierda hacia el centro, Betancourt va a ir abandonando su viejo aborrecimiento de la socialdemocracia. Eso no vendrá de un golpe, sino también como fruto de un proceso. En su entrevista con Alicia

Segal, Betancourt pretendió que AD había sido siempre socialdemócrata[21]. Esa es una afirmación cuando menos discutible. Y en el caso personal de Betancourt, casi insostenible. En verdad, en la historia de las relaciones de Betancourt con los partidos socialdemócratas europeos, pueden señalarse tres etapas bastante bien delimitadas: una de 1931 a 1939, de hostilidad; otra de 1939 a 1963, de acercamiento y unión «morganática»; una tercera etapa, desde el final de su segundo gobierno hasta su muerte, de franca amistad y adhesión a la Internacional socialdemócrata.

En la primera etapa, Betancourt tiene tendencia a recibir el calificativo de «socialdemócrata» como un insulto. No hace más que reproducir en su caso personal la actitud de todos los leninistas. Cuando Miguel Otero Silva critica el Plan de Barranquilla por considerarlo «pobrísimo» y parece envolverlo en el mismo paquete de los socialdemócratas europeos, Betancourt le replica aderezando su respuesta con la conveniente cantidad de citas de Lenin, muy en el estilo de la pelea entre estalinistas y trotskistas. Incluso las críticas que entonces hace al régimen soviético, a causa del desinterés de la Tercera Internacional por los problemas de la democracia, las expresa desde la óptica y, si no con la argumentación, por lo menos con el vocabulario trotskista: todavía en 1956 cree que el régimen de Stalin sea «thermidoriano»[22].

Un hombre a quien demostrará estimar mucho desde el primer momento como Mariano Picón Salas, se había confesado en cierto modo simpatizante del socialismo «tipo II Internacional». Betancourt, acaso para explicar semejante blandura, lo señala como formando parte de una «Generación desquiciada interiormente por ese quebrantamiento de valores que fue la guerra imperialista del 14, y que careció por esa circunstancia de directrices definidas por donde enrumbar sus actuaciones iniciales»[23].

En 1939, esa actitud de Betancourt comienza a cambiar. Se han producido tres hechos que contribuyen a eso. El primero es lo que

él mismo llamará «deslinde de ideologías» con el PC ya constituido en partido aparte del PDN; en segundo lugar, el pacto germano-soviético ha lanzado a los comunistas a un *ghetto* más cerrado que durante los tiempos del «tercer período» y la lucha de «clase contra clase»: ya no hay complejos para atacarlos en la izquierda, y por supuesto, tampoco para mostrarse amigo de sus detestados rivales socialdemócratas; tercero, Betancourt es enviado al exilio en Chile, donde lo recibe con los brazos abiertos un partido socialista en cuyo ejemplo se inspira para proponer una perspectiva «americana» del internacionalismo, y para aislar a los comunistas. Pero todavía su acercamiento a la socialdemocracia europea no es muy abierto. Puede haber dos razones para ello. Una era la misma que fue alejando a Betancourt del marxismo: el eurocentrismo de la mayoría de los partidos socialdemócratas europeos era un obstáculo para el establecimiento de relaciones seguidas y fructíferas. La otra razón es el escaso peso, la escasa influencia de la socialdemocracia europea en ese momento, con tres dictaduras fascistas en Italia, Alemania y España, con una dictadura comunista en Rusia y después de la guerra, en Europa Central y Oriental. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los regímenes fascistas son sustituidos por regímenes demo-cristianos en Alemania e Italia. En Francia, los socialistas van a estar hipotecados por sus diversas alianzas (con el PC primero, con la democracia cristiana luego, finalmente con el gaullismo), pero sobre todo, en los años cincuenta, por su responsabilidad en el desarrollo de las guerras coloniales. Una corriente de simpatía en AD va en la imediata posguerra hacia el *Labour Party*, pero éste no es un partido muy activo en sus relaciones internacionales, como lo han sido por tradición la socialdemocracia alemana y la francesa.

A la muerte del líder socialdemócrata alemán Kurt Schumacher, Betancourt escribirá un elogioso obituario. Pero la fecha no es muy propicia (1952) ni la prensa de Costa Rica muy influyente fuera de las fronteras de ese pequeño país[24].

Por último, las relaciones de Betancourt con la socialdemocracia europea se hicieron más francas y abiertas después de su salida del poder. Ello se deberá por una parte a la revigorización de la Internacional Socialista, a su mayor influencia política y al mismo tiempo, a su mayor interés por América Latina. A partir de 1973, Acción Democrática comenzará a aceptar sin reticencias el calificativo de socialdemócrata.

Han sido circunstancias históricas muy precisas las que hicieron que ese acercamiento no se produjese antes, y sobre todo en la mayor parte de la actividad pública de Betancourt. Pero hay un área de coincidencias doctrinales y fácticas que hacen que, en parte al menos, Betancourt haya tenido razón al decir que AD siempre ha sido socialdemócrata.

Ese conjunto de coincidencias parten de la común actitud reformista, que sólo hacia el final de su vida admitió Betancourt sin reticencias: en América Latina, confesarse reformista y no revolucionario no siempre es fácil para un hombre político. Aparte del compromiso con la democracia política, que, aparte de la socialdemocracia, AD comparte con diversos partidos y movimientos, hay por lo menos tres áreas de coincidencia ya perceptibles en vida de Betancourt.

La primera es que en la base del proyecto económico de AD y la socialdemocracia, está la opción por una economía mixta. Es decir, donde la empresa privada conozca condiciones para su libre desenvolvimiento, pero donde el Estado no se prohíba la intervención en la vida económica, no como un regulador externo o como un simple administrador, sino también como factor activo, y como capitalista. Que esa economía conozca de una fuerte injerencia, intervención del Estado, pero no como imposición de las circunstancias y de la historia (como en el caso venezolano a partir de 1936 con la confiscación de los bienes de Gómez, y de 1975 con la nacionalización del petróleo y del hierro), sino también y sobre todo

como una posición de principios, pues «Estado fuerte no significa Estado totalitario»[25].

La segunda área de coincidencias es la práctica de una avanzada política social, combinada con una alianza firme con el movimiento obrero. En la socialdemocracia europea, eso viene dado naturalmente por provenir ella de allí, ser parte del movimiento obrero. En AD, uno de los pilares fundamentales de su política, y uno de los más poderosos grupos de presión interna ha sido siempre el Buró Sindical.

Y en último lugar, la actitud frente al comunismo. La socialdemocracia europea se le opuso desde el primer momento, aunque no ha desdeñado practicar alianzas con los comunistas en distintas ocasiones y circunstancias. El origen común puede aquí haber jugado un papel no desdeñable. Pero ese no fue el caso de Betancourt, cuyo enfrentamiento con el comunismo se acentuó en su segundo gobierno, después del triunfo de la Revolución Cubana.

¿Qué ha sido hoy, ya en el tercer milenio, de aquel partido que Betancourt fundó en 1941? Nunca, ni siquiera bajo la dictadura de Pérez Jiménez, había caído tan bajo: porque esta vez no ha perdido la legalidad, sino la popularidad, su aura de partido invencible. Atribuirlo al normal desgaste del poder, es quedarse en la superficie. Decir que su proyecto político se agotó, es olvidar que eso es así porque en gran parte se cumplió; lo que indica entre otras cosas que el partido ha sido incapaz de reivindicar su propia historia; y de asumirla, para situarse ante una nueva realidad. Pero tal vez haya que llevar el análisis a otro terreno, si se quiere menos contingente. Referirse a lo que se está volviendo un lugar común y por lo tanto, produce desconfianza: la idea de que el partido político contemporáneo, como teoría y como praxis, está de capa caída en todo el mundo.

Es muy posible que quienes así se expresen estén confundiendo sus deseos con la realidad o que, en el mejor de los casos, estén

tomando la parte por el todo. En verdad, lo que está de capa caída hoy en el mundo, y en Venezuela en particular, es el partido leninista. Sobre todo, sus características organizacionales, esas mismas que su inventor, Vladimir Ilich, bautizó como «centralismo democrático» o sea «aceite vinagrero». En pocas palabras el autoritarismo, la verticalidad y el elitismo (la «cogollocracia») en su dirección; la disciplina «a machamartillo» (como la llamó Betancourt antes de adoptarla) y su cerrazón sectaria y clientelar. No en pocas sino en una palabra: la *militarización* de esos partidos. Ese partido no murió en la URSS hace pocos años, sino propiamente en 1917. Porque ese tipo de partido es el ideal y tal vez el único posible para luchar bajo un régimen tiránico, porque es una organización de conspiradores. Por lo tanto, perdió su razón de ser al tomar el poder, porque no iba a conspirar contra sí mismo. Pero no se disolvió. Uno, porque se convirtió, confesamente, en una conspiración mundial: es la Tercera Internacional Comunista. Dos, porque si, antes, como parte de la sociedad, tenía cosas que ocultar del Estado autoritario, ahora, como Estado, tenía cosas que ocultar de la sociedad.

La primera y más importante estaba en la base misma del régimen: que la «dictadura del proletariado» se iba a convertir en «tiranía del proletariado», primero una abstracción, luego una concreción: el remiso camarada Lenin primero, el consentidor camarada Stalin, después.

Traslademos eso a Venezuela: no es por casualidad que bajo la tiranía de Gómez, sea el partido leninista el primero en formarse. Tampoco que bajo el régimen de López Contreras, con un pie en el gomecismo y el otro en la democracia, Betancourt haya propuesto un partido semi leninista, con un pie en el leninismo y el otro en la socialdemocracia. Al hacerse el partido más fuerte y exitoso, todos los otros buscaron imitarlo.

Pero como desde 1958 no hubo necesidad de ocultar la actividad del partido, éstos dejaron de ser organizaciones de conspirado-

res para convertirse, unos más otros menos, en organizaciones de cómplices. La solidaridad se ejerce entonces no para proteger a los camaradas de la policía zarista o gomecista, sino de la policía pura y simple: para proteger a los compañeritos corrompidos.

Lo que llevó al partido a la triste situación que conoció a finales del siglo XX fue lo mismo que había hecho su fortaleza: el hecho de no haber encontrado al fundarse rivales en el escenario social; y luego, su condición de partido único en el trienio. Ambas cosas significaron hegemonía política, y sobre todo, monopolio político, algo que ninguna sociedad puede soportar demasiado tiempo: testigos el PC de la URSS y el PRI mexicano.

Notas

1 Rómulo Betancourt, «Con quién estamos y contra quién estamos». *El Comienzo del Debate Socialista.* CPPV-S-XX, T. VI, Vol. II, Nº 13, p. 38.

2 *Ibidem*, p. 40.

3 *Libro Rojo*, p. 285.

4 *Idem.*

5 *Idem.*

6 *Ibid.*, p. 178

7 *Ibid.*, p. 202.

8 Rómulo Betancourt, «Con quién estamos...», CPPV-S XX, T. VI, vol. II, pp. 13-14.

9 *Libro Rojo*, p. 186.

10 Años después, hacia el final de su vida, Betancourt repudiará esa expresión, «pueblo», por considerarla vacía, y la preferida por todos los demagogos.

11 Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 19.

12 Caracas, Presidencia de la República, 1954, T. XV.

13 *Libro Rojo*, p. 160.

14 *Libro Rojo*, p. 143.

15 N. Suárez F., *Op. cit.*, p. 263.

16 *Venezuela: Política...*, p. 135.

17 V. I. Lenin, *Obras Escogidas*. Moscú, Ed. Progreso, 1970, Vol. I, pp. 137-139.

18 *Libro Rojo*, p. 151.

19 *Problemas venezolanos*, p. 4.

20 Demestrio Boersner en *Tal Cual* y por comunicación personal.

21 *La venedemocracia...*, p. 21.

22 *Venezuela: Política...*, p. 96.

23 *Contra la Dictadura...*, p. 139-140.

24 Rómulo Betancourt, *Hombres y Villanos*. Caracas, Grijalbo, 1987, pp. 207-212.

25 *La Venedemocracia*, p. 49.

XIX. EL PETRÓLEO

Desde el llano

Cuando llega a Curazao en 1929, apenas Betancourt cambia una de sus morocotas para subvenir a sus necesidades más importantes, descubre que entre éstas está la adquisición de un diccionario inglés-español que le permita leer un libro del autor norteamericano, Ludwel Denny, *We fight for oil*[1]. Desde ese punto y hora comienza, acaso sin darse cuenta, a recoger los materiales para lo que será, andando el tiempo, su *opus magnum*: *Venezuela: política y petróleo*.

El estudioso muchacho se dio cuenta desde muy temprano, de que el problema fundamental de Venezuela no lo constituía la presencia o ausencia de Gómez en el mundo de los vivos: como todo ser humano, Gómez era perecedero y por lo tanto, un accidente en la historia. No: los problemas del país no provienen del pasado, sino del presente y del futuro: como lo dirá algunos años más tarde otro autor norteamericano, Edwin Lieuwen, al morir Gómez el país quedará en manos de un gobernante más fuerte, las compañías petroleras.

Hay allí una inquietud teórica del brillante alumno que ha sido Betancourt, pero también una imposición de los hechos, entre los cuales el más importante es que en Curazao trabaja una buena cantidad de obreros venezolanos; de modo que en ellos, junto a las refinerías que procesan el crudo venezolano, se puede observar *in vitro* la emergencia de los dos problemas que representa y genera la explotación petrolera: el problema nacional y el problema social.

Sin embargo, hasta 1936 Betancourt no da muestras de que esas lecturas y esas reflexiones hayan descendido hasta la escritura. En su primer trabajo teórico, «Con quién estamos y contra quién estamos», no pasa del planteamiento general sobre la influencia del imperialismo, y de las grandes compañías petroleras, sobre la sociedad y la política venezolanas. Es a finales de ese año, coincidiendo con el lanzamiento de la huelga petrolera, que él da inicio a su larguísima bibliografía sobre el asunto, y ya desciende del plano de las generalidades al de los hechos concretos. Es un trabajo, publicado en el órgano de la Federación de Estudiantes, destinado a hacer la comparación más importante que se pueda hacer sobre la materia. A saber, cuánto ganan las compañías petroleras, y cuánto le dejan a Venezuela a través de impuestos y regalías. Concluye su ensayo planteando el gran dilema: o Venezuela reivindica su petróleo y entre tanto busca librarse paulatinamente de su tutelaje, o va hacia el coloniaje puro y simple. Esta conclusión tiene un interés particular: aquí asoma, en esta materia de primer orden, el Betancourt reformista: no plantea que el petróleo deba ser reivindicado para el país de una vez por todas, sino la posibilidad de que existan estadios intermedios entre el coloniaje y la confiscación[2].

En su libro *Venezuela: política y petróleo*, dice: «nunca coqueteamos» con la nacionalización petrolera[3]. Si el plural se refiere a su partido, es cierto. Pero si es tan sólo el empleo del plural mayestático, no lo es: de hecho, pese a lo dicho en el párrafo anterior, hubo un momento en que, como por lo demás toda la izquierda nacionalista latinoamericana, sí se sintió tentado por esa posibilidad: cuando el gobierno de Lázaro Cárdenas lo hizo en México en 1938.

Al aplaudir esa medida, Betancourt subraya dos cosas: en primer lugar, que la medida del gobierno mexicano se produjo como una reacción ante una política de las compañías aceiteras lesiva al interés nacional mexicano. Segundo, que la medida, fuera del ámbito de las compañías perjudicadas, no produjo una reacción

desfavorable o por lo menos violenta en la sociedad y ni siquiera en el gobierno norteamericanos[4].

Esto último lo refrenda cuando, pocos años después de la nacionalización, México gana una pelea legal al respecto en los propios Estados Unidos. Al comentar esto, precisa que no se está planteando la confiscación inmediata del petróleo, sino viables medidas fiscales y económicas que permitan al Estado venezolano aprovechar para la nación unos mayores ingresos provenientes de impuestos sobre la explotación petrolera[5].

En 1938, había comentado el «hecho ingrato» de una decisión de la Corte Federal y de Casación, el supremo tribunal de la República, al anular el artículo 49 de la Ley de Hidrocarburos vigente, que permitía pechar a las empresas por sus importaciones, y atacar lo que en su tiempo, Gumersindo Torres había calificado de «contrabando legal» llevado a cabo por las compañías[6]. En el mismo año, Betancourt plantea un problema sobre el cual estará insistiendo con terquedad en los próximos años: la necesidad de obligar a las empresas petroleras a que instalen en territorio venezolano, las plantas para refinar el crudo que extraen del subsuelo del país.

Esa instalación, dice, podrá hacerse de manera gradual, por ejemplo para refinar lo que el país consuma. Pero reservándose, eso sí, la nación venezolana el derecho a cancelar las concesiones para hacerlo, y abordar directamente la explotación de la industria de refinación con carácter de monopolio estatal[7]. Dicho en otros términos, que si por una parte hay ya en él un enfoque gradualista, por la otra, no concibe la nacionalización de una parte o el todo de la explotación petrolera sino como una estatización. Esa no es una opinión tan sólo suya: hay que decir que la confusión entre nacionalización y estatización es la regla y no la excepción. Nadie la piensa de otra manera, ni en Venezuela ni en otra parte.

En 1939, ya está planteando lo que será su caballito de batalla en el quinquenio siguiente, hasta la aprobación de la reforma a la

Ley de Hidrocarburos de 1943. Se trata de la aplicación del artículo 21 de la Ley de Aduanas que permita pechar a las compañías hasta por el diez por ciento del total de sus exportaciones. Eso, argumenta Betancourt, sería un gran alivio para el fisco, que vería incrementarse sus ingresos en unos ochenta millones anuales[8].

En 1941, ya aparece Acción Democrática. Y también un cambio en el lenguaje de Betancourt en lo relativo al petróleo. Ya está alejándose de lo que ha llamado alguna vez el «antiimperialismo de mitin». En su discurso de presentación del partido en el Nuevo Circo de Caracas el 13 de septiembre de 1941, el causante de la pobreza no es «el imperialismo» sino la monoproducción que nos hace depender en forma absoluta del petróleo[9]. Hay en eso tal vez el temor de que cualquier ataque al imperialismo o a las compañías petroleras pueda tomarse como un ataque a la propiedad privada, lo que haría fácil al gobierno cancelar el permiso a un partido que en los días anteriores ha negado con tanto énfasis que en sus postulados entre la supresión total o parcial de esa propiedad.

Pero también hay un cambio de actitud: los problemas de la explotación del petróleo deben ser encarados menos con una retórica principista que en términos concretos, no en un ataque frontal, sino rodeando el obstáculo: al final, lo que cuenta es el resultado.

1942 será particularmente rico en análisis, proposiciones y agitación suyos sobre el tema del petróleo. Es en ese año que va a cincelar una de sus frases más percutantes. Titula con ella una de sus crónicas: «si del petróleo viene el riesgo, que el petróleo lo pague». Se refiere a los peligros de un ataque alemán al territorio venezolano, y no sólo a sus proximidades como acababa de hacerlo en las aguas territoriales de Curazao, al hundir un barco venezolano, el «Monagas». Es que su riqueza petrolera hace de Venezuela una presa apetecible para quien busque sabotear el esfuerzo de guerra norteamericano e inglés. Pero si ese peligro era tan real, y tan costoso protegerse de él, no era justo que el país debiese cargar con los

gastos de protección de la industria petrolera: ésta debía pagar la protección que le brindase el Estado[10].

En ese mismo año, ya lo dice en forma abierta y por así decirlo, con todas sus letras: la nacionalización por decreto no la plantea nadie en Venezuela[11]. Con ese «nadie» queremos decir el gobierno, pero también la oposición; e incluso el más radical en principio de los partidos, el comunista. Eso será una política nacional hasta la Ley de Reversión que en 1976 declare extinguidas las concesiones que debían regresar a la nación en 1983 y estatice la explotación del petróleo. Eso está anclado tan hondo en la mentalidad de todos los sectores políticos que, en esta última ley, se evitará con mucha cautela emplear la palabra «nacionalización».

En 1943, la nueva política petrolera anunciada el año anterior por el presidente Medina Angarita entra en vigencia. Por una parte, Betancourt aprueba sin reticencias el anuncio de esa iniciativa por parte del gobierno, y participa en el mitin que, en la Plaza de los Museos, se lleva a cabo para dar un respaldo nacional al Presidente en esa materia[12]. Pero una vez que la reforma a la Ley de Hidrocarburos sea llevada al parlamento, el líder de AD toma sus distancias con ella; le parece todavía demasiado tímida. Con el voto salvado de la Minoría Unificada de la oposición al congreso medinista, se puso el acento en tres aspectos de esa ley: en primer lugar, declaraba «saneados» de sus vicios anteriores todos los contratos, todas las concesiones otorgadas en el pasado a las compañías extranjeras del petróleo. Eso era aceptar todas la trapacerías cometidas durante el régimen gomecista por esas compañías, perjudicando de paso al fisco nacional, que se privaba así de ingresos por la denuncia de esos manejos y las indemnizaciones que podía reclamar por los prejuicios ocasionados al patrimonio venezolano.

En segundo lugar, se criticaba el carácter que quiso darle el gobierno a la nueva Ley, la de ser una «Ley-convenio» entre el Estado venezolano y las compañías, no un acto soberano de la nación, lo

que hacía inamovibles en la práctica sus cláusulas si un viraje futuro de las condiciones del mercado petrolero internacional planteaba una situación desfavorable para Venezuela e imponía una revisión de la Ley por la voluntad autónoma del Estado. También, en el detalle, se criticaban los malos cálculos presentes en las disposiciones de la Ley, que terminaban favoreciendo a las compañías e iban en desmedro del fisco nacional[13]. Ese voto salvado de la Minoría Unificada en el congreso, lo redactará él mismo junto a Pérez Alfonzo, según repetida afirmación de este último: «en esa maquinilla» se redactó ese voto, decía señalando la de Betancourt[14]. Además, se critica, en lo que sería el caballito de batalla de AD tanto en la oposición como desde el gobierno, la decisión de extender el plazo de duración de las concesiones (algunas de las cuales se vencerían en 1960) hasta por cuarenta años más[15].

Para cimentar esas críticas, Betancourt tiene a mano un argumento macizo: fueron tan menguadas las regalías sobre la producción petrolera, escribe en 1944, que las compañías, celosas hasta del más pequeño centavo de sus ganancias, ni siquiera protestaron esta vez[16]. Y comienza entonces una campaña por la revisión de los contratos petroleros, siguiendo el ejemplo de los gobernantes del Golfo Pérsico.

Por otra parte, va a seguir espoleando los ijares de su otro caballo de batalla: la necesidad de imponer a las compañías petroleras que instalen sus refinerías en Venezuela. Para ello, con datos a la mano, echa por tierra una vieja leyenda según la cual fue Gómez quien se opuso a su instalación en Venezuela, por miedo a que la formación de una clase obrera industrial pudiese convertirse en el núcleo de una oposición social –y también política– a la tiranía. Por el contrario, dice Betancourt, las ventajas que Gómez, en actitud genuflexa ofreció a esas compañías, fueron olímpicamente desdeñadas por ellas[17].

Es más, hinca por igual el diente en otro mito, propalado por las propias compañías: que en la situación de guerra, no se pueden

hacer las grandes inversiones que necesitaría el traslado a Venezuela de esas refinerías. Entonces, escribe, ¿por qué se lo está haciendo en Arabia (la actual Arabia Saudita) si es ese un país mucho más lejano de los EEUU, más cercanos del teatro de la guerra y sobretodo, más explosivo en política que Venezuela?[18] Y así, va deshaciendo lo que él mismo llama, en otro artículo, las leyendas sobre las refinerías[19].

Por último, Betancourt se refiere a otro aspecto, no por tal menos importante, de la política petrolera: el social. En un trabajo de 1945 plantea lo que llama «el drama de las regiones petroleras», para preguntarse después en qué habrán de invertirse los nuevos ingresos, provenientes de la reforma a la Ley de Hidrocarburos y del Impuesto sobre la Renta[20]. Antes, se había referido a las consecuencias de la decisión gubernamental de acceder a una vieja reivindicación: la rebaja del impuesto a la gasolina[21].

En el poder

En 1945, a su llegada al poder, Betancourt va a comenzar la aplicación de su programa en materia petrolera que él mismo resumiría, años después, en ocho puntos:

1) Elevación de los impuestos hasta el límite que entonces se consideró razonable, dentro del sistema capitalista y la economía de mercado.

2) Venta directa de las «regalías» obtenidas en especie por el Estado venezolano.

3) Cese radical del otorgamiento de concesiones a particulares, y planeamiento de una empresa estatal para explotar directamente o mediante contrato con terceros, las reservas nacionales.

4) Industrialización de la mayor parte del petróleo venezolano dentro del país; y organización de una refinería nacional, con capital estatal o mixto.

5) Una política conservacionista del petróleo, riqueza no renovable; utilización del gas emanado de los pozos, que tradicionalmente se desperdiciaba.

6) Reinversión, por parte de las compañías concesionarias, de una parte de sus utilidades en la vitalización y desarrollo de la economía agropecuaria.

7) Mejoras en los sueldos y salarios de los obreros, empleados y técnicos de las compañías petroleras.

8) Inversión de una cuota elevada de los nuevos ingresos petroleros para crear una economía diversificada[22].

De esos ocho puntos de principios para la nueva política petrolera, se pueden destacar tres, el primero por ser definidor de una escogencia política y económica, los otros por ser los más exitosos y perdurables.

Al precisar que esa política se situará dentro «del sistema capitalista y la economía de mercado», indica dos cosas: que pese a las acusaciones que hacía la derecha de que fuese un gobierno socializante si no socialista o francamente comunista, el suyo era un gobierno que se situaba en el marco del capitalismo. Igualmente, que renunciaba a toda veleidad de nacionalización por decreto «a la mexicana».

Es lo que, más tarde, calificará como «un viraje de 180 grados»[23] en el lenguaje al tratar de (y con) las compañías petroleras, expresión, por cierto, que fue muy criticada por Pérez Alfonzo en una carta de los años de exilio[24].

Los otros dos puntos son el relativo a la política de no otorgar más concesiones a particulares. Los gobiernos de AD, y en general todos los que llegaron al poder después de 1958 respetaron ese dogma intangible.

En cuanto a la subida de los sueldos y salarios, y en general, la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores (petroleros en particular), fueron entre otras cosas la base de su inmensa popularidad.

Hubo otro aspecto de la política petrolera sobre al cual el gobierno de Betancourt parece haber cifrado grandes esperanzas, y que fue la cabeza de turco de la oposición comunista que lo acusaba de «alianza» con el imperialismo. Fue la decisión de asociarse con las empresas petroleras a fin de que éstas invirtiesen parte de sus ganancias en desarrollar otros aspectos de la economía venezolana, en particular la agricultura. Se constituyó así la llamada Corporación Venezolana de Economía Básica de capital mixto del Estado venezolano con Rockefeller[25]. Pero por diversas razones, esa corporación logró desarrollar con éxito sólo una parte de su actividad, la comercial, dando así inicio a la aparición en el país de los grandes supermercados (CADA).

Pese al cambio de lenguaje por parte de Betancourt, la relación de su primer gobierno con las compañías petroleras no siempre fue armoniosa. El 31 de diciembre de 1945, en su alocución radial de fin de año, el Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno anunció la aplicación «por una vez» de un impuesto a los grandes capitales, el cual pechaba sobre todo a las compañías petroleras estadunidenses y particularmente a la Creole Petroleum Corporation cuyo presidente A. Proudfit no dejó de manifestar su asombro y su molestia[26].

Sin embargo, las tensiones fueron cediendo y cuando en septiembre de 1946 el gobierno anunció que se aprobaría una ley para aumentar la participación del Estado en las ganancias de las petroleras llevándola a un cincuenta por ciento (fue el famoso *fifty-fifty)*, las compañías se mostraron más comprensivas y participaron en la discusión del impuesto[27]. La lengua es castigo del cuerpo: Betancourt parecía tragarse así sus críticas a la Ley-convenio de 1943.

Los años de exilio a partir de 1948, aparte de sus esfuerzos por conservar intacta la organización de su partido en el interior y su comunicación con él, aparte de acopiar la solidaridad internacional, los empleará Betancourt en culminar un proyecto que acaricia desde

1937: escribir un libro sobre la historia de las relaciones entre la política y la explotación del petróleo en el siglo XX venezolano.

El resultado excederá en mucho el propósito inicial: en verdad, *Venezuela: política y petróleo* se convertirá en un «mamotreto» (la expresión es del propio Betancourt) indispensable para el estudio de la historia venezolana del siglo XX; una defensa de su labor de gobierno en el trienio 45-48, y una crítica muy documentada a la política petrolera de la dictadura. Pese a su proclamada intención de hacer un libro accesible a la mayoría no especializada de lectores, el texto abunda en cifras y cuadros estadísticos, y es poco probable que haya alcanzado jamás a ese público deseado, por su volumen, por su precio y por ser difícil (y durante los años 56-58 prohibida) su circulación en Venezuela.

Pero con todo, se ha transformado en una fuente valiosísima para los historiadores de lo contemporáneo. La redacción de este libro contó con la asesoría, con insistencia demandada por el autor, de Juan Pablo Pérez Alfonzo, su viejo amigo y compañero[28].

La OPEP

Al regresar al poder en 1958 Betancourt, al igual que el resto de la dirigencia política, seguía convencido de que, en materia económica, lo primero era el petróleo. En ese entonces, su mayor logro no será, como él mismo acaso lo esperaba, la creación de la Corporación Venezolana del Petróleo en abril de 1960, sino la decisiva contribución de Venezuela a la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, la famosísima OPEP de los años 70.

El artesano de esta política, el Ministro de Minas Juan Pablo Pérez Alfonzo, se convirtió hasta su muerte en la conciencia de un país enriquecido de la noche a la mañana y corrompido. Por su innegable autoridad moral, así como por su defensa de los intereses de Venezuela en el mercado petrolero mundial, una comprensible abe-

rración ha hecho ver al llamado «Padre de la OPEP» como alguien que había concebido esa organización desde un principio como un todo acabado hasta en sus menores detalles. La verdad es otra, aunque el papel de Pérez Alfonzo no sea por eso menor, ni tampoco lo sean sus méritos. Quien diseñó en primer lugar la política general del país en materia petrolera fue, como es muy normal, Rómulo Betancourt, no sólo por su condición de Presidente de la República, sino por su inquietud, desde 1929, por las cuestiones del petróleo.

Pérez Alfonzo tuvo siempre el cuidado de poner el acento sobre eso: la paternidad de la política petrolera venezolana no era suya, sino de Betancourt: se podría decir que él jugó el papel de «segundo violín». Y eso desde una fecha tan temprana como los años cuarenta: como se ha visto antes, Betancourt redactó de su puño y letra la explicación del voto de la minoría unificada sobre la ley petrolera de 1943 y presentada por Pérez Alfonzo.

El año 1960 es el más importante de todo el gobierno de Betancourt en relación con el petróleo (amén de, como se ha visto, en muchos otros terrenos). Tiene apenas un año de haberse encargado del poder, todavía está del lado de acá del atentado, de las insurrecciones militares y del desencadenamiento de la lucha armada por la izquierda, y ya Betancourt hace arrancar los dos motores fundamentales de su política petrolera, y la de sus sucesores: el 19 de abril, dentro de las celebraciones de la fecha patria, dicta el decreto 260 de su gobierno, creando la Corporación Venezolana del Petróleo, CVP [29]. Y un mes después, el 12 de mayo, llega a Venezuela el Ministro de Asuntos Petroleros de Arabia Saudí, Jeque Abdullah El Tariki; quien al día siguiente acompaña a Pérez Alfonzo en una declaración conjunta para proponer que los países exportadores de petróleo adopten una política común en materia de precios[30].

La creación de la OPEP fue una opción menos ideológica que pragmática, aunque desde siempre existía en Venezuela un gran resentimiento hacia las compañías petroleras (en su mayoría nortea-

mericanas e inglesas) que determinaban el precio y la producción del petróleo sin consultar al país «anfitrión».

Pese a eso, fue una circunstancia exterior, la reducción unilateral de los precios del crudo del Medio Oriente, decidida en febrero de 1959 y agosto de 1960, la gota que colmó el vaso. Para reflexionar en conjunto sobre esa decisión, y por aquella iniciativa de los Ministros Juan Pablo Pérez Alfonzo y el jeque Abdullah Al Tariki, se reunieron el 14 de septiembre en Bagdad los representantes de cinco grandes países productores de petróleo: aparte de los dos ya nombrados, estuvieron Irán, Irak y Kuwait. Nacía así la OPEP, la cual llegó a tener más tarde 13 miembros[31].

Apoyando sin reticencias a su ministro Pérez Alfonzo, Betancourt no dejaba de ser muy cauteloso en su valoración del significado de la OPEP. A los pocos meses de constituirse, ella tuvo una reunión en Caracas. Allí, el Presidente de la República aprovechó para precisar algunas cosas: 1) Que la OPEP no estaba dirigida contra las compañías petroleras, 2) Que, por el contrario, ellas se beneficiarían con unos precios estables; 3) Que en Venezuela no habría, ni en el corto ni en el largo plazo, nacionalización de la industria; 4) Pero que, igual, no se otorgarían nuevas concesiones a particulares[32].

Por otra parte, más que la manipulación política de los precios, que llegó a hacerse famosa a causa de su empleo por los árabes en los años 70, la preocupación fundamental de Pérez Alfonzo, como demostrará después, estaba en la conservación de un recurso natural no renovable.

Los beneficios obtenidos por la formación de ese «cartel» no fueron tan espectaculares como llegaron a serlo en los años setenta. Para no salirnos del marco de análisis del período constitucional de Rómulo Betancourt en Venezuela, hay que señalar sin embargo al menos dos resultados muy importantes, uno desde el inicio, otro en 1964.

El primero fue terminar con el espectáculo humillante de la determinación de los precios del petróleo por decisión unilateral de las compañías, sin participación algunas de los países productores: se comenzó entonces la etapa llamada «de la consulta»[33].

En 1964, la OPEP logró su primer triunfo: las compañías petroleras aceptaron uniformar la tasa de regalías en todos los países miembros, tasa que no podía ser deducida del impuesto sobre la renta que esas mismas compañías debían pagar en cada país dado[34].

Eso permitió, en el caso de Venezuela, que aumentasen los ingresos petroleros pese a que habían bajado sus precios. Por otra parte, el país tomaba conciencia de la necesidad de reducir la producción para conservar un recurso natural no renovable[35].

Notas

1 Rómulo Betancourt, *Fragmentos de sus memorias*. Caracas, José Agustín Catalá, 1992, p. 94

2 «Cuánto ganan y cuánto nos dejan las compañías petroleras». *Revista de la Federación de Estudiantes de Venezuela*. Dic. 1936-Enero 1937. Rómulo Betancourt, *Antología política*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995, vol. 2, pp. 248-259.

3 México, FCE, 1956, p. 235.

4 *Antología...*, vol. 3, pp. 301-303.

5 *Acción Democrática*, 25 de abril de 1942. *Antología...*, vol. 3, pp. 326-329.

6 *Ibidem*, vol 2, pp. 321-323.

7 *Ahora*, 27 de mayo de 1938. *La segunda independencia de Venezuela*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1992, T. 2, pp. 224-226.

8 *Venezuela: política...*, pp. 142-145.

9 Betancourt, «Acción Democrática y los problemas económicos del país». *Antología...*, vol. 2, p. 582.

10 *Antología...*, vol. 3, pp. 215-217.

11 *Ibidem*, p. 341.

12 *Ibidem*, p. 352-355.

13 Juan Pablo Pérez Alfonzo, «Voto salvado en el Informe de la Comisión de Fomento sobre el Proyecto de Ley de Hidrocarburos». *Diario de Debates de la Cámara de Diputados* de los Estados Unidos de Venezuela. Caracas, 8 de marzo de 1943, pp. 8-19. *Gobierno y Época del Presidente Isaías Medina Angarita*, Caracas. CPPV-S XX. Nº 38, pp. 270-282.

14 El testimonio de Virginia Betancourt, de quien proviene la referencia, es en cierta forma refrendado en un papelito enviado por el propio Betancourt sin fecha (circa 1977) a José Agustín Catalá, editor de algunos fragmentos de sus memorias. De su puño y letra escribe el ex-presidente: «Va también el voto de la Minoría Unificada. En confirmación curiosa de haberlo redactado yo en su totalidad se aprecia una corrección en tinta, con letra mía». (Archivo personal de José Agustín Catalá). Finalmente, en una frase de ese mismo voto salvado se transparenta el inconfundible estilo de Betancourt. «La sanación total de la industria del petróleo, su baño bautismal». *Loc. cit.*, p. 272.

15 El asunto fue planteado por el diputado de AD, Luis Lander, quien propuso que el plazo para el fin de las concesiones se redujera a veinte años. *Ibidem*, pp. 318-319.

16 *Antología...*, vol. 3, p. 282.

17 «¿Por qué se refina fuera de Venezuela el petróleo venezolano?», 28/nov./42, *Antología...*, vol. 3, p. 349.

18 «Refinerías para Arabia ¿y para Venezuela?». *El País*, 8/2/44.

19 *El País*, 1/7/45. *Ibidem*, pp. 436-437.

20 *El País*, 11/8/45. *Ibidem*, pp. 438-440.

21 *Ibidem*, pp. 387-388.

22 *Venezuela: política...*, pp. 236-237.

23 *Ibidem*, p. 235.

24 «No me gusta nada –ni siquiera en la primera persona del plural– aparecer dando un viraje de 180º para ser hombre de gobierno. Por mí que lo ref. a la polít. franc. me parece mucho más correcto lo que dices en otra parte de que 'ya en el poder no repetimos más aquello de Clemenceau de que las cosas se ven distintas desde las barricadas y desde el gb. La acción no es nada opuesto a la palabra; por el contrario debe ser su con-

secuencia directa. Se pasa de una a otra sin dar vuelta...». «Pérez Alfonzo a Betancourt», 31 de octubre de 1952. *ARB*, T. XVII, Doc. 365.

25 *Venezuela: política...*, p. 275.

26 Todo el proceso está relatado con lujo de detalles en el excelente y exhaustivo estudio de Margarita López Maya, EEUU enVenezuela: 1945-1948 (Revelaciones de los Archivos Estadunidenses, Caracas, CDCH-UCV, pp. 141-156.

27 *Ibidem*, pp. 184-189.

28 «Pérez Alfonzo a Betancourt», *Loc. cit.*

29 Aníbal R. Martínez, *Cronología del petróleo venezolano*. Caracas, Ed. Foninves, 1969, p. 189.

30 *Idem.*

31 *Ibidem*, p. 191.

32 «Discurso pronunciado al inaugurarse la II Reunión de la Conferencia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo». En Caracas, el 16 de enero de 1961. *Tres años de gobierno democrático*. Caracas, Imprenta Nacional, 1962, p. 427.

33 Luis Lugo, *La singular historia de la OPEP.* Caracas, Ediciones CEPET, 1994, p. 31.

34 *Idem.*

35 Un comprehensivo análisis, entre otros, del proyecto democrático y su relación con el petróleo en Diego Bautista Urbaneja, *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995, *passim*.

XX. LA POLÍTICA MILITAR

...alguien podría suponer que Betancourt, como Frondizi en Argentina o Janio Quadros en Brasil, era un prisionero del aparato militar y que a través suyo, y acaso a su pesar, obraban las inducciones e imposiciones militaristas. Y no es que el aparato militar no ejerciera sus presiones, especialmente después del asalto al tren de El Encanto [...] Pero puertas adentro, Betancourt solo con sus gorilitas era el verdadero gallo y no era prisionero de ellos. De ese equipito que encabezaba Briceño Linares, Betancourt era el comandante en jefe. Sabía jefear más que ellos y sabía perrearlos. Él conformó un equipo para manejarlo a su antojo, un equipo manipulable, sin soberanía ni jefes, y sin carisma en la institución militar. No era el preso, el prisionero, el acorralado por ellos, el jefe de papel. Puertas adentro, era el vértice de la cúpula militar. No era una farsa su jaquetonería de 'comandante en jefe'[1].

SIMÓN SÁEZ MÉRIDA

Desde el primer momento de su ser político, Betancourt se topa con el ejército como institución, y busca su apoyo para desarrollar su propio proyecto de país. Ni ese proyecto es muy claro todavía, ni lo es su conocimiento de la fuerza armada ni de su posible relación con ella. De hecho, se podría decir que su posición es subalterna. No es él quien busca el contacto con los jóvenes militares que quieren alzarse contra Gómez, ni es tampoco, que se sepa, el primero con quien éstos buscan hablar. Su participación en el alzamiento del 7 de abril de 1928 se limitará a reunirse, pistola en mano, con algunos compañeros estudiantes en los alrededores del Panteón, a esperar que los insurrectos tomen el cuartel, les abran sus puertas y les entreguen armas; y a huir despavorido cuando la acción fracasa; huida que le llevará finalmente a un largo exilio.

Como se ha visto en uno de los capítulos de la primera parte, en los dos primeros años de ese exilio, la acción de Betancourt se orientará hacia el ámbito militar, pero con militares a la vieja usanza, no con una institución con la cual, a lo lejos, no tiene, no sólo posibilidad de actuar, sino ni el más mínimo contacto. Pero al cabo de eso dos años, ya va perfilándose una idea que llevará hasta

sus últimas consecuencias, mientras le quede un soplo de vida: la dirigencia de cualquier movimiento revolucionario no deberá ser militar sino civil.

Después de 1935, ya en Venezuela, Betancourt será, junto con toda la izquierda, blanco de quienes le acusan de querer disolver el ejército como paso previo a la conversión del país en una república comunista. A partir de ese año, Betancourt sabe que no está ante una montonera clásica, que lo que tiene enfrente, y que se le trata de oponer, es una institución, un ejército profesional. Su lenguaje es entonces más ponderado y cauteloso. Es así como da a la luz un documento donde expresa toda una doctrina en relación con las fuerzas armadas, la cual será la base de su política militar en los próximos diez años, y que por tal merece una cita textual:

> **Nuestro movimiento [ORVE] no suscita y se opone enérgicamente a que se plantee en Venezuela la antítesis de militarismo contra civilismo. El Ejército debe ser uno de los instrumentos más eficaces de la necesaria unificación nacional. Queremos para las Fuerzas Armadas, como cuerpos representativos y responsables de la defensa nacional, una modernización técnica que las haga cada vez más eficientes. El pueblo debe ver en su Ejército –que no está ni debe estar al servicio de ningún grupo social ni político determinado– el brazo vigilante de la Nación. La misión de defensa nacional que corresponde al Ejército implica que éste no delibera, que se mantiene por encima de la lucha de las facciones. Y la simpatía del pueblo por el Ejército radicará precisamente en la prescindencia que éste observe en el rencoroso combate político.**
>
> **ORVE denunciará como traidores a la Nación a todos los que quieran sembrar una criminal desconfianza en las Fuerzas Armadas, o que pretendan llevar la conspiración o el apetito personalista a los cuarteles[2].**

Hay en este documento varias cosas a destacar. En primer lugar, es éste un terreno donde por primera vez acaso, Betancourt abandona la concepción y el lenguaje marxistas en relación con la Fuerza Armada. Ya ella no es el brazo armado de la dominación burguesa, sino «el brazo vigilante de la Nación». Por otra parte, se plantea como un *desideratum* lo que es una realidad ya en aquel momento: que el Ejército sea «uno de los instrumentos más eficaces de la necesaria unificación de la Nación». La verdad es que en ese momento, y por lo menos desde su creación en la primera década del siglo veinte, ese Ejército no ha sido «uno de», sino «el» instrumento más eficaz y de hecho único en el proceso de la unidad nacional. Por otra parte, y asoma aquí ya la «vocación de poder», le hace un guiño a las Fuerzas Armadas reivindicando su modernización y su eficiencia.

Por último, hay dos elementos en esa declaración de principios que merecen un comentario especial. El primero es que condiciona la simpatía que el pueblo pueda sentir por su Ejército a su apartamiento de la pelea política, al respeto de su carácter no-deliberante. Y por otra parte, la decisión de declarar traidores a la Nación a quienes intenten introducir la pelea política y personalista en los cuarteles. A lo primero permanecerá fiel siempre cuando sea gobierno, y lo incluirá en todos los textos constitucionales sobre los cuales pueda influir. Lo otro conocerá una excepción y no de las menores: el 18 de octubre de 1945.

El toro por los cuernos

Muy a punto, en 1945, pero antes de que, el 6 de junio, comiencen las reuniones con el alto mando de la conspiración, Betancourt, en un discurso público decide tomar el toro por los cuernos, y referirse a un temá tabú: la actitud del Ejército frente a la posibilidad de que sea un civil quien ciña la banda presidencial en las elecciones de 1946. Aquí continúa en la misma línea trazada nueve años atrás

por ORVE, aunque si se quiere, el lenguaje halagador hacia las Fuerzas Armadas se acentúa:

> **Se dice por ahí, a la sordina, como quien transmite una consigna pavorizadora, que el Ejército no admitiría en el 46 sino a un gobernante salido de sus filas, a un General-Presidente. Quienes así hablan le están infiriendo una ofensa tan grave como gratuita a las fuerzas armadas de la República, al presentarlas no como salvaguarda del orden público y garantía de ejecución de la Ley, sino como una casta antinacional, que se sintiera actuando en tierra conquistada y dispuesta a toda hora a imponerle al país su soberana e inapelable voluntad. Están errados quienes así hablan de la actitud de nuestras instituciones armadas porque olvidan que el Ejército no es patrimonio privado de ningún prestigio personal, sino el Ejército de la Nación.**
> **El proceso de democratización de la conciencia nacional no se ha detenido, como ante muralla china, en las puertas de los cuarteles.**

Y en una brillante pirueta argumental, Betancourt le devuelve la pelota a sus adversarios postulando que «Portar uniforme militar no puede considerarse causal de inhabilitación para ejercer la primera magistratura. Pero tampoco es herejía pensar en un posible candidato civil para la Presidencia de la República»[3].

Estas palabras fueron pronunciadas dos meses exactos antes de que Betancourt y Leoni se comenzaran a reunir con Pérez Jiménez y los suyos en el «estratégico bar» de la quinta del Dr. Edmundo Fernández para planear el derrocamiento del Presidente Medina. Se entra así en una nueva fase de la relación de Betancourt con las Fuerzas Armadas. Todo esto ha sido tratado en un capítulo anterior, pero tal vez valga la pena añadir que muchas de aquellas palabras de 1936 se las llevará el viento: el fin justifica los medios.

Como es muy normal, el levantamiento del 18 de octubre, al partirle el espinazo a la estructura vertical y al principio de obediencia a los superiores, fue el inicio de una etapa de intranquilidad militar que durará, unas con otras, hasta que, en 1962, el propio Betancourt derrote, como se ha visto, a las insurrecciones de Carúpano y Puerto Cabello.

El germen de esos conflictos se puede señalar en el momento mismo de la constitución de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Como había sido previamente acordado entre los conjurados, ella debía constar de cinco civiles: cuatro miembros de Acción Democrática y el independiente Edmundo Fernández (quien había servido de puente con los conspiradores del Ejército) y dos militares. Era lógico pensar que uno de esos militares fuese el Mayor Marcos Pérez Jiménez, quien era el jefe del pronunciamiento cuartelario. Pero en el momento de constituirse aquella Junta, él no estaba en Miraflores, pues había sido hecho preso por el régimen derrocado. El Mayor Carlos Delgado Chalbaud planteó entonces que, siendo ese un movimiento de oficiales subalternos, correspondía a ellos estar representados en la junta, para lo cual propuso uno de los que se habían mostrado más activos en la conspiración, el Capitán Mario Ricardo Vargas.

Otro oficial debía representar a los oficiales de mayor graduación, y el candidato lógico era el Mayor Julio César Vargas; pero como no hubiese sido ético tener dos hermanos en la misma junta, Delgado Chalbaud se propuso él mismo[4]. Esto marcó ya, desde el principio, un primer núcleo de problemas. El Mayor Pérez Jiménez se sintió, como es natural, descontento, y atribuyó su relativa segregación no a sus compañeros de armas que lo habían descartado de esa forma, sino a Betancourt, a quien profesará un odio profundo.

El propio Julio César Vargas, pese a tener un hermano en la Junta, tampoco recibió con agrado su preterición, y al cabo de poco tiempo ya estaba conspirando. En cuanto a Pérez Jiménez, parecía

haberse tragado su rencor y no reaccionó contra el nuevo gobierno ni siquiera cuando su hermano, el también Mayor Juan Pérez Jiménez, se complicó en un alzamiento.

Pero Pérez Jiménez era una fuerza imposible de olvidar y mucho menos de provocar. No en vano había sido el oficial de mayor jerarquía entre los conjurados de octubre, y tenía además un bien ganado prestigio profesional: había sido el primero de su promoción, y figuraba también de primero entre los jóvenes oficiales que en 1938, había enviado López Contreras a hacer cursos de posgrado en la academia militar de Chorrillos, en Perú[5].

El zorro en el gallinero

Acaso por su propia demanda, a Pérez Jiménez se le dará el encargo de modernizar y equipar las Fuerzas Armadas. Según un testigo presencial, Pérez Jiménez aceptó, si no propició él mismo, su no inclusión en la Junta Revolucionaria de Gobierno, al sentirse un tanto desmoralizado por haber caído preso a las primeras de cambio y no haber participado en la acción para derrocar a Medina Angarita. De todas formas, se le nombró de inmediato Jefe encargado de la Guarnición de Caracas, y luego Jefe de Estado Mayor (cargo que conservó hasta el 24 de noviembre de 1948 cuando pasó a ser co-gobernante), con el encargo de reorganizar las Fuerzas Armadas fracturadas por el golpe.

Y dentro de esa reorganización, nada menos que dirigir la transformación del antiguo Ministerio de Guerra y Marina en un novísimo Ministerio de la Defensa[6]. Visto al trasluz de los acontecimientos posteriores, eso luciría como enviar al zorro a cuidar el gallinero. Pero en aquel entonces las desconfianzas no eran manifiestas, y Pérez Jiménez no daría, durante un buen tiempo, señal de sus ambiciones. Por cierto, eso de la modernización de las Fuerzas Armadas no era un pretexto ni un voto pío: la condición para que

eso sucediera residía en el relevo generacional. Los viejos generales «chopo e'piedra» que estaban en la cúpula del Ejército impedían, por su edad, su precaria formación y hasta el endurecimiento arterial, cualquier proceso de renovación y modernización de la fuerza armada, cosa que su relevo generacional, amén del hecho de representar un gobierno *de facto*, estaba en capacidad de llevar a cabo hasta por la fuerza de su sola juventud.

Por lo demás, tampoco se crea que Betancourt descuidaba su trabajo personal hacia las Fuerzas Armadas. Con Delgado Chalbaud, quien detentaba la cartera de Defensa, sus relaciones eran correctas si bien no del todo desprovistas de desconfianza[7]. Pero además, cultivó una amistad muy estrecha con Mario Vargas, y con otros miembros del estamento militar, entre ellos con Francisco Gutiérrez y Martín Márquez Añez.

Todo eso no pudo impedir que el régimen instaurado el 18 de octubre de 1945 conociera una pertinaz intranquilidad militar. Como se ha dicho, tanto el hermano de Mario Vargas como el de Marcos Pérez Jiménez se alzaron en su momento contra el gobierno, siendo puestos en cintura entre otros por sus propios hermanos.

No se crea que el asunto fuera cosa exclusiva de los militares. Aparte de las conspiraciones estimuladas por el dictador Trujillo de República Dominicana e inspiradas por el general Eleazar López Contreras, que seguían creyendo o por lo menos diciendo que el de Betancourt era un gobierno «comunista»[8]; no dejaron de susurrar en oídos militares algunos miembros de la oposición civil que acaso buscaban reeditar a su favor un 18 de octubre, al punto de provocar, el 11 de diciembre de 1946, cuando se alzó el Mayor Juan Pérez Jiménez, el arresto de Jóvito Villalba y una crisis en URD, con el retiro de Elías Toro e Isaac Pardo[9].

Aparte de lo ya relatado en un capítulo anterior, hay tal vez dos cosas a destacar del desempeño de Betancourt en los días previos al derrocamiento de Gallegos. Uno es su deseo –no escuchado– de

que se le dejase hablar con los militares: seguía convencido de su poder de persuasión frente a ellos; y, consecuencia de eso, su convicción de que se recurrió a él demasiado tarde, cuando ya no había nada que hacer.

Sin embargo, aún en esos difíciles momentos, pese a algún desliz de pluma (como llamar con desprecio «militarada» al golpe del 24 de noviembre), Betancourt se cuida de no romper sus nexos con las Fuerzas Armadas, y de allí su reacción iracunda a raíz de la correspondencia que salió de la Embajada de Colombia y que la junta militar atribuyó a él (aunque, como se ha visto, su autor fue Domingo Alberto Rangel) en la cual pronosticaba la disolución del Ejército y su sustitución por milicias populares.

Una vez fuera del poder, ya vimos que en un primer momento la política de Betancourt se orienta hacia una reedición del 18 de octubre. Esta fase durará hasta 1952, cuando la dictadura se implanta sin tapujos después de haber hecho morder el polvo a sus contrincantes civiles y militares.

Pero dentro del primer lapso, acaso sea posible señalar dos fases. La primera iría desde 1949 hasta 1950, cuando Betancourt sabe que no tiene fuerzas propias para dar un golpe victorioso, y entonces su política hacia las Fuerzas Armadas se orienta hacia esa reedición, calcada hasta en sus menores detalles, del 18 de octubre. Luego, entre 1951 y 1952, Betancourt se preocupa porque, siempre teniendo en cuenta como aliada a una parte del Ejército, sea sin embargo su propia fuerza militar la que entre en juego, y por lo tanto, de ser victorioso el nuevo golpe, no quede en la posición subalterna en que, en cuanto a poder real, poder de fuego, estuvo en el trienio.

Es entonces cuando entra en juego, como se ha visto antes, la no tan misteriosa Legión del Caribe, y que se llega a un momento, hacia octubre de 1951, cuando Betancourt tiene listas sus maletas para desembarcar en Venezuela, en un punto que hubiese sido ya tomado por la insurrección contra la dictadura[10].

Después de 1952, cuando su partido es descabezado, y sus propias e incipientes milicias clandestinas (el «aparato especial» en la jerga del partido) hayan sido aniquiladas, Betancourt deberá asistir impotente a los diversos movimientos y corrientes que se muevan en el interior de las Fuerzas Armadas.

La bestia vuelve al corral

De hecho, en ese aspecto su influencia será nula en los acontecimientos que culminen, el 23 de enero, con el derrocamiento de la dictadura. Peor aún, cuando las elecciones de 1958 lo lleven de nuevo al poder, se va a encontrar con unas Fuerzas Armadas que en buena cantidad, casi seguro en mayoría, han sido influenciadas por la propaganda anti-partidos y en particular contra su propia persona. Una vez más, Betancourt toma el toro por los cuernos, y al dirigirse a las guarniciones que ahora estarán bajo su mando, les recuerda cuán intensa ha sido esa campaña en contra suya y por lo tanto, que comprende la desconfianza instintiva hacia su persona entre los hombres de uniforme.

El desarrollo de su política militar le ocupará los tres primeros años de su gobierno, hasta 1962. En primer lugar, debía asegurarse una base política propia en las fuerzas armadas. Lo hizo reincorporando a los oficiales que habían sido expulsados de sus filas y a veces del país por la dictadura. Ese será el escudo protector de la institucionalidad democrática en los próximos veinte años, hasta que se fueron jubilando por haberles llegado la edad del retiro. Sin embargo, debía saber que aquí estaba caminando sobre un campo minado: no podía efectuar esa reincorporación de un solo envión, pues eso podía avivar celos y rivalidades en el interior de los cuarteles.

Y por supuesto, si bien reconocía la antigüedad de los oficiales que habían visto truncada su carrera por la dictadura, siguió la política que venía desde los tiempos del general Gómez, respetando la

relativa autonomía de la fuerza armada, sin intentar forzar el escalafón de los ascensos: de hecho, fueron muy pocos los oficiales que alcanzaron el generalato bajo su gobierno, y habrán de esperar al quinquenio siguiente para que llegase su hora[11].

Pero eso no es todo. Cuando asume el poder, Betancourt se encuentra con un Estado Mayor ya nombrado, algunos de cuyos integrantes estaban emparentados con Pérez Jiménez y en todo caso, no le tenían la menor simpatía. Sin embargo, en lugar de proceder a cambiarlos, los dejó en su puesto: «Si me pongo a fijarme en los apellidos, me voy a crear un problema» le llegó a decir a su Secretario General[12]. En lugar de eso, se confió en su propia capacidad de persuasión, en su experiencia en el manejo de hombres. En esa labor de ligarse en lo personal con los integrantes de las Fuerzas Armadas, uno de sus más preciosos aliados fue Ramón J. Velásquez.

Al triunfar en las elecciones, Betancourt le ofrece la Secretaría General de la Presidencia. ¿Por qué lo escoge en aquel momento? Se podría pensar que se trata de un merecido premio por su coraje cívico. Por muy cierto que eso pudiese ser, un hombre político de la experiencia del jefe de AD no se va a determinar por consideraciones de ese tipo, sabiendo como no podía ignorar lo que se avecinaba. Para la acción de esos años se necesitan muchas virtudes, pero sobre todo unos colmillos muy afilados: la guerra va a ser a muerte, y en junio de 1960 en Los Próceres, y después de 1962 con la lucha armada izquierdista y los levantamientos militares, Betancourt tendrá la demostración de que esa no es una metáfora. Él necesita a su lado un hombre diligente, con un gran sentido del Estado y con una memoria de elefante. Velásquez tiene todas esas cosas, y una capacidad para conciliar diferencias, indispensable en aquel país y en aquel momento. Pero no es demasiado aventurado pensar que, aparte de todos esos méritos, Velásquez tiene uno que no le pertenece, sino en todo caso a sus padres: es tachirense. Betancourt sabe que en materia de poder, el ejército es el alfa y el omega. Y entonces, la

aplastante mayoría de la oficialidad proviene de allí, como lo quiso el Benemérito. Lo nombra entonces al más incómodo de los cargos: ser sus ojos y sus oídos en la opinión pública y un puente con el mundo militar; y todo eso con una discreción de cartujo.

Por otra parte, el Presidente hizo caso omiso de quienes, en el extremo izquierdo de su partido, le pedían una «depuración» del ejército. Los oficiales que se esperaban una cacería de brujas, se asombraron de que nada sucediera, de que Betancourt les respetara su rango y sus funciones. Pero más aún les debía impresionar el hecho de que en su lenguaje no se colara jamás una expresión susceptible de ser interpretada como alejamiento, mucho menos desdén por la gente de uniforme. Así, quien lo cuidaba no era «la» Casa Militar, sino «mi» Casa Militar[13], y cosas por el estilo que pudieran parecer banales, pero no en un presidente civil. Con esa actitud, se fue ganando a los sectores «neutros» o «blandos».

Durante un buen tiempo, si no en todo su mandato, Betancourt solía hablar, decía, «en mi doble condición de Presidente Constitucional de la República y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas». Y eso no fue una simple declaración de principios, como lo asienta su archienemigo Simón Sáez Mérida en el texto que sirve de epígrafe a este capítulo.

Buscó también atraerse fidelidades en la forma menos indecorosa posible. Tenía la ventaja de saber que su mandato constitucional llegaba hasta 1964; y que por lo tanto, la fidelidad que exigía de las Fuerzas Armadas no podía ser personal, y ni siquiera ideológica: su partido podía muy bien perder las elecciones. Se dedicó entonces a demostrar que un régimen civil podía ocuparse más de las Fuerzas Armadas de cuanto lo hicieron las dictaduras. Su política se orientó hacia el mejoramiento del nivel de vida y de trabajo de los oficiales, clases y soldados, no sólo con aumentos de sueldo y otras facilidades, sino también con una política habitacional: alguna vez declaró que su propósito era que los oficiales de las Fuerzas Armadas pudie-

sen tener casa propia[14]. Por otra parte, se dedicó a la modernización y equipamiento de las Fuerzas Armadas en una proporción que nada tenía que envidiarle a los gobiernos militares.

Tal vez nadie haya analizado con tanta precisión y profundidad la política militar de Betancourt como el general Alberto Müller Rojas, de quien un tupido y excelente ensayo permite extraer algunas grandes líneas sobre el tema:

1) Betancourt aprovechó, profundizándolas, dos medidas que había tomado la Junta de Gobierno provisional que le precedió en el mando: la descentralización del poder de decisión dentro de las Fuerzas Armadas, convirtiendo su Estado Mayor General en un organismo asesor (Estado Mayor Conjunto); y la limitación del tiempo de servicio de los oficiales a 30 años.

2) La ya citada incorporación de los oficiales que habían sido echados del ejército por la dictadura.

3) Elevación del nivel de vida de los oficiales a través del sueldo y la seguridad social.

4) La institución armada percibió, en el período 1959-1963, recursos superiores en un 1,28 puntos más de los percibidos en el período 1953-1958 de gobierno militar.

5) La conducta de Betancourt durante y después del atentado, le captó la admiración de los militares, quiene son muy sensibles a la demostración del valor físico.

6) Las relaciones personales sistemáticas que estableció el Presidente con los cuadros subalternos y medios de las fuerzas armadas[15].

Por supuesto, todo eso no bastará; y nunca se tendrá por seguro el aquietamiento del Ejército. La conspiración reaccionaria (se reacciona contra todo lo sucedido desde el 23 de enero) no cesará ni un momento. Eso tendrá, como se ha visto, su punto culminante en 1960, por una parte con la invasión del General José María Castro León en abril, y luego con el atentado de Los Próceres en junio.

Pero sin duda, lo que terminará por asentar el poder de Betancourt a través de su dominio de las Fuerzas Armadas, fueron las insurrecciones de Carúpano y Puerto Cabello. La participación en ellas de civiles y también miltares de tendencia comunista sirvió para agitar el viejo espantajo frente a un Ejército cuya formación religiosa y cuyo origen regional lo hacía muy sensible a ese argumento. Por lo demás, la jaquetonería de los comunistas al atribuirse la dirección de esos movimientos, facilitó su tarea: en ese sentido, los comunistas resultaron un insospechado pero no menos eficaz aliado de Betancourt, ayudándolo a compactar detrás suyo y de sus sucesores a las Fuerzas Armadas.

Notas

1 *La cara oculta de Rómulo Betancourt. El proyecto invasor de Venezuela por tropas norteamericanas.* Caracas, Fondo Editorial Almargen, 1998, p. 123.

2 *Antología...*, vol. 2, p. 191.

3 *Antología...*, vol. 3, pp. 563-564.

4 Betancourt, *Venezuela: política...*, p. 199.

5 Ramón J. Velásquez, «Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo». *Venezuela moderna.* Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1976, p. 61.

6 Entrevista con José Antonio Giacopini Zárraga, el 13 de julio de 2002.

7 Ante el anuncio de que durante la sublevación del 11 de diciembre de 1946, Miraflores sería bombardeado, Delgado Chalbaud sugirió a Betancourt que se fuese a las bóvedas del Banco Obrero. Éste le respondió «con retrechería muy criolla: 'Delgado, saldré de este despacho con los pies para adelante o cuando derrotemos a esta gente'». Betancourt, *La verdadera historia de la Revolución de Octubre 1945.* Caracas, Ediciones Centauro, 1987, p. 37.

8 López Contreras hizo editar en Ciudad Trujillo un resumen del *Libro Rojo* de 1936.

9 Entrevista con Giacopini Zárraga.

10 *ARB*, Tt. XII (Doc. 73) a XIV (Doc. 208).

11 Ramón J. Velásquez, comunicación personal.

12 *Loc. cit.*

13 T*res años de gobierno democrático*. Caracas, Imprenta Nacional, 1962, T. I, p. 237.

14 En octubre de 1959, al entregar 327 préstamos de vivienda a oficiales y personal técnico profesionalizado de las FFAA. *Ibidem*, p. 148.

15 Alberto A. Müller Rojas, «Rómulo Betancourt y la política militar», en *Rómulo Betancourt: historia y contemporaneidad*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1989, pp. 407-426.

XXI. EL COMBATE A LA CORRUPCIÓN

Un grito de la Historia

El combate contra la corrupción administrativa no es en Betancourt una opción deliberada, cerebral, calculada para dañar a un régimen que se desea combatir: es por el contrario un sentimiento visceral, una imposición de las circunstancias, casi un grito de la historia.

Porque si bien esa lacra viene desde los tiempos de la Colonia, cuando ciertas cargas eran venales, Betancourt va a vivir los primeros 27 años de su vida bajo la férula del gobernante más corrompido que hubiese conocido Venezuela en toda su historia. Aquel conocidísimo aforismo de Lord Acton, según el cual el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente se cumplía a cabalidad con Juan Vicente Gómez, quien al morir deja la fortuna más grande de Venezuela, fortuna malhabida, en su mayor parte, gracias al poder. El latrocinio gomecista era entonces uno de los caballitos de batalla de todas sus oposiciones, y ésta no será la excepción.

Por eso, al alzarse en 1928 en el primer acto de una larga historia de rebeldía civil, Betancourt y sus compañeros plantean como aspiración primera la conquista de una «democracia decente»,[1] frase ésta que estará pronunciando cincuenta años más tarde en lo que se consideró entonces un ataque velado contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Aunque no en primer lugar, sí estará en lugar muy destacado el problema en ese Plan de Barranquilla que Betancourt escribirá tres años más tarde. Se pide allí la confiscación de las posesiones de Gómez y sus familiares, para ser puestas en producción por los campesinos, y no para ser repartidas entre los nuevos revolucionarios[2]. Ésta no es una visión de futuro, sino fruto de una amarga experiencia histórica.

Si este problema no es puesto en primer lugar en ese y en los documentos de la época que produzcan Betancourt y su grupo, es porque si se quedasen allí, no lograrían diferenciarse de los diversos grupos de la emigración antigomecista. Y esa diferenciación es por el momento la mayor preocupación de los jóvenes emigrados. Les preocupa, cierto es, el saqueo de las riquezas nacionales por Gómez y su «taifa», como la llaman en sus folletos, pero les preocupa mucho más, y sobre eso buscan poner el acento, el saqueo de la riqueza venezolana, el petróleo, por las compañías explotadoras extranjeras; así como el robo de las energías de los campesinos venezolanos por una clase latifundista que ni siquiera visita las tierras que posee. Por lo demás, una cosa incluye la otra: entre los venezolanos, Gómez y los suyos son los mayores cómplices y aprovechadores de ese saqueo.

Una vez muerto Gómez y regresados del exilio, Betancourt y sus compañeros se encuentran en una sociedad que, en su conjunto, condena el latrocinio gomecista en forma inapelable. No se trata de una condena de los dientes para afuera: si por una parte, todas las organizaciones políticas inscriben en sus programas la lucha «contra el peculado y las obvenciones»[3] (palabra ésta última que luego desaparecerá del vocabulario político), por la suya el parlamento controlado por el gobierno acuerda confiscar los bienes de Gómez con la intención de que sean repartidos entre sus víctimas[4].

Como es habitual en Venezuela, siempre se culpa de todos los males, y éste no es el menor, al «gobierno anterior». De hecho, la

medida ideada por la Procuraduría General de la República para confiscar los bienes de Gómez, fue calcada de una que, en 1908, el propio Gómez hizo aprobar para hacer otro tanto con los bienes de Cipriano Castro.

Quedaba entonces la lucha contra el peculado y la malversación en el gobierno de López. Pero aquí, Betancourt estaba en cierto modo con las manos atadas. Porque, aún si hubiese mucho robo, que de seguro lo habría en un país acostumbrado a ser regido por gobernantes ladrones, la comparación con el régimen de Juan Vicente Gómez lo hacía aparecer como un angel celestial. Dos, López Contreras, desde los tiempos del gomezalato, había adquirido fama de honestidad, *rara avis* entre los desorejados seguidores del Benemérito[5].

Y por último, el gobierno de López había comenzado a introducir cierto orden en las finanzas públicas, con la creación de organismos de control de los gastos del Ejecutivo, entre ellos la Contraloría General de la República. Además, la existencia de un parlamento, si bien dominado por el oficialismo, no por eso unánime, donde la oposición podía hacer oír su voz; y una también relativa libertad de prensa, con los mismos resultados.

Bajo el gobierno del Presidente Medina, el tono de Betancourt cambia, es menos cauto que bajo el régimen de López Contreras. Hay varias razones para ello. La primera es la ampliación de las libertades civiles, ante todo la libertad de prensa, como nunca antes se había conocido en la historia de Venezuela. Hacia el final de su mandato, además, saldrá a la luz el diario *El País*, órgano oficioso de AD, en cuya primera página escribe Betancourt con mucha frecuencia.

Por otra parte, él es un político que actúa ahora en la legalidad, y tiene un partido que se organiza en todo el territorio nacional. Las denuncias de corrupción no se limitarán entonces a la capital de la república, sino que tiene una red de corresponsales en todo el

país que lo mantiene al tanto de las alcaldadas de los funcionarios provincianos.

El jefe de AD no se reduce a atacar la posible corrupción del régimen medinista, sino que sigue refiriéndose siempre a los gobiernos anteriores. Se trata de un tiro por mampuesto: su objetivo es recordar al régimen sus orígenes gomecistas; que por más que trate de modernizarse y cambiar, todavía no logra cortar el cordón umbilical que sigue atándolo a aquella matriz.

Y también que muchos de sus hombres arrastran en la pata el cordón del peculado de los años del Benemérito. Hay allí una advertencia: no se está olvidando eso, y se cobrará llegado el momento. La lucha por la moralidad administrativa sirve así para el propósito fundamental de la propaganda de Betancourt: demostrar que, de hecho, no hay mucha diferencia en los regímenes que se han sucedido después de 1935 con los de su terrible –y además, deshonesto– antecesor.

Por otra parte, sobre todo a partir de la reforma petrolera de 1943, comienzan a entrarle al fisco unos ingresos como nunca antes había recibido, y la ocasión hace al ladrón: Betancourt siente la necesidad de convertirse en un censor vigilante de la pulcritud administrativa. Sabe que, por muy riguroso que sea el gobierno, siempre cojeará de esa pata; que la corrupción está demasiado arraigada en Venezuela para que no falte nunca un buen ejemplo a explotar por una oposición inteligente.

Por último la corrupción real. Al lado del peculado tradicional, el gobierno se ha empeñado en formar un partido político propio, y de las arcas del Estado han de salir sus finanzas: el PDV será así el primer partido clientelar de la Venezuela petrolera[6].

Además, y esto podría muy bien haber ido en primer lugar de esta enumeración, esa de la corrupción es una bandera en extremo popular. De hecho, junto con la realización de elecciones libres, universales y directas, será la lucha contra el peculado el punto pro-

gramático esencial del compromiso con los miembros de la Unión Patriótica Militar para la sublevación del 18 de octubre de 1945.

LOS LADRONES AL BANQUILLO

Por lo tanto, una de las primeras acciones de la nueva Junta Revolucionaria de Gobierno instaurada en aquella fecha fue la formación de un Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa destinada a averiguar, enjuiciar y dado el caso condenar los delitos contra el Tesoro público cometidos por los personeros que se habían sucedido en la dirección del país desde principios de siglo, esto es, bajo los gobiernos de Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita. Era poner por obra la reivindicación de una «democracia decente» soñada en 1928, con una medida propuesta ya en el Plan de Barranquilla. Era el primer paso para la aplicación del programa agitado por todas las tendencias democráticas desde el año 1936.

Se buscó integrar ese jurado de la manera más amplia posible: Betancourt hizo incluir allí desde un sacerdote católico hasta uno de sus detestados rivales comunistas[7]. Al contrario del decreto de López, que había de ser ratificado por el Congreso y las Asambleas Legislativas –instancias políticas– éste era un organismo típicamente judicial, si bien de excepción, donde los acusados tenían el derecho a la defensa y, si se probaba su inocencia, eran absueltos.

Se llevó ante esa instancia a un centenar de acusados que incluía a los generales y ex-presidentes Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, pasando por los familiares y validos de Gómez, hasta el escritor Arturo Uslar Pietri, eminencia gris del régimen medinista[8].

A este último se le quería cobrar el empleo de los gastos de la partida secreta del Ministerio de Relaciones Interiores para la organización del partido de gobierno. Betancourt se jactó de haber recuperado para el erario nacional unos cuatrocientos millones de

bolívares malhabidos[9]. Algunos de sus adversarios pretendían que el monte había parido un ratón y que apenas se habían recuperado cincuenta millones[10]. Como fuese, se estaba dando un ejemplo extraordinario (por lo relativamente inédito y por evadir los meandros de la justicia ordinaria) de la voluntad de enfrentar uno de los más viejos y arraigados males de la república.

Buena parte de la oposición acusó a Betancourt y a los suyos de haber instaurado un «tribunal popular» a la jacobina, para cobrarse venganzas políticas y, quién sabe, hasta personales. Tal vez uno de los casos que generó mayor escándalo fue el que se intentase arrastrar allí a Uslar Pietri, que con el tiempo seguiría afianzando su prestigio intelectual hasta convertirse, en los años de su senectud, en una especie de oráculo de la política venezolana. Y como es muy natural, fue éste uno de los actos del gobierno revolucionario que mayor encono había causado contra Betancourt. No en vano él mismo recordaba aquella reflexión de Maquiavelo según la cual los hombres perdonan más fácilmente la muerte de un familiar que el ataque a sus bolsillos[11].

No bastaba con haber castigado a quienes, en el pasado, habían metido la mano en el Tesoro público. El nuevo gobierno necesitaba demostrar que castigaría con igual dureza a los suyos si incurrían en los mismos vicios. Una de las primeras cosas que hizo fue eliminar el famoso Capítulo VII del Presupuesto General de Gastos del Ministerio de Relaciones Interiores, que era una especie de «caja negra» que el Presidente de la República podía manejar a discreción. Las sumas manejadas «superaban las seis cifras», lo que en aquella época alcanzaba alturas astronómicas.

Es inevitable que todo gobierno maneje una partida secreta para gastos de seguridad y defensa; pero lo que se quería castigar por un lado, y evitar por el otro, era lo que tanto se había criticado: que esos fondos se empleasen para financiar acciones de política interna, particularmente la organización del partido oficial[12].

El nuevo gobierno no podía pues suprimir esa partida, pero se autorizó entonces a la Contraloría General de la República para inspeccionar esos gastos[13]. Aunque es de pensar que hubo algunos que de todas maneras debían escapar a ese control (piénsese en la famosa Legión del Caribe), esa injerencia de la Contraloría era una garantía de que, en lo sustancial, la campaña moralizadora de la administración pública no conocía instituciones ni personas intocables.

Se estableció como norma permanente que los funcionarios de mayor jerarquía en la administración debían presentar una declaración jurada de bienes, antes y después de haber ejercido su cargo, para demostrar así que esos bienes se correspondían con sus ingresos legales. Esas declaraciones tenían el carácter de documento público y por lo tanto, podían ser consultadas por quien quisiera hacerlo, en el momento y con el propósito que fueren. Es de hacer notar que esta costumbre se ha prolongado hasta nuestros días, ampliando la jerarquía de quienes deben hacer esas declaraciones hasta niveles bastante bajos de la administración, y en todo caso, para todo aquel cuyo cargo le impusiese manejar dineros públicos[14].

Por otra parte, Betancourt solicitó al Congreso, ya electo a principios de 1948, la aprobación de «una ley especial de responsabilidad de los funcionarios públicos, ágil en su parte procedimental y drástica en sus aspectos punitivos». La ley fue aprobada con una serie de modificaciones hechas por la oposición para reforzar su carácter punitivo, las cuales fueron aceptadas sin discusión por la bancada oficialista[15].

¿Evitó eso que continuase el robo de los dineros públicos? Eso es de hecho imposible en ninguna parte del mundo, y menos una donde la presencia del Estado alcanza las dimensiones del venezolano, si bien en la época del primer gobierno de Betancourt continuaba siendo muy pequeño, como correspondía por lo demás a un país poco poblado. De hecho, el propio Betancourt denunciaba al final de su

mandato, que «más de un funcionario subalterno había desfalcado al Estado» y que sobre otros «gravitaba la sospecha» de que habían percibido estipendios provenientes del tráfico de influencias[16].

Pero, con esa excepción, su gobierno, que se había anunciado en octubre de 1945 como uno «de manos limpias e intención honrada», pasó el examen al finalizar su gobierno. Y un examen nada fácil: el Contralor General de la República, ya bajo el régimen militar que había sucedido a Gallegos, dio el finiquito a quienes habían ejercido altos cargos en el trienio, y el propio Betancourt podía jactarse de que había salido del gobierno más pobre de como había entrado, y esto en un país con el Estado más rico de América Latina[17]. Desde el exilio, Betancourt clamaba que estaba dispuesto «a dejarse fusilar» si se le comprobaba el menor desliz en materia de pulcritud administrativa. La dictadura nunca logró acusarlo; como por lo demás nadie lo ha acusado de algo parecido en toda su prolongada vida política.

En los diez años del exilio, entre sus muchas acusaciones contra el régimen de dictadura militar, figuraba en lugar muy destacado la corrupción, que llegó a alcanzar niveles desconocidos desde la muerte de Juan Vicente Gómez. Siempre esgrimía la amenaza de reabrir los juicios por peculado contra los jerarcas de un régimen cuyas dos características más resaltantes eran muy a punto las que (exagerando su importancia) habían sido el pretexto para el alzamiento del 18 de octubre de 1945: la falta de libertad o de transparencia para elegir a los poderes públicos, y la deshonestidad administrativa.

Por supuesto que cuando Betancourt regrese al poder en las elecciones de 1958, la lucha por la moralidad en el manejo de la hacienda pública estará en el centro de sus preocupaciones, buscando repetir en lo personal su hazaña de 1948: salir de la Presidencia tan pobre como había entrado, si no más.

Lo primero entonces era cumplir de una u otra forma sus amenazas, sometiendo a investigación a los jerarcas del régimen depues-

to, y en primer lugar a su jefe, Marcos Pérez Jiménez, quien al huir despavorido había olvidado algunas evidencias de sus latrocinios, que fueron utilizadas para acusarlo de peculado y hacerlo encarcelar primero en los Estados Unidos y luego de ser extraditado, juzgado y condenado en Venezuela, pagando varios años de cárcel[18].

Junto a eso, se activó la Comisión Contra el Enriquecimiento Ilícito de Funcionarios para aplicar la ley aprobada en 1948; amén de todos los controles que se ejercían desde los poderes públicos, con un Congreso donde se agitaba una oposición a la caza de cualquier desliz del gobierno, una Contraloría en manos de funcionarios aptos y severos, y por supuesto, una prensa libre.

Betancourt era muy sensible a la función pedagógica que debía corresponder a la Presidencia de la República: la justicia entra por casa. Así, prohibió a los funcionarios públicos recibir regalos del sector privado, costumbre que se manifestab a siempre a fin de año, con las «cestas» navideñas con que las empresas solían premiar a algunos funcionarios o colocar una pica en Flandes previendo situaciones futuras. Prohibió por igual la adquisición por parte de los ministros, de autos demasiado grandes y lujosos para sus actividades oficiales. Y cuando se vio obligado a reducir los sueldos y salarios de la administración pública para capear el mal tiempo en el terreno fiscal, esa reducción comenzó por los sueldos de sus ministros y del propio presidente de la república.

Una mano atrás y otra adelante

Pero eso no se quedó ahí: la pulcritud administrativa se transformó en una obsesión del mandatario, y siempre tenía buen cuidado de que se conociesen sus actitudes al respecto, siguiendo la vieja máxima maquiaveliana de que no basta con ser bueno, sino que es necesario también parecerlo. Así, cuando hacia el final de su mandato fue invitado al extranjero en dos ocasiones para una visita de

Estado, se hizo acompañar por su esposa, pero como una visitante privada, cuyo pasaje fue costeado por él mismo, en cuotas mensuales como cualquier hijo de vecino[19].

Cuando Betancourt llegue al poder en 1959, y luego cuando lo abandone en 1964, hace la respectiva declaración de bienes a que la ley lo obligaba. En la primera acusa un saldo de 88.990 bolívares y en la segunda un saldo de 233.176, 89. De nuevo, en el país más rico de América Latina el escaso saldo de su primera declaración había sido apenas doblado, con los aportes de ahorros de su sueldo como Presidente de la República, que eran retirados, como para todos los funcionarios públicos, por la Caja de Ahorros de Miraflores, ahorros que se hicieron imposibles después de que él mismo se rebajó su sueldo a la mitad[20].

No se trataba sólo de su persona: en 1963, Betancourt propone a su gabinete «considerar la actual situación anormal que se ha presentado en algunos ministerios, institutos autónomos y empresas del Estado por las diversas irregularidades de orden fiscal que se han puesto de manifiesto, y cuyo origen son el peculado, la malversación de fondos públicos, el tráfico de influencias y otros delitos contra el patrimonio nacional». En la reunión estuvieron presentes el Contralor y el Fiscal General de la República, quienes presentaron una serie de recomendaciones que fueron aprobadas en Consejo de Ministros, las cuales incluían en primer lugar la supervisión constante de todos los funcionarios públicos comenzando por los de más alto rango[21].

Pero, al lado de eso, el mayor triunfo de Betancourt durante su segundo mandato fue, en el terreno de la moralización administrativa, el ya citado juicio y la condena al ex-dictador Marcos Pérez Jiménez. Por primera vez en la historia de Venezuela se producía un hecho de tal trascendencia y magnitud.

Una buena parte del saldo de los bienes de Betancourt provenía de una parcela que había comprado por cuotas en Cumbres de

Curumo con el objeto de construir allí una casa; pero luego decidió dejarla en herencia a su hija Virginia y a sus nietos[22]. De modo que salió de la Presidencia sin tener ni siquiera un techo propio. Eso no fue gran problema durante los ocho años que durará su exilio voluntario: el bolívar era todavía una moneda fuerte, y su sueldo de Senador Vitalicio, más lo que producían sus artículos de prensa para periódicos extranjeros, al cambio le permitían vivir con decoro aunque sin grandes gastos a los cuales, por lo demás, nunca se había acostumbrado.

Pero cuando, en 1972 decide regresar ya de manera definitiva a Venezuela, las cosas se le complican, con la brusca subida de los alquileres. Es entonces cuando sus amigos deciden hacer «una vaca» para comprarle una pequeña quinta en Altamira, la famosa «Pacairigua» (el río guatireño de su infancia) donde transcurrirán los últimos años de su vida. Será la única vez en toda su vida adulta en que Betancourt no viva en una casa alquilada o «arrimado» en algún escondite... o en Miraflores.

El ex-presidente comprendía que, por desgracia, el pueblo venezolano tenía la memoria corta para este tipo de delitos y más que eso, que no pasaba de escandalizarse, pero estaba dispuesto no sólo a perdonar el hecho, sino su posible reincidencia. No se explica de otra manera la elevada votación que había obtenido Marcos Pérez Jiménez en las elecciones de 1968, y el también elevado porcentaje que mantenía en las encuestas para optar a la Presidencia de la República en 1972. Por eso, Betancourt actuó desde la sombra para hacer aprobar la enmienda constitucional que impidió al ex-dictador postularse para las elecciones de 1973[23].

Después de salir del poder, Betancourt afectará no ocuparse de la política cotidiana, pero la excepción serán sus periódicas andanadas contra la corrupción, que muchos verán como un ataque velado a la administración de Carlos Andrés Pérez. En verdad, los ataques no eran tan velados, y el propio Carlos Andrés Pérez nos admitió que

en sus últimos años Betancourt había tenido con él «una relación de amor-odio»[24].

De Betancourt también fue la idea de crear en Acción Democrática una «Comisión de Ética» que llegó a presidir un amigo suyo muy cercano, Marcos Falcón Briceño[25]. Ese organismo jugó un papel muy importante en el desprestigio de Carlos Andrés Pérez que más tarde condujo a su defenestración.

En lo personal, el ex-presidente continuaba en su retiro siendo tan cuidadoso de su imagen pública de incorruptible como lo había sido durante sus gobiernos. Eso le llevaba a actitudes que podían lucir exageradas, como rechazar el regalo de una caja de champaña que intentó hacerle una compañía licorera en Navidades, porque «sólo recibía regalos de sus amigos muy íntimos»[26]. O como cuando pidió a su amigo Mario Mauriello que le consiguiese con un albañil amigo suyo un presupuesto para hacer algunas reformas en su casa, y devolvió la carta de respuesta de éste porque se la envió en un papel con membrete del Hipódromo, del cual era presidente[27].

Pocos días antes de su muerte, Betancourt rememoró, en las frases finales de su último discurso, a Juan Pablo Pérez Alfonzo y su vida austera. Ésta era una forma de aludir a su obsesión: el combate contra la corrupción y el nuevorriquismo, en el cual también se había destacado el llamado «padre de la OPEP», conciencia vigilante de la nación[28].

¿Cuánto éxito tuvo el combate pertinaz de Betancourt contra la corrupción administrativa? A veintitantos años de su muerte, se tendría tendencia a ser pesimista: esa lacra no ha cesado de crecer y extenderse, bajo gobiernos de distinto signo, incluso bajo quienes llegaron al poder prometiendo «barrer» con los corruptos. Es evidente que, hacia el final de su vida, se debe haber formado muchas veces en su mente si no en sus labios aquella frase del Libertador «hemos arado en el mar». En todo caso, así lo piensa un adversario y aliado suyo de muchos años, Rafael Caldera:

> **Debo decir aquí, porque así lo siento, que estoy convencido de que Betancourt murió triste. No fueron sólo algunas expresiones, que no pudo callarse, sobre «las verrugas que afean el rostro de la democracia», sobre la necesidad de mantener los principios morales de la administración pública, sobre el temor que las facilidades que la Providencia y una acción tenaz le han dado a Venezuela en los últimos años pudieran relajar los resortes morales, llevarnos hacia el consumismo, hacia la corrupción[29].**

En realidad, ese es un combate que nunca se termina, ni con un gobierno de ángeles bajados del cielo. El de Betancourt no fue vano: por primera vez en la historia de la Venezuela republicana, un presidente se aleja del poder con una mano atrás y otra adelante. Por otra parte, la condena a los actos de corrupción dejaron de ser cosa de moral o pura propaganda política y se transformaron en delitos punibles: no sólo se hizo extraditar, enjuiciar y condenar a un ex-dictador por delitos contra el tesoro público, sino que andando el tiempo y ya muerto Betancourt, se juzgó y se expulsó del poder a otro presidente, compañero suyo de partido y considerado durante mucho tiempo como su delfín. Betancourt, por lo demás, prefirió que su partido se arriesgase a perder unas elecciones, con un mal candidato pero con la bandera de la pulcritud administrativa: fue el caso de su apoyo a Luis Piñerúa Ordaz en las elecciones de 1978.

Una cierta propaganda, nada honesta en el fondo, ha pretendido hacer sinónimos de democracia y corrupción. En verdad, la corrupción nace con la historia de Venezuela. Y es la democracia quien la convierte en delito. Y en esa conversión jugó un papel de primera la obsesiva acción de Betancourt por perseguir a los corruptos y «echarlos a patadas» de su partido.

Pero si la pelea de Betancourt no tuvo todo el éxito deseable, fue tal vez por plantearse el asunto en términos de moral individual

y de virtud cívica. Él estaba peleando con un dragón superior a toda fuerza mientras existiese, mientras exista, un Estado de las dimensiones, de la laxitud y de la ineficacia del venezolano. Cuya riqueza le permitió, sobre todo a partir de 1973, ampliar un peligroso proceso; la democratización de la corrupción a través del clientelismo. Un Estado-mamut, dirigido o mejor copado por un partido-mamut, estaba destinado a contaminarse hasta los huesos por la corrupción.

Notas

1 Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, «En las huellas de la pezuña» (1929). *La oposición a la dictadura gomecista.* CPPV- S XX, Nº 10, p. 454.

2 *Libro Rojo*, p. 294.

3 *Documentos que hicieron historia.* Caracas, Presidencia de la República, 1962, T. II, p. 247.

4 «Acuerdo del Congreso Nacional confiscatorio de los bienes del general Juan Vicente Gómez, dictado el 19 de agosto de 1936». G. T. Villegas Pulido, *Índice general alfabético de la recopilación de leyes y decretos de Venezuela.* Caracas, Tip. Casa de Especialidades, 1939, Tt. I-LX, Nº 19726, p. 210.

5 Tomás Polanco Alcántara, *Eleazar López Contreras. El general de tres soles.* Caracas, Grijalbo-Academia Nacional de la Historia, 1991, *passim.*

6 Betancourt, *Venezuela: política...*, pp. 164-165. Cf. «Intervenciones de Arturo Uslar Pietri como fundador y miembro del Partido Democrático Venezolano (PDV)». Boletín del *Archivo Histórico de Miraflores.* Caracas, julio 1999-diciembre 2001, pp. 309-318.

7 *Ibidem*, pp. 225-226. El comunista fue Eduardo Gallegos Mancera.

8 *Gaceta Oficial de los Estados Unidos de Venezuela*, 8 y 12 de noviembre de 1945. Nº 21855 y 21858, pp. 1 y 1, respectivamente.

9 *Op. cit.*, p. 227.

10 Es lo que sostiene Pedro Manuel Arcaya en su libro *Teratología jurídica*, Caracas, Impresores Unidos, 1947.

11 *Op. cit.*, p. 227.

12 *Ibidem*, p. 228.

13 *Idem.*

14 *Ibidem*, p. 229.

15 *Idem.*

16 *Ibidem*, p. 228.

17 *Ibidem*, p. 476.

18 Ramón J. Velásquez, «Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo», *Venezuela moderna. 1926-1976.* Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1976, pp. 235-236.

19 «Fueron en su oportunidad cancelados en el Banco de Comercio los pagarés garantizadores de préstamos obtenidos para sufragar los gastos de dos viajes de mi esposa a Europa, mientras ejercía yo la Presidencia de la República». «Declaración de bienes Nº4», en el apéndice de Manuel Caballero, *Rómulo Betancourt.* Caracas, ediciones Centauro, 1977, p. 302.

20 *Idem.*

21 «Notas especiales de Rómulo Betancourt», 11/02/63, libro de actas especiales del Consejo de Ministros, 19, *AHM.*

22 Caballero, *op. cit.*, p. 302.

23 Betancourt se ocupó personalmente de que la enmienda constitucional que inhabilitaba a Pérez Jiménez no durmiese, por lentitud burocrática, en una gaveta de la Imprenta Nacional. José Agustín Catalá, comunicación personal.

24 Entrevista con Carlos Andrés Pérez en su residencia-cárcel de «La Ahumada», el 11 de septiembre de 1996. Por otra parte, Betancourt suministró 17 expedientes sobre corrupción en el gobierno de Pérez al editor Jorge Olavarría, quien en ese momento sostenía una campaña contra él en su revista *Resumen.* Jorge Olavarría, comunicación personal, 16 de julio de 2002.

25 Todos los documentos sobre la constitución y actuaciones de ese Tribunal de Ética en *49 años de Acción Democrática contra la corrupción administrativa. De Rómulo Betancourt 1941 al tribunal de Ética 1990.* Caracas, Centauro, 1990.

26 Archivo personal de José Agustín Catalá.

27 Esa correspondencia fue publicada en su momento en la revista *Zeta*, cuyo director Rafael Poleo mantenía también una campaña de denuncias sobre corrupción en el gobierno de Pérez.

28 Rómulo Betancourt, *Leninismo, revolución y reforma*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 298-302.

29 Rafael Caldera, *La parábola vital de Rómulo Betancourt*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2002, pp. 48-49.

CONCLUSIONES

I

El 28 de septiembre de 1981, en la ciudad de New York, murió Rómulo Betancourt. Con él se extinguía el quinto de los más grandes hombres de la historia venezolana. Los cuatro precedentes fueron Simón Bolívar, José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez. Esta lista no encierra una comparación ni es tampoco valorativa. Son los más grandes por ser los que tienen mayores dimensiones, los que ocupan mayor espacio, valga la doble tautología. Para bien o para mal (para bien y para mal) han ocupado el centro de la escena y durante su trayectoria vital los venezolanos nos hemos visto obligados a definirnos frente a ellos: hemos sido así bolivarianos y antibolivarianos; paecistas y antipaecistas; guzmancistas y antiguzmancistas; gomecistas y antigomecistas; finalmente, betancuristas y antibetancuristas.

A esto habría que agregar que si la referencia personal continuaba siendo la misma, el cambio de óptica no implicaba siempre deslealtad y una misma persona, sin traicionarse (y más aún por no traicionarse) podía cambiar de opinión y campo frente al personaje a lo largo de su vida. No se podría así reprochar a un revolucionario que hubiese sido bolivariano desde 1811 hasta 1828 y se hubiese vuelto contra el Libertador-Presidente a partir de entonces; a un paecista que lo hubiese sido mientras sus llaneros vencían a las tropas del Imperio y que se hubiese vuelto antipaecista en 1861 (como

lo hizo Juan Vicente González); ni a un liberal que hubiese apoyado con gran entusiasmo al Guzmán del Septenio para revolverse luego contra él; muchos antigomecistas notorios habían sido gomecistas entre 1908 y 1913; así como muchos rabiosos betancuristas del trienio de octubre se volvieron antibetancuristas no menos *enragés* a partir de 1959. Y viceversa...

Todas las páginas anteriores han partido de la negación del absurdo político, histórico y terminológico de considerar a Betancourt el venezolano «Padre de la Democracia», ambos vocablos con unas sospechosas mayúsculas semirreligiosas. Por el contrario, en ellas se propone definir a Betancourt como «un político de nación». Veamos qué significan ambas cosas, y cómo ellas calzan en el personaje al concluir el análisis de toda su vida política.

La política es un ámbito mayor que la democracia. Parte de, al menos, dos supuestos básicos: el primero es el reconocimiento de la diversidad; o sea el rechazo a la unidad concebida como unanimidad; el segundo es el intento de sustituir la coerción por la persuasión; el aborrecimiento de las soluciones de fuerza[1].

Desde el primer momento, en Betancourt está presente la búsqueda casi instintiva, si no la convicción, de esa diversidad. Ella proviene de un hombre y una agrupación (llámese «generación» o posteriormente «partido») que llegaron a la edad adulta en el ambiente de una tiranía unipersonal.

Tal vez ningún dirigente político venezolano haya escrito tanto como él, desde aquellas cartas de los años treinta del siglo XX que la policía robó e hizo publicar en 1936, pasando por sus intentos teóricos y sus manifiestos públicos. En todo ello está presente esa voluntad de discutir y convencer, sin descartar la polémica que en su caso, no desdeña mojar la pluma en la más revuelta bilis, o para decirlo con sus propias palabras, untar sus flechas con curare.

Una vez abandonadas las ilusiones garibaldinas, al romper de manera definitiva con los «caracortada» (circa 1930), Betancourt

busca formar un partido no armado y civil. Es decir, que comienza a trillar la senda del rechazo a las soluciones de fuerza, que es lo característico de la política. Cierto, eso no va sin inconsecuencias ni acomodos con el cielo: nunca una acción política nace y permanece blindada contra las tentaciones de la antipolítica. Es así como Betancourt es tentado por la democracia que, como lo previó Aristóteles, es apenas una parte de la política, pero no toda ella; fue tentado por el marxismo, que es un movimiento anti-político (confina, entre otras cosas, la política a la «superestructura» y propone un partido de clase y doctrina únicos) y finalmente, el 18 de octubre se alía con quienes buscan imponer sus ideas dando la palabra al «camarada máuser».

Es que su actitud, su pensamiento, su *mood* políticos no han germinado en el aire, sino que sus raíces se hunden en una tierra demasiado acostumbrada al autoritarismo y a la fuerza bruta. Pero las armas del 18 de octubre no son suyas, sino prestadas: haciendo el balance de toda su prolongada actividad política, Betancourt es un «profeta desarmado» aunque, al revés de Savonarola, triunfe y logre imponer su propio proyecto de sociedad.

Con todo, aún en esos momentos en que abandone la persuasión y busque echar mano al cinto, Betancourt es un hombre que siente la necesidad de la limitación del poder, otra de las características de la política que la pone por encima de la democracia que a veces suele no ser más de lo que Tocqueville llamaba «el imperio moral de la mayoría». Betancourt limita su poder fundando un partido donde si bien es reconocido como *primus inter pares*, se le discute y a veces hasta se le vence.

Aquí se impone citar además lo que es tal vez su mayor logro histórico, el cual permitió que su proyecto político pasara del papel, y de las buenas intenciones y promesas, al terreno de los hechos, echando las bases de un régimen y un sistema que, con sus cuarenta años de existencia, se convirtió en la más larga (y asaz fructífera)

dominación en la historia republicana de Venezuela. Se trata del llamado Pacto de Punto Fijo, acontecimiento histórico si los hay. Por primera vez en siglo y medio de historia, los adversarios políticos se reconocían como tales, y no como enemigos, renunciaban a sacarse las tripas de palabra y de hecho. Ese pacto ha sido algo ejemplar no sólo para los venezolanos: sirvió de reconocida influencia si no modelo, para la transición española de la tiranía a la democracia, para otro tanto en Chile, e incluso, para otros gobiernos latinoamericanos que trataron de copiarlo acaso sin mucho éxito, porque esperaron para hacerlo que la sangre llegase al río.

Last but not least, Betancourt adopta una actitud inédita, y en cierto sentido revolucionaria en la historia de Venezuela, apartando la tentación de perpetuarse en el poder: en 1945, propone que ninguno de los miembros de la Junta Revolucionaria sea candidato en las venideras elecciones, lo que equivalía a lo que él mismo llamó «hacerse un *hara-kiri* político». De igual manera, en 1972 rechazó la posibilidad de una tercera presidencia que su partido le ofrecía unánimemente y que, como lo demostraron los resultados de la votación, el electorado hubiese confirmado en forma avasalladora.

Su insistencia en que no duraría en el poder «ni un minuto más» (tampoco un minuto menos) de lo que la Constitución establecía, era la mejor forma posible de establecer y respetar límites a su poder.

Pero si lo más definitorio en política es «disfrutar de la variedad sin padecer la anarquía ni la tiranía de las verdades absolutas, que no es sino una forma desesperada de salvarse de la anarquía»[2], el Betancourt que asimiló la lección del 14 de febrero cuando un pueblo manifestó a la vez el horror del despotismo y de la anarquía; que fundó un partido para buscarle cauce a la furia popular, ese Betancourt pasa el examen de la política.

En cuanto a lo de «nación», desde el primer momento de su ser político, al inicio de los años treinta, Betancourt se empeñó en

que su colectivo fuese, para emplear un término que no le hubiese disgustado, la «argamasa» que sostuviera los ladrillos de la nación. Así, su primer trabajo de intención teórica, «Con quién estamos y contra quién estamos» fue escrito para responder a las acusaciones de «antiandinismo» que se le pretendía hacer, y reafirma por allí mismo su idea de nación venezolana, que amalgamase y enterrase los regionalismos, el parroquialismo. De igual manera, cuando en los años cuarenta funde su partido, lo primero que le encargará será extenderse por todo el cuerpo de la nación, para que ella fuese la columna vertebral si no el motor de la unidad nacional.

Y cuando llegue por dos veces al poder, sus preocupaciones centrales son esa «nacionalización» por medio de una extensa infraestructura comunicacional pero sobre todo, de una amplia integración social, incluyendo en la nación a los sectores siempre excluidos, y en especial a los campesinos, a las mujeres y a los jóvenes en edad militar, a quienes hizo ingresar al padrón electoral, en un primer intento por convertirlos en ciudadanos.

En suma, que si se puede decir que bajo el gomecismo se creó el Estado venezolano; Betancourt y los suyos (que son su grupo inicial, su partido y las grandes masas que lo siguieron) son, si no los creadores de la Nación, por lo menos el motor para hacerlo. El solo hecho de que sea imposible nombrarlo sin adherirlo a un colectivo, es ya indicativo de esa voluntad de integración que está en la simiente misma de la Nación.

II

La dimensión alcanzada por Betancourt se debe atribuir en gran parte a su particular concepción del poder, que consistió en evitar la confusión entre Poder y Gobierno y plantearse el asunto menos en términos de poder ejecutivo que de hegemonía social. Él repetía siempre que prefería pasar a la historia más como fun-

dador de Acción Democrática que como presidente de Venezuela, ocupante de una silla que había soportado tan indignas como irrememorables posaderas.

La acción de Betancourt se situará en dos planos, cuya combinación lo llevó al triunfo. El primero de ellos es la proposición de una sociedad alternativa. Aquí se puede decir que Betancourt le debe al comunismo leninista muchísimo más de cuanto él mismo o sus parciales estarían dispuestos a conceder. Por un lado, hay la aceptación del esquema de una revolución democrático-burguesa, Cierto, se podría argüir que se trata tanto, o más, de una simple y normal coincidencia que de influencia, y así el pensamiento de Betancourt sería, frente al de los leninistas, original y no ancilar. Pero es que cuando se dice aquí esto, la referencia no es al planteamiento original de esa sociedad alternativa, sino a la forma de proponerla, al concepto mismo de «revolución democrático-burguesa». Porque formularla en esos términos es típicamente leninista: se bautiza así el proceso de una revolución nacional-campesina («agraria-antiimperialista») con un nombre inadecuado y en cierta forma detestado, para enfatizar su precariedad, su carácter transitorio. En 1956, es decir, veinte años después de su polémico deslinde con el comunismo, Betancourt seguía hablando de «revolución democrático-burguesa» y la seguía considerando «una etapa» si bien no decía hacia qué ni hacia dónde[3]. Por el otro lado, a través de su polémica con los comunistas desde los años treinta, fue formando su propio proyecto, su propio esquema alternativo, el de una sociedad venezolana capitalista y democrática. Esto último era esencial para que aquel esquema de desarrollo pudiese ser aceptado por el conjunto de una sociedad venezolana harta de casi cuarenta años seguidos de dominación despótica.

Cuando, tal como se ha hecho en páginas precedentes, se define a Betancourt como un leninista, de inmediato se entra en el tema de su relación con los comunistas. Éste es uno de los problemas de más

difícil análisis, por estar envuelto en la más agria polémica, desde los años de su prehistoria política. ¿Es Betancourt un despreciable renegado, que abjuró de su fe comunista para convertirse en el más acérrimo enemigo de sus antiguos camaradas? ¿Es por el contrario Betancourt un comunista embozado, uno de esos «marranos» laicos que, convertido de los dientes para afuera seguía judaizando (o «comunizando») en secreto? O, para situarse en el medio ¿se puede concluir que Betancourt jamás fue comunista?

Hay para todos los gustos. En el primer caso, los comunistas recuerdan su militancia en el PC de Costa Rica, y sus propios camaradas costarricenses lo consideran el peor espécimen del renegado, como llegaron a decirlo, en comunicación dirigida al PC venezolano, durante el segundo mandato de su antiguo líder. Pero fueron los mismos comunistas de Venezuela quienes en 1938 en su órgano clandestino, precisaron que Rómulo Betancourt no era, ni había sido nunca, militante de su partido. Lo cual es una media verdad: él no fue nunca miembro y mucho menos dirigente del PC venezolano; pero no es posible, con semejante afirmación, saltarse a la torera el inoculto hecho de que el PC era un partido único mundial, y los partidos de cada país en particular no eran más que sus secciones nacionales, como por lo demás lo marcaban sus siglas.

Pero ¿qué decía el propio Betancourt? Los partidarios de la tesis del Betancourt comunista embozado tienen mucho paño que cortar en el hecho de que nunca pronunció la frase «Yo no soy ni he sido nunca comunista» (como no fuese citando al propio órgano del PCV).

En sus años costarricenses, negando por comprensibles razones legales que fuese militante y mucho menos director y mentor intelectual del partido de ese país, no dejaba por eso de afirmar su fe comunista. En los años cuarenta, si hemos de creer a un Domingo Alberto Rangel que entonces le profesaba admiración y acatamiento (antes de volverse, en los sesenta, su enemigo mortal), Betancourt le habría dicho, tratando de halar para su sardina la brasa del radi-

calismo de su joven compañero: «nosotros somos los verdaderos comunistas, no los que llevan ese nombre. Esos son unos falsos comunistas. El verdadero partido comunista de Venezuela es Acción Democrática. Fíjate que nosotros somos el partido de la oposición, como todo partido comunista, mientras estos señores están detrás de la burguesía»[4].

Sometiendo su testimonio a una crítica interna, no luce que Rangel haya inventado la declaración. No sólo porque no tenía ningún interés político en hacerlo en el momento en que lo dijo, sino porque las frases de Betancourt son coherentes con su política del momento, cuando estaba empeñado en negar toda condición revolucionaria a un PC que como el venezolano, se había puesto a la cola del gobierno de Medina Angarita. Era la época en que Betancourt rivalizaba con los comunistas en el campo revolucionario, mucho antes de que, como lo hizo al final de su vida, se declarase «reformista».

La rivalidad entre Betancourt y los comunistas provenía pues de estarse disputando el mismo terreno y podría decirse, el mismo campo de ideas. Por supuesto que Betancourt no era ni tal vez llegó a ser de veras comunista, si por tal se tiene a los militantes activos y disciplinados de la Tercera Internacional, sobre todo después de la muerte de Lenin. Pero si se emplea la sinonimia simple entre colectivismo y comunismo, Betancourt siempre lo fue y nunca dejó de serlo, pues siempre puso por encima de su significación individual, la acción colectiva, su adhesión a un colectivo político, y la acción dirigida a conquistar y dirigir las grandes masas.

El otro terreno donde rivalizan aunque no siempre se enfrenten es el propio leninismo. Tal vez nadie, como Betancourt, haya adaptado con tanta aplicación las lecciones de organización de Lenin, en particular en su folleto *¿Qué hacer?* Se hablaba arriba de dos planos. El segundo es el de la construcción de su partido, al cual Betancourt dedicó todas sus energías y su envidiable capacidad de trabajo. Al decir que Acción Democrática es su obra maestra, se está dando a

esos términos su acepción original, su sentido estricto: a través de los años (y no como producto de un subitáneo rapto de inspiración), Betancourt fue dándole forma e insuflándole su propia personalidad y esto a través de un trabajo paciente, perseverante, con la íntima (pero inoculta, y por eso lo sabemos) convicción de que trabajaba *für Ewig*, para la posteridad y no para la hora del almuerzo. Es sobre todo por eso que la personalidad de Betancourt descuella de tal manera por encima de los políticos de su generación, para no hablar sino de ellos.

Si bien su partido no se pretendía el representante de la clase obrera (lo que en Lenin era apenas una cláusula de estilo para designar el partido comunista), sí siguió bastante de cerca a Ulianov en los dos aspectos señalados antes: en la idea de una revolución democrático-burguesa y sobre todo, en la organización vertical y disciplinada, militar en una palabra, de su partido.

El leninismo «organizacional» de Betancourt y su partido es algo que ya casi nadie discute en Venezuela. Pero nunca se alude a otro aspecto: hay un terreno donde Betancourt es más a fondo leninista y es en su relación con los comunistas de la Tercera Internacional. Aquí no está siendo inspirado por el Lenin de *¿Qué hacer?*, sino por el de *La enfermedad infantil del izquierdismo*, que no en vano algunos consideran el texto más maquiaveliano del líder ruso, una especie de *Príncipe* del siglo XX. Lo que Betancourt reprocha más a los comunistas es su ineficacia palabrera, el ser más bien un obstáculo que el motor de la revolución.

III

Pero Betancourt no es un teórico, sino un dirigente político que por dos veces entró a Palacio. Es decir, que es posible también adelantar algunas conclusiones sobre su obra de gobierno, esto es, sobre su capacidad o incapacidad para llevar a la práctica sus plan-

teamientos ideales. El 18 de octubre se sienta Betancourt en la silla presidencial, llevado allí por un golpe militar. Con fiero orgullo, él y sus adláteres bautizaron aquel movimiento, a la leninista, como «Revolución de octubre». ¿Lo fue en realidad?

Aquí las conclusiones se pueden situar también en dos planos. El primero es el del arribo al poder. Como él mismo lo reconoció más tarde, no llegó allí empujado por «una bravía insurgencia popular» sino por un pronunciamiento militar clásico. Sobre esto hay un acuerdo general. Tal vez lo único que habría que decir es que se trató de la coalición de dos organizaciones militarizadas, de disciplina y verticalismo asaz parejos. Si alguna anomalía se puede detectar en todo eso es que los civiles se comportaron más disciplinados y más cuidadosos de las reglas del silencio conspirativo que los militares juramentados, que por tales debían estar más habituados al funcionamiento de las logias, con sus secretos y sus santo y seña.

El segundo plano: a partir del 19 de octubre, se inicia en Venezuela un proceso que, con todas las reservas que se quiera, se puede considerar revolucionario. Lo es por el ingreso de las masas al escenario político, a través de la extensión del sufragio universal alcanzando a segmentos hasta entonces excluidos o ignorados. Lo es por el castigo de los reos de peculado del medio siglo anterior: como es bien conocido desde los tiempos de Maquiavelo, esto debía causar más odios y rencores incluso que la sangre derramada en las escaramuzas de octubre. Lo es por la masificación de la educación, de la salud y la asistencia social. Ayudado por unos ingresos petroleros bastante grandes, y por (hasta donde eso era posible en Venezuela) una correcta administración de ellos, Betancourt pudo dar a esos rubros un empujón inédito en la historia de su país.

En lo que concierne a su segundo mandato, su balance general debe hacerse sobre la base de al menos dos elementos: la concordancia de sus actos con sus promesas programáticas; y la influencia que han tenido sobre el desarrollo posterior de la sociedad venezo-

lana, sobre su historia. Desde los tiempos del Plan de Barranquilla en 1931, Betancourt fue afinando su proyecto de sociedad que, al llegar al poder en 1959, ya tenía a punto. Puede ser sintetizado de esta forma: se trataba de edificar una sociedad capitalista, con fuerte participación del Estado y con una prioritaria intención de desarrollo social, o sea de mejoramiento del nivel y la calidad de vida de las clases más desfavorecidas: campesinos y obreros.

Esa transformación de la sociedad debía hacerse por la vía democrática y constitucional, por regímenes electos en comicios intachables; bajo el imperio de la ley en una estructura política liberal, donde el poder militar estuviese sometido al poder civil. La participación popular en los asuntos públicos debía hacerse sobre todo a través de los partidos políticos, que en la visión de Betancourt, debían ser preferiblemente en número de dos, no impuesto eso por las leyes o la acción gubernativa, sino por la propia dinámica política: lo que los politólogos suelen llamar *two-party system*, al ejemplo de Inglaterra o de los Estados Unidos. Ese régimen debía respetar con puntilloso cuidado las leyes, pero sobre todo las que se refieren a los límites de la reelección presidencial. Y por supuesto, debía ser de una honestidad administrativa garantizada por el control popular, a través de órganos jurisdiccionales apropiados, y de una prensa libre y responsable.

Una sociedad de ese tipo debía levantarse sobre cinco pilares institucionales y sociales: el Ejército, los partidos políticos, la empresa privada, los sindicatos y la iglesia. No pensaba Betancourt en una república sin conflictos, pero, sobre todo en el período de consolidación institucional, lo preferible era el consenso, respaldado como estaba por la riqueza petrolera.

¿Se cumplió cabalmente el proyecto de Betancourt? Hay que decir que ningún proyecto lo hace: siempre hay variables que contribuyen a obstaculizarlo, para bien o para mal, y que al final terminan complicando su apreciación. Pero sí se pueden decir algunas

cosas. Y la primera es que aquel proyecto parece haberse cumplido, y haber funcionado en los treinta años que siguieron a su retiro del poder. Hasta ahora no ha habido interrupción del proceso constitucional, como no sea a través de formas previstas en la Ley: todos los cambios de gobierno se han producido como resultado de unas elecciones. Los partidos políticos, tal como él lo había propuesto, se desarrollaron hasta formar ese sistema de dos partidos consagrado por la polarización electoral. La formación de una sociedad capitalista tal y como él la había diseñado, también se dio al menos durante ese lapso. Si a partir de entonces la situación ha cambiado en lo político, sigue siendo parecida en lo estructural.

Hay algo en lo cual conviene detenerse en estas conclusiones, y es la política internacional, en particular en sus relaciones con los EEUU. Esto, por supuesto, está envuelto en una agria polémica con la extrema izquierda, que lo acusaba de poco menos que de cipayo. A lo dicho más arriba sobre su difícil relación con los comunistas, hay que agregar ahora este particular aspecto de su actividad política.

Como todos los jóvenes estudiantes latinoamericanos, Betancourt tenía tendencias antiimperialistas, aunque en sus primeros años acaso debiese en ese aspecto más a Rodó que a Lenin. Cosa que cambiará apenas caiga, en los años treinta, bajo la influencia teórica del creador del partido bolchevique. En los años cuarenta, sin embargo, su actitud hacia los EEUU cambia, se matiza.

Eso se debe a dos razones fundamentales. En primer lugar, los EEUU han dejado de ser para la izquierda –y por cierto, en primerísimo lugar para los comunistas– ese «ogro imperialista» para volverse el paladín del antifascismo, y el *New Deal* de Roosevelt se tiñe de *Good Neighbourship* para América Latina. La otra razón es menos circunstancial. Ya Betancourt va buscando alcanzar, en la visión de los suyos, de sí mismo e incluso de algunos de sus adversarios, la estatura de un hombre de Estado. Ya comienza a pensar

y actuar como alguien que muy pronto dejará la calle para ingresar a Palacio. Es entonces cuando propone a sus compañeros abandonar «el antiimperialismo de mitin» y comenzar a ver las relaciones con las compañías petroleras y con el gobierno norteamericano con la actitud de quien está obligado a dormir con un elefante. Después del 18 de octubre, la tarea le será bastante fácil, pues no tiene enemigos a la izquierda: todavía dura la luna de miel entre los EEUU y la URSS, y entonces puede tener relaciones normales y hasta cordiales con la patria de Stalin sin que los EEUU arruguen la cara; y cordialísimas con los EEUU sin que los comunistas lo cubran de injurias.

Será en esas condiciones que logre imponer a las compañías petroleras el acuerdo llamado del *fifty-fifty* sobre las ganancias, y hacerlo sin desatar la hostilidad del gobierno norteamericano y ni siquiera mucho la de las compañías. Hacia el final de ese mandato, su asociación con Rockefeller en la llamada Corporación Venezolana de Economía Básica fue criticada con acritud por los comunistas: había empezado la Guerra Fría.

Desde que ella arranca, Betancourt no duda un solo momento y toma partido por los Estados Unidos. ¿Podría haber adoptado una actitud menos militante, escudándose en el hecho de que Venezuela es un país pequeño y marginal en comparación con las naciones europeas cuya supervivencia dependía de la protección que le brindaba el «paraguas atómico» norteamericano? Betancourt no lo hace: sigue al pie de la letra –como siempre lo hacen todos, sin citarlo y tal vez sin darse cuenta– el consejo de Maquiavelo de no permanecer jamás neutral entre dos poderosos. Si esa política no le fuera anterior, se podría decir que no hace más que seguir al pie de la letra la actitud de Fidel Castro, quien escogió siempre un campo: entre Washington y Moscú tomó partido por los soviéticos; entre la URSS y la China Popular lo hizo finalmente por quien le aseguraba, con sus rublos, la supervivencia (por cierto, si ese era *el motivo*, se

equivocó, puesto que la URSS desapareció y cuando escribimos estas líneas, Fidel Castro se mantiene y todo hace creer que sólo dejará el poder con la vida).

Pero no es de creer que fuese un principio doctrinario, una opción ideológica, lo que llevó a Betancourt a hacer esa escogencia: era su convicción de que, debido a su petróleo y a su situación estratégica, Venezuela era un país menos marginal de lo que pudiera suponerse. En las cercanías del Canal de Panamá y con inmensas reservas de una fuente energética tan importante sobre todo en la eventualidad de una guerra, no era el suyo un país cuya adscripción al bloque liderado por EEUU fuese cosa de poca importancia.

La convicción de que no sería posible que en Venezuela existiese un régimen enfrentado y menos aún enemigo de los EEUU, se le impuso a Betancourt desde los tiempos de la guerra contra el Eje fascista; no hizo sino profundizarse cuando la confrontación cambió de enemigo. ¿Significaba esto que él fuese un dirigente del país entregado –y peor aún, vendido– a los EEUU? Aquí conviene examinar el asunto también en dos planos: el de las palabras y el de los hechos.

En el primer caso, no hay vuelta de hoja: en la Guerra Fría, Betancourt no solamente toma partido por los EEUU, sino que lo hace con un lenguaje y con una actitud militante tales, que los comunistas tienen la tarea fácil al compararlo con ese Muñoz Marín que gobierna la colonia de Puerto Rico y de donde «tantas lecciones de buen gobierno» se jactaba de haber recibido.

Pero en el terreno de los hechos, sobre todo si esos hechos están amasados con petróleo, la cosa cambia: es bajo el segundo gobierno de Betancourt, y en sus primeros meses, que se va a crear, por iniciativa venezolana, la Organización de Países Exportadores de Petróleo, que se convertirá luego en la *bête noire* de la opinión norteamericana al punto de que en los años setenta, un destacado dirigente del gobierno norteamericano llegó a considerar con todas

sus letras a Pérez Alfonzo como mucho más peligroso que Fidel Castro. El hecho es que, aún cuando se le buscara por todas partes algún detalle para oponérsele, los comunistas no encontraron mayor objeción a esa política petrolera; y Pérez Alfonzo se convirtió en uno de los íconos de la izquierda, pese a que nunca abjuró de su amistad con Betancourt; a quien siempre reconoció su principalidad como líder político y en particular en el desarrollo de la política del llamado «padre de la OPEP».

En lo económico y social, no se puede hablar hoy, cuando se está bordeando el cuarto de siglo de la muerte de Betancourt, de un fracaso, sino del agotamiento de un modelo, no sólo en Venezuela, sino en toda América Latina y acaso en el mundo.

Por último, el ejemplo de la honestidad personal de Rómulo Betancourt, así como del cumplimiento de su palabra de no utilizar los mecanismos del poder para perpetuarse en él, es un hecho que hoy reconocen hasta sus peores adversarios.

Al comparar los dos momentos de su acceso al poder, hay una pregunta que no han dejado de hacerse partidarios y adversarios: cuál ha sido más importante: la «revolución» de 1945, o el gobierno constitucional de los años sesenta.

Como suele suceder, se trata de un falso dilema. Cada uno de ellos es un momento del proyecto que Betancourt tenía ya en lo fundamental armado en 1940, a bordo del *Orazio*, camino a su exilio chileno; donde se mostraba a igual distancia de «los arcaicos cartabones» del liberalismo, como de las fórmulas soviéticas. Pero en cada uno de esos dos momentos hay un aporte que se eleva por encima de todos, viéndolos en la perspectiva del presente, lo cual quiere decir que nos ha hecho ser, a los venezolanos, lo que hoy somos. En el primer caso –el trienio de octubre– es haber hecho ingresar las masas a la actividad política, buscando transformar seres en personas y a las personas en ciudadanos. Cualquiera que haya sido el éxito de esa gestión, un hecho queda: esas masas que ingresaron a la política

por el trujamán del sufragio universal, llegaron para quedarse: desde entonces, ha sido imposible hacer regresar el genio a su botella, si por caso hubiese habido alguien tan descocado para intentarlo.

En su segundo mandato, hay otra herencia que al final resulta tan importante como la primera: la idea de gobernar sobre la base no de aplastar al enemigo, sino de entenderse con el adversario. El Pacto de Punto Fijo dio origen a la más larga dominación en la historia de Venezuela (más larga que el paecismo, que el guzmancismo y que el gomecismo) y a los gobiernos civiles que durante casi medio siglo, se sucedieron en un país acostumbrado al oropel de las charreteras.

Si nos situamos en una perspectiva maquiaveliana, haciendo del éxito el criterio de la bondad de una política, podríamos decir que la de Betancourt era la correcta, pues su proyecto se cumplió a cabalidad.

¿Era el que mejor convenía a Venezuela? Responder por la afirmativa o la negativa a esta pregunta es caer en el fácil juego de predecir el pasado. A partir de 1936, no hay una sola fuerza política o una personalidad «de izquierda» (no había otro proyecto) que haya propuesto una fórmula diferente, y menos que nadie los comunistas. Si a ver vamos, éstos le reprochaban a Betancourt mucho menos que hubiese culminado su proyecto político, como que los hubiese excluido de la Iglesia Triunfante.

En cuanto a esto de «culminación», puede que esta palabra no tenga mucho sentido en relación con procesos históricos, pero cuando se dice que vote por quien vote, en el fondo de todo venezolano dormita un «adeco»; cuando se dice que éste o aquel militante es un adeco verde, o naranja, o de boina roja, se está significando que el esquema propuesto por Betancourt se ha hecho conciencia social, se ha hecho ideología.

A su regreso a Venezuela en 1972, cancelando para siempre su auto-exilio europeo, Betancourt saludó a quienes fueron a recibirlo

con unas palabras que resultaron familiares a quienes tenían alguna memoria de los acontecimientos del siglo XX. Lo que había hecho era poner en presente y en pasado los verbos que estaban en futuro en su discurso de presentación de AD en el Nuevo Circo de Caracas el 13 de septiembre de 1941[5]. ¿Cuántos de nuestros políticos son capaces de parejo alarde de memoria, ellos que tanta dificultad tendrían en repetir lo que dijeron en su aplaudido, demoledor e histórico discurso de ayer tarde?

Es evidente que al pronunciar su segundo discurso, Betancourt tenía presente el texto del primero. Sólo alguien con un agudo sentido de la historia podía ser capaz de embrollar de tal manera las cartas, hacer que el historiador del futuro llegase a pensar todo lo contrario: que al pronunciar el discurso de 1941, teníalos ojos puestos en el que pronunciaría treinta años más tarde...

Ese es siempre el reto que plantea el análisis de la vida y de la obra de personajes históricos como Rómulo Betancourt.

Notas

1 Para todo lo relacionado con el significado de la política, cf. el clásico de Bernard Crick, *En defensa de la política*. Barcelona, Tusquets Editores, 2001, *passim*.

2 *Ibidem*, p. 28.

3 *Venezuela: política...*, p. 314.

4 Blanco Muñoz, *La izquierda revolucionaria...*, p. 51.

5 Cf. Betancourt, *Leninismo, revolución y reforma*, p. 198.

PARA RECORDAR ALGUNOS NOMBRES

• ELIGIO ANZOLA ANZOLA. Fundador de AD, Gobernador del Estado Lara y Ministro de Relaciones Interiores durante el breve gobierno de Gallegos. Secretario de AD en la clandestinidad bajo la dictadura de Pérez Jiménez, fue capturado al poco tiempo de haber comenzado a actuar como tal.

• GONZALO BARRIOS. Dirigente de AD y miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1945. Candidato presidencial de su partido en 1968, será derrotado por Rafael Caldera.

• RAFAEL CALDERA. Fundador del Partido Socialcristiano COPEI. Firmante del Pacto de Punto Fijo. Dos veces Presidente Constitucional de Venezuela.

• ALBERTO CARNEVALI. Dirigente muy destacado de AD desde su fundación. Gobernador del Estado Mérida durante el trienio de octubre, fue Secretario General de AD en la clandestinidad, luego del asesinato de Leonardo Ruiz Pineda. Apresado, murió en la cárcel.

• CARLOS DELGADO CHALBAUD. Miembro de la Junta Militar de Gobierno de 1945 y su Ministro de Defensa. Presidente de la Junta de Gobierno que sustituye a Gallegos en 1948. Asesinado en 1950.

• DIÓGENES ESCALANTE. Diplomático de carrera. En 1945 se entrevista con Betancourt y Leoni, quienes le proponen que sea candidato del gobierno (con la anuencia de la oposición) a la Presidencia. Aceptará, pero en el momento de ser proclamado se volverá loco.

• MERCEDES FERMÍN. Educadora, fundadora de AD, era durante los años cuarenta y cincuenta una de las personas de mayor confianza de Betancourt.

• JOSÉ RAFAEL GABALDÓN. Caudillo antigomecista, se alzó en 1929 contra la tiranía. Hasta 1945 mantuvo una relación amistosa con Betancourt, a quien se le ofreció para auxiliarlo en su segundo exilio.

• JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ. «Jokanaán» para sus amigos de la generación del 28. Hijo del anterior, uno de los líderes de la insurgencia juvenil. Después de la muerte del dictador, abandonó la política activa, compartiendo su tiempo entre la cátedra y el periodismo.

• RÓMULO GALLEGOS. Novelista. Candidato presidencial «simbólico» del PDN clandestino en 1941. Presidente de AD desde su fundación. Presidente Constitucional de Venezuela en 1948, será derrocado ese mismo año.

• JOSÉ ANTONIO GIACOPINI ZÁRRAGA. Será el primer civil en participar en la conjura del 18 de octubre de 1945. Secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno.

• RAÚL LEONI. Firmante del Plan de Barranquilla en 1931, desde entonces nunca se separará de Betancourt. Presidente Constitucional de Venezuela en 1964-69.

• OCTAVIO LEPAGE. Con el seudónimo de «Hipólito Meneses», fue el primer secretario de la AD clandestina luego del derrocamiento de Gallegos, cargo que entregó a Leonardo Ruiz Pineda cuando éste salió de la cárcel.

• RICARDO MONTILLA. Firmante del Plan de Barranquilla, en 1931, será desde entonces uno de los más fieles seguidores de Betancourt y su confidente durante muchos años, pese a su carácter un tanto díscolo y reacio a la disciplina.

• ALEJANDRO OROPEZA CASTILLO. Otro fiel seguidor de Betancourt desde dentro y fuera del PDN, del que fue separado a raíz de su polémica con Inocente Palacios por la guerra ruso-finlandesa.

• MIGUEL OTERO SILVA. Escritor, periodista y parlamentario. Miembro destacado de la generación del 28, participó con el comunista Gustavo Machado en el asalto a Curazao. Fundó en 1943 el diario *El Nacional,* desde cuyas columnas sostuvo en 1944 una sonada polémica con Rómulo Betancourt.

• INOCENTE PALACIOS. Miembro destacado de la generación del 28, dirigente del PDN y fundador de AD. Se alejó de Betancourt a mediados de los años cuarenta.

• CARLOS ANDRÉS PÉREZ. Dirigente de AD desde muy joven. Secretario privado de Rómulo Betancourt. Dos veces Presidente Constitucional de Venezuela, fue destituido por las vías legales en 1993, sin culminar su segundo mandato. Nacionalizó el petróleo y el hierro.

• MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ. Mayor del Ejército. Jefe militar de la conspiración del 18 de octubre. Dictador de Venezuela (1952-1958), fue derrocado el 23 de enero de este último año.

• JUAN PABLO PÉREZ ALFONZO. Abogado. Militó en las filas del ORVE y del PDN. Fundador de Acción Democrática, partido del cual era vicepresidente en 1945. Ministro de Fomento durante el trienio de octubre, concibió en materia petrolera una reforma legal que se conoció como el *fifty-fifty.* Ministro de Energía y Minas en el segundo gobierno de Betancourt, en 1960 fundó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

• LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA. Dirigente de AD, miembro civil de la conjura del 18 de octubre. Presidente de AD y del Senado, Ministro de Educación. Romperá con Betancourt en 1968.

• VALMORE RODRÍGUEZ. Firmante del Plan de Barranquilla y desde entonces uno de los seguidores más fieles de Rómulo Betancourt. Se cuenta entre los fundadores de Acción Democrática y director de su órgano de prensa *El País.* Ministro de Comunicaciones y luego de Relaciones Interiores de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1945. Era Presidente del Congreso (y legalmente

Vicepresidente de la República) cuando Gallegos fue derrocado en 1948. Murió en el exilio.

• DOMINGO ALBERTO RANGEL. Considerado durante los años cuarenta como el «benjamín» de Betancourt, a quien copiaba en su oratoria y estilo periodístico. Rompió con él en 1960, para encabezar en el partido una disidencia de izquierda que luego se convirtió en el MIR.

• SIMÓN SÁEZ MÉRIDA. Secretario General de AD en la clandestinidad y a la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. Junto con Rangel, rompió con Betancourt en 1960 para fundar el MIR. Partidario de la lucha armada, participó en la insurrección de Carúpano, y fue despojado de su inmunidad parlamentaria y encarcelado.

• ARTURO USLAR PIETRI. Escritor. Premios «Príncipe de Asturias» y «Rómulo Gallegos». Considerado como la «eminencia gris» del gobierno de Medina Angarita, fundó el PDV y fue exiliado en 1945. En 1963 fue candidato presidencial derrotado por Raúl Leoni.

• MARIO VARGAS. Miembro de la Unión Patriótica Militar que junto con AD, derrueca a Medina Angarita en 1945. Se le consideraba un «adeco de uniforme»; no así su hermano Julio César, también miembro de la misma logia castrense, quien se alzó contra Betancourt.

• RAMÓN J. VELÁSQUEZ. Periodista, historiador y político. Secretario General de la Presidencia bajo el segundo gobierno de Betancourt. Presidente Constitucional de Venezuela en 1993, completó el período de Carlos Andrés Pérez.

• JÓVITO VILLALBA. Líder de los movimientos de 1928 y 1936 junto a su amigo Rómulo Betancourt. Secretario General del PDN clandestino, partido que abandonará después de romper con Betancourt. En 1946 se convierte en el máxino líder de Unión Republicana Democrática; que derrotará en las urnas a la dictadura en 1952, pero su triunfo será desconocido. En 1958 firma el Pacto de Punto Fijo, y en 1963 será derrotado como candidato presidencial.

BIBLIOGRAFÍA

ACERCA DE LAS FUENTES

Si al escribir un trabajo sobre Juan Vicente Gómez, el investigador se encuentra ante un muro de silencio por el laconismo del personaje, parco en palabras y en escritos, en el caso de Rómulo Betancourt las dificultades podrían provenir de la acera opuesta: jamás un gobernante en la historia venezolana había escrito tanto como éste: libros, artículos, folletos, discursos; sin hablar de una copiosa correspondencia que sólo confió a un secretario en los meses en que sus dedos, inutilizados por el atentado de Los Próceres, estuvieron inhabilitados para golpear su vetusta maquinilla.

Pero además, un hombre tan inquieto por el «juicio de la historia» (expresión ésta hoy *demodé* entre los historiadores profesionales, pero que de seguro era la suya y la de su época) se ocupó en persona de organizar toda esa producción en un archivo que hoy es uno de los más preciosos insumos para el trabajo del historiador del hombre y de su tiempo. Proviene pues de ese archivo, guardado en la Fundación que lleva su nombre, la mayor parte de la documentación sobre la cual se basa este trabajo.

La otra fuente del mismo tipo está en el Archivo Histórico de Miraflores. Podría extrañar que venga en segundo lugar, pero es que este estudio no se refiere sólo a la labor de Betancourt como gobernante, ni a los otros gobernantes en relación con él, sino a su trabajo desde el llano, en la laboriosa construcción teórica y práctica de su partido.

La tercera fuente primaria está en la Hemeroteca Nacional, que contiene la más grande colección de todos los periódicos venezolanos desde que hay imprenta en este país. Para la época que estudiamos, nos ha sido sumamente útil la sección de microfilmes. La Fundación Rómulo Betancourt tiene también una buena colección de periódicos, en especial los del partido Acción Democrática, no por pequeña y especializada menos útil. Por último, hemos recurrido a algunos archivos y hemerotecas personales, no siempre muy ordenados.

En cuanto a los documentos públicos, hay que mencionar en primer lugar a una de las más importantes compilaciones no sólo de la historia de Venezuela, sino de cualquier país de América Latina, para no hablar sino de ellos: es la Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XX que desde 1983 y con la iniciativa de Ramón J. Velásquez, ha sacado a la luz casi un centenar de volúmenes que han sido de inapreciable ayuda para culminar este libro. Al lado de eso, hay una serie muy importante de compilaciones provenientes de la iniciativa privada, como las rigurosas y bien cuidadas publicaciones de la Fundación Rómulo Betancourt; así como las también muy numerosas del editor José Agustín Catalá. A eso habría que agregar algunas series de historia oral publicadas por la UCV y el Ateneo de Caracas, útiles para algunos aspectos particulares. Al ser como es el personaje estudiado y su época muy cercanos en el tiempo, se ha recurrido a entrevistas y a comunicaciones personales, éstas últimas menos formales pero no por eso menos provechosas. También algunos testimonios de contemporáneos recogidos en libros.

De las fuentes secundarias, se citan aquí casi noventa libros y folletos que tratan del personaje y su época. Como era de esperarse tratándose de alguien tan polémico, hay libros escritos con una gran simpatía hacia él, otros que se sitúan en el extremo opuesto y, hasta el presente, muy pocos producto de historiadores profesio-

nales. Trataremos un poco en detalle un ejemplo de cada tipo de libros.

El primero de ellos es una biografía política intentada por un orgulloso amigo por treinta años de Betancourt: Robert Alexander, *Rómulo Betancourt and the transformation of Venezuela.* (New Brunswick and London, Transaction Books, 1972, pp. 737) que nunca, que se sepa, ha sido traducido al español. Alexander es un profesor universitario norteamericano, quien como historiador es mucho menos riguroso de cuanto tal condición podría hacer suponer. De todas formas, es el trabajo de un *scholar* que contiene una buena masa de información extraída sobre todo de su contacto con Betancourt a través de los años. En cuanto al análisis, es muy difícil que su interpretación de la historia de la Venezuela contemporánea pudiese diferir mucho de la versión que de ella diera un hombre a quien Alexander considera *the greatest Venezuelan since Simón Bolívar* (p. 675). Puede resultar muy envanecedor para un autor que un hombre que tan bien conoció a Betancourt y lo estudia con tanto detalle, para cerrar su capítulo referente al año 1936, tan importante en la vida del biografiado, como conclusión se limite a citar textualmente nuestra propia interpretación sobre el asunto (p. 114). Pero cuando él lo hace, ya nosotros mismos habíamos hecho una crítica feroz de ese ensayo, considerándolo sobrepasado por el conocimiento que entonces se tenía sobre el asunto. Pero no es sólo eso: resulta desconcertante que al referirse a la actividad de Betancourt en su primer exilio, un hombre que como Alexander ha estado en Costa Rica y entrevistó repetidas veces a los dirigentes del PC de ese país (y por supuesto, también a Betancourt), remate citando sin crítica (p. 74) una opinión nuestra sobrepasada por las nuevas luces sobre el personaje.

Es que Alexander trataba de acreditar una vieja leyenda que el propio Betancourt echó a andar por interés político, y que con una irresponsabilidad indigna de un historiador que se supone versado

en la crítica interna, reproduce Hugh Thomas en una conferencia dictada en 1982 en la Conferencia Bienal de la Sociedad Anglo-venezolana (*Rómulo Betancourt, político sin ocaso.* Caracas, Centauro, 1982, p. 649). Según esa versión, Rómulo Betancourt habría sido en Costa Rica más o menos un asesor extranjero de un partido populista que de comunista no tenía sino el nombre.

De los libros escritos contra Betancourt, un caso típico es el de Simón Sáez Mérida, *La cara oculta de Rómulo Betancourt. El proyecto invasor de Venezuela por tropas norteamericanas* (Caracas, Fondo Editorial Almargen, 1997, pp. 443), cuyo título anuncia ya la intención panfletaria. El autor sostiene que la implicación de Betancourt al lado de los EEUU en la Guerra Fría, llegó hasta el extremo de propiciar y prácticamente planear una invasión de Venezuela por el ejército norteamericano. En ese texto, el autor busca demostrar: 1) Que Rómulo Betancourt era anticomunista y que por tal, junto con sus amigos José Figueres y Luis Muñoz Marín, se había situado desde muy temprano al lado de los EEUU en la Guerra Fría, 2) Que los EEUU estaban dispuestos a intervenir en América Latina, sobre todo en el Caribe, para impedir la irradiación de la Revolución Cubana; 3) que la «Operación Unitas» y otras semejantes tienen por objeto ensayar escenarios para la intervención en nuestros países, incluida Venezuela. Ninguna de esas afirmaciones puede ser negada, por la sencilla razón de que nunca se ha tratado de propósitos ocultos de los acusados: el autor gasta así su tinta en derribar puertas abiertas.

En toda su extensión, en ese libro habla casi siempre, más que el historiador, el hombre de fe y de prejuicios. Es así como, en el primer caso, expresa su confianza en que todas sus afirmaciones serán confirmadas en el futuro, cuando los EEUU abran al público los archivos de la época (p. 193); en el segundo caso, afirma, sin haberlo consultado, que el archivo de Betancourt debe estar expurgado de documentos que confirmen sus aseveraciones (p. 267).

El plato fuerte del libro es su intención de demostrar que Betancourt no solamente estaba al tanto de la intención de los EEUU de invadir Venezuela, sino que lo reclamó expresamente. Se basa en una noticia publicada en el *Miami Herald* el 26/10/63 (p. 147), y que el autor sintetiza así: «un golpe militar en Venezuela sería inmediatamente contrastado por una intervención armada de los Estados Unidos» y «que Betancourt también está informado y listo para solicitar la intervención en el caso de la emergencia golpista» (p. 144). La noticia fue desmentida por el gobierno venezolano el 26/10/63 (p. 147). Como suele suceder en estos casos, es una palabra contra otra. Pero para Sáez Mérida, lo que demuestra la mentira de Betancourt es que esa noticia no fue desmentida de nuevo cuando muchas y sucesivas veces, continuó apareciendo en la prensa de EEUU. La argumentación resulta poco convincente. La afirmación sigue siendo lo que es: una acusación política hecha por un enemigo. Nunca se puede descartar por entero la veracidad de una denuncia de este tipo, pero la más elemental honestidad intelectual impone decir que en el estado actual de las fuentes, no se puede afirmar que estemos ante un hecho comprobado.

Para finalizar, el ejemplo de lo tercero es la tesis de licenciatura de Alejandro Gómez, *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica:1931-1935* (Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, 1985, p. 219). Con el acopio de una documentación impresionante, Gómez demuestra que Rómulo Betancourt no sólo formaba parte de la dirección del Partido Comunista de Costa Rica, sino que por lo menos en una ocasión, cuando el resto de los dirigentes del partido estaban ocupados en la dirección de la huelga bananera del Atlántico, el venezolano se quedó solo al frente del periódico y del partido, ejerciendo desde la clandestinidad ambas funciones, pues pesaba en su contra un decreto de expulsión que la prensa conservadora publicaba cada cierto tiempo, cuando sospechaba que detrás de la agitación y propaganda comunistas estaba la mano diabólica del joven Betancourt.

La otra leyenda que el trabajo de Alejandro Gómez echó por tierra era esa según la cual el PC de Costa Rica no era un partido comunista de veras, sino de algo de otro tipo. No se trata de una cuestión de mera nomenclatura. Como Gómez vuelve a recordarlo, Betancourt se oponía a la formación de un partido comunista en Venezuela porque en este país no existía una clase obrera y por lo tanto tampoco podía existir un partido de esa clase. Pero lo que nunca había quedado claro es por qué entonces Betancourt, al mismo tiempo, dirigía un partido comunista que lo era verdaderamente y no un partido populista con el nombre de «comunista», en un país como Costa Rica, donde la clase obrera era no solamente más pequeña en número sino menos significativa en el ámbito económico y por su integración al país que la clase obrera petrolera zuliana. Todo ese enredijo desbaratado por Alejandro Gómez provenía de una sola cosa: la bibliografía sobre Betancourt antes de la aparición de este libro (sin excluir del todo nuestro propio ensayo antes citado) había seguido demasiado de cerca la interpretación que el mismo Betancourt hiciera de su propia historia. El de Alejandro Gómez fue el primero y verdadero libro sobre Betancourt escrito con criterio de historiador profesional, no de panegirista o detractor.

FUENTES PRIMARIAS

I. Archivos y bibliotecas:

A) *Archivo de Rómulo Betancourt*

a) Años 1928-1964.

b) Documentos no clasificados.

B) *Archivo Histórico de Miraflores*

1. Libros de actas:
   Junta Revolucionaria de Gobierno, 1945-1948.
   Consejo de Ministros, 1959-1964.
   Libro de Actas Especiales.
2. Borradores:
   Cajas 374 a 379, Enero-Diciembre 1928.
   Cajas 565 a 614, Febrero 15-Diciembre 31, 1936.
3. Cartas:
   Cajas 620 a 658, Febrero-Diciembre 1928.
   Cajas 1018, Enero-Julio; 1032, Enero-Junio; 1039, Febrero 5-28; 1040, Febrero 22-25; 1042, Febrero 26-28; 1046, Febrero-Diciembre; 1053-1091, Marzo-Diciembre (todas del año 1936).
4. Telegramas:
   1036T a 1059T, Febrero-Diciembre 1928.
   1326T a 1388T, Febrero- Diciembre 1936.

C) *Archives of the United States of America (USANA)*
March 7, 1928, 831/1350.

D) *Archivo personal de José Agustín Catalá*

E) *Hemeroteca Nacional. Instituto Autónomo de la Biblioteca Nacional.*
Periódicos consultados:
El Nuevo Diario (1913-1935)
El Universal (1909-1964)
El Nacional (1943-1964)
La Esfera (1927-1936)
Ahora (1936-1939)
El Popular (1936)
ORVE (1936)
Petróleo (1936)
Aquí está...! (1942-1945)
Tribuna Popular (1947-1950; 1950-1958 clandestina; 1958-1962)
Fantoches (1926)
Billiken (1926)
Nos Otras (1927)
Venezuela (1926)
Kronos (1924)
Caricaturas (1926-1929)
Libertad (1925-1928), Ed. Facsimilar

F) *Fundación Rómulo Betancourt*
Periódicos:
Acción Democrática (1942-1944 y 1958)
El País (1944-1948)

G) *La Gran Papelería del Mundo (Sucs. de J. M. Ovalles):*
El geranio (1926)

II. Entrevistas y comunicaciones personales

A) Entrevistas:

- Rafael Caldera
- Carlos Andrés Pérez
- Eligio Anzola Anzola
- Alexis Perdomo Camejo
- J. A. Giacopini Zárraga

B) Comunicaciones personales:

Ramón J. Velásquez, Virginia Betancourt Valverde, José Agustín Catalá, Enrique Tejera París, Simón Alberto Consalvi, Manuel Alfredo Rodríguez, Eduardo Gallegos Mancera, Pedro Beroes, Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff, Américo Martín, Jorge Olavarría, Luis José Oropeza.

III. Documentos públicos

A) Compilaciones documentales

• *Acción Demócrática. Primeros años: oposición y poder 1941-1948.* Papeles de Archivo, Nº 5, Caracas, Centauro, 1987.

• *Archivo de Rómulo Betancourt.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1988-1996, 5 vols.

• *Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XX.* Caracas, Congreso de la República, 1983-1992, Nº 10-98.

• *49 años de Acción Democrática contra la corrupción.* Caracas, Centauro, 1990.

• *Documentos para la historia de Acción Democrática 1936-1941.* Vol I. Caracas, Ediciones Centauro, 1981.

• *Documentos que hicieron historia.* Caracas, Presidencia de la República, 1962, 2 vols.

• *El golpe contra el presidente Gallegos (gestores, animadores, autores, colaboradores, cómplices y opositores)*. Caracas, Centauro, 1982.

• *Libro Rojo* («La verdad de las actividades comunistas en Venezuela», 1936). Edición Facsimilar. Caracas, s/e [José Agustín Catalá], 1972.

• *Libro Negro 1952. Venezuela bajo el signo de terror*. Caracas, Centauro, 1982.

• Naudy Suárez Figueroa (Comp.), *Programas políticos venezolanos en la primera mitad del siglo XX*. Caracas, Colegio Universitario Francisco de Miranda y Universidad Católica Andrés Bello, 1983, 2 vols.

• *Programas políticos y discursos del candidato popular Rómulo Gallegos. Ecos de una campaña*. Caracas, Élite, 1941.

• *Papeles clandestinos del Partido Democrático Nacional (1937-1941)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995.

B) Series de historia oral:

• Blanco Muñoz, Agustín, *La conspiración cívico-militar*. Caracas, UCV-FACES, 1981.

• ____________, *La lucha armada: La izquierda revolucionaria insurge*. Caracas, UCV-FACES, 1981.

• ____________, *La lucha armada: Hablan. Cinco jefes...* Caracas, UCV-FACES, 1980.

• ____________, *La lucha armada: hablan 6 comandantes*. Caracas, UCV-FACES, 1981.

• Peña, Alfredo, *Conversaciones con Luis Beltrán Prieto*. Caracas, Ateneo de Caracas, 1978.

• ____________, *Conversaciones con Douglas Bravo*. Caracas, Ateneo de Caracas, 1978.

• ____________, *Conversaciones con Carlos Andrés Pérez*. Caracas, Ateneo de Caracas, 1979, 2 vols.

IV. Obras de Rómulo Betancourt citadas

• *Antología política.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990, 5 vols. (de los cuales 2 en curso de impresión).

• *Contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. 1928-1935.* Caracas, Centauro, 1982.

• *El atentado de Los Próceres.* Papeles de Archivo Nº 2. Caracas, Centauro, 1992.

• *El 18 de octubre de 1945* (Génesis y Realizaciones de Revolución Democrática). Barcelona, Seix Barral S.A., 1979.

• *Fragmentos de sus memorias.* Papeles de Archivo Nº 1, Caracas, Centauro, 1992.

• *Hombres y villanos.* Caracas, Grijalbo, 1987.

• *La segunda independencia de Venezuela.* 3 tomos. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1992.

• *La verdadera historia de la revolución de octubre 1945.* Papeles de Archivo Nº 4, Caracas, Centauro, 1987.

• *Leninismo, revolución y reforma.* México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

• *Memoria del último destierro 1948-1958.* (La Habana, Revista *Bohemia*), Caracas, Centauro, 1982.

• *Problemas Venezolanos.* Santiago de Chile, Talleres Gráficos San Vicente, 1940.

• *Tres años de Gobierno Democrático (1959-1962).* Caracas, Imprenta Nacional, 1962.

• *Venezuela: política y petróleo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

V. Memorias y comentarios testimoniales

• Gabaldón Márquez, Joaquín, *Memoria y cuento de la generación del 28*. Buenos Aires, Imp. López, 1958.

• Hartman de Betancourt, Renée, *Rómulo y yo*. Barcelona, Grijalbo, 1984.

• Ochoa Briceño, Santiago, *Lo que vi, oí e hice*. Caracas, Presidencia de la República, 1994.

• Senior, Mercedes, *El Rómulo Betancourt que yo conocí*. Caracas, Ed. Panapo, 1986.

FUENTES SECUNDARIAS

Obras de referencia

• Becco, Horacio Jorge, *Contribución a la bibliografía de Rómulo Betancourt*. Caracas, Ediciones Centauro, 1981.

• *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Polar, 1997.

• *Dictionary of the history of ideas*. New York, Charles Scribners Sons Publishers, 1974, Vols. I-IV.

• *Diccionario de Política* (Dirigido por Norberto Bobbio). México, Siglo XXI editores, 1985, 2 vols.

• *Historia de la filosofía política*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

• Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, *Rómulo Betancourt. 50 años de liderazgo político*. (Bibliografía). Caracas, IABN, 1990.

Libros, folletos, artículos

• Alexander, Robert J., *Rómulo Betancourt and the Transformation of Venezuela*. USA, Transaction Books, 1982.

• Angulo Rivas, Alfredo, «Gobierno y Fuerzas Armadas. Crónica política de una época. 1948-1958» (inédito).

• Arcaya, Pedro Manuel, *Teratología jurídica*. Caracas, Impresores Unidos, 1947.

• Aristeguieta, Francisco de Paula, *El diario de la montaña. La Revolución del Falke*. Cumaná, 1988.

• Baptista, Asdrúbal, y Mommer, Bernard, *El Petróleo en el pensamiento económico venezolano*. Caracas, Ediciones IESA, 1992.

• Barrios, Gonzalo, *Rómulo Gallegos, parlamentario*, 2 vols. Caracas, Centauro, 1981.

• Berroeta, Pedro, *Rómulo Betancourt. Los años de aprendizaje 1908-1948*. Caracas, Centauro, 1987.

• Brett Martínez, Alí, *El Porteñazo. Historia de una rebelión*. (Con un nuevo capítulo, «Los golpes contra Betancourt»), Caracas, Ediciones Adaro, 1973.

• Bustamante, Nora, *Isaías Medina Angarita. Aspectos históricos de su gobierno*. Caracas, Universidad Santa María, 1985.

• Caballero, Manuel, *Entre Gómez y Stalin (La sección Venezolana de la Internacional Comunista)*. Caracas, CDCH-UCV, 1989.

• ___________, *La pasión de comprender*. Caracas, Ariel-Seix Barral, 1983.

• ___________, *Las Venezuelas del siglo XX*, Caracas, Grijalbo, 1988.

• ___________, *Latin American and the Comintern 1919-1943*. England, Cambridge University Press, 1986.

• ___________, *Gómez, el tirano liberal*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993.

• ___________, *Ni Dios ni Federación*. Caracas, Planeta, 1995.

• ___________, *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Caracas, Alfadil, 2003.

• Caldera, Rafael, *La parábola vital de Rómulo Betancourt*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2002.

• Cárdenas, Rodolfo José, *COPEI en el trienio populista 1945-48*. Madrid, Talleres Gráficos de Hijos de E. Minuesa, S.L, 1986.

• Carpio Castillo, Rubén, *Acción Democrática. 1941-1971. Bosquejo histórico de un partido*. Caracas, Ediciones República, 1971.

• Carrera Damas, Germán, *Emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1994.

• Cartay Ramírez, Gehard, *Caldera y Betancourt. (Constructores de la democracia)*. Caracas, Centauro, 1987.

• Castro Leiva, Luis, *El dilema octubrista (1945-1987)*, en Cuadernos Lagoven. Serie Cuatro Repúblicas, Caracas, Editorial Arte, 1988.

• Catalá, José Agustín, *Pedro Estrada y sus crímenes*, Caracas, Centauro, 1983.

• Chang Mota, Roberto, *Sistemas y cifras de las elecciones venezolanas desde 1958*, Caracas, CSE, 1983.

• Consejo Supremo Electoral, *La estadística evolutiva de los partidos políticos en Venezuela. 1958-1979*. Caracas, CSE, 1979.

• Combellas Lares, Ricardo, *COPEI. Ideología y liderazgo*. Caracas, Editorial Ariel, S.A., 1985.

• Consalvi, Simón Alberto, *Auge y caída de Rómulo Gallegos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1990.

• ____________, *El perfil y la sombra*. Caracas, Tierra de Gracia Editores, 1997.

• Crick, Bernard, *En defensa de la política*. Barcelona, Tusquets editores, 2001.

• Dáger, Jorge, *Testigo de excepción. En las trincheras de la resistencia (1948-1955)*. Caracas, Centauro, 1979.

• Delahaye, Oliver, *Políticas de tierras de Venezuela en el siglo XX*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 2001.

• Díaz Rangel, Eleazar, *La prensa venezolana del siglo XX*. Caracas, Fundación Neuman, 1994.

• Dorante, Carlos E., *Rómulo Betancourt, ideas y acción de gobierno*. Caracas, Centauro, 1987.

• Ellner, Steve, *Los partidos y su disputa por el control del movimiento sindical en Venezuela, 1936-1948*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1980.

• Fuenmayor, Juan Bautista, *Historia de la Venezuela Política contemporánea*. Caracas, Miguel Ángel García e hijos, 1975. Tt. I-VIII.

• ____________, *Veinte años de política. 1928-1948.* Madrid, Edime, 1968.

• Fundación Universidad Metropolitana, *Apreciación del proceso histórico venezolano.* Caracas, enero-julio, 1985, Nº 1, 2, 3.

• Gallegos, Rómulo, *Una posición en la vida.* Caracas, Centauro, 1977, 2 vols.

• García Márquez, Sanoja Hernández, Velásquez Ramón J., *1928-1986. Presencia de Jóvito Villalba en la historia de la democracia venezolana.* Caracas, Centauro, 1986.

• García Ponce, Guillermo y Camacho Barrios, Francisco, *Diario de la resistencia y la dictadura (1948-1958).* Caracas, Centauro, 1982.

• Giménez Landínez, Víctor; Suárez, Naudy; Rodríguez Iturbe, José y Gónzalez, Godofredo, *Los Copeyanos*, Caracas, Centauro, 1982.

• Gómez, Alejandro, *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica: 1932-1935.* Caracas, Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación, UCV, 1985.

• Lenin, Vladimir Ulianov, *Obras Escogidas.* Moscú, Ed. Progreso, 1970, 3 vols.

• Liscano, Juan y Gottberg, Carlos, *Multimagen de Rómulo. Vida y acción de Rómulo Betancourt.* Caracas, Gráficas ORBECA, 1978.

• López Contreras, Eleazar, *Proceso Político-Social 1928-1936.* Caracas, Editorial Ancora, 1955.

• López Maya, Margarita, *Estados Unidos en Venezuela 1945-1948 (Revelaciones de los archivos estadunidenses).* Caracas, CDCH-UCV, 1996.

• López Rueda, José, *Rómulo Gallegos y España.* Caracas, Monte Ávila, 1987.

• Lugo, Luis, *La singular historia de la OPEP.* Caracas, Ed. CEPET, 1994.

• Mac Gill, Samuel, *Polianteia. Desarrollos históricos 1900-1950.* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978.

• Martínez, Aníbal, *Cronología del petróleo venezolano*. Caracas, Ed. Foninvest, 1969.

• Medina Angarita, Isaías, *Cuatro años de democracia*. Caracas, Pensamiento Vivo Editores, 1963.

• Morales Gil, Eduardo, *El primer exilio del joven Betancourt*. Caracas, Centauro, 1988.

• Ortega y Gasset, José, *El tema de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Colección Austral, 1950 (publicado originalmente en 1923).

• Otero Silva, Miguel, *Escritos periodísticos*. Caracas, Los Libros de El Nacional, 1998.

• ____________, *Fiebre*. Caracas, Ed. Tiempo Nuevo, 1972.

• Padioleau, Jean, «La formation de la pensée politique: développement longitudinale et déterminants socio-culturelles». *Revue Française de Sociologie*. Vol. XVIII, 1975.

• Pérez, Ana Mercedes, *La verdad inédita*. Buenos Aires, Ed. Colombo, 1953.

• Pérez Huggins, Argenis, *Betancourt y Caldera. Discurso e Ideología*. Caracas, UCV, 1982.

• Pocaterra, José Rafael, *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Caracas, Monte Ávila, 1979.

• Polanco Alcántara, Tomás. *Eleazar López Contreras, el general de tres soles*. Caracas, Grijalbo-ANH, 1990.

• ____________, *Juan Vicente Gómez. Aproximación a una biografía*. Caracas, Grijalbo-ANH, 1990.

• Ramírez, Edito José, *El 18 de octubre y la problemática venezolana actual*. Caracas, Avilarte, 1981.

• Sáez Mérida, Simón. *La cara oculta de Rómulo Betancourt. El proyecto invasor de Venezuela por tropas norteamericanas*. Caracas, Ed. Almargen, 1998.

• Sanin, *Rómulo*. Caracas, Vadell Hermanos, 1984.

• Segal, Alicia, *La venedemocracia*. Caracas, Monte Ávila, 1968.

• Sosa A., Arturo, *Rómulo Betancourt y el partido mínimo (1935-1937)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995.

• ____________, *El programa nacionalista. Izquierda y modernización. (1937-1939)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1994.

• ____________, *Rómulo Betancourt y el partido del pueblo. (1937-1941)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995.

• Suárez Figueroa, Naudy, «El joven Betancourt». Revista *Nueva Política*. Caracas, octubre-diciembre de 1974 (Nº 14), pp. 3-129 y abril-junio de 1975 (Nº 16), pp. 3-77.

• Suzzarini Baloa, Manuel, *Rómulo Betancourt. Proyecto de modernización*. Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1981.

• Urbaneja, Diego Bautista, *Pueblo y petróleo en la política venezolana del Siglo XX*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1993.

• Varios autores. *El general Betancourt y otros escritos*. Caracas, Ediciones Centauro, 1970.

• Varios autores, *Rómulo Betancourt. Interpretación de su doctrina popular y democrática*. Caracas, Editorial Arte, 1950.

• Varios autores, *Rómulo Betancourt: Historia y contemporaneidad*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1989.

• Varios autores, *Rómulo Betancourt, político sin ocaso, crónica de una muerte*. Caracas, Centauro, 1982.

• Varios autores, *Un hombre llamado Rómulo Betancourt*. Caracas, Catalá/Centauro, 1975.

• Varios autores, *Vigencia y proyección de Rómulo. 50 años de liderazgo político*. Caracas, Dirección de Acción Democrática, 1978.

• Velásquez, Ramón J. *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*. Caracas, Centauro, 1981.

• ____________, y otros, *Betancourt en la Historia de Venezuela*. Siglo XX. Caracas, Centauro, 1980.

• ____________, y otros, *Venezuela moderna*. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1976.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

Ñ

O

P

S

T

U

V

W

Y

Z

Agradecimientos

Debo repetir aquí algo que he dicho muchas veces: que todo libro es obra colectiva, y mucho más si se trata de un libro de historia; y más aún, si se ha escrito a lo largo de varios años. Sería interminable entonces la lista de las personas a quienes debo algún aporte, grande o pequeño, y de nombrarlas, seguramente cometería muchas injusticias olvidando algunos nombres. Así, que todos se sientan incluidos en estas líneas de reconocimiento.

Aparte entonces de los amigos a quienes cito en los pie de página de algunos capítulos, quiero agradecer particularmente a quienes más debe este libro. En primer lugar, a la Fundación Rómulo Betancourt que sobrevive en medio de grandes penurias. Pude consultar a fondo sus archivos. Quiero destacar especialmente la colaboración de Virginia Betancourt Valverde, quien en todo momento me asistió en la investigación, aún cuando podía sospechar, por muchas razones, que no me proponía escribir un trabajo laudatorio sobre su padre. Don Ramón J. Velásquez, ex-presidente de la República, secretario general de la presidencia de Rómulo Betancourt y uno de los más sólidos y memoriosos conocedores de nuestra historia, no sólo me auxilió con sus informaciones y sus sabios consejos, sino que tuvo la paciencia de leer el manuscrito en su totalidad.

Hay dos amigos que también leyeron ese texto, como se lo había pedido, con un lápiz rojo en la mano. Uno de ellos es Alexis Márquez Rodríguez, infatigable desfacedor de entuertos idiomáticos. El otro es Alberto Arvelo Ramos, cuyas observaciones se extendieron a lo largo de intensas jornadas de trabajo que en la práctica se convirtieron en un seminario *à deux* sobre mi texto. Finalmente, quiero agradecer la colaboración de mi asistente Mme. Suzanne de André, de Sheila Salazar y de Bernardo Infante Daboín.



Rómulo Betancourt, político de nación

Ésta será sin duda la obra fundamental, esclarecedora de una personalidad tan polémica como la de Rómulo Betancourt, político venezolano que generó y transformó un lapso importante de la historia venezolana y por ende, latinoamericana.

Manuel Caballero, en su papel de historiador pero también de protagonista, está completando así su análisis del siglo XX en Venezuela y nos dice con valentía personal, intelectual y académica:

«Durante muchos años, nos opusimos a la acción política de Rómulo Betancourt y a su creación, el partido Acción Democrática; pero no venimos, con este libro, de regresos ni arrepentimientos; tampoco es que ahora hayamos escogido el fácil observatorio de la imparcialidad.

Nada de eso: ni renegados, ni jueces, ni observadores asexuados. Hemos, en dos palabras, tratado de estudiar al personaje y a su época *en historiens*. Lo cual quiere decir que tratamos de comprender al hombre y a su tiempo en sus contextos ideológicos y epocales; confrontando su acción con sus propios propósitos.

No se trata entonces de condenar o de absolver, sino de buscar las razones para que, después de su paso, los venezolanos seamos diferentes, para bien o para mal, y de seguro ambas cosas».







ISBN 978-980-354-246-7